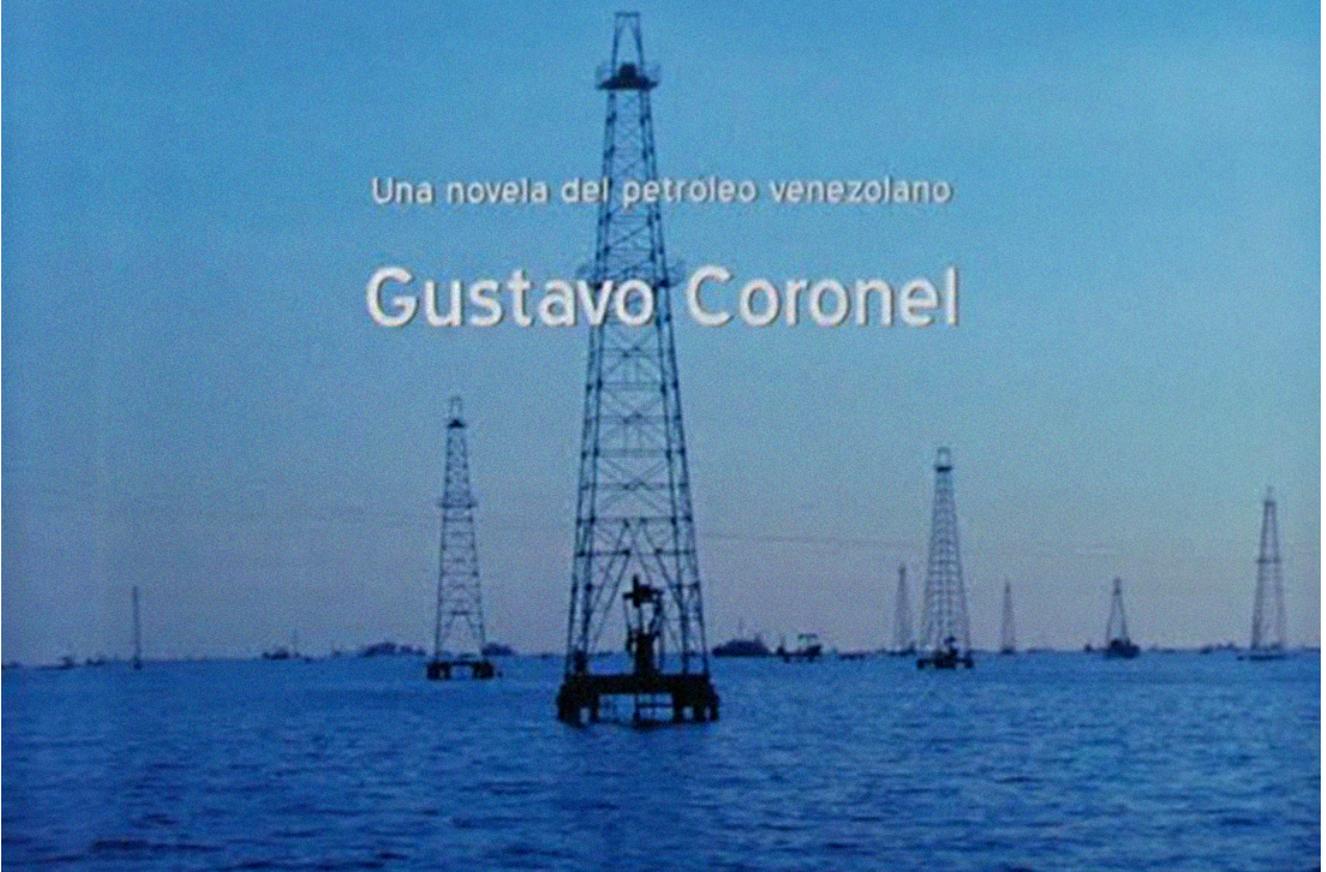




El **Petróleo**  
viene de  
La **Luna**

Una novela del petróleo venezolano

**Gustavo Coronel**



# **EL PETRÓLEO VIENE DE LA LUNA.**

**Una novela del petróleo venezolano**

**Gustavo Coronel**

## CONTENIDO.

### PRÓLOGO

### INTRODUCCIÓN

- I. EL BREVE FLORECER DEL CURARÍ
- II. LA LECCIÓN DE GEOLOGÍA
- III. ADOLESCENCIA EN LOS LAGOS, MÁS ALLÁ DE LOS TEQUES
- IV. UN ESTUDIANTE EN USA
- V. PASANTÍA EN MARACAIBO
- VI. UN NUEVO GEÓLOGO
- VII. DE GEÓLOGO DE CAMPO A GEÓLOGO REGIONAL
- VIII. LAGUNILLAS
- IX. AVENTURA EN INDONESIA
- X. REGRESO A VENEZUELA
- XI. DOS AÑOS EN CVP
- XII. ÉPOCA DE GRANDES CAMBIOS
- XIII. EL GRAN DEBATE PETROLERO, 1972-1974
- XIV. ARRECIA EL DEBATE
- XV. PETRÓLEOS DE VENEZUELA
- XVI. DE CATORCE A CUATRO EMPRESAS OPERADORAS

XVII. PRIMERA INFANCIA DEL GIGANTE

XVIII. UNA VULNERABLE ADOLESCENCIA

XIX. SEMBRANDO LAS SEMILLAS DEL FRACASO

XX. PENDIENTE HACIA EL COLAPSO, 1981-1998.

EPÍLOGO.

## **INTRODUCCIÓN.**

Vivo en una casa de campo ubicada en la vecindad de Valencia. Mi esposa y yo adquirimos el terreno, casi dos hectáreas, en base a dos consideraciones: la existencia de un riachuelo adyacente que trae agua durante todo el año y la presencia, al lado de ese riachuelo, de un inmenso y venerable curarí (*tabebuia serratofolia*, Nichols). Aunque el comején lo acosa incesantemente, este majestuoso árbol, primo hermano del Araguaney, nos regala cada año el extraordinario espectáculo de su florecer. Es agradable sentarse a su sombra y observar en el riachuelo las pequeñas tortugas, alguna que otra baba y los

diferentes tipos de peces que hemos ido sembrando o que ya vivían allí. El curarí florece entre febrero y marzo de cada año. Se convierte en un árbol de oro por cuatro o cinco días, durante los cuales es centro de atracción para vecinos y moradores de la aldea cercana. Ellos vienen a compartir con nosotros el espectáculo, impresionante no solo por su belleza sino por su brevedad.

El curarí nos deleitará hasta el fin de nuestras vidas o hasta su propio fin, cuando todos seamos igualmente vencidos por el comején del tiempo. Al verlo florecido no puedo dejar de pensar en la brevedad de su apogeo y en la relativa brevedad de nuestro tiempo histórico y, aún, de nuestros tiempos geológicos. Todo pasa, nada es eterno, aunque tome tanto tiempo en pasar que adopte visos de eternidad para el ser humano, prisionero de un instante. Me hace pensar en mi propia experiencia.

Nací en las postrimerías de la dictadura de Juan Vicente Gómez, hace ya una pequeña eternidad. He leído las crónicas de Rafael María Baralt, Juan de Castellanos y Cristóbal Colón acerca de la Venezuela naciente, su período colonial y el descubrimiento de nuestra América. Me he deleitado con las memorias de Luis XIV, el gran rey que gobernó a Francia por más de cincuenta años. Tomado de la mano por Herodoto, he viajado con la imaginación por el Asia Menor entre 480 y 460 antes de Cristo. Casi me parece haber escuchado los testimonios de Lao Tse y me he maravillado al ver las primeras escrituras sumerias de hace 4000 años. Me atrae la idea de Jorge Luis Borges, sobre el río del tiempo fluyendo hacia el pasado. Si ello fuese así, en algún momento este río cruzaría la frontera entre la historia y la geología. En progresiva evanescencia, entre avances y retiros de glaciares y procesos de desertificación e inundaciones, el río del tiempo fluiría hacia atrás, traspasando el umbral de la geología. Es entonces, en este punto, donde el cosmos nos comienza a hablar de su historia un poco más en serio. Esa transición entre el tiempo histórico y el tiempo geológico es tan brusca como un amanecer en el trópico, asunto de “un momento.” Si la vida del planeta pudiese condensarse en 24 horas, la aparición del hombre sobre la Tierra hubiese ocurrido hace apenas un minuto y la de los primeros seres vivos

hace solo tres horas. Por 21 horas de ese “día” geológico nuestro planeta estuvo exento de vida y por 23 horas y 59 minutos no vio aparecer al hombre.

Y, entonces, en esa perspectiva, qué decir de Venezuela? Nuestro país adquirió una identidad nacional hace poco menos de 200 años y posiblemente conservará su identidad actual, a lo sumo, por algunos siglos más. Esos años representarían un episodio tan fugaz en la escala del tiempo que resultaría casi imposible medirlo, algo así como un *attosegundo*. Nuestra aparición, apogeo, declinación y eventual desaparición como nación resultarían ser de una duración equivalente, aún en términos históricos, a lo que representa para nuestra vida humana el breve florecer del curarí.

Ver así las cosas posiblemente nos ayuda a poner, en su justa y melancólica perspectiva, la historia del origen, desarrollo y significado real de nuestra considerable riqueza petrolera, de la cual hemos vivido, mal que bien, por casi un siglo. Durante ese siglo el disfrute inicial del recurso se ha convertido progresivamente en tragedia. Ello no ha sido la culpa del petróleo sino de quienes lo han manejado.

Es necesario tratar de contar esta historia, no importa nuestra impericia, a fin de ayudar a ahuyentar los demonios de la mediocridad, corrupción e ignorancia que han capturado la mente de los venezolanos, llevándolos al despilfarro de un recurso en cuya generación no hemos tenido participación alguna.

Gustavo Coronel.

\*\*\*\*\*

## **I. EL BREVE FLORECER DEL CURARÍ.**

La historia del petróleo en Venezuela es un gran mural, producto de la labor de múltiples artistas. Es un desfile de héroes y villanos que asombraría a la inmensa mayoría de nuestros compatriotas si la conocieran a fondo, acostumbrados como estamos a pensar que todos los buenos son de aquí y todos los malos son de “allá.” En ese inmenso mural veríamos los rostros de Deterding y Rockefeller, de Ralph Arnold y de Guillermo Zuloaga, de Gumersindo Torres, Manuel Antonio Pulido, Enrique Jorge Aguerrevere, Enrique Tejera, Virgil Winkler, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Manuel Egaña, Luis Plaz Bruzual, Konrad Habicht, Rubén Sader

Pérez, John De Sisto, Otto Renz, Manuel Pérez Guerrero, Rómulo Betancourt, Alberto Quirós, Guillermo Rodríguez Eraso, Karl Dallmus, Arturo Uslar Pietri, Siro Vásquez, Rafael Alfonzo Ravard, gigantes acompañados por miles de actores secundarios pero no por ello menos importantes, quienes asistieron al nacimiento de la industria y la llevaron al primer lugar de importancia en el país y a uno de los primeros lugares en el cuadro de las industrias petroleras del mundo.

\*\*\*\*\*

El petróleo representa hoy en día uno de los pilares esenciales del progreso, especialmente en el sector del transporte. Durante el siglo XX se vivió, en su mayor intensidad, la era del petróleo, la cuál apenas comienza a declinar en este nuevo siglo. Hace quinientos años el petróleo solo tenía modestas aplicaciones y ninguna importancia geopolítica. En el siglo XIV, en las cercanías del monte Dirschenkopf, en el condado del Tirol, los aldeanos de Zirl creían tener la suerte de poseer una panacea casi milagrosa. Frente a la fuente de agua de la aldea, Ulrich von Matsch colocaba a diario, a los ojos de los aldeanos, su cargamento de frascos contentivos de “Tyrstenblut,” la sangre de Tirso. Por casi un milenio los moradores de la región habían utilizado con veneración este aceite, tan parecido al aceite de pescado que algunos de ellos lo llamaban “Ictiol.” Los tiroleses “sabían” que, en realidad, este aceite que manaba de las rocas del monte Dirschenkopf era la sangre de Tirso, el gigante muerto defendiendo su valle de las huestes de Teodorico. Desde entonces las gotas de su sangre manaban, semicongeladas, de las altas rocas alpinas. La sangre de Tirso era inigualable para contrarrestar los efectos de todo veneno, para derrotar a los piojos, disolver abscesos en la cabeza, aliviar los dolores de muelas, curar agriuras estomacales y disolver furúnculos. También aniquilaba las ratas, víboras y comadrejas. Si una vaca era mordida por un animal cualquiera, el aceite caliente la sanaba. Si un caballo tenía una llaga, el frote con el aceite la hacía desaparecer. Si la mujer del aldeano orinaba sangre, cuarenta gotas de “Tyrstenblut” la ponían bien. El médico de Ferdinando de Austria utilizaba este aceite para todos los males del emperador.

Por trescientos años más los moradores del Tirol utilizaron las bondades de este aceite. En 1882 adquirió respetabilidad científica al ser incorporado a la farmacopea germana y comercializarse en Hamburgo con fines dermatológicos.

A principios del siglo XV los monjes de Wiesee, en Bavaria, descubrieron un pequeño manadero de aceite al cual dieron el nombre de San Quirino. Los moradores del lugar estaban convencidos de que el aceite manaba del cuerpo del santo. Probó ser especialmente eficaz para curar paralíticos y tullidos, gota y espasmos. Eventualmente el manadero fue adquirido por la empresa Shell y producido hasta su agotamiento. En el siglo XVIII, el aceite de roca comenzó a ser utilizado como material de construcción. Las calizas bituminosas de Neufchatel fueron utilizadas como cemento en la construcción de calles y fuentes de agua y no tanto ya para la cura del reumatismo. En 1869, unos 300 000 metros cuadrados de calles parisinas estaban asfaltadas con este material.

El uso del aceite mineral como agente curativo predominó por varios siglos antes de su utilización como material de construcción o como fuente de energía. En 1460 Ariosto hablaba del “oglio santo,” el aceite de Santa Catalina, el cual manaba del monte Zibio, al sur de Modena. Según Ariosto este aceite fluía de los huesos de la santa decapitada. Era un aceite que curaba la sordera, la ciática, los cólicos, la epilepsia, el escorbuto y la “pasión asmática.” Era inmejorable para los parásitos intestinales y, al mezclarse con ceniza volcánica e inyectarse a través del pene, disolvía las piedras de la vejiga.

En el Nuevo Mundo los menes de petróleo sirvieron por décadas a descubridores y piratas para calafatear sus embarcaciones.

\*\*\*\*\*

En Venezuela el petróleo fue descubierto debido a una sucesión de eventos que comenzaron en lejanos sitios del mundo. Un día de Febrero de 1833 en Londres, Marcus Samuel inició actividades comerciales en el “East End” abriendo una tienda para vender conchas marinas que servían para decorar cajas y cofres de la época victoriana. Samuel llamó su tienda “The Shell Shop.” El negocio floreció gracias a la importación de estas conchas marinas. Cuando Marcus murió en 1870 sus hijos Samuel y Marcus continuaron la actividad y la expandieron, fundando la

Casa Marcus Samuel en Londres y la Casa Samuel Samuel en Japón. En 1878, Marcus Samuel comenzó a importar kerosene, el combustible más popular de la época. Samuel pensó que la comercialización de este combustible sería eventualmente más rentable que las conchas marinas, por lo cuál comenzó a construir una flota de ocho tanqueros para transportar combustible a través del canal de Suez. Este paso de extrema audacia se concretó en 1892, cuando el primer tanquero de Samuel, el *Murex*, nombre de concha marina, con una capacidad para 5000 toneladas, comenzó sus actividades transportando 400 toneladas de kerosene ruso a Singapur.

En 1890 se había descubierto petróleo en las Indias Orientales. En la isla de Sumatra un holandés llamado Aeilko Zijlker había encontrado petróleo y fundado la empresa Royal Dutch para explotarlo. Uno de sus primeros empleados fue un joven llamado Henri Deterding, quien creó una organización de ventas tan exitosa que, ya para 1900, había sido promovido a presidente de la empresa. Esta empresa transportaba su petróleo por oleoducto y pequeñas embarcaciones pero pronto debió comenzar a construir tanqueros para llevarlo fuera del archipiélago. Se estableció una temprana competencia en transporte entre la empresa Royal Dutch liderada por Deterding y la empresa Shell de Samuel. Es preciso recordar que en 1885 Karl Benz había comenzado a producir vehículos a gasolina. Ello llevó a Samuel a crear la Shell Transport and Trading Company, a fin de transportar hacia Europa no solo kerosene sino también gasolinas.

En 1901 se descubrió petróleo en Texas. Samuel se combinó con los primeros productores de esa región para transportar el petróleo internacionalmente. Al mismo tiempo John D. Rockefeller había iniciado una alianza con productores de Pennsylvania y convertido a Standard Oil de Ohio en la primera empresa petrolera de los Estados Unidos. Rockefeller, Samuel y Deterding se convirtieron en grandes rivales.

Parece ser que los productores, quienes poseen la materia prima, siempre tratan de controlar a los transportistas. Rockefeller trató infructuosamente de comprar a Samuel en varias oportunidades. Samuel se sentía más cómodo con Deterding, frente al poderoso Rockefeller. En 1903 los dos europeos establecieron una

empresa conjunta llamada Asiatic Petroleum, la cual fue tan exitosa que, en 1907, decidieron fusionar sus empresas con el nombre de Grupo Royal Dutch/Shell. Las empresas originales se convirtieron en casas matrices financieras, 60% Royal Dutch y 40% Shell. Al anunciar la fusión Marcos Samuel dijo: “Las dos empresas tienen su propia producción, los costos más bajos del mundo y su posición geográfica nos da una inmensa ventaja comparativa. Estamos apoyados sobre una inmensa roca...”

Mientras esta fusión se concretaba, Standard Oil experimentaba algunos problemas. Una decisión de las autoridades norteamericanas la había obligado a fragmentarse. Esta coyuntura fue aprovechada por Deterding para entrar al mercado norteamericano con gran fuerza como distribuidor doméstico. En 1928 Deterding se reunió, en Escocia, con Walter Teagle, jefe de la Standard Oil de Nueva Jersey y otros petroleros. Para ello alquiló el castillo de Achnacarry por un mes para conversar con los otros líderes petroleros sobre el problema de exceso de producción existente en aquél momento. El resultado de esta reunión fue un convenio llamado “Como Está” (“As Is”). En base a ese convenio cada empresa recibió una cuota de producción basada en su participación en el mercado para ese año. Cualquiera producción adicional a esa cuota tendría que ser vendida a los otros miembros de la “Asociación,” especie de precursora de la OPEP, que contó con el beneplácito de productores y gobiernos y convirtió a Deterding en la figura más poderosa de la industria petrolera mundial. Sin embargo, Deterding cometió el error de apoyar a Adolfo Hitler, lo cual obligó a su salida en 1936.

\*\*\*\*\*

El geólogo californiano Ralph Arnold había sido contratado en 1911 por la empresa General Asphalt para llevar a cabo un reconocimiento de las áreas venezolanas que pudiesen contener hidrocarburos. Para hacer este trabajo, Arnold visitó tanto el oriente de Venezuela como la zona adyacente al lago de Maracaibo y produjo un informe en el cual recomendaba ciertas áreas del país para ser exploradas mediante el taladro. Este informe fue sometido a la consideración de Deterding, quien pudo advertir las excelentes posibilidades petrolíferas de Venezuela. Decidió, por lo tanto, adquirir la filial de General

Asphalt, la Caribbean Petroleum Company, la cual había recibido las concesiones dadas por Juan Vicente Gómez al abogado de General Asphalt, Rafael Max Valladares. Deterding dijo de esta adquisición que “era el mejor negocio que había hecho en su vida”. En 1914 la empresa filial del Grupo Royal Dutch/Shell completó el pozo Zumaque-1 en Mene Grande, el cual marcó el inicio de la producción petrolera realmente comercial en Venezuela.

Mientras el Grupo Royal Dutch/Shell encontraba petróleo, la Standard Oil no lo podía hacer. Entre 1915 y 1920 esta empresa gastó más de \$40 millones en exploración sin lograr encontrar yacimientos comerciales. Mientras tanto, un geólogo visionario llamado Charles Eckes pasó 11 años tratando de interesar a las empresas en perforar en el lago de Maracaibo pero se burlaban de él. Por ello decidió crear su propia empresa, British Equatorial, y se las ingenió para comenzar a perforar un pozo en el lecho del lago, no muy lejos de la costa. La gente se congregaba a diario para observar el progreso del pozo y reírse a carcajadas del loco Eckes. El pozo estaba apenas en unos 50 centímetros de agua y todos los equipos, menos el taladro, estaban en la costa. En la junta directiva de British Equatorial solo un miembro, Charles Francis de Ganahl, apoyaba a Eckes. El resto de los miembros deseaba vender la empresa a la compañía Lago Petroleum, cuyo gerente Arthur Holland creía en las posibilidades petrolíferas del lago. Mientras estas negociaciones estaban en progreso, Eckes continuaba perforando su pozo. El 22 de abril de 1924 el pozo comenzó a producir a la tasa de 2400 barriles por día. Ya nadie se reía de Eckes. El mismo día la empresa fue adquirida por Lago Petroleum y, un año más tarde, el control accionario de Lago Petroleum pasó a manos de Standard Oil de Indiana. De esta manera tanto Royal Dutch/Shell como Standard Oil establecieron una importante producción petrolera en Venezuela. Shell y Creole se convirtieron rápidamente en las empresas petroleras más importantes del país.

\*\*\*\*\*

Desde el inicio de la actividad petrolera comercial en Venezuela, alrededor de 1915, Maracaibo se convirtió en la capital del petróleo. Su fisonomía cambió significativamente, pasando de ser un puerto de pasajeros y de mercancías a ser

el centro de la actividad petrolera nacional. Los primeros automóviles llegaron a Maracaibo en 1910 y la luz eléctrica pasó, en 1916, a ser continua. En 1913 un joven maracucho, Esteban Ranson París, hizo sus maletas y se fue a estudiar en Virginia Tech. Quizás no lo trataron bien porque el segundo estudiante maracucho en ir a esa Universidad tardaría más de 40 años en llegar. Maracaibo se vio invadida por una oleada de inmigración como consecuencia de la actividad petrolera. Solo desde Mérida bajaron más de 2000 personas tratando de ingresar a la nueva industria. Unos 100.000 habitantes engrosaron la población de la zona petrolera entre 1920 y 1925.

Maracaibo siempre fue una ciudad de pioneros. La primera película que se vio en Venezuela fue exhibida en el Teatro Baralt, en julio de 1896. Los primeros grupos “scouts” venezolanos fueron organizados en Maracaibo por Ramón Ocando en 1913. En 1920 ya Maracaibo tenía 10 stadiums de béisbol y más de 30 equipos. En 1912, el joven William Phelps había abierto en Maracaibo el “Bazar Americano” y comenzado a importar guantes y pelotas de béisbol. Se combinó con Raúl Cuenca para fundar los primeros equipos para practicar este deporte. Por ello es que Maracaibo es también la meca criolla del béisbol. El influjo de norteamericanos, ingleses, suizos, holandeses, trinitarios, montañeses de Mérida y Trujillo, hijos der diablo margariteños, gentes venidas de todas partes atraídas por el *boom* petrolero, le dieron a Maracaibo una fisonomía cultural diversa y vigorosa, bastante más desarrollada que la del resto del país. Entre 1920 y 1930 Maracaibo duplicó su población y también su territorio urbanizado. El norte de la ciudad comenzó a crecer. Aparecieron las colonias de empresas petroleras para alojar, inicialmente, a sus empleados extranjeros, las cuales le darían un toque nórdico a las zonas residenciales de la ciudad. A finales de la década de 1920 la Caribbean Petroleum (Shell) construyó una aldea colonial inglesa en Maracaibo. La llamó Las Delicias. Tenía su escuela, su iglesia, un hospital. Incluía oficinas y laboratorios propios de la actividad petrolera. Las viviendas estaban construidas con paredes de concreto y techos de madera y asbestos. Casi al mismo tiempo la Caribbean construyó la colonia Bella Vista, con 60 casas reservadas para el grupo gerencial de la empresa. La colonia Bella Vista incluía la casa del Gerente General

y la sede de un club donde en las tardes se jugaba fútbol y se tomaba “shandy,” una mezcla de cerveza con “ginger ale.” Estas importantes colonias residenciales, además de las construidas por la Creole (Standard Oil) y la colonia Mene Grande de la empresa Gulf le dieron a Maracaibo un aspecto realmente diferente al de otras ciudades venezolanas. Dos grandes estructuras adicionales ayudarían a reafirmar el exótico perfil arquitectónico de Maracaibo: una, el hospital de la empresa Caribbean, situado en lo que es hoy la esquina de la Avenida 5 de Julio y Bella Vista; otra, las oficinas de Shell llamadas Las Laras, un exquisito edificio situado en la Avenida 5 de Julio, sede de varias generaciones de profesionales de esta empresa, un verdadero tesoro arquitectónico nacional, con bellos balcones a todo lo largo de la edificación, refrescados por la sombra de los majestuosos samanes (laras).

Es allí, en Las Laras, que una buena parte de nuestra historia comienza... una historia que tendrá la misma duración que el fugaz florecer del curarí...

## II. LA LECCIÓN DE GEOLOGÍA.

El profesor de geología de Venezuela se apoyó en la parte delantera del jeep estacionado bajo una gran ceiba, a la entrada de Seboruco, y comenzó su lección, pasando revista al grupo de 15 estudiantes que lo acompañaban en esta excursión de campo.

“Aunque hoy la llamamos Venezuela, este es un nombre que no tiene mucho que ver con la geología de esta región. Hace unos ochenta millones de años, durante el Cretácico medio y superior, los Andes no existían. Estas montañas –las mostraba como un maestro de ceremonias ante su público– aún no se habían levantado. La gran masa continental de Pangea se estaba fragmentando en tres porciones, que luego llamaríamos...

Los estudiantes entonaron a coro: “América del Sur, África, América del Norte...”

“En efecto, continuó el profesor, esa nariz tipo Pinocho que sobresale del Brasil encaja casi perfectamente en la curva de la costa oeste de África. Las mismas rocas de edad cretácica se encuentran en ambos lados.”

“Que sucedió aquí, profesor?” –preguntó la mejor estudiante del grupo.

“Aquí – respondió el profesor – sucedió lo siguiente. La ruptura de Pangea creó el Océano Atlántico. Sus aguas invadieron progresivamente toda la región que es hoy Venezuela, llegando hasta la parte central del actual estado Mérida. Lo que es hoy Seboruco apenas estaba sobre el nivel del mar. Era terreno volcánico y había sido objeto, por millones de años, de erupciones de una lava rojiza y violácea. Hoy estos flujos de lava están representados por las rocas que aparecen a medio kilómetro de donde estamos, en los afloramientos de la llamada formación La Quinta. Esta región de Seboruco era parte de lo que pudiéramos llamar la costa norte de aquella proto-Venezuela.

“Es decir – interrumpió el estudiante Ramírez – una playa Pantaleta morada”...

“En esa época,” continuó el profesor, sonriendo ligeramente, “no existían los payasos. Ni Maracaibo ni Caracas, ni AD o Copei. Los gobiernos populistas y los dictadores incultos estaban aún a unos ochenta millones de años de hacer su aparición. La vida animal apenas comenzaba a florecer en los mares. En las zonas

neríticas y litorales de poca profundidad se comenzaron a depositar sedimentos contentivos de restos de moluscos, de algas y los microscópicos foraminíferos. Estas acumulaciones de material orgánico se convertirían, mucho tiempo geológico después, en el petróleo que tanto bien y tanto mal nos ha hecho.”

En este punto de su lección el profesor hizo un alto, caminó hasta la parte posterior del jeep y sacó su morral: “Hora de almuerzo,” anunció. Sin esperar respuesta se dirigió con paso rápido hacia una zona sombreada, atravesada por un riachuelo bordeado de apamates (*tabebuia rosea*), su lugar favorito de esta parada por los últimos veinte años, un lugar que los estudiantes le respetaban.

Durante las dos horas dedicadas al almuerzo y al descanso el pequeño grupo se desmembró y cada quien fue a buscar su sombra. En una excursión geológica el momento del almuerzo es propicio para la soledad y la reflexión. Se busca una laja en el riachuelo, un árbol frondoso, para sentarse a meditar. El grupo de 15 estudiantes formaba el curso de geología de Venezuela de la Universidad Central, e incluía dos graduados en el exterior quienes debían hacer su reválida del título obtenido. Uno venía de la Universidad de Tulsa, otro de la Universidad de Arizona.

El profesor González nunca cesaba de maravillarse de la geología de los Andes venezolanos. Para sus bien entrenados ojos era evidente lo que había ocurrido en este rincón del planeta. Los mares del Cretácico habían penetrado desde el este, a medida que se creaba el océano Atlántico por la fractura de Pangea. De esta manera se había formado la gran cuenca del Oriente de (lo que es hoy) Venezuela, con miles de metros de sedimentos marinos contentivos de restos animales y vegetales. Las costas de este mar se colocaron en la zona del curso actual del Orinoco. Al sur, se extendía una línea en dirección este-oeste de modestas elevaciones sometidas a una continua erosión fluvial y eólica. Esta zona costera era parte del corazón geológico de Suramérica, el llamado escudo de Guayana, compuesto por rocas ígneas y metamórficas muy antiguas, formadas antes de los inicios de la vida en el planeta, durante el período precámbrico. Hacia el oeste, en los territorios hoy llamados Trujillo y Perijá existía una línea de playa ocupada alternativamente por transgresiones del litoral marino y por deltas de los ríos que fluían hacia el mar. Los sedimentos neríticos y fluviales así depositados

son conocidos por los geólogos como los grupos Río Negro y Cogollo. A medida que el tiempo geológico transcurría, los mares se hicieron más profundos y sus lechos recibieron sedimentos más finos y de mayor contenido orgánico. Al depositarse en áreas marinas tranquilas, de pobre oxigenación, el contenido orgánico de las aguas sufrió una lenta descomposición, eventualmente formando rocas llamadas euxínicas, es decir, rocas densas, de color negro, con abundante material orgánico. Estas rocas se conocen hoy en la literatura geológica venezolana como formación La Luna, por haber sido descritas originalmente en la quebrada La Luna de la región zuliana. Rocas similares se depositaron en lo que es hoy el oriente del país y en Colombia, Ecuador y Perú. Mucho del contenido orgánico de estos sedimentos se convirtió lentamente en una sustancia viscosa, compuesta por cadenas más o menos complejas de carbono e hidrógeno. Es en este período geológico conocido como el Cretácico medio y superior que comienza el gran proceso de formación del petróleo en casi toda la región que luego sería llamada Venezuela. Las rocas de la formación La Luna, además de su alto contenido orgánico, son de una belleza excepcional. Son calizas densas, laminadas, de mediano espesor, de colores grises claros hasta muy negras, con intercalaciones de margas, es decir, arcillas calcáreas. Estas margas frecuentemente alojan concreciones de forma elipsoidal o discoidal que asemejan huevos de animales gigantes. Al romperlas, como una nuez, las concreciones revelan innumerables y exquisitas amonitas fósiles, esos bellos cefalópodos que se convirtieron en los reyes de los mares del Cretácico, reemplazando los majestuosos dinosaurios misteriosamente desaparecidos.

Esta es una historia que solo unos pocos iniciados conocen, pensaba tristemente el profesor González. Es tan difícil disfrutar plenamente de la belleza si no es posible compartirla. Quienes pasen por Seboruco en su auto, con las ventanas ahumadas y cerradas y refugiados en el aire acondicionado, nunca sospecharán que en los cortes rocosos a la entrada del pueblo, frente a la pequeña bodega del lugar, se encuentra la llave que nos abre las puertas a ochenta millones de años de historia geológica. El geólogo, decía Hans Cloos, “solo puede ver lo pequeño pero debe imaginar lo grande.” Quien pueda leer en el libro de las rocas advertirá

que las areniscas intercaladas entre las calizas de la formación La Luna indican que los mares se retiraban cíclicamente de la costa, permitiendo el avance de los deltas. Los apretados plegamientos en forma de acordeón que pueden observarse en muchas de estas rocas representan períodos de creación de montañas, lo que los geólogos llaman orogénesis. Estos períodos dieron origen a los Andes y a su prima hermana la cordillera de la Costa. Estas montañas se crearon porque los sedimentos fueron severamente comprimidos entre la inamovible masa cratónica de Guayana y la placa tectónica del Caribe. A medida que se levantaban las montañas, debido a un efecto de compensación isostática, se hundían las áreas adyacentes, las áreas que hoy forman las regiones de Maracaibo, Barinas, Maturín y Guárico. Esta historia de levantamientos y hundimientos, de arribas y abajos en gran escala, de mares que avanzan y mares que retroceden, ha durado millones de años. Las zonas de hundimiento recibieron miles de metros de sedimentos cada vez más jóvenes, los cuales recubrieron y comprimieron las rocas de la formación La Luna. El efecto de compresión de las rocas de la formación La Luna produjo, a su vez, elevadas temperaturas. El resultado combinado de presión, tiempo y altas temperaturas fue similar a lo que sucede en las cocinas venezolanas cuando la dueña de la casa hace un sancocho. En ese gran sancocho geológico, en ese inmenso “cruzado” que se llevó a cabo en el subsuelo de nuestra región, la naturaleza incorporó restos de dinosaurios, peces, moluscos, helechos, amonitas y toda clase de micro-organismos. El proceso de cocción surtió buen efecto y los restos orgánicos fueron paulatinamente transformados, primero en una sustancia intermedia de naturaleza sapropélica, y después, gota a gota, verso a verso, como diría Antonio Machado, en hidrocarburos de muy variada naturaleza. La diversidad se explica, no solo por los ingredientes originales de cada sancocho, sino por las diferentes maneras de migrar que tuvieron estas sustancias para llegar a su sitio final de acumulación. En efecto, una vez formado, el petróleo inició su lento viaje a través de los poros de las rocas suprayacentes, un viaje hecho posible por las diferencias de presión en el subsuelo. El petróleo viajó, gota a gota, en búsqueda de las zonas de menor presión, tratando de llegar hasta la superficie, tal y como los salmones remontan a

saltos los ríos, corriente arriba, para tratar de desovar. Mucho del petróleo llegó efectivamente a la superficie y allí se disipó, perdiéndose para siempre, o se concentró en lagos de asfalto como el de Guanoco o en pequeños menes que sirvieron a los primeros geólogos de indicación para sus exploraciones. Sin embargo, grandes volúmenes se quedaron en el camino al encontrar estratos rocosos que los atraparon, bien sea por su poca permeabilidad (trampas estratigráficas) o por su posición estructural (trampas estructurales). Estas trampas geológicas guardaron sus tesoros por millones de años, esperando pacientemente a... Ralph Arnold.

Ralph Arnold era un joven geólogo de California, empleado por el gobierno estatal, quien fue tentado por una empresa petrolera operando en Venezuela para ir a ese país e investigar sus posibilidades petrolíferas.... La paga era buena, Arnold era joven, Venezuela sonaba exótica y atrayente...

\*\*\*\*\*

“Profesor, profesor.” El estudiante Ramírez lo sacudió levemente para despertarlo. “Ya estamos listos, profesor.” Ramírez era uno de los pocos estudiantes quienes se atrevían a hacer chistes en clase o, más arriesgado aún, a despertar al profesor González de sus breves siestas. El profesor González era una formidable personalidad, alternativamente avinagrada y bondadosa. Era un producto de la diáspora española republicana, la cual se extendió por todo el mundo después de la victoria franquista. Era de Tudela de Navarra. Había sido herido durante la guerra civil española y colocado en una cama al lado de Víctor García, voluntario venezolano, también herido. El locuaz Víctor había convencido a González de que Venezuela era el mejor país del mundo, después de España. Tan pronto los dieron de alta, regresaron juntos a Venezuela. González era gruñón, ateo, competente y de gran corazón. Se sembró rápidamente en Venezuela y, después de una breve pasantía por el trabajo petrolero corporativo, se había dedicado por entero a la docencia, a formar geólogos. La mayoría de los geólogos formados en la Universidad Central de Venezuela iban a engrosar las filas del Ministerio de Minas e Hidrocarburos o del sector minero. Muy pocos iban a la industria petrolera venezolana, en manos de las empresas internacionales concesionarias. En 1956,

año en el cual comienza nuestra historia, no más de un pequeño puñado de geólogos venezolanos formaban parte de la industria petrolera nacional. Rodríguez Eraso, Sugar, García, Domínguez, Rosales, eran ya, en su mayoría, miembros de la gerencia de la industria, no estaban activos como geólogos. Otros pocos se encontraban en posiciones muy subordinadas. Es en estos años que comienza una progresiva infusión de geólogos venezolanos en las filas operativas de la industria. Estos geólogos vinieron, al principio, de universidades del exterior, básicamente del medio oeste norteamericano. Quizás, al principio, la Universidad Central había tenido un sesgo ideológico, el cual promovía la entrada de sus geólogos recién graduados a los organismos del Estado, en preferencia a las empresas internacionales. Es probable que el profesor González tuviese algo que ver con esta postura ideológica. Sin embargo, poco a poco, esta tendencia se fue corrigiendo y la Universidad Central de Venezuela comenzó a aportar egresados a las filas de las empresas concesionarias.

En 1956, uno de los geólogos graduados en una universidad norteamericana y en búsqueda de su reválida era Bernardo Mateos, quién se había graduado el año anterior como geólogo petrolero en la Universidad de Tulsa, en el estado de Oklahoma. Bernardo debía aprobar tres exámenes a fin de revalidar su título: fotogeología, legislación minera y petrolera y geología de Venezuela. Tanto la fotogeología como la geología de Venezuela debían ser dictadas por el profesor González. En Seboruco, Bernardo Mateos se encontraba con el curso de geología de Venezuela. Además, es preciso decir, estaba disfrutando plenamente del trabajo de campo. No solamente Bernardo se deleitaba con la belleza del paisaje y con las excelentes clases del profesor González sino con la belleza de una estudiante llamada Myriam, de cara ovalada y trasero redondo, una combinación verdaderamente irresistible.

Bernardo se había fijado en Myriam desde el primer momento. Le atraía su viveza intelectual pero había algo más. No era bonita en el sentido clásico del término pues su boca era grande y su sonrisa mostraba dientes ligeramente separados. Sin embargo era terriblemente atractiva. Cuando caminaban cerro arriba,

Bernardo se deleitaba viéndola, lo cual le hacía olvidar en ocasiones el objeto geológico de la excursión.

Decidió concentrarse en ella. Su limitada experiencia en asuntos amorosos le había enseñado a no tratar de abarcar demasiado. En el pasado había tratado de acercarse a más de una joven a la vez, con resultados muy pobres. Pensó que Myriam se sentiría halagada de sus atenciones. Lo primero que hizo fue aprovechar su tiempo libre en buscar algunas flores silvestres. A un kilómetro del pueblo había visto una pequeña loma bordeada por un riachuelo. La loma tenía un bosque de espadillas (*Trimeza martinicensis*), bellas flores amarillas que asemejaban orquídeas enanas, donde hizo una nutrida colección y, de regreso al pueblo, vio unos lirios azules a morados (*Agapanthus africanus*) en una casita y obtuvo permiso de la señora de la casa para obtener algunos. Con su manojo de flores se fue a ver a Myriam. La encontró leyendo el artículo de Peter Christ sobre la geología del camino entre Mucuchachí y Santa Bárbara, un documento clásico de la geología venezolana publicado por Christ en Suiza, en 1937.

“Hola Myriam,” la saludó. “Veo que estás estudiando.”

Myriam levantó los ojos y vio las flores. “Qué bellas flores!” exclamó.

“Son para mi geólogo favorito,” respondió Bernardo. Y se las entregó. “Qué lees con tanta atención?”

“El informe de Peter Christ sobre Mucuchachí,” le respondió Myriam, “una extraordinaria descripción de las lutitas metamórficas de la zona.”

“Me parecen muy poco sexy esas pizarras, Myriam,” le respondió Bernardo, “a mí las rocas sin fósiles no me interesan mucho. No hay nada más emocionante que encontrar una amonita. Los suizos son más conformes y aburridos. Sabes que en Basilea la presión del agua baja bruscamente los sábados a las 10 de la mañana?”

“Y eso?” preguntó Myriam.

“Es la hora en la cual los habitantes de la ciudad toman un baño, después de hacer el amor.”

Myriam sonrió y fue a buscar un recipiente para las flores, para ponerlas en su mesa de trabajo. Estaban en el “campamento.” Era una amplia y vieja casa de

Seboruco, la cual habían alquilado por una suma módica ya que la mitad de las casas del pueblo se encontraban desocupadas. La habitación mayor de la casa estaba reservada al profesor. Los estudiantes habían usado lonas para dividir el corredor interior en “habitaciones,” dando a las tres jóvenes del grupo un sitio más privado hacia el jardín posterior de la casa. Las mesas de trabajo se hallaban en el área común. La cocina era el centro de reunión social.

Al cabo de una corta búsqueda Myriam regresó con las flores artísticamente colocadas en una lata vacía de leche en polvo y reanudó su conversación con Bernardo.

“Lo que me atrae de las rocas de Mucuchachí” dijo, “no es tanto la litología que es monótona sino pensar en el ambiente marino en la cual fueron depositadas, evidentemente en aguas profundas, lo cual demuestra que toda esta región de los Andes venezolanos estuvo bajo el nivel del mar durante el Paleozoico superior.”

“Eso es importante” -dijo Bernardo, “pero te confieso que las rocas metamórficas no me llaman tanto la atención. Prefiero las rocas sedimentarias y su posible relación con el petróleo. El petróleo que se hubiera podido formar en las rocas de Mucuchachí fue destruido por el metamorfismo. En realidad debe haber sido mucho el petróleo generado porque las lutitas de aguas profundas generalmente constituyen buenas rocas madre.” Y agregó “Para mí, lo importante es el petróleo.”

“Procura que no te oiga el profesor!,” advirtió Myriam, “para él lo importante es la geología por la geología misma, no por sus aplicaciones utilitarias. No andamos con Ralph Arnold sino con un discípulo de Hans Cloos” Y añadió: “Sabrás que yo también me identifico con esa escuela. Recuerdo una cita de Cloos que me reclutó para su manera de ver la geología: El geólogo solo puede ver lo pequeño pero debe pensar en lo grande. Allí está la esencia de nuestra vocación. Somos naturalistas y artistas, más que científicos. Cuánto esfuerzo nos cuesta medir una sección rocosa y establecer un pequeño punto de control geológico en un rincón del universo y cuantos puntos de control requerimos para tratar de armar, parcialmente, el gran rompecabezas!”

La verdad es que Myriam se veía bella al decir esto. Vehemente y excitada, con las mejillas ardiendo, inundando el ambiente con feromonas. Bernardo balbuceó:

“Cierto, Myriam. No creas que soy puramente utilitario. Me interesa el petróleo y la geología es un camino para llegar a él pero también me adhiero a la escuela de Hans Cloos. Sabrás que él también decía que la geología es la música de la tierra. No te parece bello eso? Para Cloos la belleza del paisaje terrícola tenía mucho que ver con el orden interior de la Tierra...” Y viéndola con cierta fijeza, agregó: “de la misma forma que la belleza humana tiene que ver con lo que la persona lleva por dentro y muestra por fuera.”

“No sabía que habías leído a Hans Cloos” le contestó Myriam. “Tendré que revisar mi pobre opinión de ti,” añadió sonreída.

“Tenemos que prepararnos para el examen final,” dijo Bernardo. “Estás lista?” y Myriam le respondió: “Ya lo sabremos mañana.”

El profesor González no hacía un examen final convencional. Durante el curso observaba a los miembros del grupo, los veía trabajar y los oía razonar y los evaluaba sobre la marcha. Pero al final les hacía medir una sección geológica porque era allí donde el geólogo podía aplicar sus dotes de observación y su capacidad para relacionar esas observaciones con la historia geológica de la región. El ejercicio que pedía el profesor esta vez era la medición y descripción de la sección estratigráfica de Seboruco, la cual abarcaba desde las rocas volcánicas de la formación La Quinta de edad Triásica-Jurásica hasta las rocas más jóvenes del Cretácico. Esta sección geológica de Seboruco era bastante completa y, junto con la existente (en peligro de extinción por la extracción de calizas) en isla de Toas, la de El Baño en la carretera de Maracaibo a Carora y la de Chejendé, constituían las mejores localidades para comprender lo que había sucedido durante el Cretácico en el occidente de Venezuela.

\*\*\*\*\*

El día amaneció claro y fresco. Los jóvenes estudiantes se dividieron en cuatro equipos para llevar a cabo el trabajo. Bernardo iba junto a Ramírez y Myriam, quienes no solo eran divertidos sino que conocían bien la geología de la zona. Partieron del campamento muy temprano, antes del amanecer, caminando por la carretera que lleva de Seboruco a La Grita. Esta carretera va bordeando al río La Grita y lo cruza con cierta frecuencia. A solo dos kilómetros del pueblo de

Seboruco comienzan los afloramientos rocosos que los jóvenes debían medir y estudiar. Se detuvieron para hacer sus primeras observaciones. Midieron el buzamiento (la inclinación de las rocas) y el rumbo (dirección geográfica de los estratos) con una brújula que incluía un clinómetro. Las rocas estaban orientadas noreste-suroeste con una inclinación de cuarenta grados hacia el noreste. Eran calizas de color gris, de alto contenido arenoso y abundantes restos fósiles. La segunda tarea de los jóvenes fue examinar las rocas con la lupa, a fin de establecer la naturaleza posible de los fósiles. En el campo, a menos que se trate de geólogos ya muy experimentados o de paleontólogos, no es posible ir mucho más allá de una identificación muy tentativa. La geología está tan especializada como la medicina. Así como hay cardiólogos, neurólogos y traumatólogos, la geología tiene sus geofísicos, geólogos estructurales y paleontólogos. El geólogo de campo envía los fósiles al paleontólogo para su identificación y asignación de la edad geológica más probable. El examen de Bernardo, Myriam y Ramírez con la lupa les indicó que eran probablemente bivalvos fósiles del género *Exogyra*. No encontraron amonitas, aunque geólogos quienes habían estado anteriormente en este afloramiento habían encontrado amonitas de edad Aptiense-Albiense (Cretácico medio) del género *Roboloceras*.

Hacia el final de la mañana los jóvenes habían seguido los afloramientos hacia el noroeste por casi tres kilómetros y medido una sección estratigráfica de unos 120 metros de calizas contentivas de numerosas concreciones, además de intervalos de margas y lutitas muy negras. Las rocas contenían muchos fósiles, restos de peces y algunos especímenes de amonitas del género *Inoceramus*. Myriam gritaba entusiasmada con cada hallazgo. Sudorosa, con la blusa desordenada y semiabierta, parecía una bahiana lista para integrar una escuela de samba. En un momento se volteó hacia Bernardo y lo sorprendió viéndola con no disimulada admiración. Myriam vio a Ramírez en la distancia, absorto en sus propias observaciones, y le preguntó a Bernardo: “En qué piensas?” Y Bernardo le contestó: “En ti y en como quisiera consentirte.”

Myriam le tomó la mano y le dijo: “Esta noche te dejaré consentirme un poco. ¿Te parece bien?”

Y Bernardo apenas pudo balbucear: “Me parece maravilloso. Será difícil esperar.” A media tarde habían terminado su trabajo y esbozado un mapa geológico de la zona, combinado con la columna estratigráfica de la zona, para presentarlo al profesor González.

Al caer de la tarde, en el campamento y en un ambiente ya más relajado, el profesor González los reunió en el corredor de la vieja casa y les dio la última lección.

“Quiero decirles,” –comenzó el profesor–, “que han aprobado este curso. La semana próxima les daré mis comentarios en detalle sobre el comportamiento de cada uno. Lo importante es que ustedes nunca olviden que el conocimiento es un proceso acumulativo, que se obtiene en virtud del esfuerzo de muchos. La era de los grandes genios naturalistas quienes sabían un poco de todo, a lo Darwin, ya ha terminado. Ahora, cada uno de nosotros es parte de un engranaje y no es posible ni deseable tratar de andar solos. El geólogo de campo es una pieza que conecta con múltiples especialistas en los laboratorios y en los talleres de computación. Somos parte de una larga línea de hombres y mujeres quienes hacemos pequeñas, medianas o grandes contribuciones al conocimiento de nuestra hermosa profesión. Aquí no hay campo, no hay espacio, para la envidia, el celo o el egoísmo. Compartan siempre con sus colegas sus propios hallazgos. Nuestra mejor recompensa es saber que hemos contribuido, no importa cuan modestamente, a descifrar los grandes misterios del universo. Quiero darles otro consejo: nunca crean o acepten ciegamente lo que les diga alguien más viejo o más “importante” que ustedes. En las ciencias o en la vida la autoridad no tiene por qué tener la última palabra. Deben tomar sus opiniones muy en cuenta pero el dogma no tiene cabida en este trabajo.”

“Esto incluye sus propios comentarios, profesor?” –preguntó uno de los miembros del grupo.

“Por supuesto,” sonrió el profesor. “Debo confesarles que tiendo a ser algo dogmático,” respuesta que produjo una gran carcajada colectiva. “Sin embargo, ya ustedes no son mis alumnos sino mis colegas. Debo confesarles que me complace mucho más que reten mis opiniones a que las acepten de manera

sumisa. Los ex alumnos más destacados que he tenido en todos mis años en Venezuela han sido los irreverentes.”

“Cuántos años, profesor?” le interrogó Ramírez.

“Casi treinta en Venezuela, veinte como profesor,” respondió González.

“¿Y no echa de menos a su país?” le preguntó Bernardo.

“¿Mi país?” respondió González. “Qué pregunta más interesante. Ya no pienso en España como mi país. Ni siquiera pienso en Venezuela como mi país. Como geólogo he desarrollado una visión del planeta como una unidad. El planeta, en penúltima instancia, es nuestro país. Los sitios donde nacimos y hemos sido felices son el terruño, la patria chica y ese rincón al cuál volveremos, lo que las películas de Tarzán llamaban el cementerio de los elefantes. Aquí en Venezuela he encontrado mucho afecto, he podido ayudar a formar a centenares de jóvenes para que puedan salir adelante con sus vidas. En ese sentido de los afectos tengo muchos “países” pero ninguno en el sentido tradicional. Un geólogo no puede tomar en serio fronteras políticas artificiales que apenas han durado décadas o siglos, fronteras que frecuentemente dividen de manera poco válida las unidades geológicas o fisiográficas naturales como la Amazonía, los llanos, los Alpes o los Andes, generando segmentos que ni siquiera representan unidades culturales. Los yanomami o los wayuu andan de un país a otro sin darse cuenta. No sé si se han dado cuenta de que un boliviano de Santa Cruz, un ecuatoriano de Guayaquil, un venezolano de Maracaibo y un colombiano de Barranquilla se parecen mucho más entre ellos que a sus compatriotas de las alturas de Quito, La Paz, Mérida o Bogotá. La topografía es más fuerte que la identidad política.”

Uno de los miembros del grupo le preguntó: “¿Porque habla del planeta como una penúltima instancia, profesor?.”

Y el profesor respondió: “Porque aún nos falta conquistar la última. El hombre viajará algún día a las estrellas. Y cuando ello suceda, nuestro planeta se convertirá en el terruño. Seremos entonces ciudadanos del cosmos”. Se detuvo un instante y continuó: “Pero, no nos pongamos demasiado solemnes. Esta noche pueden salir a celebrar, al Seboruco Intercontinental o a cualquier otro sitio. Eso sí, nada de escándalos y, como decía Bernard Shaw, nada de pornografía!”

Y así terminó el curso de geología de Venezuela de la Universidad Central de ese año. Esa noche, bajo las estrellas que algún día el hombre visitaría, Myriam y Bernardo se consintieron mutua y largamente. En la fría madrugada de Seboruco, Myriam le susurró a Bernardo: “Me encanta tu *Baculites inornatus*.” Y Bernardo le contestó: “Me fascina tu *Oxytropidoceras venezuelensis*.”

Y los dos estuvieron de acuerdo en que Seboruco siempre sería una de sus patrias chicas.

Después de esa maravillosa noche juntos nunca se volverían a encontrar.

### III.

#### **ADOLESCENCIA EN LOS LAGOS, MÁS ALLÁ DE LOS TEQUES.**

Bernardo Mateos se había graduado en la Universidad de Tulsa, en Oklahoma, y regresaba a Venezuela para trabajar con una de las empresas concesionarias.

Venía después de vivir por cuatro años en Tulsa, Oklahoma, una ciudad de la cual se había enamorado a primera vista. Le encantaba, sin embargo, reencontrarse con su país, con la maravillosa luz del trópico y la imponente geografía venezolana. Desde su adolescencia en el pueblo de Los Lagos, más alto aún que Los Teques, Bernardo había adquirido un gran amor por la naturaleza. Además había adquirido la buena o mala costumbre de llevar un diario, el producto de leer a Amiel. Bernardo era, como Amiel, un gran tímido. Este hábito de llevar un diario nos será útil para completar algunas lagunas en nuestra historia.

\*\*\*\*\* ***Del Diario de Bernardo Mateos*** \*\*\*\*\*

Mis memorias más remotas de Los Lagos, donde pasé mi niñez y adolescencia, son las de una aldea tranquila, envuelta con frecuencia en la neblina y habitada por gente muy extraña: genios, locos, beatas, borrachos y pordioseros, aunque las líneas divisorias entre estas categorías fuese muy tenue. Los locos deambulaban por la aldea, hablando en alta voz, cada quien en su especialidad. Roberta, por ejemplo, andaba siempre cargada de potes vacíos, los cuales utilizaba en forma de un inmenso collar. Ella se adornaba con varias capas de ropa mugrientas y apestosas, diseñadas para descorazonar a las autoridades cuando intentaban perseguirla... no era tan loca.

La que llamaban la “viejilla,” por su parte, discurría constantemente sobre sus aventuras amorosas, de cómo había sido asaltada y violada y de cómo el forajido la había hecho gozar. La avejentada mujer se reía a carcajadas cuando narraba su aventura, tocándose el vientre y diciendo que allí estaba la prueba de que la “viejilla” aún gustaba. Nadie le dio crédito, hasta que su vientre creció lo suficiente como para no dejar dudas de que un nuevo ser humano andaba en camino.

¿Y qué decir de la señora Díaz? Era una persona muy devota. Todas las tardes se asomaba por la ventana de su casa para vigilar a los transeúntes. La señora Díaz tenía una barba tan poblada como la de Cipriano Castro. Aquiles Nazoa, quien la conoció, le escribió un poema diciendo que esta señora, en materia de honestidad, había llegado donde muchas lampiñas nunca llegarían.

¿Y Toñito, el campanero? Había sobrevivido una caída en picada del campanario, había quedado sin habla, lo cual es un alto precio que pagar para cualquier venezolano. Pero continuaba prestando sus servicios de campanero, como un silencioso Quasimodo de eterna sonrisa desdentada.

El cura de la aldea era el delgadísimo padre Romero, especialista en utilizar su paraguas para enganchar a los niños por el cuello, lo cual lo hacía un personaje muy temido por nosotros.

El mejor poeta del lugar era también nuestro mayor borrachín. Era llamado el mejor torero del mundo porque todas las tardes sus amigos lo llevaban en hombros a su casa. En sus momentos de mayor euforia aseguraba que el mejor poema que había escrito era “Vuelta a la Patria” de Pérez Bonalde. Llevaba siempre en su bolsillo un recorte de prensa, según el cual unos científicos canadienses habían establecido que “el alcohol con alcohol se cura,” un tratamiento contra la bebida que consistía en darle al paciente grandes volúmenes de alcohol para crearle un hastío de la bebida, un rechazo progresivo. “Este es el tratamiento que me están aplicando,” decía el poeta, como si los canadienses estuviesen viviendo en la propia aldea.

\*\*\*\*\*

Los Lagos era una especie de Davos Platz tropical. Como Davos Platz, tenía su pequeña estación de tren y era muy popular como lugar para la recuperación de los tuberculosos. No tenía un sanatorio como Davos ni podía uno encontrar en sus calles a Hans Castorp o a Settembrini, pero los pinos, la neblina perenne y hasta la arquitectura de muchas casas, de estilo alpino, recordaban los altos suizos. Los alemanes, quienes habían financiado y construido el ferrocarril, habían construido sus casas en ese estilo y creado un bello parque, atravesado por un riachuelo cristalino, lleno de grandes sardinas. El suelo del parque estaba cubierto por un espeso colchón de agujas de pino, donde Auristela un día me enseñó el arte de besar lentamente.

La aldea era alargada como un trilobites, con un segmento llamado Lago Abajo, una estrecha conexión central y un tercer segmento llamado Lago Arriba. Cada porción de la aldea tenía características socioeconómicas diferentes. En Lago

Arriba vivían los tenderos y comerciantes y en Lago Abajo los empleados del gobierno local. Se viajaba a Caracas por una estrecha y peligrosa vía labrada en los mármoles y gneises del Cretácico inferior, hasta llegar a las relativas llanuras de Antímano. En Lago Arriba había dinero y en Lago Abajo “talento.” Los moradores de Lago Arriba eran estirados y nosotros, los moradores de Lago Abajo éramos irreverentes. En nuestro segmento de la aldea “pasaban” cosas. Allí teníamos retretas dominicales, bailes de carnaval en la Plaza Bolívar y grandes misas y procesiones.

Los jóvenes de Lago Abajo solíamos caminar incesantemente, de un extremo a otro de la aldea, hablando de literatura. Comenzábamos nuestras caminatas a la caída del sol. Mi único amigo en Lago Arriba, con quién compartía caminatas frecuentemente era Donato, un joven taciturno de andar mecánico, a quién llamábamos Don Del Oro, por su semejanza con un célebre personaje tipo robot de una serie de cine llamada “El avispón verde.” Yo era el más joven del grupo, un grupo unido por la timidez. No nos atrevíamos a hablar con las muchachas y preferíamos aparentar que solo la literatura nos interesaba. De ese grupo, Mario murió muy joven. Augusto, el más brillante, llegó a ser jefe de redacción de un diario de circulación nacional. Germán estudiaba farmacia y era un gran aficionado a la ópera. Enzo era nuestro experto en Herman Hesse, uno de los ídolos de nuestro club de tímidos. Nos considerábamos todos “lobos esteparios,” “seres extraños y sombríos.” El miembro más extraño de nuestro grupo era el negro Federico. Federico era viejo, tenía el pelo blanco y la nariz grande y achatada de los esclavos. No tenía instrucción alguna pero sí una sabiduría natural y unas gentiles y civilizadas maneras que lo hicieron merecedor de nuestro respeto. Creo que él se sentía orgulloso de pertenecer a un grupo de jóvenes cultos y con arrestos intelectuales. El otro miembro del grupo era Juan Vicente, quién muchos años después sería un distinguido ambientalista.

Casi todos los miembros de aquel grupo, producto de una pequeña aldea, se convirtieron eventualmente en ciudadanos del mundo. Juan Vicente se graduó en La Sorbona, Mario se fue a Chile, Augusto a Italia, Enzo a Dinamarca, yo a Estados Unidos. En Lago Abajo siempre esperaba nuestro regreso el negro

Federico, quien disfrutaba de todos nuestros éxitos y siempre estaba listo para reanudar las caminatas nocturnas. En cierta forma Federico se convirtió en el eje del grupo, hasta su muerte. Y todavía hoy, los sobrevivientes del grupo lo recordamos con un afecto especial, entre filial y fraternal.

De este grupo derivé mucha alegría y fortaleza espiritual. En las caminatas hablábamos de literatura y de música clásica. Imperaba en nuestras conversaciones la irreverencia, el sentido del humor y el amor por la vida. En el seno de ese grupo llegué a creer en la victoria inevitable de los buenos sobre los malos, a burlarme de lo pomposo, a no tomar la vida muy en serio, a sentir compasión por los más débiles. Leíamos y discutíamos sobre Hesse, Tomás Mann, Unamuno y Azorín, Tolstoi y Korolenko, Balzac, Hugo, Dumas y Verne. Dumas me enseñó a interesarme por la historia de Francia, en especial por el largo período de Luis XIV, aunque tardé años en darme cuenta que los héroes de Dumas eran, con frecuencia, los villanos en la vida real y viceversa. Dumas pintó a Nicolás Fouquet como un héroe cuando en realidad fue un corrupto ministro de finanzas. Leyendo a Dumas llegué a odiar a Colbert, quien realmente fue un brillante y dedicado servidor de Francia. En esos libros aprendí a ser puntilloso en cuestiones relacionadas con la honestidad personal, una característica que me ha traído problemas en nuestra sociedad venezolana.

Leyendo a Hesse y, sobretodo, a Mann, desarrollé una afición por lo “profundo.” Por años me sentí como un Hans Castorp mestizo, me consideré un “niño mimado por la vida,” siempre en búsqueda del significado último de la existencia y de una Claudia Chauchat de quién enamorarme.

Lo que si descuidé, quizás afortunadamente, fue la lectura de los escritores Marxistas. Nadie en nuestro grupo los leía, aunque muchos jóvenes de la época los llevaban eternamente bajo el brazo. También descuidé a los escritores venezolanos. Con excepción de Gallegos, Pocaterra, Uslar Pietri y el García Maldonado de “Uno de los de Venancio” y de ensayistas como Briceño Iragorry, Díaz Sánchez y Picón Salas, fue poco lo que me llamó la atención en nuestra literatura. Tanto nuestra prosa como la poesía me han parecido débiles y parroquiales. De Gallegos me impresionó “Reinaldo Solar,” a quién ví como la

personificación de muchos de esos jóvenes venezolanos quienes nunca pudieron realizarse por falta de empeño.

Mi adolescencia fue normalmente traumática. A los 12 años medía 1.80 metros y pesaba apenas 57 kilos. Tenía barros en la cara y era desgarbado e infeliz. Solo en el seno de mi pequeño grupo de amigos me sentía apreciado y cómodo. Con algunos ahorros que pude hacer, tomé la sabia decisión de comprar el curso por correspondencia de Charles Atlas, el llamado Tensión Dinámica. A ello me empujó una opinión de un tío médico, quien observándome me dijo: “Tienes una capacidad torácica muy pendeja...”, una evaluación que terminó de echar por tierra los restos de mi autoestima. El curso de Charles Atlas vino al rescate. Todos los meses me llegaba un nuevo capítulo del curso, con nuevos ejercicios y recomendaciones sobre la alimentación. Me convertí en un fanático de las ensaladas y de las frutas. Los ejercicios, muy sencillos, surtieron un razonable efecto y pronto me comencé a ver en el espejo con alguna dosis de satisfacción. Un matrimonio de profesores, quienes también hacían el curso, me adoptaron, por decirlo de alguna manera. En especial, ella me hizo sentir, con sus comentarios amables, como un joven normal y no como el monstruo que yo solía ver en el espejo.

Mi familia era de estricta clase media media. Sin embargo, en Los Lagos ser el único boticario le daba a mi padre un cierto status en la comunidad. Los campesinos de la vecindad venían a recetarse con él. Uno de ellos le felicitaba siempre y le decía que sus recetas eran especialmente efectivas cuando estaba “rascado”, aunque mi padre rara vez tomaba licor. La farmacia le daba a mi padre un ingreso modesto pero bastante estable, unos 500 bolívares al mes, una buena suma para la época. De ese dinero salía el “diario” para mi mamá, unos diez bolívares, con los cuales ella compraba los víveres requeridos para el día y hacía algunos otros pequeños gastos. Con el resto del dinero mi padre pudo adquirir una de las mejores casas del pueblo, con pisos de mosaicos, un pequeño patio interior y hasta una azotea en la cual había un pequeño cuarto que yo destiné a mi “laboratorio,” en donde examinaba en algún detalle a las niñas del vecindario.

Mi padre era una máquina de trabajo. A las seis de la mañana se encontraba en la botica. Al mediodía iba a la casa para almorzar y hacer una breve siesta. Entre seis y ocho de la noche la botica se convertía en un centro de tertulias sobre diferentes temas, especialmente sobre la segunda guerra mundial. El experto en estrategia militar era Víctor, el zapatero del pueblo, también segunda base del equipo de béisbol. Me hice muy indeseable en ese grupo porque, a mi edad, me permitía opinar sobre los más diversos tópicos.

Mi padre tenía poco tiempo para cualquiera otra actividad. Un baile era una ocasión excepcional. Jugaba a las cartas con frecuencia. De resto era un animal de rutina, un Nietzsche tropical, siempre cruzando la esquina de la casa a la misma hora. Lo que nunca pudo disimular fue su gran afición por el sexo opuesto. Hasta sus últimos días, a los ochenticuatro años y en silla de ruedas, mostró señales de entusiasmo cada vez que veía una mujer hermosa. Aún recuerdo una tarde en la cual regresábamos del cementerio del pueblo, después de asistir a un entierro. Un niño de edad similar a la mía comenzó a caminar con nosotros y le pidió la bendición a mi padre, quién procuraba quitárselo de encima acelerando el paso y hablando con otros amigos. ¿Era aquél niño un equivocado o un hijo desconocido de mi padre? Lo cierto es que, a la hora de la cena, dejé caer candorosamente esa información, lo cual produjo en la mesa un silencio pronunciado. Mas tarde, desde mi habitación, oí vehementes discusiones y, según recuerdo, el ruido de objetos que se rompían, hasta que se impuso el silencio. Al asomarme con cautela a la habitación, vi a mi madre aún tratando de discutir con mi padre pero ya completamente afónica. De allí el silencio.

El hogar era feliz y yo también, aunque a veces no me diera cuenta. Éramos una familia pequeño burguesa, apacible, moralmente limpia y hasta gazmoña, a pesar de las veleidades de mi padre, más imaginarias que reales. A diferencia de mi padre, más bien tranquilo y pacífico, mi madre era como un motor en perenne actividad. Era una líderesa en el pueblo. Fundó y gerenció por 30 años un asilo para niños, promovía campañas de alfabetización, organizaba cursos de puericultura para las madres, casi todas solteras. Luchaba por mejorar los servicios públicos y la limpieza de las calles. Era una especie de Eleanor

Roosevelt de Los Lagos. Tocaba el piano en todas las veladas benéficas que se llevaban a cabo. Siempre estaba lista, montada en su corcel de idealismo, para actuar en favor de los más débiles. Tenía una avasallante personalidad y sus carcajadas eran muy contagiosas. En el cine del pueblo todos sabían cuando mi mamá estaba allí, por sus carcajadas inconfundibles. Como es predecible, esta avasallante personalidad la hizo alternativamente querida y resentida, muy admirada y muy temida. La gente la apoyaba en público pero algunos la combatían en secreto.

Desde pequeño me inyectó una manera de actuar que se convirtió en una segunda naturaleza. Un día, en la escuela primaria, decidí jubilarme. En lugar de asistir a clases, me fui con otro niño a pescar. Días después la maestra nos encontró en la calle y le comentó a mi mamá lo que yo había hecho. Esperaba lo peor. Mi madre me miró fijamente mientras respondía a la maestra: “¡Debes haber visto mal! Mi hijo nunca haría eso.” Y seguimos nuestro camino. Lo cierto es que ese intercambio fue suficiente para que yo jamás me jubilara de nuevo, ni actuara en la vida de manera que no estuviese de acuerdo con lo correcto.

Entre Los Lagos y Los Teques había un sitio que yo evitaba. Si debía pasar por allí lo hacía a la plena luz del día. Al caer la tarde la zona se poblaba de misteriosos quejidos o aullidos, los cuales venían, según los moradores del lugar, de las almas en pena de los locos que allí sufrieron las torturas más horribles. El sitio era la vieja casona que había servido como manicomio nacional durante la presidencia de Joaquín Crespo. El primer director de este manicomio fue Telmo Romero, un híbrido de Marqués de Sade y Rasputin, brujo y yerbatero. Romero manufacturaba diversos jarabes y pociones tales como la Pariglina, el Giriófedo, la Facelina y el tónico de Aipirú. En un artículo publicado en un periódico de la época, Romero explicaba su método, así: “Además de las plantas que les administro, hago uso de los baños, de inmersión para unos, con chorro para otros, diarios o no, con temperaturas diversas y por tiempos largos o cortos.” Es decir, para todos los gustos. Y añadía Romero: “Debo decir que, cualquiera sea la locura, mis remedios dan siempre resultado, pues si no queda curada queda por lo menos modificada. Así es que aún en las locuras más terribles, dependientes del

furor uterino o del onanismo, se calma la furia, quedando el enfermo en una especie de tranquilidad cercana al idiotismo.” Para documentar sus aciertos exponía una larga lista de locos quienes, después de su tratamiento, ya se encontraban perfectamente, al menos en su concepto. La terapia se basaba en el principio de las contradicciones. A un loco agitado le hacía extraer un diente para “distraerlo.” Hundía clavos en el cráneo de algunos pacientes para lograr que olvidaran sus accesos de rabia. Uno de sus mayores aciertos fue enviar, como orador de orden, a un paciente, Rafael Aristeguieta Montero, a la plaza mayor de Los Teques, para celebrar el nacimiento de Simón Bolívar, un 28 de octubre, la cuál, para empezar, era la fecha equivocada. Aristeguieta comenzó su discurso confesando haber enloquecido por haber convivido ilícitamente con una mujer. Continuó declarando su intención de casarse con una huérfana, a pesar de que entre la audiencia se encontraba su esposa. Terminó pidiendo excusas por “la pobreza de su imaginación, oscurecida por las sombras del dolor, apartada del campo literario por las exigencias de su trabajo, en la fábrica de cigarros Guacaipuro.” Este paciente había sido curado por Romero con dosis diarias de una poción compuesta por tres onzas de ruda, cuatro onzas de ahitera, tres onzas de miel de abejas, agregándole en infusión un cristal de sábila. El mal histérico de Aristeguieta no había aguantado nueve días de este tratamiento. La gente del sitio me asegura que son de él los aullidos que más se oyen, al caer la noche, entre Los Lagos y Los Teques.

\*\*\*\*\*

Bernardo Mateos vio transcurrir su adolescencia en la maravillosa aldea de los Lagos, una adolescencia extremadamente feliz. La aldea de Los Lagos ha desaparecido hoy, convertida en parte de la “gran” Los Teques, un hormiguero con pretensiones de ciudad, donde ha desaparecido todo rastro del entorno amable que la caracterizó hace apenas medio siglo. La carretera que conduce al nuevo Los Lagos está llena de vallas comerciales y anuncios de los numerosos burdeles-moteles que existen en la zona. Al regresar, después de muchos años, Bernardo buscó en vano rostros familiares. El hogar paterno había sido convertido

en una fábrica de colchones. Las retretas habían desaparecido. Los amigos de infancia eran una distante memoria. Ya no había razón alguna para regresar.

Fue en Los Lagos, sin embargo, durante su adolescencia, que la vocación hacia la geología se cementó, apoyada en la amistad con Pancho Ramírez, a quien él veía caminar por los senderos con un martillo y una lupa, viendo con gran concentración las rocas de la zona. ¿De qué se trataba aquello? ¿Qué buscaba Pancho? Después de algún tiempo Bernardo lo supo. Pancho, próximo a graduarse de geólogo, buscaba comprender el más remoto pasado del planeta, algo que para los habitantes de la aldea de Los Lagos, más interesados en el día a día de la pequeña aldea que en un pasado inimaginable, lucía como una total pérdida de tiempo. Bernardo hubiera podido estar de acuerdo con la mayoría pero le pareció interesante lo que buscaba Pancho.

Y ello lo decidió a ser geólogo.

#### IV.

#### UN ESTUDIANTE EN USA.

\*\*\*\* Del Diario de Bernardo Mateos \*\*\*.

Cuando llegó el momento de ingresar a la Universidad Central de Venezuela, ésta acababa de ser cerrada por el Dictador Marcos Pérez Jiménez, un cierre de naturaleza indefinida. Debí buscar alternativas de costo razonable, porque mis padres no podían financiar mi educación en una universidad de alto costo. Por correspondencia con algunos amigos quienes se habían ido al medio oeste norteamericano, me animé a tratar de entrar en la Universidad de Tulsa, en Oklahoma. Ya había decidido estudiar geología, gracias a dos personas: una, Pancho, quién ya estudiaba geología y me entusiasmó a seguir su ejemplo. La otra, un boticario amigo de mi padre, quién me dijo que su hijo era geólogo y “ganaba bastante dinero”. La doble atracción de una profesión interesante y lucrativa me decidió, sin pensarlo mucho. La Universidad de Tulsa tenía una excelente reputación en el área petrolera. Los primeros ingenieros Venezolanos quienes se especializaron en petróleo fueron a Tulsa: Siro Vazquez, Manuel Guadalajara, Jorge Hernández, en 1931, dos años antes de que yo naciera. Me fui a la embajada norteamericana y averigüé lo necesario para tramitar mi ingreso a aquella universidad. Allí me dijeron que, previamente, debía estudiar inglés. El día que estuve en la embajada norteamericana era el único estudiante en búsqueda de información. Me atendió una amable señora, quién me recomendó varios institutos para el aprendizaje del idioma y hasta me comentó que mis ojos

marrones tendrían mucha aceptación en el Norte. De los sitios recomendados por la señora seleccioné a “Queen’s College”, en Flushing, New York. Con la ayuda de la Embajada pude lograr un cupo en ese instituto con suma rapidez. Por \$300 logré contratar un curso intensivo de inglés de casi tres meses de duración. Ellos me ayudarían a encontrar un sitio donde vivir mientras estaba en el curso.

\*\*\*\*\*

Salí de mi casa en Los Lagos directamente a Nueva York. Tenía 16 años y nunca había ido más lejos que Valencia o Macuto. Solo a los 14 años había conocido el mar, cuando mi padre me llevó a Macuto por tres días. Me llevó a respirar el aire salado pero no me permitió entrar al agua. Yo era un hijo de la montaña. Ahora, sin embargo, iba a cruzar el Atlántico. Cuando recibí la aceptación de Queen’s College y de la Universidad de Tulsa, mis padres no pusieron ninguna objeción a mi viaje. Me apoyaron completamente. Fue mucho tiempo después que supe que el dinero que me enviarían representaba más de la mitad de todos los ingresos familiares. Mis padres y mi hermana tendrían que vivir con el dinero restante. En aquel momento no me di exacta cuenta del alto precio que mis padres iban a pagar por mis estudios y por mi ausencia. A pesar de que mi madre parecía indestructible y siempre de buen humor, mi partida la afectó mucho. Me contó una vecina que, después que salí de la casa, pasó varios días llorando. Para que nadie se diese cuenta, se iba a la azotea. “Yo la observaba desde lejos y deseaba acercarme a consolarla, pero nunca me atreví a hacerlo, porque eso le hubiese dado mucha vergüenza”, me dijo la vecina.

En Diciembre de 1950 salí hacia Nueva York en un “Constellation” de la Línea Aeropostal Venezolana, creo que el mismo aparato que, trágicamente, se

estrelló frente a las costas de Carolina del Norte unos meses más tarde. Nunca había montado en un avión y ahora lo hacía para un viaje muy largo. Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de La Guardia, después de largas horas, debí echar mano a todo mi coraje para levantarme del asiento y salir de la cabina, la cual representaba el último pedacito de Venezuela. Y es que por la ventanilla del avión lo que se advertía era un paisaje totalmente extraño, de un color entre gris y azulado. Los hombres quienes se movían alrededor del aparato parecían ser de otro planeta, con espesos abrigos, grandes gorras, orejeras y lentes oscuros. Me di cuenta que afuera hacía mucho frío y aquí llegaba yo, sin abrigo, apenas con una vieja bufanda que había pertenecido a mi abuelo, el amigo de Arturo Michelena. ¿Sería la bufanda que Michelena usó en París?

Al salir del avión recibí en su total intensidad el olor de Nueva York, un olor ciertamente diferente al de Los Lagos. Era un olor a niebla industrial, a aceites, combustibles, a humo de chimeneas, un olor a mucha gente trabajando. Me pareció realmente atractivo. Era acre y sabroso, un olor que trae a la imaginación un país en movimiento, haciendo cosas. En contraste los olores de mi aldea Los Lagos eran dulces y blandos, lleno de aromas suaves que llamaban a la lasitud.

Aunque parezca difícil de creer, las primeras dos personas con quienes tuve contacto en Nueva York eran venezolanas. La primera fué el profesor Gutiérrez, quién me había dado clases en cuarto grado en Los Lagos y ahora trabajaba para la Línea Aeropostal Venezolana en Nueva York. La otra fue Mariano Delgado, recepcionista del Hotel Robert Fulton, un hotel muy modesto situado en 228 West de la calle 71, muy cercano a Broadway. Los Venezolanos

más puentes llegaban al hotel “Alamac”, en Broadway con la calle 71, a pocas cuadras del Hotel Robert Fulton.

El profesor Gutiérrez me invitó a almorzar algún tiempo después de mi llegada. Vivía en un pequeño apartamento en Brooklyn, en el cuál la bañera estaba en la cocina. Mientras la anciana madre del profesor preparaba la comida, él se bañaba, como si aún tuviese 5 añitos. Por su parte, Mariano Delgado, recepcionista del Hotel Robert Fulton, era un buen amigo de mis tíos maternos, con quienes había fundado años antes en Venezuela una de las primeras células del Partido Comunista. Nunca supe como Mariano se las había ingeniado para emigrar a USA y convertirse en un pequeño burgués. Era muy bondadoso y me ayudó bastante a sentirme un poco mejor durante mis primeros días en la gran ciudad. En el hotel Robert Fulton encontré un gran amigo, el ascensorista, un joven negro quien me sonreía cada vez que yo entraba a su ascensor y a quien yo siempre le daba un dólar de propina. En retrospectiva, pienso que su amabilidad estaba conectada al dólar y que si yo hubiera estado mucho tiempo más en el hotel me hubiese descapitalizado rápidamente. Durante las primeras 30 horas de mi estadía en el hotel no me atreví a salir de la habitación. Veía caer la nieve por la ventana, a la gente caminar de prisa contra el viento helado y, observando el tránsito endemoniado de la ciudad, me sentía francamente aterrado. El hambre me obligó a salir. Caminé muerto de frío por la calle del hotel y entré en el primer sitio donde vi una venta de abrigos. Era un sitio poco elegante, sombrío. Pero vi un abrigo de gabardina con forro removible y un cuello que simulaba piel, en el mejor estilo de los nobles rusos caídos en desgracia. Me enamoré de este abrigo y pagué seis dólares por él a la vieja vendedora, quién pareció estar tan satisfecha como yo por

la transacción. Al salir de la tienda con mi nuevo abrigo me sentí mejor, más dispuesto a caminar por la ciudad. De nuevo, me asaltaron los olores maravillosos del invierno neoyorkino: las castañas cocidas, los puestos de perros calientes, el ozono, el aroma de las manzanas en los estantes de frutas y verduras colocados fuera de los establecimientos, el mismo olor del frío. La nieve continuaba cayendo y pronto la ciudad se cubrió de un extraordinario manto blanco, se convirtió en una maravillosa escena de invierno, con grandes copos de nieve colgando de los árboles. Caminé silbando la segunda sinfonía de Tchaikovsky, “Sueños de invierno”. Después de caminar muchas cuadras, maravillado por el espectáculo, llegué al Parque Central.

Pasar de Los Lagos, cerca de Los Teques, al Parque Central de Nueva York, totalmente cubierto de nieve, en poco más de 48 horas, fue una experiencia extraordinaria que nunca he podido olvidar. Fue como aterrizar en un planeta diferente. Pasé varias horas caminando sin rumbo fijo por aquél sitio maravilloso viendo a los niños jugar en la nieve, a los artistas improvisados elaborar sus estatuas de hielo, a la gente de Nueva York paseando en el extraordinario parque.

Al día siguiente me fui de Manhattan a Flushing, a Queens College, lo cual constituyó una aventura. Tomé más de un tren, me perdí un par de veces pero al fin llegué al sitio. Ver a Queens College fue emocionante, con sus edificios de calizas rosadas y sus bellos jardines semi-cubiertos por la nieve. Allí pude formalizar mi inscripción y me dieron, con mapa y todo, la dirección de una casa situada a unas cinco cuadras de distancia, donde podría alquilar una habitación. Si acaso esa alternativa no me gustaba, me advirtieron, tendrían otras.

La casa sugerida por Queen's College fué de mi total agrado. Era pequeña, de dos pisos, propiedad de una anciana pareja de origen polaco. Vivían con una hija ya adulta, enfermera y tenían una joven pensionista. La habitación disponible era una especie de pequeño ático, claro y alegre, el cuál alquilaban por \$50 dólares al mes, incluyendo el desayuno y la cena. Ello me pareció razonable porque esta renta representaba como un 65% de mi asignación mensual y ello me dejaba algún dinero para el almuerzo, el tren y el cine. El señor de la casa, de apellido Blazzack, era redondo y plácido. Hablaba el inglés con un acento aún más fuerte que el mío, a pesar de haber pasado largos años en los Estados Unidos. Adoraba comer. La señora Blazzack era delgada y gruñona. La hija enfermera era cortés y distante. La otra pensionista, traviesa y curiosa. Los esposos Blazzack habían perdido un hijo, el único varón, en el servicio militar y, de alguna manera yo entré a llenar parcialmente ese inmenso vacío en sus corazones. El señor Blazzack se levantaba furtivamente a la medianoche a comer y, más de una vez, compartí sus expediciones, lo cual me daba a mí un buen sandwich extra y a él una excelente coartada en caso de que la señora nos descubriera. Los viejos esposos me trataron como un hijo y la buena señora se preocupaba mucho cuando yo me iba a Manhattan. Una noche llegué muy tarde, porque me fui a ver una velada de boxeo nada menos que en el Bronx. Peleaba Kid Gavilán y, luego de la pelea, me fui a un bar a tomarme unas cervezas, sin darme cuenta de que me había adentrado en Harlem. En aquél bar yo era el menos achocolatado, pero nadie se metió conmigo. Cuando la señora Blazzack supo esto se alarmó mucho y me prohibió repetir tal aventura. Me dijo que deseaba enviarme de regreso a casa sano y salvo. La más de las veces me quedaba en casa viendo la maravillosa

televisión de aquella época: el show de Ed Sullivan, Perry Como, Jackie Gleason, el extraordinario Groucho Marx, Lawrence Welk, Lucille Ball y Desi Arnaz. Era una televisión en vivo, sin violencia y con mucho buen humor.

El método utilizado por Queens College para enseñarme el idioma probó ser muy efectivo. Lo primero que debía hacer era leer el New York Times todas las mañanas y hacer una lista de las palabras que fuesen nuevas para mí. Esa lista era discutida en el grupo, en la clase, lo cual me ayudaba a fijar en la memoria un buen porcentaje de las nuevas palabras. También debía ir a ver la misma película tres veces. La primera vez entendía muy poco pero aprendía la trama. La segunda vez, conociendo la trama, entendía mucho más los diálogos. La tercera vez ya podía conectar la trama con las imágenes y los diálogos. Otra de las tareas era leer trozos en inglés frente a la clase. La lectura era grabada y escuchada posteriormente por el grupo y por el profesor. Esta fue una gran experiencia para mí. Por primera vez supe como sonaba mi voz. Yo siempre había pensado que mi voz era agradablemente modulada. Lo que escuché en las grabaciones era una voz nasal y monótona. Mi acento estaba bastante más cerca del Cisco Kid que de Laurence Olivier.

Otra de las tareas consistía en escribir ensayos en inglés sobre cualquier tema de mi predilección, aunque algunos eran seleccionados por el Profesor Hoffman. El profesor Arthur Hoffman era un hombre de edad mediana, muy tímido, con una perenne sonrisa diseñada para darnos ánimo. Esto era necesario porque en el aprendizaje de un nuevo idioma, llega un momento crítico en el cual uno tiene la sensación de que nunca lo va a aprender. Hoffman era severo y nos empujaba. Nos decía que a todos les llega el momento de aprenderlo, un momento de súbita

revelación, pasado el cuál todo lo que se debe hacer es perfeccionarlo, tarea que dura el resto de la vida. Al cabo de las 15 semanas del curso, mi inglés progresó lo suficiente para llegar a ese momento de epifanía, tras el cual ya podía seguir mi camino a la universidad.

De manera que, una mañana de Abril, salí de Flushing para Tulsa, Oklahoma. Abordé un autobús de la línea "Greyhound", con un galgo pintado en un costado. Los Blazzack fueron conmigo a la estación y se quedaron allí, muy juntos de mí, hasta verme entrar al autobús. Estaban muy llorosos, porque sabían que probablemente nunca más me volverían a ver. En cierta forma, habían perdido, de nuevo, a un hijo. Yo me sentí muy conmovido por unas horas, pero la excitación del viaje me hizo olvidar pronto lo que había dejado atrás.

El pasaje de Nueva York a Tulsa me costó \$19 y el viaje duraba unas 40 horas. Afortunadamente el autobús tenía un baño. Fuimos de Nueva York a San Luis, pasando muy cerca del pueblo de Bolívar, Missouri. De allí, directo hasta Tulsa, con breves paradas para comer algo en el camino. Una de mis compañeras de viaje era una bella anciana, quién me preguntó adonde iba. Cuando le dije que iba a Tulsa, se alarmó mucho porque, según ella, los pieles rojas aún estaban en pie de guerra. Hasta llegar a la frontera con el Estado de Missouri compartí mi asiento con un soldado negro, a quién le obsequié algunos cigarrillos venezolanos. Al llegar a la frontera, el soldado se paró de su asiento y se fue para la parte posterior del autobús. Pensé que se había molestado conmigo, hasta que él mismo me explicó cuál era la verdadera razón. En Missouri los negros viajaban en la cocina. Ello fu para mí una desagradable experiencia, mi primer contacto con la discriminación racial. ¡Y aquél era un soldado, presto a morir por su país!...

\*\*\*\*\*

Me enamoré de Tulsa a primera vista. Nunca había visto una ciudad como esa. Los Lagos era una encantadora aldea y Nueva York una avasallante metrópolis pero Tulsa resultó ser una ciudad pequeña, a escala humana, de amplias avenidas y calles arboladas, con muchos parques, escuelas, iglesias y museos por doquier. Tenía un centro o “downtown”, con algunos edificios altos, de hasta 15 pisos, pero era esencialmente una ciudad plana y extendida, con interminables hileras de pequeñas casas con sus pequeños jardines y garages en los cuáles había generalmente dos automóviles. La ciudad tenía un gran lago artificial, un zoológico, excelentes hospitales y dos extraordinarios museos, uno de ellos enteramente dedicado al arte del Oeste norteamericano, galería tras galería de lienzos de vaqueros, pieles rojas, búfalos, diligencias e impresionantes paisajes de la región. La estrella del museo era Frederick Remington, pintor y escultor del medio Oeste norteamericano en los años de su conquista.

En Tulsa encontré la medida ideal de la comunidad deseable, ni muy pequeña ni muy grande. La Universidad era igual. Cuando salí del autobús que me llevó a Tulsa tuve que tomar un taxi para ir a la universidad, situada a unos 5 kilómetros de distancia del centro de la ciudad. El conductor era un estudiante de la universidad, quién me dio una buena cantidad de información en el breve trayecto. La Universidad tenía unos 2000 estudiantes, un profesor por cada 12 estudiantes y una nómina administrativa de unas 60 personas, incluyendo vigilantes y obreros. Mucho del trabajo administrativo y de mantenimiento de la universidad era hecho por los propios estudiantes, a cambio de su alimentación en la cafetería y de algunos descuentos en la matrícula. La universidad estaba

construida alrededor de una zona verde en forma de U. Así era llamada por todos: la U. En el centro de la U estaba la bella biblioteca, construida con una caliza gris proveniente de las montañas Ouachita. A la derecha de la biblioteca se encontraban los edificios de ingeniería y el dormitorio principal de hombres. A la izquierda de la U, los edificios de la Escuela de Música, de Negocios y el dormitorio principal de mujeres. En una segunda fila se encontraban aulas más pequeñas, el edificio administrativo, la oficina del presidente, una infraestructura realmente impresionante para el bajo número de estudiantes. La explicación de esta abundante infraestructura estaba en las importantes donaciones que los ex-alumnos, muchos de ellos petroleros, habían hecho a la universidad. A diferencia de las universidades nuestras, en las cuáles prácticamente no se efectúa la donación monetaria por parte de los ex- alumnos, en los Estados Unidos esta es más la regla que la excepción. Desde edificios enteros hasta modestas cantidades de dinero, la mayoría de los ex- alumnos donaban, en la medida de sus posibilidades. La universidad tenía un fondo de unos \$100 millones para la época (hoy llega a los mil millones), una suma muy grande en relación al tamaño de la Institución. A una cuadra de la universidad se encontraban, en fila, un grupo de organizaciones de estudiantes, para hombres (“fraternities”) y para mujeres (“sororities”). Estas organizaciones eran complejas mezclas de clubes sociales, especie de sociedades “secretas” con sus rituales, o centros de excelencia intelectual, en fin, organizaciones de inclusión (o de exclusión) social para aquellos quienes tuvieran las características deseables. Algunas de ellas eran simplemente clubes sociales diseñados para promover encuentros entre estudiantes de ambos sexos, ya que los dos objetivos principales de muchos

estudiantes eran graduarse y encontrar una pareja socialmente aceptable, no siempre en ese orden de prioridad. Algunas de estas sociedades tenían un carácter elitista de tipo social o intelectual y mantenían una gran rivalidad entre sí, la cuál llegaba en ocasiones a producir hechos grotescos o lamentables, como los que se describen en la película con John Belushi llamada “Animal House”, la cual pretende caricaturizar eventos de la Universidad de Darmouth, en New Hampshire. Ni siquiera intenté pertenecer a alguna de ellas pues era un joven exótico perteneciente a un mundo muy diferente.

Realmente estuve enfrentado a un cambio cultural muy drástico. Sin embargo, Tulsa era una ciudad tranquila y amable, relativamente poco sofisticada, situada en el corazón del cinturón bíblico norteamericano. Las gentes hacían énfasis en las cualidades de la persona más que en sus defectos. En Los Lagos mi timidez estuvo siempre acentuada por los comentarios y evaluaciones de mis conocidos y “amigos” sobre mi aspecto desgarrado, mi nariz demasiado grande, mi extremada flacura. Cada comentario adverso me reafirmaba más en mi baja autoestima. Pero en Tulsa encontré que la gente me decía:

“Que bien hablas el inglés”,

“Eres muy simpático” (cute),

“Tienes bonitos ojos”.

En Los Lagos abundaba la crítica, el deseo de mantenerlo a uno abajo. El tratamiento generoso que comencé a recibir en Tulsa fue de gran ayuda para restablecer mi autoestima. Dejé de sentirme criticado o invisible y comencé a ser objeto de atención por mis compañeros. El grado de autoestima parece ser proporcional al grado de atención que nos dispensan nuestros semejantes.

Cuando los demás nos dedican atención podemos comenzar a generar actitudes positivas que nos permiten recibir progresivamente amistad, afecto, admiración y amor. En Tulsa adquirí, gracias a la atención que recibí, una nueva opinión de mi mismo. Este fue el primer gran regalo que recibí de la universidad. Gracias a este maravilloso regalo pude ir abandonando, como una crisálida, la quitinosa envoltura de la timidez. La persona que yo era en Los Lagos se fue transformando lentamente en una nueva persona. En Tulsa nadie me conocía a mi llegada y pude, por lo tanto, comenzar a ser la persona que yo deseaba ser. El joven introvertido y tímido de Los Lagos, el intelectual callado, el adolescente desgarbado e inseguro dio paso a una persona que cantaba, bailaba, hablaba, participaba en los deportes, sonreía, saludaba a diestra y siniestra. Pasé a ser un extrovertido, con tendencias hacia las payasadas. Afortunadamente conservé y ahondé las aficiones intelectuales que correspondían a mi más íntima vocación. Pronto descubrí que un joven extrovertido, de apariencia “normal”, quién pudiese hablar de amor a las ingenuas jóvenes norteamericanas con un acento exótico, con palabras prestadas a Jean Rostand, Gustave Flaubert o Thomas Mann tendría apreciable éxito. Las rubias se sentían naturalmente atraídas por el tipo latino, aun muy raro en esa parte del país. “Tienes ojos de alcoba” me decían las muchachas, aunque la alcoba no se concretara con la deseada frecuencia. La natural sofisticación latina, ¿o será doblez? ¿o astucia? ¿o simple audacia? constituía una arma muy poderosa para ganar “batallas” amorosas frente a “enemigas” de ojos y corazones muy abiertos.

¡Que fácil era engañarlas! O, al menos, así lo creía yo. En retrospectiva, pienso que no las engañaba a ellas tanto como a mí mismo. Las ‘batallas’ no eran tan

sencillas de ganar y mucho menos desiguales. El “enemigo” no lo era tal. Poco a poco me di cuenta de que uno debe ir a la “batalla” del amor con el corazón abierto y sin dobleces, so pena de causar grandes daños a la otra persona y dañarse uno mismo. La sinceridad en el amor casi siempre conduce a la “victoria”, aunque con frecuencia parezca llevarnos a una “derrota” inicial.

El candor fue mi arma más poderosa en las lides del amor. Ciertamente más poderosa que el arma ilusoria de la “viveza criolla”. Quizás todos tenemos algo, o deseamos tener algo, de burlador de Sevilla, de Don Juan, pero este componente rara vez conduce a la verdadera victoria. Las jóvenes norteamericanas, de engañosa simpleza, probaron ser tan sinceras en su manera de relacionarse conmigo que terminaron por enseñarme a jugar su juego, mucho más limpio y directo que el que yo intenté utilizar. Y este fue el segundo gran regalo que me hizo el nuevo entorno. Aprendí a respetar el mundo de los sentimientos, a considerarlos sagrados y a nunca tratar de jugar con ellos o tratar de aprovechar indebidamente las debilidades de la otra parte.

Pero para llegar a comprender eso, tuve que conocer a Maureen.

La conocí en las primeras navidades que pasé en Tulsa. Unas navidades que se perfilaban tristes por la lejanía del hogar y porque estaba solo. Tan solo estaba, que la noche anterior a la Nochebuena estaba en una cola de cine, para ver una película. En esa cola estaban tres jóvenes con quienes entablé conversación. Maureen era una de ellas. Al saber que estaba solo en Tulsa, lejos de casa, Maureen me invitó a pasar el día de Navidad con su familia. Los padres y hermanos de Maureen me recibieron como si siempre los hubiese conocido. Sacaron un Atlas Mundial y les enseñé el sitio aproximado de mi aldea. Me

hicieron sentir muy bien y, cuando llegó el momento de irme, insistieron en llevarme hasta la universidad.

Después de este primer encuentro salí muchas otras veces con Maureen y traté de conquistarla, a la manera latina. Sin embargo, Maureen no pareció muy impresionada. A medida que pasaban los días y que mi estrategia se estrellaba contra la dulce y paciente Maureen, urdí una nueva estrategia basada en la viveza criolla. Decidí informarle que el médico me había encontrado un serio problema cardíaco y que ello me condenaría a una muerte precoz. El efecto de aquella “noticia” sobre Maureen fue devastador. La candorosa joven nunca hubiera imaginado que alguien pudiese ser tan torcido mentalmente como para crear una situación de tragedia artificial como aquella. Hizo entonces lo que una bella, dulce y compasiva joven haría por un joven moribundo. Se dedicó a consolarlo, a consentirlo, a darle lo que en condiciones normales probablemente no le hubiese dado. La doblez duró poco porque mi conciencia no permitió que aquella farsa se extendiera y llegara a constituir una verdadera tragedia. Maureen me dijo un día, muy llorosa, que se había enamorado de otro joven pero que había decidido no abandonarme. Yo no pude seguir fingiendo y le dije que el médico me había informado que, después de todo, mi problema no era de vida o muerte y que la liberaba de su apostolado.

Poco a poco la verdad sobre mi falsa situación médica fue emergiendo, pero Maureen nunca me lo reprochó. Me dijo que “comprendía”, que me seguía “queriendo” a su manera llena de dulzura. Su compasión fue mi peor castigo. Después de esa lección de Maureen nunca más he podido ni siquiera pensar en el engaño como arma de seducción. El recuerdo de la dulce y noble Maureen me

acompañará toda la vida, enseñándome cuál es el verdadero, el único camino a transitar en los asuntos de amor.

\*\*\*\*\*

Mi primer compañero de habitación en el dormitorio de la universidad fue un gordito de Nueva York, estudiante de música. Ronnie era un extraordinario trompetista quien llegaría a ser miembro de la Filarmónica de Nueva York. En aquél momento solo era un empeñoso joven judío, lleno de entusiasmo y de adoración por Leonard Bernstein. Compartir la habitación con Ronnie me sirvió para reforzar el amor que sentía por la música clásica, un amor que comenzó en mis años de tímida adolescencia. Redescubrí el hábito de estudiar con música clásica de fondo y se me hizo aparente que algunos compositores eran especialmente favorables para estudiar las diferentes asignaturas. La química se me hacía más fácil de entender y recordar escuchando a Brahms. La geología física, con sus descripciones de monumentales montañas, majestuosos ríos y erupciones volcánicas encajaba muy bien con las oberturas de Wagner: Tanhauser, los Maestros Cantores y Sigfrido en el Rin. Las matemáticas perdían mucha de su complejidad si escuchaba a Tchaikovsky o a Rachmaninoff. La música clásica también me ayudaba a “tele-transportarme” a mi pueblo de Los Lagos, a caminar de nuevo por sus empinadas calles llenas de bruma. Mi memoria auditiva era buena y bastaba que oyese a una composición clásica para grabármela en la mente “para siempre”. Esta cualidad probó ser hasta económicamente beneficiosa porque, en el círculo de amigos de Ronnie, se jugaba una especie de ruleta que consistía en identificar una pieza musical. Quien la identificase primero se ganaba el pote, unos pocos dólares, nada despreciable

para quienes nunca tenían exceso de dinero. Los amigos de Ronnie, estudiantes de música, no sospechaban que un estudiante de geología venido de una aldea venezolana pudiese identificar rápidamente oscuros pasajes de Hummel, Fauré y hasta McDowell, un compositor norteamericano muy poco conocido. Con ayuda de McDowell gané muchas veces. Lo que mis competidores no sabían es que la maestra de Mc Dowell había sido Teresa Carreño, la famosa pianista Venezolana del siglo 19. El compositor le había dedicado algunas de sus composiciones a su maestra y yo me había interesado en oírlas. McDowell tuvo con Teresa Carreño una relación un tanto misteriosa, probablemente con componentes amorosos, un poco como la relación del dulce Chopin con la imperiosa George Sand. Este conocimiento de Mc Dowell y mi familiaridad con los compositores rusos me permitieron, al menos por algún tiempo, ganar un dinero extra para reforzar mis escuálidos ingresos.

Para un estudiante venezolano, acostumbrado a las largas noches de intenso estudio antes del examen final, adictos al café, cigarrillos y estimulantes que caracterizan el esfuerzo para “pasar” en un examen, estudiar en la Universidad de Tulsa fue fácil y agradable. No había huelgas, ni vándalos, ni repitientes profesionales, ni líderes políticos disfrazados de estudiantes. No existían conflictos con el gobierno ni las eternas crisis presupuestarias que caracterizan nuestras universidades. Las paredes de los edificios estaban imaculadamente limpias, libres de dibujos obscenos o consignas políticas “revolucionarias”. Los edificios, bibliotecas y laboratorios estaban normalmente abiertos para el uso de los estudiantes. Las aulas siempre estaban en buenas condiciones, dotadas con sillas, pizarrones, tizas, borradores y hasta costosos

equipos de proyección que nadie hurtaba. Los libros de texto, nuevos o usados, se vendían a precios muy razonables en la librería de la universidad, junto con innumerables artículos de uso personal o estudiantil adornados con el logo de la institución. Esto facilitaba la identificación del estudiante con su “alma mater”, ayudaba a hacerlos miembros de una familia.

Para una pequeña universidad la cantidad de eventos deportivos y culturales era sorprendente: los juegos de “football”, de baloncesto, de tennis, los encuentros atléticos, conciertos y obras de teatro eran continuos. Los alrededores abundaban en heladerías, pequeños restaurantes mexicanos o de hamburguesas, e incluían combinaciones de farmacia con fuentes de soda, esos extraordinarios “Drug Stores” donde era posible comerse un par de huevos fritos o comprar un par de “alka-seltzers”.

Mi sitio preferido era la Biblioteca “Mc Farlin”, con sus salas que parecían pertenecer a un castillo medioeval y sus paredes llenas hasta el techo de libros. Pocos hubiesen sospechado que esta biblioteca de una pequeña universidad del medio Oeste norteamericano llegaría a contener la más importante colección de documentos, cartas y manuscritos literarios de James Joyce en existencia.

El sistema de estudios era lógico y sencillo y me permitía planificar mi tiempo sin tener que recurrir al esfuerzo “heroico” que caracteriza al estudiante en Venezuela. La evaluación del estudiante estaba basada, en un 75%, en el promedio de las calificaciones obtenidas en breves exámenes semanales, los cuáles se referían al material visto cada semana. Si uno hacía un moderado esfuerzo, semana tras semana, aprobar el curso era fácil ya que el examen final, el cuál servía para la evaluación del otro 25%, era esencialmente una recapitulación de lo visto cada

semana. Esto era lógico puesto que un estudiante puede estar enfermo en los días anteriores a un examen final y recibir una evaluación inferior a la real. O un estudiante puede copiarse en un examen final y recibir una evaluación superior a la justa. Esto no pasa cuando la evaluación del estudiante es de naturaleza continua.

Una vez hice un pobre examen final en Paleontología y el profesor quiso saber la razón. Me llamó y me preguntó que me había sucedido. Le respondí con la verdad:

“Tengo una novia, Profesor, y hace unos días ella se compró un auto “Nash”, del año 1951. El problema con ese auto, profesor, es que tiene un asiento trasero que se convierte en cama. Nos estacionamos en el Parque “Mohawk”, profesor, se fueron complicando la cosas y se nos pasó el tiempo. Realmente me vine directo para el examen desde allí y no estaba en mis mejores condiciones. No tengo una excusa válida, profesor”.

El profesor se quedó pensando unos segundos y me dijo: “Eres un buen estudiante. Es importante que llegues a ser un buen geólogo pero es más importante aún que llegues a ser un ciudadano responsable. En este caso no has actuado con responsabilidad porque tu primera prioridad era estar en óptimas condiciones para el examen. No importa cuán bella sea la joven o cuán cómodo sea el asiento trasero del “Nash”, tenías otra prioridad más importante. Aunque tu promedio semanal es alto y no necesitas del examen final para aprobar el curso, te voy a pedir que lo presentes de nuevo. Ven mañana a mi oficina y tendré el examen preparado. Puedes tomarlo allí y dejármelo sobre el escritorio. Sé que

comprenderás lo que te digo y que nunca olvidarás establecer correctamente tus prioridades”.

Y así ha sido.

\*\*\*\*\*

A pesar de que hasta llegar a Tulsa nunca me había atrevido a bailar, al llegar allí decidí que si nadie me conocía, no tenía nada que perder y podía crearme una nueva persona. Decidí pasar de la timidez aldeana que me había caracterizado durante toda mi adolescencia a la mayor de las audacias. Invertí unos pocos dólares en tomar unas clases de baile en la Academia de Arthur Murray, el Charles Atlas de la danza. A los dos meses me había aprendido la famosa cajita de Murray, el 1,2,3,4 y otros pasos básicos que me permitieron, utilizando diferentes velocidades y contorsiones, bailar los más variados ritmos con la creciente confianza, o quizás, desfachatez, de quien sabe que no se va a quedar a vivir en el sitio. Para mi sorpresa, me gané un concurso de baile latino, llevando a cabo una versión muy “sui generis” de una guaracha, en la cual hasta mis vacilaciones y hasta uno que otro traspies fueron interpretados como geniales improvisaciones. Este inesperado éxito fue seguido casi de inmediato por una invitación de la universidad para actuar como maestro de ceremonias en el Show anual, el llamado “Varsity Night”. Mi acento hacía reír a los estudiantes lo cual tomé como una oportunidad. Hice que me enviaran desde Los Lagos un liquiliqui y lo usé para mis presentaciones. Me aprendí un par de canciones y unos chistes, unos buenos y otros regulares, y me convertí súbitamente en una “estrella” de vaudeville. Comprendí que lo importante era liberar mis inhibiciones y anestesiar

un poco lo que había sido, hasta ese momento, un exacerbado sentido del ridículo. Descubrí que los asistentes solo querían pasar un buen rato y que, en ocasiones, hasta lo malo podía ser tan divertido como lo bueno. Descubrí también lo poderoso que es el teatro, la sensación de triunfo personal que se siente al terminar una función bajo aplausos y como una persona puede pasar de ser insignificante a poseer, por instantes, una maravillosa apariencia, bajo las luces multicolores del teatro, ayudado por la brillante vestimenta y por el maquillaje y la magia de las bambalinas.

Mis cuatro años en la universidad me cambiaron por completo de personalidad. No fui particularmente brillante en nada pero lo hice casi todo: deportes, teatro, canto y baile. La vida universitaria fue idílica y me preparó de una manera integral para la vida. Durante mi segundo año de estudios obtuve una beca de una empresa petrolera, la cual resolvió mi problema financiero de manera permanente. Tuve una novia norteamericana, una joven muy alta y rubia, de piernas largas y ojos muy azules, de pelo largo en trenzas, dulce y noble. Estuve a punto de casarme con ella pero sus padres, quizás muy sabiamente, hicieron tanta oposición que nos disuadieron de nuestros planes. Muchos años después, ya casado, recibí una carta de ella donde me contaba que se había casado con un piloto, había enviudado y deseaba saber de mí. Le escribí diciéndole que estaba felizmente casado y ya nunca supe más de ella.

A los 20 años regresé a Venezuela convertido en geólogo. Regresé lleno de confianza en mí mismo, deseoso de transformar a mi país, seguro de que muchas de las buenas cosas que había visto en Oklahoma podían ser trasplantadas a Los Lagos o a cualquiera otra comunidad venezolana. El

adolescente que había llegado a Nueva York, aterrorizado por el encuentro con una nueva cultura, había sido reemplazado por un joven extrovertido, sofisticado y optimista. Los Lagos envió a Tulsa un ser humano agobiado por la incertidumbre y Tulsa le devolvió a Los Lagos un geólogo entusiasta y dispuesto a trabajar por su país. Creo que esto es lo que se llama educación.

Es verdad que regresé parcialmente transculturizado. La experiencia de casi cinco años en los Estados Unidos, en una edad temprana de la vida, me hizo conocer a fondo la sociedad norteamericana y sus virtudes. Al no estar emocionalmente involucrado, advertí pocos de sus defectos. En la universidad no se hablaba mucho de política ni ese tema era de mi interés. Los problemas raciales existían pero no me tocaban. Para ser exacto, en Tulsa conseguí un empleo temporal como cantante en un night club de gente de color, sin que nunca tuviera problema alguno. Pude entrar a los hogares norteamericanos y constatar que, en su inmensa mayoría, estaban poblados con gente honesta, generosa y temerosa de Dios. Percibí a la sociedad norteamericana como basada en la confianza. Mis maestros me creían, mis amigos me creían y ello me impulsaba a compartir su candor. En una sociedad basada en la confianza el costo de las transacciones materiales o espirituales es mucho menor que en una sociedad signada por la desconfianza. Al regresar a Venezuela, pudiera decirse, era un “soldado” al servicio, no de una ideología capitalista o imperialista, como suele ser definida la nación norteamericana, sino un “soldado” al servicio de una cierta manera de vivir. Al poder disfrutar de un bagaje cultural que combine los mejores ingredientes de ambas culturas la persona puede llegar más lejos, más alto, en su búsqueda de la felicidad y auto-realización que si no disfrutase de esa dualidad.

Por supuesto, este proceso de transculturación iría a jugar un papel importante en el resto de mi vida, en mis decisiones, en mis opiniones, en mi postura pública. En la versión negativa que existe en Venezuela sobre quienes experimentan estos procesos de transculturación, una versión sostenida por quienes nunca han tenido la oportunidad de conocer la sociedad norteamericana sino a través de algunos capítulos infortunados de la historia del hemisferio, podría argumentarse que regresaba a Venezuela convertido en un “pitiyanqui”.

## V.

### PASANTÍA EN MARACAIBO.

Un año antes de su graduación Bernardo fue enviado a Maracaibo por la empresa que lo había becado, a realizar una pasantía de 10 semanas. Maracaibo fue una verdadera revelación para él. Era una ciudad totalmente diferente a las del resto de Venezuela. Totalmente plana, con la excepción de las pequeñas colinas de la zona de El Milagro, muy arbolada, extremadamente limpia, de anchas avenidas. La ciudad tenía mucha influencia norteamericana y europea, debido a la presencia por muchos años de las empresas petroleras. Los “maracuchos” parecían seres de otro planeta, no en su aspecto físico, sino en su manera de actuar. Eran estridentes, vulgares, graciosos y cordiales. Las mujeres decían con total naturalidad palabrotas que Bernardo nunca había oído antes en bocas femeninas. La gente era pujante y trabajadora y, sobretodo, originales. Los hombres tenían barrigas prominentes, por la gran cantidad de cerveza que tomaban. Las mujeres tenían unos bellísimos traseros. La ciudad respiraba un aire de intensa vitalidad. Las mujeres de Maracaibo veían a los hombres de frente, como golosinas.

Bernardo llegó a Maracaibo en un DC-3 de TACA, después de hacer varias escalas: Barquisimeto, Coro, Las Piedras, finalmente Maracaibo. En la oficina de la empresa en Caracas había recibido un programa muy detallado de su vista, de cómo emplearía su tiempo en la región zuliana.

Las oficinas de la empresa se encontraban en “Las Laras”, un bello edificio de tipo colonial, rodeado de inmensos samanes que le prestaban sombra. Cada oficina tenía una ventana desde la cuál era posible admirar esos frondosos samanes (Samanea saman) que en el Zulia reciben el nombre de Laras. Al llegar le fue entregada una llave, la cual abría la puerta de la sala de baños de la nómina mayor. Quien hubiese hecho un estudio sociológico de esta empresa hubiese probablemente llegado a la conclusión de que allí se discriminaba a los venezolanos. En realidad, la diferencia era de status dentro de la empresa más que de nacionalidad. Bernardo podía entrar. En aquél momento él era uno de los

dos o tres miembros venezolanos de la nomina mayor que tenía el Departamento de Exploración de la empresa.

Su pasantía comenzó por varios días en la sección de Micropaleontología, dirigida por un geólogo suizo llamado Henri Gigneaux, experto en microforaminíferos, animales fósiles microscópicos que son de gran utilidad a los geólogos para establecer las edades relativas de las rocas. Gigneaux se especializaba en microforaminífera del Eoceno y del Paleoceno de la Cuenca de Maracaibo, pues era en rocas de esas edades que se encontraban algunos de los más prolíficos yacimientos petrolíferos de la cuenca.

Bernardo comenzó a familiarizarse en el microscopio con las elongadas discociclinas, las rotundas globotruncanas y las translúcidas globigerinas. Aunque no era fácil para alguien inexperto identificarlas y diferenciarlas de otros microforaminíferos generalmente más jóvenes, tales como las buliminas, uvigerinas y textularias, Bernardo hizo rápidos progresos, logrando obtener en poco tiempo un conocimiento básico de las especies más importantes. Su progreso fue posible por la ayuda que recibió de la señorita Andrade, una mulata maracucha muy alegre y desinhibida que veía a Bernardo como quien ve una fruta apetecible. Cuando trabajaban juntos en el microscopio, la señorita Andrade se le incrustaba a Bernardo dándole a conocer todas las sinuosidades de su territorio. Sin embargo, la bella mulata siempre se negó a pasar de ser una agente provocadora, lo cual para Bernardo, era una muestra de sadismo.

En la sección de Palinología Bernardo tuvo mejor suerte. La palinología se dedica al estudio del polen fósil y constituye un método más preciso que la micropaleontología para definir la edad relativa de las rocas, ya que su rango de distribución en el tiempo es bastante más limitado que la de los pequeños foraminíferos. El jefe de la sección era un holandés, Jan Mueller, pero los técnicos eran dos muchachas maracuchas, tan alegres como Andrade y mucho más decididas en los asuntos del amor. Desde el principio acompañaron a Bernardo a los sitios nocturnos de Maracaibo y, una noche, se fueron las dos con él para la casa de huéspedes donde se alojaba, situada frente al Club Bella Vista, propiedad de la empresa. Esa noche las muchachas se dedicaron a explorar con Bernardo

las más diversas maneras de hacer el amor. En ocasiones el juego entre ellas se convirtió en más apasionado que la interacción con Bernardo.

En la casa de huéspedes donde se alojaba, Bernardo conoció a un médico de mediana edad, de Caracas, quién se encontraba trabajando temporalmente con la empresa. Un día el médico lo invitó a visitar una familia amiga. La familia consistía de cinco hermanas, cuatro de ellas solteras y muy bonitas, quienes vivían bajo la tutela de la hermana mayor, Josefina, quien era divorciada. El buen doctor, pequeño y apagado, se sentía muy atraído por una de las hermanas, una belleza de ojos verdes y pelo negro, de aspecto felino, una mujer que despertaba admiración a su paso. Verónica, así se llamaba, era muy blanca y de voz ligeramente ronca. No era alta pero si bien formada, de senos altos y brazos redondos adornados con un ligero vello rubio que brillaba bajo la luz de las lámparas. Verónica era imperiosa. Su belleza le daba un ascendiente sobre las hermanas y la hacía actuar como una pequeña reina. Al ver a Bernardo decidió que era para ella. Aunque era mayor que él, el aire exótico de quien viene del Norte, de agradable aspecto y fácil sonrisa, la atrajo y se olvidó inmediatamente del pobre médico. Al final de la visita, Bernardo había quedado en ir a buscar a Verónica a su trabajo el día siguiente. Se sintió halagado por el interés que había despertado en una mujer de verdad, no una muchacha.

En eso pensaba cuando iba rumbo a la Plaza Baralt, a buscar a Verónica a su sitio de trabajo. Salieron de la oficina y debieron caminar dos cuadras, hasta el sitio donde Verónica había estacionado su pequeño auto. En esas dos breves cuadras Verónica causó una especie de motín callejero, generando silbidos y comentarios de todo tipo a su paso. Esto mortificó mucho a Bernardo pero Verónica le dijo: “No hagas caso. Estoy acostumbrada a esto. Todos los días es lo mismo. Y añadió: “son unos pajudos. No sabrían que hacer conmigo”. Vio la sorpresa de Bernardo y se rió de buena gana. “Tienes que acostumbrarte a nuestra forma de hablar. Las maracuchas somos así. Si tú fueras mío y me entero que lo estás metiendo donde no debes, te lo corto. Ya lo sabes”.

Después de esta dulce declaración de amor de Verónica, Bernardo sintió temor. No tanto por lo que la joven le había dicho sino por el prospecto de

enredarse con una mujer quien lo intimidaba un tanto con su belleza y su manera de actuar. En la noche, cuando las cuatro otras hermanas se fueron al cine, Bernardo y Verónica se acostaron en el suelo fresco de la terraza de la casa, acariciándose mutuamente con abandono pero Bernardo no lograba tener una erección. Estaba realmente asustado. Entonces Verónica comenzó a hablarle al oído, a decirle cosas terribles y bellas, usando palabras de una descarnada sensualidad, palabras que pocas mujeres, pensaba Bernardo, se atreverían a utilizar. El aliento de Verónica, sus labios húmedos, la lengua lamiendo delicadamente la oreja de Bernardo, las palabras terribles, produjeron un efecto inmediato. Verónica se abrió como una flor, anhelante, con los ojos muy abiertos, la boca buscando a Bernardo ansiosamente.

Sin embargo, pronto fue aparente que era solo en esos momentos cuando Verónica se mostraba sumisa, dispuesta a subordinarse a Bernardo. En los días que siguieron lo llamaba por teléfono y le ordenaba ir a ella. Siempre estaba en celo, húmeda, con sus bellos ojos verdes y su pelo negro de color azabache extendido como un abanico en el suelo de la terraza, esperándolo. Bernardo, orgulloso de su conquista, no advertía que la relación era de cazador y presa y que él era la presa. Verónica lo quería permanentemente para sí y esta era la manera de retenerlo. Afortunadamente para Bernardo, quien no estaba realmente enamorado, llegó el momento de partir de regreso a la Universidad y la relación con Verónica quedó en vagas promesas. Un matrimonio con aquella bella mujer hubiese sido desastroso para ambos. Bernardo era casi un adolescente, gazmoño, conservador, más cerebral que sensual. Verónica era muy sensual, una mujer arrogante, abrasiva. Quería salir del ambiente en el cuál vivía y Bernardo parecía ser su pasaporte. El día que Bernardo fue a despedirse de ella, abrazados en el suelo, Verónica le dijo: “No te comprendo. Te lo he dado todo y aún estas inconforme. ¿Cómo deseas que yo sea?”. Y Bernardo sintió vergüenza porque no deseaba decirle que no la amaba. “No sé lo que quiero. Eres demasiado buena para mí. Soy un boceto de persona aún. No estoy listo. Debo graduarme y regresar. Cuando venga de nuevo a verte sabremos qué hacer”. Y Verónica le dijo: “Querido. Cuando regreses ya no seré tuya. Yo necesito un hombre a quien

darle todo, como te lo he dado a tí. Te he disfrutado mucho y siempre sabré cosas sobre tí que posiblemente ninguna otra mujer pueda llegar a saber. Conozco ahora todos tus resortes, los del cuerpo y los de la mente. Eres mío para siempre”.

La segunda parte de la pasantía de Bernardo lo llevó al campo. El más importante geólogo de campo de la empresa, Otto Beckmann, lo tomó como asistente por tres semanas. Beckmann era duro y competente. Lo enseñó a poner en un mapa las observaciones de campo, a estudiar las fotos aéreas en el terreno, a construir progresivamente el cuadro geológico general de la zona en base a mediciones de buzamientos y rumbos y a describir de manera detallada las rocas y los fósiles encontrados. Fueron tres semanas muy intensas. Beckmann era una especie de médico general, quien integraba la información parcial recibida de los especialistas. En base a estos múltiples insumos Beckmann construía una serie de mapas geológicos de la zona y evaluaba sus posibilidades de contener yacimientos de hidrocarburos. En base a esta evaluación el Departamento de Exploración recomendaba a la empresa perforar uno o más pozos exploratorios. En la época de nuestra historia el pozo exploratorio era la única manera de identificar la presencia de hidrocarburos en el subsuelo. No existía otra manera que la de perforar, a veces por miles de metros, a fin de verificar la existencia o no de hidrocarburos. Cada pozo podía costar millones de dólares, por lo cual una recomendación para perforar un pozo exploratorio era vista con sumo cuidado por la gerencia de la empresa. Si se descubría petróleo el geólogo que había recomendado el pozo subía en la estima de la empresa pero no tenía derecho a un porcentaje de la producción. De igual manera, si el pozo era seco, el geólogo no era felicitado pero tampoco se le despedía pues la empresa sabía que la geología no era una ciencia exacta, ni siquiera una ciencia sino un arte.

Hoy en día la situación ha cambiado. La geología tiene hoy muchas más herramientas científicas y, en especial, la geofísica puede ubicar yacimientos de hidrocarburos sin necesidad de perforar, de una manera no invasiva como dirían los médicos. Los puntos brillantes en los registros sísmicos señalan los depósitos de hidrocarburos, petróleo o gas. Aunque este método tampoco es cien por ciento

infalible reduce considerablemente el riesgo de la eventual perforación exploratoria.

\*\*\*\*\*

El punto culminante de la pasantía de Bernardo fue el trabajo geológico de campo que se realizaba en la zona de Bucarito, en el Estado Lara. Allí se encontraba el Grupo Geológico #1, al mando de Eddie Ruysdael, un geólogo holandés quien estaba trabajando bajo la supervisión del suizo Hans Glaser, el estratígrafo jefe de la empresa en Venezuela. Este grupo estaba haciendo un reconocimiento preliminar de la geología del Estado Lara y zonas adyacentes de Falcón. Ruysdael era un geofísico prestado a la geología. Conocía mucho más el subsuelo que lo que veían sus ojos en la superficie. Su misión era la de tratar de correlacionar los estratos que existían en la superficie de la zona con los horizontes geofísicos que existían en el subsuelo.

La cuadrilla geológica #1 consistía de un geólogo, un caporal (especie de sargento mayor), 5 obreros, un cintero, un cocinero, un mulero (no siempre necesario) y un chofer. El cintero estaba a cargo de medir con una cinta de 50 metros las secciones rocosas, a fin de que el geólogo de campo pudiese incorporar estas medidas en el mapa geológico. El chofer manejaba una "Power Wagon" que penetraba por casi todos los caminos y trillas de la región. Cuando Bernardo llegó a la cuadrilla, esta se encontraba en la zona de Bucarito, una pequeña aldea de Lara central. Esta es una tierra árida, de colinas blancas y rosadas. Muchas de las rocas que afloran en la zona son calizas y margas de edad cretácica superior, intercaladas entre colinas de areniscas rojas y muy duras, de edad geológica que nunca se ha establecido con certeza, probablemente terciarias. Una de las primeras cosas que aprendió Bernardo fue la relación existente entre la geología y la botánica. En los cerros de areniscas crecían las mimosas, las tunas y el cardón. En las colinas de rocas calcáreas predominaban los olivos, los cedros y los fabulosos araguaneyes. Esta relación entre las rocas subyacentes y la vegetación permitía estructurar un mapa geológico de la zona en base a fotografías aéreas, las cuales mostraban los contactos geológicos en base a la distribución de la vegetación.

En esa zona Bernardo pudo apreciar también, en toda su trágica magnitud, la pobreza del pueblo venezolano. En Bucarito, el dueño de la única bodega del pueblo, vivía con una niña que no tendría más de 11 a 12 años de edad. Bernardo se impresionó de ver que la niña mostraba señales claras de envejecimiento prematuro, el rostro cansado de quién ya ha soportado demasiadas privaciones. La niña había sido comprada por el bodeguero a su madre. Cuando la niña creciera un poco más, el bodeguero la abandonaría e iría a comprar otra para su uso. La aldea tendría una 40 casas, todas con paredes de bahareque y techos de caña amarga, con alguna lámina de zinc ocasional. No había agua corriente, ni cloacas ni electricidad. En el centro de la aldea, frente a la capilla, estaba el pozo del pueblo, al cual acudían los habitantes a cargar el agua requerida. El agua era bastante salobre y todos quienes llegaban al pueblo pasaban algunos días purgados, mientras sus estómagos se acostumbraban a ella. En esta aldea, así como en otras aldeas y pueblos de Venezuela, 35 niños de cada 100 morían antes de cumplir el primer año de edad.

A Bucarito se llegaba por una trilla, abandonando la carretera Barquisimeto a Carora, para tomar angostas veredas, lechos secos de quebradas y riachuelos, generalmente hechos de lutitas pizarrosas que proporcionaban un excelente pavimento. Las veredas subían y bajaban siguiendo las lomas y depresiones del paisaje. Bernardo llegó a Bucarito en un jeep, manejado por Eutimio Morantes, el conductor mas paciente, sensato y diestro que jamás había conocido. Durmió durante una buena parte del trayecto ya que Eutimio le merecía una confianza total.

El geólogo Eddie Ruysdael eventualmente llegaría a ser un alto gerente de la empresa pero en aquél momento, en Bucarito, se hallaba muy confundido con la tarea que le habían impuesto. Así se lo confesó con candor a Hans Glaser, tomándose un humeante pocillo de café negro con el estratígrafo jefe, sentados en el corredor de la casa que habían alquilado en Bucarito. La llegada del grupo geológico a la aldea había sido todo un evento, una inyección de riqueza temporal para la aldea. El grupo había contratado a “baqueanos” del pueblo y gastaba algún dinero en lo poco que los aldeanos cultivaban. En la noche, los habitantes de la

aldea buscaban a los miembros del grupo, a quienes veían como seres de otros planetas, para hacerles preguntas sobre Maracaibo, Caracas y sobre los países extranjeros de donde venían Ruysdael y Glaser.

“Estoy confundido, Hans”, admitió Ruysdael. “Encuentro cosas muy extrañas que no puedo entender. Por ejemplo, cerca del pueblo he visto calizas del cretácico que suprayacen a las lutitas del terciario. Esto no es posible, a menos que hubiese una falla de corrimiento entre los dos grupos de rocas, algo así como una napa. Esta relación se repite en numerosos sitios, por lo cual tendríamos que suponer que existen numerosos corrimientos. Pero esta no es una zona en la cuál es lógico esperar ese estilo tectónico. No estamos en los Alpes. El estilo tectónico en esta zona debería ser más afín al de la Cuenca de Maracaibo, es decir, uno de tectónica gravitacional, de fallas normales en escalón. Estoy confundido”, repitió Ruysdael.

Hans Glaser había sido un geólogo de campo durante toda su vida profesional. Adoraba la naturaleza y, aunque ya era un hombre muy adinerado, su mayor placer era caminar por los riachuelos y las colinas del mundo viendo rocas, tratando de descifrar la historia de la Tierra en base a sus observaciones de campo. Su paciente acumulación de centenares o miles de observaciones de este tipo, su identificación de restos fósiles contenidos en las rocas y la utilización de los principios de estratigrafía aprendidos en la Universidad de Basilea, le habían permitido hacer notables contribuciones a la geología del planeta. Glaser había trabajado en Irán, España, Italia, los Alpes suizos, la Península de la Guajira, Ecuador y, ahora, Venezuela. Se había convertido en un experto en amonitas y en un excelente estratígrafo. Era paciente y no parecía extrañarse de nada de lo que veía en la naturaleza. Repetía incesantemente la llamada Navaja de Ocam: “En promedio, cuando estemos frente a un abanico de múltiples hipótesis, la más sencilla es la que tiene mayores probabilidades de ser la correcta”. Le respondió a Ruysdael: “Bueno, Eddie. Mañana iremos a ver algunos de esos sitios donde la naturaleza parece estar cabeza abajo. Ya le encontraremos una explicación a lo aparentemente inexplicable. Recuerda a Ocam....”.

La llegada de Bernardo le permitió unirse a los dos geólogos y comenzar a aprender de ellos. También aprendió rápidamente a caminar en serio. En Los Lagos, de niño y adolescente, Bernardo había caminado mucho y algunas de sus caminatas eran largas, de varios kilómetros, pero esto era otra cosa. En Bucarito se levantaban a las cinco de la mañana, se desayunaban muy bien, con huevos, yuca frita, plátanos, caraotas negras, arepas y un alimento derivado del maíz llamado fororo, muy nutritivo. Eran desayunos muy abundantes porque después no comerían hasta el retorno, ya entrada la noche. Se abarrotaban de carbohidratos para tener la energía suficiente para las caminatas y el trabajo de investigación. Después del desayuno empleaban una media hora en revisar las fotografías aéreas de la zona a ser visitada y seleccionar algunas áreas de especial interés. Para tratar de entender lo que la geología de la zona les mostraba, era necesario caminar y estudiar cada afloramiento. Caminar cerro arriba y cerro abajo, durante horas, examinando las relaciones entre los sedimentos blancos y rosados, más viejos, y las lutitas y areniscas rojizas que parecían ser más jóvenes. Ruysdael y Glaser hablaban continuamente de lo que veían, con frecuencia en holandés pero pasaban al inglés a fin de que Bernardo pudiera participar en la conversación. A la caída de la tarde el grupo emprendía el regreso. Los curtidos trabajadores saltaban como gacelas entre las rocas y los geólogos caminaban más lentamente, cambiando impresiones. Para ese momento ya Bernardo se sentía exhausto y anhelaba ver aparecer en el horizonte las casitas de la aldea que le anunciaban el descanso.

En la noche, sentados al aire libre, bajo el cielo espectacularmente estrellado de Bucarito, los tres geólogos seguían hablando de lo que habían visto. De estas conversaciones comenzó a emerger una hipótesis de trabajo que parecía ser la más sencilla. Hans decía: “De este caos aparente en las relaciones estratigráficas entre rocas terciarias y cretácicas, según el cual rocas más antiguas parecen estar estratigráficamente por encima de rocas más jóvenes, uno pudiera pensar, como decía Eddie, en la presencia de múltiples sobrecorrimientos. Esto pudiera ser cierto si estuviésemos en los Alpes pero no aquí en Bucarito. Lo que parece ocurrir aquí es que las rocas más viejas están como embutidas en rocas

más jóvenes. Si uno sigue la sección se encuentra con rocas más jóvenes, luego más viejas y, de nuevo, rocas más jóvenes que parecen contener las rocas más antiguas. Ello parece sugerir que las rocas más antiguas son bloques embutidos en las rocas más jóvenes”. A lo cuál Ruysdael comentaba: “Pero los bloques son enormes, un cerro entero, Hans. ¿Es eso posible?”. Al oírlo, Hans tomaba su libro de campo y dibujaba, bajo la luz de la lámpara, un esbozo de lo que él pensaba ocurría en la naturaleza. En sus diagramas mostraba como los bordes de la Cuenca sedimentaria existente al inicio del terciario se desprendían hacia el centro de la cuenca y se incrustaban en los sedimentos terciario aún plásticos y en proceso de formación. El tamaño de los bloques podía ser desde un puño hasta una casa o un edificio de apartamentos. Bernardo vio los diagramas y se atrevió a opinar: “Esto significa que en el campo uno siempre va encontrar la relación joven-viejo-joven para que la hipótesis tenga sustentación”.

“Excelente, Bernardo”- respondió Hans Glaser- “eso es lo que debemos hacer. Ver si en el campo se puede validar la hipótesis. El modelo geológico que parece existir en Bucarito no es el Alpino sino el Apenínico. En los montes Apeninos, como ustedes saben (Bernardo asintió, avergonzado de mostrar ignorancia) existe una zona de relaciones estratigráficas caóticas, la llamada “argielle scagliosa”. En esta zona las rocas más antiguas y diversas se encuentran embutidas en arcillas más jóvenes. Las rocas embutidas son llamadas “alóctonas” (extranjeras) porque no han sido depositadas allí sino transportadas hasta allí. La teoría que se ha formulado en esa región para explicar esas relaciones caóticas es la llamada “aloctonía gravitacional”, según la cuál las rocas embutidas han llegado allí por deslizamientos submarinos causados por el desprendimiento de fragmentos del borde de la cuenca hacia las zonas centrales más profundas.

Eddie Ruysdael estaba entusiasmado con la explicación de Hans y dijo: “Mañana mismo comenzaremos a poner en práctica la hipótesis de trabajo y ver si se sostiene en el campo”. Aunque Bernardo no había entendido completamente el mecanismo descrito por Glaser, intuía que estaba en presencia de un excelente ejemplo de investigación científica, la cual se había ido estructurando como una coreografía de Diaghilev: las observaciones de campo habían llevado al geólogo a

conceptualizar una hipótesis de trabajo y, ahora, esta hipótesis de trabajo debía ser validada en el campo, pues para ser validada tendría que predecir correctamente lo que los geólogos encontrarían en el terreno. Cuando la predicción se cumple repetidamente, entonces, el geólogo sabe que su hipótesis se ha convertido en una verdad científica.

Bajo las noches estrelladas de Bucarito, escuchando la conversación entre los dos geólogos, Bernardo se maravillaba por la manera como las observaciones de campo habían conducido a una conceptualización que podía predecir el comportamiento de la naturaleza. Bernardo aprendió que la paciencia y la humildad son fundamentales para el trabajo científico. Era necesario perder el temor a equivocarse y contrastar ideas libremente en la búsqueda de la verdad científica.

Bernardo encontró que poseía una habilidad natural para encontrar fósiles en el campo. En efecto, hay geólogos quienes encuentran fósiles y otros quienes no los encuentran. Hay geólogos quienes encuentran petróleo y otros quienes no lo encuentran. Estas habilidades son de naturaleza intuitiva más que racional. En los días que Bernardo permaneció en Bucarito, caminando por los cerros y quebradas del Lara central, desarrolló una manera de caminar viendo con frecuencia hacia los lados y hacia abajo, registrando visualmente cada matiz de colores en las rocas, cada forma y cada destello del sol sobre las rocas que pudiesen indicarle la presencia de fósiles. Para satisfacción de Hans y de Eddie pudo hacer algunos hallazgos interesantes: fragmentos de amonitas típicas del cretácico superior, así como calizas que, al ser humedecidas, probaban ser ricas en microfósiles que Hans generalmente identificaba de inmediato, debido a su extensa experiencia.

Bernardo aprendió que una bella roca, como una bella flor, un cervatillo de ojos lánguidos o un pez multicolor solo conservan su belleza cuando forman parte de la naturaleza que los rodea, mientras no sean separados de su entorno. Muchas de las rocas que le fascinaron en el campo, como parte del afloramiento, parecían haber perdido mucha de su belleza cuando se convertían en una muestra y colocadas en la mesa de trabajo del campamento. Parecían perder su brillo, su “personalidad”, como un pez sacado del agua.

Poco a poco los geólogos fueron encontrando, en el campo, la corroboración a su hipótesis, ya graduada a teoría. En repetidas ocasiones fueron capaces de pronosticar lo que encontrarían. Hoy en día la ocurrencia de aloctonía gravitacional en gran escala en la zona de Barquisimeto está firmemente establecida, gracias a los trabajos de numerosos geólogos de las empresas petroleras (Coronel y Renz, 1960) y del Ministerio de Minas e Hidrocarburos (Bellizia et al).

\*\*\*\*\*

A su regreso a la oficina de Maracaibo, antes de regresar al Norte, Bernardo fue puesto a trabajar con un geólogo con quien establecería una estrecha relación de amistad, la cual duraría por muchos años, el geólogo Konrad Hausmann, un suizo de Schaufussen, totalmente obsesionado por la geología. En esos momentos, Konrad se encontraba elaborando unas impresionantes secciones geológicas de la Cuenca de Maracaibo, las cuáles abarcaban desde la zona de Perijá en el Noroeste hasta Falcón en el Este-Sureste. Estas monumentales secciones geológicas fueron eventualmente publicadas por la Asociación de Geólogos Petroleros Norteamericanos, AAPG, en lo que es hoy un clásico volumen de la literatura geológica (“The Habitat of Oil”, AAPG Special Publication 18, 1958) y Bernardo tuvo la suerte de participar en su elaboración, aunque fuera desde el punto de vista meramente artesanal.

Uno de los días que Bernardo ayudaba a Konrad en la elaboración de las secciones geológicas fue muy especial. Era el día del matrimonio de Konrad, quien, inmerso en su trabajo, se había olvidado. Se casaba con la dulce maestra inglesa Rosemary. La ceremonia estaba pautada para el mediodía pero, a las 11:30, Konrad aún se encontraba profundamente concentrado en las secciones. El teléfono que tenía a su lado había estado sonando insistentemente sin lograr capturar su atención. Al mediodía llegaron a la oficina los dos testigos de la boda y se lo llevaron prácticamente en hombros hacia la casa donde lo esperaban la novia, el jefe civil y el pequeño grupo de invitados. Cuando Konrad y Rosemary se fueron de luna de miel, Bernardo quedó a cargo del trabajo. Durante cinco días recibió hasta dos telegramas diarios de Konrad, desde Valera, La Puerta,

Apartaderos y finalmente Mérida. Por cada sitio que Konrad pasaba le enviaba un telegrama a Bernardo con instrucciones sobre las secciones. Bernardo estaba seguro que Konrad aprovecharía su luna de miel para observar los bellos granitos y esquistos andinos pero lo cierto fue que también tuvo tiempo de echar las bases de un matrimonio que se mantuvo muy feliz hasta la muerte de Rosemary, más de treinta años y dos hijos después.

\*\*\*\*\*

Bernardo terminó su pasantía en un grupo geofísico que hacía trabajos en la zona del Dividive, en el Estado Trujillo. A diferencia de un grupo geológico, generalmente pequeño y móvil, el grupo geofísico de la época era numeroso, de más de 100 personas. Era como un pequeño pueblo ambulante, con sus grandes tiendas de campaña, duchas portátiles, inmensas neveras de kerosene repletas de víveres y bebidas, plantas eléctricas, vehículos de diferentes tamaños encargados de ir a buscar alimentos y correspondencia para el personal del grupo. Las actividades incluían la apertura de picas para permitir el paso de los camiones, la perforación de pozos someros para la colocación de las cargas de dinamita y de los sismógrafos, la generación de ondas sísmicas en base a las explosiones y la grabación de esas ondas en los equipos de los camiones de geofísica. Las explosiones hacían volar por los aires la tubería colocada en el pozo. Las ondas generadas viajaban hacia el subsuelo y eran reflejadas o refractadas hacia la superficie, al encontrar estratos más densos que los ya atravesados. Estos estratos se denominaban reflectores y el método permitía hacer un mapa del subsuelo marcando la posición de estos estratos reflectores. Las cintas de papel donde se grababan las reflexiones o refracciones se llamaban sismogramas y constituían unos verdaderos electrocardiogramas de la Tierra. El trabajo del día era incorporado progresivamente al mapa geofísico de subsuelo, al menos de manera preliminar, pues los sismogramas podían ser mejorados en los laboratorios de Maracaibo, a fin de hacerlos más fáciles de interpretar. Cuando se encontraba en Dividive Bernardo recibió una pequeña carta de Eddie Ruysdael, agradeciéndole su ayuda durante la pasantía y felicitándolo por sus progresos. También le informaba de un trágico evento en Bucarito. En los alrededores de la

aldea habían aparecido una cabeza y un pene humanos. Aún después del efecto de las inclemencias del sol y la acción de los insectos, la cabeza, no así el pene, pudo ser identificada como la del bodeguero de Bucarito. Eddie agregaba que el asesino no había sido hallado, sobre todo porque nadie lo andaba buscando. En la aldea pensaban que su muerte tendría que ver con el hábito del bodeguero de comprar niñas para su uso y muchos lo veían como un ajusticiamiento más que un crimen.

A su regreso a la oficina Bernardo tuvo una entrevista final con el Gerente de Exploración de la empresa, un jovial escocés parecido a Falstaff. Durante la entrevista el Gerente le pidió la elaboración de un informe sobre todo lo que había visto y hecho durante su visita. Bernardo había tenido una inolvidable experiencia, llena de maravillosos encuentros con gente del pueblo y de la ciudad. Las memorias de la señorita Martínez, de las muchachas palinólogas y, sobretodo, de Verónica, no serían fáciles de olvidar.

“Definitivamente este es el sitio donde quisiera vivir cuando regrese graduado”, pensó Bernardo.

## VI.

### **GEÓLOGO EN MARACAIBO.**

En Tulsa la fiesta de despedida para Bernardo y los otros graduados fue muy agradable. Con unos tragos demás Bernardo había dado rienda suelta a sus emociones. Estaba dejando atrás a su novia rubia, a quien nunca vería de nuevo. Dejaba atrás una comunidad que lo había recibido con cariño y lo había ayudado a hacerse de una nueva personalidad. Pensaba, ayudado por los tragos, que el paraíso debía ser el sitio donde uno pudiera re- encontrarse con la gente amada. Bernardo se veía en su paraíso rodeado de gente de Los Lagos, Tulsa, Maracaibo. En términos deportivos, el paraíso de Bernardo estaría poblado de un equipo Todos Estrellas del amor y de la amistad.

Los padres de Bernardo habían decidido ir a la graduación. El padre nunca antes había salido de Venezuela. Cuando desembarcó en Nueva Orleans, camino a Tulsa, su espíritu aventurero se destapó. Era como un niño descubriendo juguetes maravillosos a cada vuelta de la esquina. Si Bernardo lo dejaba solo por un breve tiempo, el padre desaparecía para irse a una tienda, a una iglesia o a una plaza. Todo era nuevo y reluciente para él.

Bernardo llegó a Venezuela graduado de geólogo, aun antes de cumplir su mayoría de edad. Regresó hecho otra persona, con mucha confianza en sí mismo y una gran fe en el destino de su país, el cual aún estaba bajo las garras de una dictadura militar. Se fue a Maracaibo en un auto nuevo que había comprado en USA, tan largo que no cabía en muchas de las estrechas calles de Los Lagos. Se fue a Maracaibo por carreteras que aún eran de tierra en buena parte del trayecto, cruzando quebradas que todavía no tenían puentes y transitando sobre muchas de las carreteras que habían sido construidas por los estudiantes universitarios presos durante la dictadura de Juan Vicente Gómez. Llegó a la costa oriental del Lago de Maracaibo, donde encontró carreteras un poco mejores, asfaltadas por las empresas petroleras que trabajaban en la región.

Al llegar a Maracaibo se hospedó, al inicio, en el Hotel "Detroit". Este hotel era uno de los mejores de la ciudad y estaba situado a pocos metros de la oficina

de la empresa. Por ello, era el sitio favorito de los empleados y de quienes llegaban a visitar la empresa. La terraza del hotel daba sobre la avenida Bella Vista y era un sitio muy popular de reunión, sobre todo a la salida del trabajo y, especialmente, los sábados a mediodía, ya que la empresa trabajaba los sábados hasta las 11 am. Muchos de los empleados se iban a tomar cerveza a la terraza, desde donde veían pasar a los transeúntes. No era raro que alguien estuviese sentado en esa terraza toda la tarde y se marchara después de haberse tomado entre 20 y 30 cervezas, acompañadas de bolitas de carne, ceviches o conejo en coco. Bernardo se incorporó rápidamente a ese ritual. El calor de Maracaibo hacía de la cerveza muy fría una bebida tentadora y más fácilmente eliminable que en otras regiones menos calurosas.

El lunes, su primer día de trabajo con la empresa, se presentó en la oficina del Gerente de Exploración, el escocés James Baker, a quién ya había conocido durante su pasantía. Baker lo saludó con jovialidad y le preguntó: “¿Tiene pantalones de kaki, Dr. Mateos?” utilizando un término casi obligado en Venezuela para quienes hubiesen obtenido un título universitario, aún cuando éste no fuese el de Doctor. Bernardo respondió que aún no los tenía y Baker añadió: “Le voy a permitir estar aquí dos días, para que pueda comprar todo lo necesario. Tenemos una lista que puede ayudarlo. El Miércoles saldrá para el campo. Desde hoy usted es uno de nuestros geólogos de campo. Su remuneración de Bs 1800 al mes le será depositada cada quincena en el Banco Occidental de Descuento, en su cuenta personal. Mientras esté en el campo le pagaremos un bono de Bs. 15 al día, su “bush allowance”. Sin embargo, no necesitará muchas cosas en el campo pues el grupo geológico tiene su presupuesto para comida, transporte, medicinas y equipo de campo. Para un joven geólogo estar en el campo es buen negocio y lo mantiene libre de las tentaciones de la ciudad”, sonrió Baker.

Ya me retiraba cuando Baker me atajó: “Bernardo, perdone que lo llame por su primer nombre tan pronto. Déjeme agregar algo. Usted inicia hoy un camino que ha sido transitado en el pasado por muchos geólogos ilustres, de varias nacionalidades, desde que Ralph Arnold llegó a Venezuela en 1908. En nuestros archivos encontrará un verdadero tesoro de información elaborada por estos

geólogos. Le recomiendo leer los informes y hojear los libros de campo. En esos libros encontrará no solo observaciones geológicas, secciones estratigráficas, diagramas estructurales, sino también notas sobre la gente, la flora, la fauna, el país. Estoy seguro de que un venezolano bien educado como usted se dará un verdadero banquete viendo esos libros cuando tenga un tiempo libre, que no será con frecuencia. En el campo, aquí en la ciudad, donde quiera que usted esté, usted nos representa. Hágalo siempre con decoro y dignidad. Nuestra empresa tiene una hermosa reputación que cuidar en su país”.

Bernardo salió de la oficina, en el Edificio Las Laras y tomó un carrito por puesto hacia la Plaza Baralt, hacia el llamado Mercado de la Marina., en el cuál se podían encontrar los artículos más variados a precios muy razonables, vendidos tanto por comerciantes legales como por numerosos contrabandistas. Allí se ofrecían a voz en cuello cigarrillos, whiskies, quesos holandeses, brandy español, relojes japoneses, condones, linternas, yesqueros, pantalones y camisas de kaki, mentol chino, todo lo imaginable. Una inmensa bodega en esquina tenía un lema que rezaba: “Si nosotros no lo tenemos, es porque usted no lo necesita”.

En un par de horas Bernardo se había provisionado de todo lo necesario, según la lista, con las adiciones que había hecho en base a sus gustos: ocho juegos de camisas y pantalones, cigarrillos “Winston”, brandy “Felipe II” ((el que siempre tomaba su padre), hojillas de afeitar, pasta dental y cepillo de dientes, una docena de condones, whisky “Old Parr” y otras vituallas. En poco tiempo se daría cuenta que una docena de condones eran demasiados condones para llevar a los montes y cerros del estado Lara.

\*\*\*\*\*

Bernardo fué enviado a Siquisique, a unirse al Grupo Geológico #3, el cual estaba a cargo del geólogo holandés Engbert van der Linden, a quién todos llamaban Eng. Este era un fotogeólogo, quién debía trabajar en el campo por un tiempo para adquirir más experiencia geológica directa, la cual lo ayudaría en su trabajo

fotogeológico. Bernardo iba a iniciarse como su asistente, a fin de familiarizarse con el trabajo administrativo y técnico de un grupo, antes de tomar un grupo a su cargo. Bernardo era, en ese momento, el único geólogo de campo venezolano que tenía la empresa. Aún no había cumplido 21 años y el resto del departamento lo había comenzado a ver como una especie de mascota, como a alguien a quien no se debía tomar demasiado en serio pero a quien todos deseaban ayudar. Esto lo ayudó mucho en los inicios de su carrera.

Eng ya tendría unos 35 o más años. Era un delgado y tranquilo holandés, quien había sido piloto de guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Había volado en Indonesia, especialmente sobre la isla de Borneo y bombardeado objetivos militares íntimamente conectados con la población civil. Al llegar a Maracaibo Eng había entrado en contacto con los sacerdotes de la Iglesia San José, casi todos canadienses. Traumatizado por su experiencia bélica, en búsqueda de ayuda para mitigar sus sentimientos de culpa, Eng tuvo la suerte de encontrarse con estos sacerdotes, quienes lo transformaron de piloto atormentado en católico ferviente. Cuando Bernardo lo encontró en Siquisique, Eng era ya muy devoto, e iba a misa, de manera invariable, todos los domingos. Cuando llegó al grupo Bernardo le reveló a Eng su agnosticismo y éste comenzó una dedicada labor de catequización. En las noches de Siquisique sostuvieron largas conversaciones sobre la fe, las buenas obras, la vida eterna o el papel, glorioso o deleznable?, que el hombre juega en el universo. Aunque Eng no logró convencer a Bernardo y este, en ocasiones, penetró la relativamente frágil armadura de la fe de Eng, esas conversaciones sellaron la base de una amistad que duraría toda la vida.

En Septiembre de 1956 el Grupo Geológico #3 se había instalado en Siquisique. Los dos geólogos, Eng y Bernardo, se turnaban manejando un "Land Rover", acompañados de cuatro asistentes, mientras que Eutimio Morantes, el mejor chofer del mundo, a quien ya Bernardo había conocido durante su pasantía, los seguía piloteando una "Power Wagon", acompañado del cocinero, el caporal y todo la parafernalia que sería necesaria para la instalación del campamento. Según los estudios fotogeológicos iniciales las áreas prioritarias a ser estudiadas

eran las de Los Algodones y Las Tinajitas, situadas ambas al norte de Siquisique, una población situada al Este de Baragua y al Suroeste de Churuguara. Esta no era una zona petrolífera promisoría, puesto que estaba formada por abundantes rocas ígneas y metamórficas íntimamente relacionadas con rocas sedimentarias de edad terciaria. Sin embargo, parecía ser una zona crítica para comprender la geología regional. Era como ir a estudiar la rodilla para entender la pierna. Con frecuencia la geología se presenta como un rompecabezas el cuál necesita, para armarse, de piezas que parecerían no ser importantes. Siquisique, sin embargo, parecía ser una zona crítica de contacto entre las cuencas de Falcón y del Golfo de Venezuela y las cordilleras andinas. En términos geológicos de la época, Siquisique representaba un “alto”, es decir, una “isla” de rocas más antiguas rodeadas de rocas más jóvenes. Pudiera ser, pensaba Bernardo, un inmenso bloque alóctono, como los que había visto en Bucarito. Y si fuera, no sería posible que el cretácico “petrolífero” estuviese por debajo de ese bloque alóctono? Bernardo pensaba que perforar un pozo en la zona pudiera ser atractivo. Pero para llegar a proponer tal cosa habría que estudiar muy cuidadosamente las relaciones geológicas de campo.

El grupo alquiló una amplia casa en Siquisique y la convirtió en su campamento principal. De allí saldrían a trabajar todos los días y, si el área era remota y complicada, llevarían hamacas y un equipo básico para establecer campamentos volantes. La casa seleccionada estaba a dos cuadras de la Plaza Bolívar del pueblo y a tres cuadras de un pequeño hotel, propiedad de una magnífica familia, la cual incluía la joven mas dulce de Siquisique. Eng se enamoró de esta joven, en silencio, debido a su timidez. Con Bernardo, la joven estableció, de manera casi inevitable dadas las edades parecidas, una relación platónica, llena de largas conversaciones sobre literatura venezolana, muchas miradas tiernas y algunas castas caricias. Para Bernardo la relación era importante pues representaba un oasis en un ambiente duro y primitivo. No se dio cuenta, sin embargo, del impacto que su exótica presencia tendría en aquél pequeño pueblo y en la joven. Años después recibió una carta, en la cual ella le reprochaba su indiferencia, el haberle creado expectativas, le echaba en cara el

haberla hecho esperar algo que nunca había llegado. Para Bernardo, esa carta fue una dolorosa sorpresa porque él nunca estuvo consciente de haber despertado expectativas, de haber engañado. Para colmo, la carta no llevaba dirección de la remitente, por lo cual siempre quedó sin respuesta. Bernardo trató de localizarla en Barquisimeto para pedir su perdón, pero nunca lo pudo hacer. En su carta la joven decía: “Nunca me habían hablado con las palabras con las cuales me hablaste. Me hiciste sentir una bella y deseable mujer, en lugar de una joven campesina. Me enamoré de ti y, luego, te fuiste. Debes saber que me has hecho muy infeliz. Solo espero que nadie te haga a ti lo que tú me has hecho....”.

\*\*\*\*\*

Los cerros de Los Algodones estaban a una hora de camino de Siquisique, en la ruta hacia Baragua. Son cerros blanquecinos con tintes solferinos y rosados. Su vegetación era una restringida a cujíes, tunas y las terribles guasábaras. Las guasábaras son los puñales del desierto larense. Los obreros le habían advertido a Bernardo que las guasábaras, con sus largas y agudas espinas, no esperaban ser tocadas por el hombre sino que “saltaban” en búsqueda del caminante y, una vez hacían contacto, se insertaban hasta el final. Un día lo verificó. Caminaba solo por la zona, violando las reglas del andar en el campo, cuando una guasábara pareció brincar casi un metro para insertarse en su tobillo derecho. Una vez la espina encontró el blanco penetró hasta tocar un nervio que le anestesió completamente el pié. Cuando esto sucedió, Bernardo estaba como a unos cinco kilómetros del campamento. Esa fue la distancia que debió recorrer para regresar al campamento, con la desagradable sensación de la espina apuñaleando su pié, pegando brincos sobre una sola pierna. Aunque nunca estuvo en real peligro, esta experiencia le enseñó a no salir más nunca al campo solo.

Los cerros de Los Algodones estaban formados por rocas ígneas, gabros y basaltos, además de rocas sedimentarias ligeramente alteradas por metamorfismo, de posible edad cretácica. Las relaciones estructurales entre las rocas sedimentarias y las ígneas eran muy complicadas. En muchos sentidos, enviar a Bernardo a Siquisique era como enfrentar a un boxeador novato con

Cassius Clay (Muhamad Alí). Aunque Eng tenía un tanto más de experiencia tampoco sabía lo suficiente para desenredar el misterio. Sin embargo, y a pesar de la erosión pronunciada existente en la zona, la similitud entre las rocas sedimentarias de Los Algodones y las rocas del cretácico superior de la región andina era evidente. Las rocas sedimentarias de Los Algodones tenían un aspecto tipo “La Luna”. Las formaciones geológicas reciben el nombre de la localidad donde han sido mejor estudiadas o estudiadas por primera vez. La Formación La Luna es llamada así porque fue estudiada y descrita por geólogos de la empresa Caribbean Petroleum, en 1922, en la Quebrada La Luna, unos 16 kilómetros al noroeste de La Villa del Rosario, en Perijá, Estado Zulia. Esta es una de las formaciones más famosas en la literatura geológica mundial. Ello se debe a que es una de las formaciones en las cuáles se ha generado más petróleo. Solo en la Cuenca de Maracaibo, en una extensión de unos 30000 kilómetros cuadrados, con un espesor promedio de unos 50 metros de “roca madre”, es decir, roca generadora de petróleo, y con un rendimiento promedio de unos 50 litros de hidrocarburos por metro cúbico de roca, se calcula que las rocas de La Luna han generado unos 480.000 millones de barriles de petróleo. Por supuesto, una cosa es el petróleo generado, otra cosa el volumen preservado, el cuál puede ser solo un bajo porcentaje de lo generado. Una cosa es el petróleo descubierto y, aún otra cosa, el petróleo recuperable. Esta última cifra puede oscilar entre el 15% y el 50% de lo existente en el yacimiento.

La Formación La Luna está caracterizada por calizas densas y lutitas calcáreas. Las calizas, al ser golpeadas por un martillo, despiden un olor fuerte a gasolina. Uno de sus obreros, Cipriano, al golpear las rocas con un martillo, le decía: “Doctor Bernardo, esto es puro Super Shell!”.

En Siquisique, Bernardo y Eng encontraron rocas con estas características pero de colores menos oscuros que los que predominan en la Cuenca de Maracaibo. También encontraron afloramientos de un conglomerado cuarzítico similar en aspecto a las rocas de la Formación Río Negro, de edad cretácica inferior. Estos conglomerados habían sido probablemente depositados al inicio de una transgresión marina ocurrida en toda la parte norte de Venezuela hace unos 80

millones de años. Con mucha paciencia los dos geólogos fueron identificando los componentes principales del cuadro geológico de Los Algodones: gabros, basaltos, conglomerados, calizas, lutitas y flujos de lava. En especial las lavas eran fascinantes. Semejaban grandes turbantes de roca colocados sobre la superficie. Nunca habían visto nada igual. Pidieron la visita de Glaser o de Konrad Hausmann y, tres días más tarde, llegó Hausmann, quien identificó las lavas de inmediato como lavas almohadilladas. “Tienen esta apariencia”, explicó, “porque fueron objeto de una extrusión submarina. De allí que se enfriaron mas rápidamente y tomaron este aspecto arrosquado, muy bonito. Las he visto en Turquía, casi idénticas”.

En la noche, durante la tertulia, los tres geólogos iniciaron un intento de reconstruir lo que había sucedido en Los Algodones, en remotas épocas geológicas:

1. Al inicio del cretácico (unos 90 millones años), el eje Siquisique- Los Algodones representaba un alto estructural compuesto por granitos paleozoicos (pre-cretácicos). En sus bordes comenzó a recibir los sedimentos deltaicos de la Formación Rio Negro, de edad cretácica inferior, representada por los conglomerados cuarzíticos.
2. El mar invadió el Alto, depositando calizas arenosas y más macizas de la Formación La Luna, con ftanitas (silex) radioláricas en su parte más profunda.
3. Rocas ígneas como el gabro, en forma de diques, y las extrusiones de lavas almohadilladas se formaron bajo el mar, al fin del cretácico. Estas rocas ígneas parecen marcar el inicio de un período orogénico (de formación de montañas).

En base a estas consideraciones iniciales los geólogos esbozaron un modelo estructural, el cuál sugería una historia muy interesante. En efecto, la combinación de observaciones de campo hechas por Eng y Bernardo y los estudios petrográficos y petrológicos de las rocas ígneas hechos por los laboratorios de la empresa en Maracaibo y Europa indicaban que en la zona predominaba una asociación definida como ofiolítica, es decir, rocas ígneas básicas (ricas en calcio

y magnesio), sedimentos carbonáticos y silíceos con radiolarias y, muy importante, las lavas almohadilladas. Esta asociación de rocas era típica de lo que en esa época los geólogos llamaban un borde de Eugeosinclinal. Hoy, los geólogos modernos quizás lo llamarían un punto de subducción entre dos placas tectónicas. Esta hipótesis de trabajo explicaba con mucha elegancia la presencia de bloques alóctonos de estas rocas embutidos en las lutitas del terciario, un período geológico de sedimentación mas tranquila hacia la Cuenca. La región de Siquisique- Los Algodones parecía ser un punto de contacto geológico entre una plataforma más tranquila (Lara Occidental y Trujillo) y una región con procesos orogénicos mas activos ( Falcón y nordeste de Lara).

Cuál era el valor práctico de esto, aparte del placer que sienten los geólogos por hurgar en la historia de la Tierra? La respuesta es sencilla. Si esta hipótesis fuese correcta, las rocas de edad cretácica en el subsuelo de Falcón estarían más o menos metamorizadas y no ofrecerían un objetivo petrolífero de interés. Pero, si Siquisique representase un inmenso bloque alóctono embutido en los sedimentos del terciario, tal y como ocurre hacia el sur del estado Lara, en Bucarito, entonces sería posible esperar que los sedimentos del cretácico en el subsuelo de Falcón pudiesen estar representados por facies (características) de plataforma, las cuáles son generadoras y almacenadoras de petróleo. La respuesta a esta interrogante, que sepamos, aún permanece en suspenso. La pregunta es aún válida: ¿perforamos o no un pozo en la Cuenca de Falcón en búsqueda del cretácico en facies de plataforma?.

\*\*\*\*\*

Llegó el día de la mudanza de Siquisique. Ese día Bernardo volvió a experimentar el conflicto espiritual que ya había sentido al salir de Tulsa. Mudarse no era un sencillo asunto de cargar las hamacas y las ollas y las mesas en la "Power Wagon" y salir del pueblo. En los tres meses que el Grupo Geológico había estado allí, habían conocido a la gente del lugar y la gente del lugar los había conocido a ellos. Habían establecido vínculos, los más de carácter puramente superficial pero otros más profundos. En cierta forma habían llevado a cabo una intervención

cultural del pueblo, mediante la cual, tanto ellos como la gente de Siquisique, habían sido cambiados de alguna forma. Tanto Eng, como Bernardo, como la dulce joven del hotel, como los baqueanos que quedarían atrás y los habitantes del lugar con quienes compartimos tantos momentos agradables, todos quedaríamos de alguna manera tocados por la experiencia.

Uno de los mayores riesgos “profesionales” de un geólogo de campo era ese de llegar a una nueva comunidad por un tiempo relativamente corto. Sobre todo en la Venezuela provinciana de la época, un universitario llegado al pueblo se convertía instantáneamente en un punto de atracción para los habitantes. Generalmente era visto como alguien mejor informado, mejor “preparado”, como una instancia superior. La gente del pueblo iba a consultarlo, un poco como médico, “maestro” o consejero. Bernardo aún no había cumplido los 22 años cuando llegó a Siquisique. Sin embargo, una parte de los habitantes del pueblo lo veían como un mentor. Se establece un vínculo de dependencia o de domesticación, como decía Saint-Exupery, entre el nativo del lugar y el extraño visitante de otro “planeta”. Es el hermoso y terrible vínculo que se estableció entre el zorro y el Principito. El vínculo es hermoso pero lo terrible es que no puede durar pues el visitante debe partir. Y entonces, ¿cómo quedan todos los zorros domesticados sentimentalmente por los visitantes?. ¿Cómo quedan esos zorros quienes han aprendido a “amar” a quién ahora debe partir? La responsabilidad del visitante es muy grande y su capacidad de hacer daño sin darse cuenta es también grande. Sin quererlo la presencia de Bernardo creó expectativas entre algunos habitantes del pueblo que jamás iban a concretarse. Pero hay mucho más en esto. Nadie puede intervenir sin ser a su vez intervenido, nadie puede poseer sin ser poseído, nadie puede jugar a ser Dios. Bernardo, al salir de Siquisique, dejó allí para siempre un trozo de sí mismo. Y esto le sucedió en cada sitio donde fue, en cada pueblo, en cada aldea. Eso de ir dejando pedazos de sí mismo en todas partes lo hizo amar entrañablemente a su país y a la sencilla y abierta gente venezolana, cuyo recuerdo siempre habitaría en su corazón.

\*\*\*\*\*

De Siquisique el Grupo Geológico #3 se mudó a una zona muy montañosa situada entre Urucure y Churuguara. Se instaló en un par de casitas, casi ranchos, situadas en el tope del Cerro las Tinajitas. El cerro estaba rodeado de fincas ganaderas y las garrapatas estaban por doquier. Todas las noches, alrededor de las 11 pm, el avión “Viscount” de Aeropostal pasaba justo por encima del campamento, con sus turbinas “Rolls Royce” silbando alegremente. En su hamaca, mirando hacia el cielo y las lucecillas rojas del avión, Bernardo sentía una momentánea nostalgia de la “civilización”, de un buen baño con agua caliente, de la compañía femenina y de un buen churrasco en “Mi Vaquita”. Sin embargo la nostalgia era muy pasajera porque lo que hacía lo mantenía interesado. En una ocasión uno de los miembros del grupo le comentó: “Ahí va el avión de Aeropostal, Doctor Bernardo. Sabe usted que tiene tres alas?”. Y agregó: “el ala derecha, el ala izquierda y a la... mierda”. El avión parecía una cajita iluminada suspendida en el cielo. Allí irían, pensaba Bernardo, hombres tomando whisky como agua, pensando en lo que harían al llegar a Maracaibo. “Mientras tanto aquí estoy yo, sacándome las garrapatas. Y, para esto estudié tanto?” Estos pensamientos eran rápidamente neutralizados por la convicción de estar haciendo algo importante.

El Grupo contrató a un baqueano pero su contratación resultó una experiencia dolorosa. Cuando Eng y Bernardo llegaron a la puerta de la casita de Don Venancio Pacheco, para contratarlo como guía, el hombre salió a recibirlos y les dijo que en ese momento no podía atenderlos pues estaba ocupado. Los geólogos no comprendieron como una persona que debía necesitar ingresos adicionales parecía rechazar la oportunidad. Por lo tanto, Bernardo insistió: “¿Es que no desea trabajar con nosotros, Don Venancio?” El hombre lo vio en silencio por unos segundos y Bernardo se dio cuenta de que había estado llorando. Finalmente respondió: “Perdonen... pasen adelante, por favor”.

La casa-rancho de Don Venancio tenía tres ambientes: sala, cocina y dormitorio. El sanitario estaba afuera de la casa y no era más que un hoyo medianamente profundo, semi-oculto por unas ramas de cují. En el centro de la sala se encontraba sobre una mesa, rodeada de potes de leche convertidos en floreros, una niña muerta. Al lado de la mesa, sobre una tabla, Don Venancio

estaba terminando de hacer el ataúd. La niña tenía puesta una pequeña guirnalda de flores silvestres y las moscas comenzaban a posarse en ella. En la cocina se encontraba la mujer de Don Venancio y dos hijos, de unos 9 y 10 años. Don Venancio les dijo a los geólogos: “No puedo comenzar a trabajar con ustedes antes de enterrarla. Se nos murió esta madrugada y no tuve tiempo de pedir ayuda. De aquí al dispensario de Churuguara son casi cuatro horas a caballo”. Don Venancio parecía estar disculpándose ante los geólogos por la muerte de la niña!

Eng se afectó mucho. Como piloto de guerra en Indonesia seguramente había causado muertes pero nunca las vio de cerca. Bernardo, por su parte, nunca había visto un niño muerto. La niña, rodeada de cirios y flores, parecía un ángel. En efecto, así la consideraban los padres y hermanos. En ese momento comenzaban a llegar al rancho algunos vecinos del lugar, gentes quienes vivían en varios kilómetros a la redonda y quienes se habían enterado del hecho de la manera casi milagrosa como se difunden las noticias en el campo. Venían con botellas de aguardiente y con algunos instrumentos musicales, con toda la intención de “bailar” al nuevo angelito. Para nuestra gente del medio rural la muerte de un niño frecuentemente era un motivo de regocijo más que de llantos, porque representaba la adición de un nuevo ángel al ejército de Dios. El profundo dolor de los padres tenía que competir con la alegría entre los menos allegados, una alegría dictada por las costumbres. Al ver llegar a sus amigos y vecinos a celebrar su desgracia, Don Venancio Pacheco sonreía entre sus lágrimas.

\*\*\*\*\*

Días después Don Venancio inició sus labores como baqueano del Grupo Geológico. A veces caminaba con los geólogos, a veces señalaba el camino trotando delante de los geólogos sobre su pequeño caballo. Bernardo lo observaba cabalgar erguido, como un general al mando de sus tropas, enérgico y confiado en su conocimiento de la zona. Apenas tenía una pequeña casa, su mujer- ya no tan joven - dos hijos y su caballo pero cabalgaba por todos esos lares como si le perteneciesen. Y, en muchos sentidos, así era. Cuando Bernardo se lo

comentó, contestó: “Dr. Bernardo, cuando salgo en mi caballo a recorrer la serranía soy libre como el viento. Tengo todo lo que necesito.... casi todo”, rectificó, pensando sin dudas en su niña. Y añadió: “No soy como Don Antonio, el dueño de estas fincas, quién vive como un recluso, asustado por lo que harán sus hijos con el dinero cuando él se muera”.

Eng y Bernardo debieron visitar a Don Antonio, a pedirle permiso de manera oficial, como lo exigía el protocolo de la empresa, para andar por sus tierras. El día de la visita lo encontraron sentado a la mesa. Estaba sin camisa, sentado en un rústico butaque, inclinado sobre un plato de sopa grasienta, en torno al cual revoloteaban las moscas. Don Antonio sorbía ruidosamente su sopa mientras utilizaba la mano libre para espantar moscas. Sin embargo, una había logrado suicidarse en la sopa y Don Antonio ya la estaba pescando, en el momento en el cuál los geólogos entraron. De la cocina al comedor viajaba repetidamente una rolliza mulata quién parecía hacer las veces de cocinera, ama de casa y compañera, quizás hasta de madre de algunos de sus hijos. El aspecto de la mujer era tal que difícilmente pudiera pensarse en que Don Antonio hubiese intentado tener más de un hijo con ella, aunque, por supuesto, hay para todos los gustos.

En la breve conversación que Bernardo sostuvo con Don Antonio, mostró curiosidad por saber cuánto ganado tenía. Y Don Antonio le respondió: “No estoy seguro, doctor. Más de 3000 cabezas. Ellas andan por ahí y no llevo la cuenta. Es mucho el vecino que ha comido carne de mis vacas. Mis muchachos viven todos en Barquisimeto, en grandes quintas, gastando el dinero que yo he hecho con duro trabajo. Yo prefiero vivir aquí con mis vacas. Cada vez que voy a Barquisimeto regreso mas disgustado con aquella manera de vivir. Aquella gente no hace más que beber, comer y hablar pendejadas de los vecinos”. Y agregó: “Mire Dr. Bernardo, claro que pueden andar por mis tierras. Y si necesitan una buena ternera, me la piden y yo se la doy. Eso sí, si encuentran petróleo tienen que hablar conmigo para negociar. Aquí han venido otros técnicos, inclusive unos “musies” y me han dicho que en mis tierras hay mucho petróleo. En Uruçure hay

un mene.” Bernardo regresó al campamento convencido de que Don Antonio era un buen negociador pero no era un hombre feliz

\*\*\*\*\*

Todos los días, excepto los domingos, cuando Eng trataba de irse a misa, si alguna iglesia le quedaba cerca, los miembros del grupo geológico bajaban del campamento situado en el tope del cerro Las Tinajitas y estudiaban las diversas quebradas de la zona. Al llegar a cada afloramiento lo estudiaban, describían la litología, tomaban muestras y medían buzamientos, rumbos y espesores, cuando las secciones estratigráficas así lo ameritaban. Cada quebrada terminaba por unirse a la quebrada La Torta, desde donde emprendían el regreso hacia el campamento, caminando cerro arriba. A medida que pasaban los días y las semanas, Bernardo había comenzado a dudar de su capacidad para el trabajo a mediano y largo plazo. Los aspectos técnicos ya eran complejos pero el esfuerzo físico era extenuante. Eran caminatas diarias de 15 o más kilómetros, cerro abajo, cerro arriba, bajo el sol inclemente o lluvias generalmente torrenciales y de poca duración pero en ocasiones tormentosas, con rayos aterradores. El constante esfuerzo físico ponía a prueba su voluntad. Eng era de frágil apariencia pero poseía una naturaleza estoica, sin duda influenciada por su fe religiosa. Bernardo era un joven con otros intereses y, con frecuencia, pensaba que, al estar haciendo lo que hacía, estaba perdiendo un tiempo precioso que hubiese podido usar en tantas otras cosas más agradables. La fatiga de Bernardo era más mental que física. Las ocasiones en las cuáles se sentía incapaz de dar un paso más coincidían frecuentemente con sus fantasías de estar en un ambiente civilizado, con aire acondicionado, quizás dictando órdenes a una secretaria de bellas piernas. Los condones que había adquirido en Maracaibo estaban intactos. Por las mañanas Bernardo debía hacer un gran esfuerzo para levantarse y ponerse las botas en unos pies siempre ampollados y adoloridos.

De noche, en los breves momentos de reflexión que precedían al sueño, esos momentos por los cuáles Jorge Luis Borges se mostraba agradecido, Bernardo pensaba con alguna nostalgia en sus años liceístas y universitarios. Quizás, pensaba, he debido ser un filósofo, excepto que la filosofía no parecía ser

una profesión. La geología fue el compromiso entre la ingeniería y la filosofía. La geología tenía tanto de imaginación como de medición. Un famoso geólogo había dicho que “el petróleo se encuentra en la mente de los hombres”. Pero nadie había preparado a Bernardo para el componente físico de la tarea. Las caminatas interminables, las dolorosas ampollas, las garrapatas, la sed crónica (no hay nada más insatisfactorio que el agua tibia de una cantimplora), la carencia de una ducha caliente, el tener que guindarse de un mecate, al aire libre, sobre un hueco lleno de cal, para hacer sus necesidades corporales. La dieta de chivo asado, yuca frita y huevos, la casi total carencia de contacto con el mundo “civilizado” por largas semanas, el celibato forzado que lo hacía ver dulcineas en cada niña mugrienta de las montañas, el viejo radio “Grundig” que apenas captaba las estaciones de radio evangélicas de Bonaire, todo ello configuraba un poderoso síndrome de aislamiento que lo descorazonaba.

En esos momentos Bernardo terminaba preguntándose: “¿Qué carajo hago aquí?... ¿Qué significa todo esto? ...pero, si no lo hago yo, alguien lo va a tener que hacer”. Y poco a poco una respuesta a estas dudas fue consolidándose en su interior.

En la obtención de esa respuesta Bernardo recibió el estímulo de sus obreros. El grupo de cinco hombres que lo acompañaba estaba formado por venezolanos sencillos, de extracción rural, con todas las virtudes y los defectos que suelen tener estos hombres. Ernesto Meléndez, el caporal, tenía unos sesenta años, anciano en la definición del término en la Venezuela de hace más de medio siglo. Y sin embargo, Ernesto volaba en los cerros, caminaba sin dar muestras de cansancio y poseía un sentido de la orientación que hacía palidecer de envidia a la brújula de Bernardo. Era un líder nato y manejaba su pequeña tropa con gran sentido de autoridad y justicia. Un día Ernesto le pidió un permiso de una semana a Bernardo para asistir al matrimonio de su hija, quien se casaba en Dabajuro. Al cabo de una semana regresó, silencioso, cabizbajo, deprimido. Bernardo creyó conveniente hablar con él. Ernesto le contó que había ido a Dabajuro y visitado al cura para arreglar todo lo pertinente al matrimonio de su hija. En esa conversación el cura le preguntó si él estaba casado por la iglesia y Ernesto le dijo que tenía 40

años viviendo con su mujer, en total armonía y felicidad. Sin embargo el sacerdote le comunicó que no casaría a su hija a menos que los padres también se casaran, ya que estaban viviendo “en pecado mortal”. Ernesto debió casarse con su mujer de 40 años, el mismo día que su hija, frente a sus amigos, sintiéndose horriblemente desgraciado. “Ahora me siento como preso, Dr. Bernardo... me siento muy mal”. Y, en efecto, le tomó semanas enteras a Bernardo inyectarle a Ernesto parte de la auto-estima perdida.

Cipriano Sánchez era quien portaba las muestras de roca recolectadas por Bernardo. No era raro que, al final del día, la mochila de Cipriano pesase más de 30 kilos. Era un hombre fornido, nunca decía palabra, leal y muy mujeriego. Un día sábado en la tarde, día de asueto, se presentaron al campamento de Las Tinajitas un par de policías para decirle a Bernardo que Cipriano estaba atrincherado en una bodega de Urucure y amenazaba con prenderle fuego si no lo dejaban tranquilo. Cipriano estaba tomando licor y se había tornado violento. Tuvo que ir Bernardo hasta Urucure y hablarle. Cipriano lo respetaba y obedeció al instante. Muy a su pesar Bernardo lo envió de regreso a Maracaibo, donde fue despedido. Bernardo lo sintió doblemente porque Cipriano le había salvado la vida en Agua Clara, en una pequeña bodega donde habían llegado a tomarse unos refrescos. Cuando Cipriano le preguntó en voz alta a Bernardo que deseaba tomar, llamándolo por su apellido, un hombre que se encontraba allí se le fue encima a Bernardo con un cuchillo. Fue Bernardo quien paró el golpe y neutralizó al hombre. Una vez sometido, el hombre explicó que un Dr. Mateos, de Coro, había torturado a un hijo suyo en los sótanos de la Seguridad Nacional y que él había pensado que ese hombre era Bernardo. Todos los obreros al servicio de Bernardo lo querían, lo protegían y le hicieron sentirse orgulloso de su gente.

La respuesta, por lo tanto, tuvo mucho que ver con el amor que Bernardo había desarrollado por la gente pequeña del país, con su progresivo vínculo espiritual con la geografía y la realidad social de su país. No era un amor ciego, ese que tiene más que ver con patriotismo, sino un amor que reconocía las imperfecciones del país y de la gente. Era más bien compasión por los

venezolanos pobres, ignorantes, débiles, dependientes, entregados de antemano a una existencia marginal, en ocasiones rayana en lo animal. Era necesario, pensaba Bernardo, probarle a estos venezolanos que podemos hacer lo que debemos hacer. El debía convertirse en un ejemplo, para la gente que lo rodeaba, de lo que un venezolano común, de extracción social modesta, podía hacer y podía llegar a ser. Tenía que perseverar, tenía que llegar a triunfar en su carrera. Esta era la respuesta. Cada vida, intuyó Bernardo, debe ser, en última instancia, una lección, herramienta de educación ciudadana. Y su vida no debía ser diferente. Bernardo seguiría cansado, con sus pies ampollados, pero ya nunca más dudaría de la importancia de lo que estaba haciendo. Cada paso que daría de allí en adelante tendría un claro propósito.

\*\*\*\*\*.

Al finalizar el trabajo en Las Tinajitas el Grupo Geológico #3 regresó a Maracaibo a escribir el Informe Geológico final sobre la región de Siquisique. En Maracaibo Bernardo se dedicó a compensar por las privaciones sufridas durante sus largos meses en el campo. Encontró a su regreso una apreciable cantidad de dinero represado en su cuenta, más de 20000 bolívares. Lo primero que hizo fué invitar a una amiga a bailar al Hotel Del Lago y gastar, entre comida y champaña, casi 800 bolívares. Ya Verónica se había casado, como lo había pronosticado, y le era totalmente fiel a su marido. Bernardo debió comenzar la búsqueda de una nueva relación, lo cual no era difícil para un profesional joven. Encontró no una sino varias muchachas dispuestas a hacerlo. Cuando hay varias relaciones no hay ninguna relación. Solo contactos efímeros, como el que tuvo con Nadia. Nadia era una joven andina, obsesionada por el sexo. Cuando Bernardo la llevaba en su auto, en pleno día por las calles y avenidas de Maracaibo, Nadia se acostaba en el asiento y se tragaba a Bernardo, lo cual estuvo en varias oportunidades a punto de causar un serio accidente. Nadia se reía a carcajadas. Le decía a Bernardo que había sido un tío en San Cristóbal quién la había iniciado en esas tareas y que era lo que más le gustaba hacer. Con Bernardo se divertía y nunca habló de

matrimonio, nunca aceptó su dinero. Todo lo que quería era divertirse con él, devorarlo una y otra vez. Siempre le decía que prefería hacerlo cuando iban por la Avenida 5 de Julio, Bernardo nunca supo la razón. Pero también lo disfrutaba en el cine o en el pequeño apartamento que Bernardo había alquilado.

Muy diferente fue su también breve relación con Moraima, una joven tímida y temblorosa, sexualmente reprimida. Esta relación tuvo un componente cerebral mucho más acentuado y Bernardo la disfrutó tanto como la otra, quizás de una manera no enteramente “normal”. Era un juego del gato y el ratón. El gato sentía placer de ver al ratón temeroso y deseando hacer lo que no se atrevía a hacer, temor y deseo, inhibición y ganas. Bernardo le tomaba la mano y ella se resistía dulcemente. Bernardo le retiraba la mano, comenzaba a decirle algunas cosas al oído y veía como Moraima comenzaba a luchar internamente y como daba señales de excitación. Entonces Bernardo sentía que podía tomarle la mano de nuevo y ponerla sobre su erección y dejarla allí, sola, sin coacción. Entonces Moraima lo acariciaba y lo veía con ojos húmedos. Bernardo le abría las piernas con una brusquedad rayana en el sadismo, hasta llegar el pequeño lago en el cuál nadaba el clítoris. Ya entonces Moraima se entregaba, pero hasta allí llegaba Bernardo. Nunca pasó de las caricias que llevaban a ambos a orgasmos violentos. Bernardo sabía que ella no era para él. No la amaba pero la quería y la respetaba. Sin embargo, Moraima siempre pareció resentirse de que Bernardo no hubiese llegado con ella hasta el final. Es probable que hubiese llegado a odiarlo.

\*\*\*\*\*

Las semanas que precedieron a la caída del dictador Pérez Jiménez encontraron a Bernardo en Maracaibo. Formaba parte de una pequeña célula subversiva que distribuía panfletos contra el gobierno. Bernardo escribía los “manifiestos”, se imprimían en un cuarto del Hotel “Detroit” con la colaboración del gerente del hotel y los distribuían en varios puntos de la ciudad. Una tarde, después de su trabajo, Bernardo se encontraba en una esquina del hotel repartiendo selectivamente sus panfletos. Un hombre se le acercó y le dijo: “me puedes dar

uno de esos papeles que tienes allí?”. Bernardo negó de inmediato que tuviese papeles para distribuir pero el hombre sonrió: “tengo dos horas observándote”.

Bernardo fue llevado a la cárcel de Maracaibo, donde fue puesto en una pequeña celda, incomunicado. Solo tenía lo que llevaba puesto. Nadie se ocupó de él por dos días. A los dos días fue sacado al patio central donde los presos recibían el sol de la mañana. Comenzó a pensar que sus familiares y la empresa lo estarían echando de menos.

Esa tarde recibió un paquete. Contenía cigarrillos, camisa y pantalones limpios, cepillo y pasta de dientes y una nota del abogado de la empresa en la cual le decían que estaban tramitando su libertad. En efecto, al día siguiente, mientras estaba en el patio central, oyó el grito: “Mateos, con sus corotos”. Al presentarse en la oficina se encontró con el abogado de la empresa, quien lo esperaba para llevarlo a su casa.

Esta experiencia, con todo y lo desagradable, no fue ni remotamente lo trágica que pudiese haber sido. Durante la dictadura de Pérez Jiménez miles de opositores fueron torturados en las cárceles y muchos fueron muertos a manos de los esbirros del régimen. El padre y los tíos de Bernardo habían sido apresados en uno u otro momento de esa dictadura. Cuando Bernardo fue capturado ya el dictador estaba en sus últimos días en el poder. Su policía había perdido la sensación de impunidad que los había acompañado por años y ahora se daban cuenta de que sus acciones serían castigadas. Ya no torturaban o mataban, solo retenían.

Hacia finales de Enero 1958 Pérez Jiménez se tambaleaba. Había nombrado un gabinete de último recurso, en el cuál figuraba un militar poco educado, el General Néstor Prato, nada menos que como Ministro de Educación. El país se levantaba masivamente contra la dictadura. Una mañana Bernardo se unió a una masa que se dirigía a la cárcel de Maracaibo soltar a los presos políticos, entre quienes se encontraba Jesús Paz Galarraga. La muchedumbre llegó a las puertas de la cárcel y el Director envió un emisario a pedirle que un grupo de tres o cuatro de los “líderes” fuesen a hablar con él. Bernardo se había colocado en primera fila y fue seleccionado como uno de sus integrantes. En su oficina el Director les dijo que

veía el propósito de ellos con simpatía, que comprendía la situación del país y que solo esperaba una autorización de Caracas para proceder a soltar a los presos. Les pedía una tregua de dos horas, la cual fue aceptada por los manifestantes.

Mientras la muchedumbre esperaba llegó un convoy de guardias nacionales armados con fusiles, quienes se colocaron rápidamente frente a los manifestantes. El Director los había llamado, nunca había tenido la menor intención de soltar a los presos. Desde la muchedumbre comenzaron los gritos. Al lado de Bernardo un heladero que portaba una bandera de Venezuela gritó: “Muera Pérez Jiménez” y avanzó. Toda la línea avanzó con él, se movió hacia adelante gritando consignas. Desde el grupo de los guardias nacionales surgieron disparos y varios manifestantes cayeron. El heladero cayó muerto, sin soltar su bandera. De repente, sin embargo, la línea de la guardia se quebró y dejó pasar a los manifestantes, quienes parecían decididos a morir pero no a abandonar su objetivo. La muchedumbre penetró como un río desbordado en la cárcel, sin encontrar oposición. Algunos de ellos se dedicaron a abrir las celdas y liberar los presos, otros encontraron al Director de la cárcel escondido en un baño y lo arrastraron hacia la puerta donde pretendieron lincharlo, siendo contenidos por Bernardo y algunos otros convertidos en líderes. El cuerpo del heladero permanecía en el suelo, frente a la cárcel, de cara al cielo, mientras los presos salían lentamente de la cárcel, saboreando la libertad que había costado muertes y heridos.

Al día siguiente Bernardo leyó en la prensa de Maracaibo una versión del evento. Aparecían las fotos de líderes políticos regionales quienes, sin haber estado allí, se habían convertido milagrosamente en los héroes de la jornada. Nadie más aparecía. Se mencionaban los muertos de manera anónima, no identificados. Bernardo recordó la cara del heladero muerto, con sus ojos abiertos a un sol que ya nunca contemplaría. Y sintió una profunda compasión y un profundo asco. Jamás militaría en un partido político.

\*\*\*\*\*

Finalizado el informe final sobre Siquisique y con sus ahorros un tanto mermados por los excesos de la vida en la ciudad, Bernardo fué encargado del Grupo Geológico #3 para ir a estudiar la geología de la región entre Barquisimeto, Bobare y Quíbor, una zona muy árida y de geología muy compleja, la cuál también se encontraba bajo estudio por grupos de la Universidad de Princeton, los alumnos de Harry Hess. Los estudios de Hess y sus grupos tenían un objetivo regional más académico que comercial. Se trataba de conectar la geología de la Cordillera de la Costa y las rocas metamórficas del Norte de Venezuela con la geología del Caribe. Ya en aquellos años se comenzaba a hablar, más y más, de placas tectónicas. La zona Norte de Venezuela parecía corresponder a un punto de contacto, de sutura, entre dos placas tectónicas. El enfoque que los grupos de Princeton le daban a sus estudios era de naturaleza estructuralista mientras que Hans Glaser y su grupo de geólogos petroleros estaban más orientados hacia la investigación estratigráfica. Esa diferencia de enfoques llevaría a los geólogos petroleros a fascinantes polémicas con los geólogos académicos de Princeton. En especial, los geólogos de Princeton (sobre todo Bushman) comenzaron a ver las relaciones entre rocas de edades diferentes en la zona de Barquisimeto como contactos estructurales, lo cual los llevaba a elaborar mapas de una gran complejidad estructural, con centenares de fallas como explicación a los contactos anómalos, en los cuales la secuencia estratigráfica normal se encontraba invertida. El grupo petrolero había desarrollado la hipótesis de la aloctonía gravitacional, según la cuál estas relaciones se debían a deslizamientos submarinos de rocas más antiguas de borde de cuenca hacia los sedimentos más jóvenes que se depositaban en el centro de la cuenca. Este fenómeno era similar al que se puede observar hoy cuando rocas y sedimentos de los cerros van a caer al valle y encuentran reposo al lado de sedimentos muchos más jóvenes. Tales deslizamientos dieron origen a los bloques alóctonos (venidos de otro sitio) embutidos en sedimentos más jóvenes. Trabajando en paralelo con los geólogos petroleros, los geólogos del Ministerio de Minas encontrarían fenómenos similares en la región de Carora. La hipótesis de aloctonía fue aceptada como la que mejor explicaba las relaciones de campo, lo cual no quiere decir que la contribución de

los geólogos de Princeton no fuese valiosa. Todo lo contrario. El trabajo de Princeton echó las bases de las modernas ideas geológicas sobre placas tectónicas y contribuyó a que Harry Hess se convirtiese en un geólogo casi legendario.

Durante su estadía en la zona de Barquisimeto Bernardo hizo algunos conocidos muy especiales. En la pensión situada en plena ciudad, adonde iba algunos fines de semana para descansar un poco del trabajo de campo, Bernardo conoció al señor Manolo, de unos 60 años de edad, barba sal y pimienta, vivaz y de risa pronta, aunque un tanto frágil de aspecto. A la hora del desayuno, la dueña servía a los huéspedes arepas, caraotas negras, yuca frita y queso blanco rallado. Sin embargo, al señor Manolo le llevaba una gran fuente de frutas frescas, casi todas criollas pero con una que otra pera o racimo de uvas. Al tener cerca las frutas, el señor Manolo comenzaba a hacer gestos apreciativos y comentarios elogiosos. “Qué maravilla de melón. Que delicadeza de lechoza” y cortaba un pequeño pedazo de la fruta y la paladeaba lentamente, con aire de gran satisfacción. Inevitablemente algún comensal cercano, en ocasiones Bernardo mismo, le pedía un pedazo de aquella maravilla y el señor Manolo, con aire resignado y aparentemente haciendo un claro sacrificio, le cambiaba al comensal un trozo de melón o de lechoza por un par de arepas con caraotas negras.

Un fin de semana Bernardo retornó a la pensión y no vió al señor Manolo. Al preguntar por él la dueña, llorosa, le dijo que había muerto. La dueña le explicó que la salud de Manolo era muy precaria, que sus riñones estaban en pobres condiciones. El médico le había impuesto una dieta muy estricta y él era un mal paciente. Se había rebelado y había dicho que prefería morir en sus términos, viviendo como siempre había vivido. Después de desayunar en la pensión se iba a recorrer las casas adyacentes, donde todos lo conocían y apreciaban, y donde se desayunaba dos o tres veces más.

Para sorpresa de Bernardo, la muerte de Manolo tuvo repercusión nacional. Había sido un conocido humorista. Cuando joven, había sido enviado por varios años al castillo de Puerto Cabello por Juan Vicente Gómez, con pesados grillos en los tobillos. De la prisión salió, si no loco, tampoco muy cuerdo. Le fue difícil

reintegrarse a la vida normal de la sociedad. Escribía chistes y poesía humorística para diferentes revistas bajo el seudónimo de Anésimo Onato. Adoraba a las mujeres y besaba cada joven bonita, o fea, que encontraba en la calle. No contribuía a mantener su hogar de manera regular pero de vez en cuando se aparecía en su casa con costosos regalos, producto de haber vendido algún libro raro. Viajaba constantemente por toda Venezuela, a veces a pié. En una ocasión llegó hasta las colonias penales de El Dorado, con un busto de yeso debajo del brazo. Convenció a los presos, criminales de alta peligrosidad, que el busto representaba a Bolívar y se los vendió para ser colocado en la plaza central del penal. Manolo contaba su hazaña riéndose a carcajadas. En una ocasión se fue a Argentina acompañando a un caballero mayor y aún menos cuerdo que él. El oficial de inmigración en Buenos Aires le preguntó la razón por la cual el caballero decía llamarse Alberto cuando el pasaporte lo identificaba como Juan. El señor Manolo se le acercó al oficial y le dijo, casi al oído: “Es que es loco!”.

Después de haber llevado al caballero a su destino con relativa felicidad, el señor Manolo se encontró sin dinero en Buenos Aires. Sin amilanarse le escribió un poema a Evita Perón, quien, encantada con él, le facilitó el pasaje de regreso a Venezuela. Al regresar a Venezuela, Manolo reinició su vida nómada, con un juego de cartas en el bolsillo, haciendo trucos y hablando de todo y de todos para la alegría de sus oyentes. El señor Manolo vivió y murió en sus términos, haciendo feliz a mucha gente.

En Quíbor, Bernardo hizo otro contacto importante. Allí conoció a Marta, la hija del médico del pueblo. Se repitió, como en Siquisique, el síndrome del Principito y el Zorro. Peor aún, el del Principito y dos zorros. El Principito era el geólogo que llega al pueblo, alquila una de las mejores casas del pueblo y se instala allí con los miembros de su Grupo geológico. A pocas cuadras de distancia vivía el médico con sus dos hijas: 17 y 13 años. Las jóvenes comenzaron a pasearse frente a la casa del geólogo. El primero en notar las maniobras fué el caporal, Ernesto. En el poco complicado mundo de Ernesto todas las mujeres eran cacería y, cuando se acercaban al hombre, era porque querían que el hombre las cogiese. Tan sencillo como eso. Esa había sido su experiencia en el pueblo de Falcón donde había

crecido. En Quibor, Ernesto desarrolló la hipótesis de trabajo de que a la muchacha de 15 o más años había que cogerla y llevársela del pueblo y así se lo planteó con todo candor a Bernardo. “Tiene que sacársela, Doctor” fueron los términos utilizados. Bernardo se aterrorizó con semejante sugerencia. Trató de explicarle a Ernesto que él era el representante de la empresa en Quíbor, que no podía actuar al margen de esa representación. Ernesto lo escuchó con gran respeto, con una media sonrisa que parecía decir: “Que necio es este doctorcito”. Al final, le dijo: “Usted manda Doctor. Pero lo que ella quiere es que usted se la tire. Eso se le ve en los ojos”. Y agregó: “ ¿se fijó en la hermanita? También anda buscando pelea, Doctor. Las mujeres nacen aprendidas. Si ellas quieren y usted las respeta serán sus enemigas hasta la muerte. Pero si usted se lo propone, aunque no quieran o puedan, se lo van a agradecer”.

Al caer la tarde Bernardo acostumbraba dar un breve paseo por el pueblo. Al cabo de varios días las hermanas caminaban su misma ruta y se cruzaban con él. Poco a poco fueron acercándose hasta que, un día, se sentaron en un banco de la plaza junto a él. El banco estaba bajo un enorme cotoperí, cuya frondosidad convertía la caída del sol en noche oscura. Marta lo miró con sus grandes ojos negros y le confesó que quería irse del pueblo, que no se sentía bien allí y deseaba que alguien se la llevase muy lejos. La hermanita la escuchó y repitió casi las mismas palabras. Bernardo las escuchaba sin decir palabra y, al final, balbuceó algo sobre la necesidad de que ellas esperaran un poco antes de abandonar a sus padres, se excusó y las dejó en la plaza mientras él regresaba a la casa del campamento. Días mas tarde, sin embargo, cuando Bernardo fue al cine, las hermanas entraron y se sentaron a su lado, una de cada lado. Marta, la mayor, le tomó una mano mientras la pequeña le tomaba la otra. Para asombro de Bernardo, la pequeña comenzó a acariciarle entre los muslos. Al notar Marta lo que hacía su pequeña hermana, le metió un fuerte golpe por la mano, el cual hizo chillar a la pequeña. De inmediato ardió Troya, las dos niñas se empezaron a insultar. Bernardo se paró precipitadamente y abandonó el local mientras la algarabía de las jóvenes obligaba a la momentánea interrupción de la función. Bernardo llegó sudando a la casa del campamento y llamó a Ernesto. Le dijo:

“Ernesto, mañana a primera hora salimos de aquí. Dejaremos a dos de tus hombres y a Eutimio con la misión de levantar el campamento y arreglar el pago del alquiler pendiente. Nosotros nos vamos para Bobare a buscar un sitio para el nuevo campamento”. Ernesto lo miró y le preguntó: “Y... las muchachas ¿las va a dejar aquí?”.

Bernardo ni siquiera se dignó contestarle.

En la madrugada Ernesto y Bernardo salieron de Quíbor casi en forma clandestina. Bernardo solo regresaría 20 años después, cuando ya Marta y su hermanita se habían casado, sus libidos se encontraban misericordiosamente adormecidas y habían seguramente olvidado su pelea en el cine. Por si acaso, se puso anteojos oscuros.

Después de finalizar su trabajo en la región de Barquisimeto, Bernardo y su grupo geológico pasaron a investigar la geología de Mene Grande. Luego se mudaron al eje Dabajuro-Bariro, Sabaneta, Agua Clara, Pedregal, Paraguaná y Churuguara. Bernardo permaneció tres años haciendo trabajo de campo, hasta que un día fue llamado a la oficina de la empresa en Caracas y promovido a geólogo regional.

## VII.

### **DE GEÓLOGO DE CAMPO A GEÓLOGO REGIONAL.**

Por casi cinco años permaneció Bernardo haciendo geología de campo, en contacto con la naturaleza, la geografía y la gente de Venezuela. Fueron años en los cuáles se cementó definitivamente su amor por la gente sencilla, por los

pequeños y los débiles. Ya habían llegado a la empresa otros geólogos venezolanos y Bernardo había pasado de ser el más inexperto del grupo a ser uno de los geólogos “veteranos” de la organización. Le había llegado el momento de pasar del campo a la oficina, de obtener información de campo a interpretar la información de campo. La transición era similar a la del seminarista que se ordena de sacerdote y ahora puede decir la misa, o a la del médico de guardia que se convierte en internista, o a la del copiloto que se sienta por primera vez en el asiento del piloto. Sin embargo, no es exactamente así. Hay geólogos quienes prefieren permanecer durante toda su carrera en el campo. Al tomar esa decisión pueden llegar a ser extraordinarios especialistas y obtener máximos reconocimientos profesionales y significativas remuneraciones. Geólogos como Hans Glaser o Konrad Haussman pasarían la mayor parte de sus carreras viendo afloramientos. Konrad Haussman siempre llevaba una linterna consigo para ver afloramientos de noche. Estos hombres estaban dedicados en cuerpo y alma al estudio de las rocas y eran naturalistas de corazón.

Bernardo no estaba destinado a ser un especialista. Su carrera se dirigía ahora a integrar los conocimientos que los especialistas estaban a cargo de obtener. Eventualmente se convertiría en un generalista, quien debe poseer un sólido entrenamiento geológico con una visión amplia del negocio y de la relación del negocio con la empresa y con el país. La empresa poseía un sistema de evaluación de personal que permitía la temprana identificación de aquellos empleados de vocación y habilidades para ser especialistas o generalistas. Una vez efectuada esta identificación el empleado era objeto de una planificación de carrera, la cual establecía los pasos necesarios para que el empleado pudiese concretar su vocación dentro de los planes más amplios de la empresa. Ya Bernardo había sido objeto de esta planificación y se le observaba, dentro de la empresa, como alguien destinado a ser un gerente, no un especialista.

La tarea inicial de Bernardo como geólogo regional fue la elaboración de una evaluación integral de la Cuenca de Falcón, incluyendo la zona del Golfo de Venezuela, la cual comenzaba a recibir mucha atención de las empresas y de los gobiernos de Venezuela y Colombia.

Falcón es un paraíso geológico. La vegetación es escasa y la topografía revela con bastante fidelidad la actitud geológica de las rocas. Desde la Vela de Coro, al este hasta el río Lagarto, al oeste, la geología del norte de Falcón es un libro abierto, en el cuál pueden leer fácilmente hasta los estudiantes de primer año de geología. Los cerros de la zona central revelan claramente lo que allí existe en materia de estructura. Lo que allí existe es un monoclinal hacia el norte (mono: único, clinos: inclinación), es decir, rocas inclinadas (buzando) uniformemente hacia el norte. Ello hace del estudio de la estratigrafía de Falcón un proceso relativamente sencillo. Las rocas que afloran al sur son obviamente más antiguas que las rocas que afloran al norte. Esta sencillez geológica disminuye abruptamente hacia el oeste, al llegar al río Lagarto, el cual fluye hacia el mar de sur a norte y marca la línea divisoria entre dos provincias geológicas diferentes. El lecho del río Lagarto coincide con la traza de una falla geológica importante, la cuál separa la plataforma geológica de Dabajuro, al oeste, de una cuenca sedimentaria más joven hacia el este, cuenca que recibió grandes volúmenes de sedimentos terciarios, mientras que la plataforma de Dabajuro representa un alto geológico importante, en el cuál las rocas terciarias más antiguas están cercanas a la superficie. Esta falla, llamada Falla de Lagarto, marca el borde de una cuenca sedimentaria que ha recibido grandes volúmenes de sedimentos hacia el este, la cual se proyecta dentro del Golfo de Venezuela, conformando una zona moderadamente atractiva desde el punto de vista de la geología del petróleo, debido a la relativa escasez de rocas madres y a la pobre calidad de las areniscas del terciario como rocas almacén (las que pueden almacenar petróleo). Sin embargo, a pesar de su moderado atractivo geológico, su cercanía a la prolífica cuenca de Maracaibo ha creado exageradas expectativas de nuevas riquezas petroleras entre los miembros de los sectores políticos de los dos países que dicen tener derechos territoriales en la zona, Venezuela y Colombia. Ello ha complicado innecesariamente una solución racional del problema limítrofe en el Golfo de Venezuela, el cual aún hoy en día permanece sin aparente solución.

El estudio geológico regional que Bernardo llevó a cabo, incorporando la parte nororiental de la Cuenca de Maracaibo, la Cuenca Occidental de Falcón, el Golfo

de Venezuela y la Península de Paraguaná, ilustra admirablemente las virtudes del trabajo en equipo. Para elaborar sus mapas geológicos regionales, Bernardo utilizó información obtenida por los geólogos de la empresa por más de 40 años, por los geólogos y los geofísicos quienes habían trabajado en la región y por los geólogos de otras empresas y de otros países quienes habían publicado sus observaciones. Consultar los libros de campos de esos geólogos permitía leer en ellos no solo observaciones geológicas sino botánicas, zoológicas y sociológicas. Habían en esos libros apreciaciones sobre los habitantes de la zona y sus costumbres, un verdadero tesoro. Una de las observaciones recurrentes de los geólogos antiguos tenía que ver con la honestidad de la gente del medio rural venezolano, de como se podía confiar plenamente en la gente humilde de las aldeas venezolanas.

Los primeros estudios sobre la geología de la zona de Zulia-Falcón se remontaban a los primeros años del Siglo XX. Eran los informes de Ralph Arnold, el legendario geólogo de California, quien había llegado a Venezuela contratado por la Caribbean Petroleum Company para investigar los prospectos petrolíferos del país. Arnold tuvo poco tiempo para producir su evaluación. Debemos recordar que la Venezuela de 1912 carecía de carreteras y de medios adecuados de transporte. Las selvas y las zonas ribereñas estaban infectadas de paludismo. Ir de un extremo a otro del país, como se le había pedido a Arnold, era una verdadera aventura. Arnold estructuró un grupo de geólogos y agrimensores de diversas nacionalidades: estadounidenses como Gordon y Eckes, ingleses como Merrit y Donnelly, holandeses como Emil Dagenais, venezolanos como Aguerrevere, Tovar Lange y Pacheco. Con este grupo Arnold exploró las regiones más inhóspitas del país: los pantanos del Distrito Colón en Zulia, las selvas de Perijá, las zonas semi-desérticas de Lara y Falcón, las espesas selvas de Monagas y Sucre. Junto con este grupo de naturalistas e ingenieros andaban jóvenes médicos venezolanos empeñados en la lucha contra el paludismo y otros flagelos que aniquilaban a la población Venezolana. Entre ellos estaban Enrique Tejera y el recién graduado Leopoldo García Maldonado, quienes algunos años después establecerían la primera política sanitaria integral del estado venezolano.

Tejera y García Maldonado llevaron la quinina y los hábitos higiénicos a muchas de las comunidades que encontraron a su paso. Por donde pasaba Arnold seguían Tejera y García Maldonado con la quinina, quizás la primera gran simbiosis entre la geología y el sanitarismo en Venezuela. Salvador de la Plaza, en sus escritos, diría que estos hombres de Arnold habían sido paseados “en hamacas por todo el país, como visires orientales”. Rodolfo Quintero añadiría que estos geólogos habían “destruido nuestras culturas indígenas” y solo habían llegado para “colonizar a los atrasados venezolanos”. Los escritores marxistas del país descargaron todo su resentimiento contra estos primeros “petroleros”. Salvador de la Plaza había comenzado a estudiar Medicina pero luego cambió a estudiar Derecho, se hizo comunista y dedicó casi toda su vida a defender el concepto de la propiedad estatal de la industria petrolera. Rodolfo Quintero fue un dirigente sindical, también comunista y gran adversario de los gerentes venezolanos quienes laboraban en la industria petrolera.

Algún día, por supuesto, se sabrá exactamente quienes contribuyeron mas al progreso de Venezuela y de sus habitantes: Si quienes laboraron incesantemente en la industria petrolera para que el país pudiese tener una inmensa riqueza en sus manos o aquellos, quienes desde la tribuna política o académica, atacaron a la industria petrolera y a sus técnicos, muchas veces sin “lavar y sin prestar la batea”.

El trabajo de integración geológica realizado por Bernardo mereció la aprobación de la empresa. El Gerente de Exploración le informó que habían decidido enviarlo a Holanda por un período de 12 a 18 meses, a fin de que pudiese trabajar en la oficina de La Haya con los geólogos regionales que tenían a su cargo el estudio de las cuencas petrolíferas a nivel mundial. Estos geólogos estudiaban las similitudes y diferencias de los diversos sitios donde se encontraba petróleo, tratando de establecer características comunes que pudiesen guiarlos en la exploración de nuevas áreas. Ya para ese momento Bernardo había decidido casarse con una joven de Maracaibo, acanelada y dulce como un níspero.

Una mañana de Septiembre de 1959 Bernardo y su esposa salieron con destino a Holanda, apenas una década después que Bernardo había salido de Los Lagos, un adolescente de clase media determinado a encontrar su rumbo.

**( Del Diario de Bernardo Mateos. )**

**Junio 1959.**

Ayer me llamó mi jefe para decirme que mi estudio sobre el Golfo de Venezuela había merecido la aprobación de Hans Glaser, de Konrad Hausmann y de la gente de La Haya. Pensaban que era una valiosa contribución al estudio de esa zona y que sentaba las bases para la elaboración de un programa exploratorio integral en el Golfo, siempre y cuando esa zona estuviese abierta a la exploración de las empresas internacionales. Esto no era probable a corto plazo, dado el complejo problema político y de fronteras en el cual Venezuela y Colombia se encuentran inmersos. Esta historia de los límites del Golfo de Venezuela tiene ya mas de un siglo. Si no hubiese sido por la codicia de los políticos venezolanos el problema no existiría. En efecto, durante el siglo XIX hubo un intento de establecer estos límites de manera bilateral. El tratado Pombo-Michelena de 1833 estableció unos límites que le otorgaban a Venezuela la mitad Este de la Guajira y, por supuesto, todo el Golfo. Este tratado fue aprobado por el Congreso Colombiano pero fue rechazado por los “vivísimos” congresantes venezolanos en 1840, quienes aparentemente aspiraban a toda la península y no solo a la mitad. De manera que esta oportunidad se perdió y el conflicto territorial debió ser sujeto a arbitraje en 1891, con los resultados adversos a Venezuela que ya conocemos. Venezuela apenas retuvo una franja muy estrecha de la península. El contacto limítrofe entre Venezuela y Colombia que corre a lo largo de esa delgada franja de tierra parece darle a Colombia derechos sobre una relativamente pequeña porción del Golfo. Este derecho de Colombia es el que se ha convertido en la nueva manzana de la

discordia, porque los políticos colombianos y los venezolanos creen a pies juntillas que el Golfo de Venezuela contiene grandes recursos de hidrocarburos. En este sentido los políticos actúan en base a sus instintos y no piensan en asesorarse. Salen a relucir en ambos países las manifestaciones patriotas y patrioterías. En Venezuela se habla de soberanía, se recuerdan los grotescos discursos de Cipriano Castro, aquellos donde hablaba de la “planta insolente del extranjero”. Los ultra-patriotas nuestros publican artículos de prensa y hasta libros en los cuales se pretende establecer que Colombia es un país usurpador. Del lado de Colombia no faltan los ultra-patriotas quienes hablan de la necesidad de reivindicar, a como de lugar, los derechos de Colombia sobre el Golfo. Los venezolanos lo llaman Golfo de Venezuela. Los colombianos se refieren al golfo de Coquivacoa. Un poco como el trágico desencuentro entre los ingleses y los argentinos sobre las islas Malvinas o Faulkland, dependiendo de con quien se hable. Jorge Luis Borges se refería a esta última pugna como la de dos calvos peleando por un peine.

Creo sinceramente, después de lo que he visto y estudiado, que la parte del Golfo de Venezuela que Colombia pudiese razonablemente reclamar como suya es prácticamente deleznable desde el punto de vista de sus potenciales recursos petrolíferos. Es una zona en la cual el basamento granítico y metamórfico que aflora en la península está muy cerca de la superficie, apenas cubierto con una capa muy delgada de sedimentos terciarios. En teoría sería un buen sitio para esperar trampas estratigráficas, constituidas por las capas que se adelgazan contra el alto geológico, pero cualquier petróleo que haya podido formarse en el centro de la cuenca y migrado hacia ese borde, debe haberse disipado durante el considerable tiempo en el cual el alto geológico estuvo abierto a la erosión. Esto no es algo que yo pudiera explicarle a un político venezolano o colombiano, con una razonable expectativa de ser, primero, entendido, y segundo, creído. Y si me entendieran y me creyeran, dudo mucho que utilizarían esa información para establecer las bases de un acuerdo limítrofe justo. Esto es así porque la mayoría de los políticos no hacen lo que realmente les interesa a sus países sino lo que les hace ganar más dividendos personales. En Venezuela hay una fauna política que

vive de alimentar el conflicto limítrofe con Colombia y tengo pocas dudas de que en Colombia esta fauna debe tener su contrapartida. Esas faunas hablan el lenguaje del patriotismo, de la historia mal contada, de la xenofobia. Esas faunas promueven el odio entre naciones hermanas, hoy por lo de los límites, en el futuro por cualquiera otra razón.

La verdad es que el patriotismo es la peor enfermedad que puede padecer una sociedad. Se manifiesta en muchos sentidos pero conduce a un solo resultado: el atraso.

\*\*\*\*\*

Salir de un país subdesarrollado a trabajar en un país desarrollado no deja de tener sus ventajas, las cuales van mas allá de lo puramente profesional. Se trata de ir al encuentro de una nueva cultura, de un nuevo país en el cual probablemente se han resuelto problemas sociales que todavía aquejan al propio. Descubrir nuevas maneras de vivir, otras actitudes ante la vida. Estos hallazgos constituyen la parte mas fascinante del vivir en otros países. Quien lo pueda hacer lo debe hacer y puede estar seguro de que, al regreso a su país, ya no será el mismo. Encontrará que hay maneras diferentes y hasta mejores de vivir en sociedad. Para Bernardo Holanda fué una maravillosa revelación. Encontró una sociedad extraordinaria: sobria, disciplinada, trabajadora y muy abierta al mundo, cualidades todas que la ayudaron mucho a experimentar una rápida recuperación después de la segunda guerra mundial. Los holandeses son sobrios, no necesariamente en materia de ginebra, sino disciplinados y de vida sencilla. Tienen una actitud universal, estan abiertos al mundo y hablan tres o cuatro idiomas casi desde la escuela. Son patriotas, como lo demostraron con creces durante la guerra pero no son patriotas. Aprecian mucho todo lo que viene y quienes vienen del exterior y ellos mismos son viajeros incansables. Frente a los primeros esfuerzos de Bernardo por aprender el holandés, sus compañeros de trabajo le advirtieron que ella sería una tarea poco fructífera porque el idioma holandés es muy difícil y apenas hablado por un pequeño porcentaje de la población mundial. Estas advertencias le hicieron desistir de su propósito aunque

tendría numerosas ocasiones de arrepentirse de no haber aprendido al menos un rudimento del idioma.

Bernardo y su esposa llegaron al aeropuerto de Amsterdam y allí los esperaba un geólogo holandés a quién conocían desde Maracaibo, Jan Ruysenaar. Jan los llevó desde el aeropuerto hasta La Haya por una excelente autopista, a unos 140 kilómetros por ahora. Después del largo vuelo, Bernardo pensó que este había sido la parte mas peligrosa del viaje. Era casi la medianoche cuando pasaron por Wassenaar, un suburbio de La Haya, en la cuál habían bellísimas casas y parques. A los pocos minutos el auto paraba frente a un pequeño hotel situado en Laan van der Meerdervoort, en el centro de La Haya. Un recepcionista gordo y jadeante subió las maletas de los viajeros hasta el segundo piso, a riesgo de su vida. Jan los había invitado a cenar y, aunque estaban listos para acostarse, aceptaron la amable invitación. Fueron a un restaurant cercano, el “Tempat Senang”, de comida Indonesia. Esta fué la primera vez que Bernardo probó esta comida, de gran variedad. Jan pidió un “reijstaffel”, el plato mas famoso de la comida de ese país. Consiste en una fuente central de arroz blanco, rodeada de hasta 30 platillos que contienen diferentes tipos de carnes y vegetales, cada uno preparado con salsas tambien diferentes. Abundan los platos muy picantes debido a la salsa llamada “sambal ulek” o dulzones, con salsa “sambal manis”, carnes diferentes y una sopa llamada Gado Gado. Es un banquete opíparo que hay que comer lentamente y regar con abundante cerveza. Bernardo y la esposa comieron con gran entusiasmo. Después de regresar al hotel la esposa de Bernardo comenzó a experimentar fuertes dolores abdominales. Bernardo tuvo que llamar a un médico, quién le administró un anti-espasmódico y una pastilla que la hizo dormir apaciblemente. Habían sido demasiadas horas de viaje y demasiada comida.

Al día siguiente, no muy temprano y ya recuperados, los esposos salieron del hotel y comenzaron a pasear por la ciudad. Ya bien entrada la mañana la nube de ciclistas era impresionante y se veían muy pocos automoviles. Todos iban en bicicleta, niños, adultos y ancianos. Era el final del otoño y ya había un frío cortante debido al viento. Ayudados por un excelente

mapa de la ciudad encontraron sin problemas la oficina de la empresa, donde fueron recibidos por la señora de Jonge, la funcionaria encargada de orientar y ayudar al personal venido de otros países. Con la ayuda de esta señora, en apenas tres días, la pareja estaba instalada en un apartamento amoblado, pequeño pero bien situado, cercano a Madurodam, un bello parque que contenía una versión de la ciudad en miniatura. El alquiler incluía el derecho a bañarse dos días a la semana. Si deseaban hacerlo con mas frecuencia debían pagar extra. La renta también incluía la aparición más o menos frecuente del fantasma del fallecido propietario del apartamento, un sonriente anciano. Su aparición estaba limitada a la sala, quizás por pudor, y su presencia era más presentida que tangible. Se trataba de una tímida y amable aparición que nunca los molestó.

La Haya era, en aquellos años, una pequeña y manejable ciudad para los peatones, debido a la poca cantidad de automoviles que existían. Tenía excelentes restaurantes indonesios, los cuáles eran muy populares debido a lo exótico de la comida y a los razonables precios. Poseía bellos parques, atractivos suburbios como Wassenaar y Scheveningen, este último bordeando el mar. Contaba con excelentes museos, incluyendo el “Mauritshuis”, pequeño pero con una impresionante concentración de pinturas de Rembrandt, Hals, Ruysdael y otros extraordinarios pintores flamencos. Bernardo paseaba frente a los lienzos y se maravillaba de que un joven de Los Lagos pudiese haber tenido esa maravillosa oportunidad.

La Haya no tenía vida nocturna ya que sus habitantes, aún recuperándose de la guerra mundial, tenían poco dinero para ese tipo de actividades. Preferían pasar su tiempo en los parques públicos, caminando por las dunas de Scheveningen y disfrutando de los museos de la ciudad. Así como los norteamericanos comen hamburgers y los venezolanos arepas, los holandeses comían arenques.

Bernardo hizo buenas amistades con rapidez. Acompañados por algunos de sus nuevos amigos o solos, Bernardo y su esposa hicieron numerosos viajes de fines de semana a Bruselas, París, o un tanto más largos a pueblos suizos dedicados al esquí como Adelboden y a ciudades como Berna. Pasaron

una semana en el norte de Escocia, en el castillo del Duque de Atholl convertido en hotel, cercano a Dunkeld.

La estadía en Holanda fue una extraordinaria experiencia para la joven pareja, tanto desde el punto de vista de la formación profesional de Bernardo, como para su vida de casados. Sus horizontes se expandieron, llegaron a sentirse ciudadanos del mundo y ver lo parroquial y lo patrioter con indiferencia. Los hizo identificarse aún mas con las maneras civilizadas, con la cortesía y la compasión, con el amor por el arte y la naturaleza. Los venezolanos de la época eran personas afortunadas. El petróleo daba muchos ingresos al país y la población era aun pequeña. El venezolano promedio estaba bien remunerado en una moneda fuerte. Cuando Bernardo llegó a Holanda recibió una asignación extra para compra de ropa de invierno pero ya ellos tenían suficiente de esta ropa, por haber vivido previamente en los Estados Unidos. Con la asignación pudieron adquirir un pequeño vehículo Renault en el cuál se movilizaban por toda Holanda, mientras que sus colegas holandeses andaban en bicicleta. Ello terminó por avergonzar un poco a Bernardo pues él era un profesional joven y de corta experiencia mientras que muchos de quienes andaban en bicicleta eran sus supervisores, profesionales de larga experiencia. Cuando lo comentó con un geólogo escocés a quien apreciaba mucho, éste le dijo: “No debes preocuparte. Los valores en Europa son diferentes y el status aquí se mide mas por el nivel educativo e intelectual que por los bienes materiales. Sin duda que ellos desearían tener un auto, pero no es eso lo que les quita el sueño”. Este enfoque de la vida era el producto de una sofisticada cultura, de religiones que promovían el ascetismo en lugar de la pompa, de las privaciones sufridas durante la guerra, las cuáles les habían enseñado a disfrutar de los placeres sencillos y a apreciar lo que la inmensa mayoría de los venezolanos no aprecian en su justo valor: las puestas de sol, los campos floridos, la fauna, un concierto, los museos.

En Europa Bernardo maduró como geólogo. Allí conoció y hasta trabajó junto a geólogos y geofísicos legendarios : Hans Bolli, Jan Hospers, Daniel Trumpy, Phillipi, Bouma, Jacques Butterlin, de Cizancourt. También conoció a geólogos mas jóvenes pero ya en camino de hacerse un

nombre destacado en su profesión: Blaser, Bodenhausen, Follot, Bowen, Ford, Reading, Frankl. Todos ellos eventualmente trabajarían junto a Bernardo, en Venezuela. Uno de ellos, el brillante Follot, fue luego a Argelia donde pereció a manos de los “pied noirs”.

Una de las leyendas de la profesión, Daniél Trumpy, dejó una huella especial en Bernardo, a pesar de lo efímero de su contacto. Lo conoció en París, donde estaba asociado como Consejero al Instituto Francés del Petróleo. Cuando Bernardo fué a verlo, como a las 9 de la mañana, lo encontró en su oficina, un inmenso cuarto lleno de libros y mapas, de rocas y fósiles colocados aquí y allá, sin orden ni sistema. Trumpy se encontraba en una vieja silla, emitiendo gruñidos de cierta intensidad. A Bernardo le pareció estar viendo a Charles Laughton, impresión reforzada por la posición encorvada, cuasimódica, de Trumpy, la cuál parecía obedecer a algún dolor. Trumpy lo invitó a sentarse y le preguntó acerca de sus tópicos preferidos en materia geológica. Bernardo le comenzó a hablar de aloctonía gravitacional, de ofiolitas, de los eugeosinclinales, con gran entusiasmo, mientras Trumpy lo escuchaba con los ojos entrecerrados. En algún momento sacó de una gaveta una botella de cognac y, para sorpresa de Bernardo, se tomó un largo trago. Se pasó el dorso de la mano por la boca y le extendió la botella al aterrado Bernardo, quien nunca había tomado cognac a las 9 de la mañana. Sin embargo, estaba frente a Daniel Trumpy, uno de sus ídolos y no iba a rehusarlo. De manera que recibió la botella y se tomó un razonable sorbo de cognac, no sin antes ver que se trataba de un Armagnac. Al verlo, Trumpy se rió y comentó: “Es la mejor medicina para una costilla fracturada”. Y añadió: “Tengo dos días con una costilla fracturada pero no he tenido tiempo de ir al médico. Además, así tengo una buena excusa para tomar mi armagnac favorito. Como te pareció?” Bernardo le respondió que le había gustado mucho pero que no conocía mucho de cognacs. Y entonces Trumpy se olvidó de la geología por un largo rato y le comenzó a hablar del cognac que acababan de tomar. “Este es del Alto Armagnac, viene de un pueblo llamado Auch. Tiene 12 años de envejecimiento, por lo cuál tiene la designación Hors D’Age. Este licor se produce en Francia desde el siglo XIII y tiene un origen romano. Nunca guardes la botella

acostada sino parada, para evitar el contacto con el corcho. Nunca lo tomes en ayunas.... excepto hoy, quizás”. En efecto, Bernardo no se había desayunado y ya el Armagnac se le había ido a la cabeza. También notó que había comenzado a tratar de hablar en francés, lo cual era curioso porque nunca lo había tratado antes. Para su sorpresa, se encontró manteniendo un breve diálogo en ese idioma con Trumpy. Este le dijo: "Armagnac es una tierra mágica, llena de brujas. Es el país de los gascones, gente exagerada, supersticiosa, embustera. El licor de Armagnac es mas picante, tiene mas cuerpo que otros cognacs. Este que tomamos es un gran reserva D' Artagnan, el caballero que inspiró la figura del mosquetero. El caballero D'Artagnan fué un amigo de mis antepasados. Soy un miembro de la Alta Orden de Chevaliers du Armagnac y, hasta hace algunos años, en Auch, personificaba al cardenal de Richelieu en la ceremonia anual de la cosecha, durante el mes de Octubre..... sin embargo, me descartaron porque gané mucho peso. Ya ni siquiera me aceptan como Planchet!!....Y le pasó la botella de nuevo a Bernardo quién se tomó otro sorbo, un tanto mas largo. Con este segundo trago se sintió autorizado para opinar que, a lo mejor, Trumpy podía hacer de Luis XIV, quien también había ganado peso después de cierta edad. Trumpy lo interrumpió con un gruñido: "Debes tener cuidado con tus fechas. El Luis de la época de Richelieu era Luis XIII. Cuando Luis XIV comenzó a engordar, ya todos los mosqueteros habían muerto, quizás con la excepcion del Obispo de Nantes, a quien llamaban Aramis”.

Trumpy hizo un movimiento en la silla y aulló de dolor. Pero añadió: "Bernardo, esta noche tengo una pequeña mesa para tres en "Fouquet" y te invito a cenar. Puedes irte caminando desde el hotel, pues el restaurant está a unas 8 cuerdas, nada para un geólogo. Te esperaré allá a las 9". Para Bernardo esto representaba una distinción extraordinaria pues Trumpy era un miembro del panteón geológico y él un geólogo insignificante. Además Trumpy tenía unas costillas fracturadas y estaba en aparente constante dolor. Realmente no lo comprendía.

Esa noche, en el "Fouquet" tuvo aún una mayor sorpresa. A los pocos minutos de estar sentado a la mesa con Trumpy, compartiendo con él unas ostras Abalone número ocho y una botella de Corton Charlemagne de la casa de Jules Regnier,

Trumpy vió llegar a un caballero de edad, de frondoso pelo blanco, a quien le hizo señas para que supiese donde estaba. El nuevo compañero de mesa de Bernardo era inconfundible: Arturo Rubinstein. Venía de la Sala Pleyel, de una breve sesión preparatoria para su concierto del día siguiente. Esa noche Bernardo compartió la mesa con dos extraordinarios ancianos: el geólogo y el pianista. Para compartir plenamente la charla con Bernardo decidieron hablar en español. Hablaron de geología, de Schumann y de sus amigos comunes como Miklos Rozsa, Erich Korngold y Jasha Heifetz. En beneficio de Bernardo hicieron algunas breves referencias sobre Venezuela. En particular, la conversación sobre Korngold se tornó muy animada. Erich Korngold había sido un músico vienés, catalogado como un prodigio desde su más corta edad. Cuando emigró a los Estados Unidos, durante la guerra, se fue a California y comenzó a componer música para el cine. Varias de sus obras son realmente inolvidables y maravillosas (nota a los lectores: deben buscar esa música): la música para las películas “El Halcón del Mar”, con Errol Flynn; “Robin Hood”, también con Errol Flynn; “Servidumbre Humana”, basada en la novela de Somerset Maugham; “Juárez”, con Paul Muni; “El Capitán Blood”; “Anthony Adverse” y muchas otras. Rubinstein estaba del lado de Korngold. “Las partituras son exquisitas, Daniél. Yo le he perdonado el haberse dedicado a ellas porque ha creado música que le llega a millones, en lugar de llegarle a unos pocos”.

Trumpy y Rubinstein habían sido amigos por toda una vida. Eran miembros de la misma generación. Uno, Rubinstein, había nacido en la aldea de Dabrowa, un suburbio de Lodz, en Polonia. Otro, Trumpy, había crecido en la aldea de Glarus, en los Alpes suizos. En ese sentido, Bernardo se sentía como parte del grupo pues él también había crecido y sido muy feliz en la aldea de Los Lagos, en Venezuela. Esa noche Rubinstein y Trumpy rememoraron sobre sus años tiernos y ello le dió a Bernardo un asiento de primera fila en el grandioso espectáculo de dos vidas ilustres.

Rubinstein era un enamorado de la vida. “Daniel: cuando tu amas a la vida, la vida te ama a ti”, le dijo. Y, volviéndose hacia Bernardo, agregó: “Estoy apasionadamente enamorado de la vida. Estar vivo, caminar, ver, todo me parece

un milagro. Vivo la vida de milagro en milagro". Y se rió abiertamente. En ese momento Rubinstein tenía 73 años. Y se veía lleno de vida, de entusiasmo, de alegría de vivir. Viviría mas de 20 años más! Daniel Trumpy estaba más frágil, a pesar de que había pasado toda su vida haciendo geología en lugar de tocar el piano. Hoy, quienes hacen alpinismo en el mundo saben que hay un pico en Colombia, el Pico de Los Portales, de más de 5400 metros de altura, también llamado Daniel Trumpy. Daniel venía de una familia de geólogos, hizo grandes contribuciones al conocimiento de la geología de las napas en su nativa Suiza y procreó famosos geólogos, uno de quienes ganó la medalla Wollaston, el equivalente geológico del premio Nobel. Lo que más admiraba a Bernardo de Daniel era su total disciplina frente al dolor. Comió, tomó, rió toda la noche, con sus costillas fracturadas.

Los dos gigantes pasaron varias horas hablando de sus vidas y de sus logros y de sus planes para el futuro.

Sobre la medianoche fue hora de terminar la cena. Bernardo se levantó de la mesa con esos dos hombres ilustres, a quienes nunca volvería a ver. Bernardo recordaría para siempre casi cada palabra que se dijo esa noche y, por supuesto, el menú: las ostras Abalone, el Corton Charlemagne, los filetes de lenguado Chauchat, acompañados del vino favorito de Trumpy, un Jurancon del Gros Manseng y, como postre, unas peras Richelieu. Todo generosamente ayudado al final por el mismo Armagnac de la mañana.

Esto le ocurrió en París a Bernardo Mateos, de Los Lagos. En base a esta maravillosa experiencia, el geólogo siempre podría atestiguar que es posible salir de una pequeña aldea y llegar a codearse con gigantes intelectuales, por una sencilla razón: los gigantes intelectuales también provienen, con frecuencia, de las pequeñas aldeas.

\*\*\*\*\*

El trabajo de integración geológica que se llevaba a cabo en La Haya era fascinante. Bernardo tuvo oportunidad de ver la elaboración de modelos

geológicos integrales pertenecientes a otras cuencas sedimentarias del planeta. El objetivo principal de estos estudios era el de comprender mejor el hábitat del petróleo, comparar la historia geológica de las diferentes cuencas, a fin de advertir posibles procesos comunes, todo en un intento de predecir en cuáles de las porciones del planeta aún poco exploradas pudiesen existir significativos yacimientos de hidrocarburos. Los geólogos llamaban esta actividad la cacería de gigantes. Un gigante, en el idioma de la industria petrolera, es un campo contentivo de mil millones o más de barriles recuperables. La cuenca de Los Angeles, en California, USA, es un ejemplo. Ha producido unos 1200 millones de barriles hasta la fecha. Sin embargo, cuencas como estas palidecen ante la Cuenca de Maracaibo, la cual ha producido alrededor de 40.000 millones de barriles y aún contiene importantes reservas. Esta cuenca es muy bien conocida a través de casi cien años de estudios geológicos parciales y de trabajos de integración regional elaborados por las empresas petroleras. Para Bernardo y para sus colegas de La Haya era vital esclarecer la relación entre la Cuenca de Maracaibo, la adyacente Cuenca de Falcón y la virtualmente inexplorada Cuenca del Golfo de Venezuela. Era importante comparar los prospectos petrolíferos del Golfo de Venezuela con las dos cuencas adyacentes de Maracaibo y de Falcón, a fin de establecer a cuál de las dos se parecía más en términos de la existencia de posibles rocas madres (generadoras de petróleo), rocas almacén (las que almacenaban el petróleo) y la historia estructural de la región. En esos años aún no se manejaba bien el concepto de placas tectónicas pero ya se sabía que la Cuenca de Maracaibo parecía estar separada de la región del Golfo de Venezuela por una importante falla geológica, la llamada Falla Oca, que corría de oeste a este a lo largo de la costa norte de Venezuela. Más aún, esta falla se extendía hasta Trinidad donde dividía las cuencas sedimentarias del centro de la isla de las rocas ígneas y metamórficas de las montañas del norte, lo mismo que ocurre en Venezuela entre las cuencas terciarias al sur y las montañas de la Cordillera de la Costa al norte. Correrían años de evolución de los estudios geológicos para que esta falla adquiriese la categoría de un punto de contacto entre dos placas tectónicas, con todo lo que ello significa en materia de historia geológica y de

impacto sobre la acumulación de hidrocarburos. En el caso de la falla de Oca, como sucede también con la falla de San Andrés en la costa de California, el movimiento no era solamente vertical, de arriba abajo, sino también lateral, es decir, al moverse podía separar paisajes contiguos. En California hay hogares cuya cocina ha quedado a metros de distancia del resto de la casa y carreteras que aparecen cortadas como con un cuchillo. Esto es menos aparente en el paisaje poco poblado del noroccidente de Venezuela pero el desplazamiento lateral ha podido establecerse en bases a estudios geológicos (Gustavo Feo Codecido presentó un excelente resumen de este fenómeno: “Consideraciones estructurales sobre la Falla Oca”, en el Congreso Latinoamericano de Geología celebrado en Lima, 1970).

La falla de Oca dividía a la Cuenca de Maracaibo, al sur, de la zona adyacente del Golfo de Venezuela, al norte, y su lateralidad había influido de tal manera que las características al norte de la falla no podían ser equiparadas a las características de la Cuenca de Maracaibo. Las rocas cretácicas, tan prolíficas en hidrocarburos hacia el sur se presentaban en “facies” (características litológicas) semi-metamorfizadas en los afloramientos de la península de la Guajira y estaban probablemente enterradas bajo unos 10 kilómetros o más de sedimentos en el subsuelo de la porción este del golfo. El proceso de “refinación” natural de los hidrocarburos que suele ocurrir a grandes presiones y temperaturas en el subsuelo conduce, en general, a la formación, en secuencia, de petróleos pesados, petróleos livianos y gas natural, a medida que aumenta la profundidad. De allí que cualquier hidrocarburo que pueda encontrarse en la zona este del Golfo sería, posiblemente, gas natural. Por supuesto, esta es una gran simplificación de lo posible, para favorecer el entendimiento básico de los procesos que controlan la formación y naturaleza de los yacimientos de hidrocarburos en el subsuelo. Pero esto era lo que Bernardo y sus colegas intentaban establecer. El resultado de algunas de estas investigaciones fue presentado y publicado por Gustavo Coronel en las memorias del VII Congreso Mundial del Petróleo, llevado a cabo en Ciudad de Méjico en 1967.

VIII.  
**EN LAGUNILLAS.**

Después de algunos meses de su regreso de Holanda la actuación de Bernardo en la empresa comenzó a deteriorarse. Se acercaba su séptimo año de servicio, el famoso año de la comezón, el año en el cual – estadísticamente - se presentan las mayores crisis en los matrimonios y en los empleos. Estas crisis del séptimo año adoptan las más variadas formas: ausencia de concentración en el trabajo, pérdida de auto estima, pérdida de confianza en los amigos y compañeros de trabajo, difusos sentimientos de envidia hacia quienes han tenido mayor éxito, celos de la pareja. Esta es la etapa en la cual el profesional se pregunta si habrá hecho la selección adecuada en su vida o si la empresa para la cual trabaja lo aprecia en su justo valor. Es el año de preguntarse: “¿Que diablos estoy haciendo aquí?. Es el año de comenzar a sospechar sobre las intenciones del supervisor. Y las preguntas comienzan: “¿Será que piensan que yo soy un esclavo”? Bernardo comenzó a ver a sus colegas, quienes ya habían superado esa crisis, como conformistas. Lo cierto es que el trabajo de Bernardo comenzó a sufrir. Se fue rutinizando y sus planes de llegar a ser Gerente del Departamento parecían haberse estancado. El trabajo que le habían asignado era importante y delicado pero aburrido. Se trataba de evaluar los resultados que la empresa había obtenido en cada unidad de concesión en el estado Zulia, a fin de establecer si tales concesiones debían o no ser renunciadas. El componente geológico del ejercicio era muy interesante, no así las laboriosas sumas de miles de hectáreas de cada concesión llevadas al último decimal, un trabajo que Bernardo llegó a considerar por debajo de su nivel. En aquella época aún no existían las maravillosas máquinas de calcular que existen hoy ni la empresa tenía los excelentes técnicos que hoy se encargan de llevar a cabo ese tipo de labor rutinaria pero de gran precisión.

Lo cierto es que algunas de las sumas hechas por Bernardo con ayuda de una pequeña máquina contenían errores. No grandes errores, pero inaceptables ya que las dimensiones de cada unidad de concesión debían ser exactas. Cuando las interrogantes del Ministerio sobre estos pequeños errores llegaron a la empresa todas las miradas se posaron en Bernardo.

El Gerente de Exploración lo llamó a su oficina y le dijo: “Estos errores no son aceptables, Bernardo. Nuestra empresa no puede enviar informes al gobierno que no sean cien por ciento correctos. Tu trabajo no fue bueno y me preocupa mucho tu futuro en la empresa si no puedes lograr hacer las cosas bien”. Y añadió: “La empresa ha tomado la decisión de reemplazarme a corto plazo por un venezolano y todas nuestras expectativas habían estado depositadas en ti, pero tu trabajo de los últimos meses me está haciendo dudar. Debes concentrarte más en el trabajo”.

En respuesta, Bernardo cometió un nuevo error. Reaccionó herido ante la crítica de su supervisor y dijo: “No tengo vocación de contabilista. Soy un geólogo”. Esta respuesta irritó a su jefe, quien le dijo: “Mas que contabilistas o geólogos lo que necesito en mi organización es gente responsable. Voy a pensar en los próximos pasos para tu carrera. Creo que deberías prepararte para ir a Lagunillas y estar una temporada allá, en labores de producción que te den experiencia en ese aspecto de nuestras actividades. Dependiendo de tu actuación allá, veremos si puedes llegar a reemplazarme”

Y añadió: “Bernardo, creo que en el pasado la empresa te ha hecho creer que eres un genio. Eres muy inteligente y tienes un buen futuro pero no eres un genio y debes mejorar tu atención de los detalles. Enviarte a Lagunillas, a desempeñar otras tareas te hará bien si sabes reaccionar debidamente”.

Ese fue el fin de la carrera de Bernardo como geólogo de exploración. Lo importante fue su reacción al ser enviado a otro departamento. Los días que siguieron a esta entrevista le sirvieron para hacer una profunda introspección. En lugar de alegar que su supervisor no lo apreciaba o que existía un rechazo en su contra debido a que era venezolano, Bernardo aceptó la crítica y decidió esforzarse para impedir que le sucediese de nuevo una experiencia semejante. La crisis lo hizo crecer, en lugar de destruirlo. En lugar de acusar a su supervisor, ante el Colegio de Ingenieros, de ser un extranjero indeseable, Bernardo regresó a verlo unos días después y le manifestó estar dispuesto a ir a Lagunillas a trabajar como ingeniero de operaciones en el Lago de Maracaibo. Ello significaba

comenzar de nuevo, casi desde cero, ya que esta era una actividad para la cual Bernardo no se había preparado .

El supervisor sonrió y le dijo: “me contenta que hayas reflexionado y llegado a esta conclusión. Tú tienes una excelente carrera por delante, siempre y cuando mantengas una actitud positiva ante el trabajo y ante la empresa”.

Lo cierto es que Bernardo, a los 29 años, no solo no había llegado a ser el Gerente de Exploración de la empresa, como lo había planificado, sino que su carrera estaba sumamente comprometida, casi moribunda, a menos que reaccionara vigorosamente.

\*\*\*\*\*

A principios de 1962 Bernardo salió hacia Lagunillas, a comenzar de nuevo. Se sentía como el jugador de grandes ligas quien es enviado a las ligas menores. Sufrió una clara democión pero, al menos, veía un ángulo favorable. En Lagunillas iba a realizar tareas totalmente nuevas y la gente lo juzgaría en base a su desempeño, no por lo que hubiera hecho en su posición anterior. En la empresa el comportamiento del empleado era revisado cada año y discutido entre el empleado, el supervisor inmediato y el supervisor del supervisor. Esto minimizaba la oportunidad para las injusticias. Cuando las discrepancias aparecían, como era frecuente, la participación de una tercera persona en el proceso hacía maravillas para eliminar los sesgos personales. Un mal año no condenaba a un empleado para toda la vida, así como un buen año no lo consagraba para siempre.

Bernardo llegó a Lagunillas a hacer las tareas propias de un ingeniero de perforación: “medir” tubería, hacerle el seguimiento a las labores de cementación, perforación, entubamiento y completación o abandono de pozos, supervisar las labores de perfilaje eléctrico que hacían las empresas especializadas tales como la Schlumberger. Comenzó a compartir sus tareas con ingenieros de perforación y producción bastante más jóvenes que él. En las gabarras de perforación en el lago, compartía sus comidas y conversaba con los sobrestantes de perforación (tool pushers), con los obreros, gente curtida en esas actividades y quienes veían a Bernardo con una mezcla de tolerancia, compasión y desconfianza.

\*\*\*\*\*

La perforación de un pozo en el lago era una actividad en la cual participaban muchas personas. Si en la zona donde se perforaba aún no se había establecido la presencia de petróleo la recomendación para perforar en el sitio venía generalmente de los geólogos de exploración. Si se perforaba en una zona donde ya se había establecido la presencia de petróleo, la autoría de la recomendación estaba en manos de los geólogos de producción, una especie de híbridos entre la geología y la ingeniería de yacimientos.

Desde el helicóptero que lo llevaría a su primera asignación como ingeniero de producción Bernardo veía la gabarra de perforación como una pequeña isla en el centro del lago. Al llegar, bajó del helicóptero y descendió por unas escalerillas que lo condujeron a la pequeña oficina del ingeniero. Allí encontró a Víctor Martínez, el “tool pusher” de guardia, un veterano de treinta años en esa actividad, tanto en tierra como en el lago. Víctor era margariteño, como la gran mayoría de los “tool pushers”, una particularidad para la cual no parecía haber una lógica explicación. Víctor era el jefe de las cuadrillas de perforación. Era él quien supervisaba el progreso de la perforación, la existencia de la tubería requerida, las características del fluido o barro de perforación. Perforar un pozo requiere la acción cortante de una mecha que rota a gran velocidad y va penetrando en los estratos rocosos del subsuelo. A medida que avanza la perforación se hace necesario utilizar mechas de diferentes características y más tubería. A medida que el pozo se hace más profundo se requiere cambiar el diámetro de estas tuberías, dividiendo el pozo en secciones revestidas de tubería de diferentes diámetros que se van cementando, a fin de darle estabilidad.

En las gabarras que operaban en el lago la energía requerida para perforar era suministrada por calderas quemando petróleo combustible (fuel oil). La acción de perforar debía ser lubricada mediante la inyección continua de lodos o barros de perforación en el pozo, los cuáles enfrían la mecha y forman una columna cuyo peso contrarresta la presión del subsuelo, previniendo cualquier posible incremento súbito de esa presión, lo cual causaría un reventón. De allí que el control de las características del lodo de perforación sea una labor muy delicada,

en la cuál intervienen diferentes profesionales, inclusive especialistas denominados ingenieros de perforación. A medida que avanza la perforación el ingeniero establece la conveniencia de estudiar no solo los pequeños fragmentos de roca que el lodo de perforación trae a la superficie sino la de obtener núcleos de los estratos atravesados para estudiar sus características con mayor precisión. Cuando el examen de los fragmentos de roca revela la posible existencia de hidrocarburos en las capas atravesadas, el ingeniero puede decidir la toma de perfiles eléctricos que pudieran corroborar o no esa posibilidad. Aunque los pozos se perforan en búsqueda de objetivos petrolíferos pre-determinados es frecuente encontrar estratos intermedios que ofrecen posibilidades de yacimientos petrolíferos no esperados.

\*\*\*\*\*

Bernardo aprendió rápidamente que la tarea de un ingeniero de producción no tiene horario. En esa actividad la noche se convierte insensiblemente en madrugada y la madrugada en el día. Es una tarea que nunca termina, que nunca descansa, una correa sin fin. Aunque Bernardo tenía su camita en un pequeño cubículo con aire acondicionado, estaba siempre esperando que le viniesen a decir que el pozo parecía haber llegado a la profundidad deseada, que las muestras obtenidas por el taladro de las paredes del pozo estaban listas para ser examinadas, que la gente encargada de llevar a cabo alguna tarea de perfilaje eléctrico debía ser llamada. En fin, la tarea del ingeniero de perforación se asemejaba bastante a la de un médico en la sala de emergencias de un hospital. Quizás, y más correctamente, a una combinación de médico de emergencia y obstetra, porque los pozos petroleros son como niños: nacen casi siempre de madrugada. Por ello, el ingeniero nunca debe estar muy lejos de su pozo, de su "parturienta".

De noche, camino al pozo en un pequeño helicóptero, solo con el piloto, todo lo que Bernardo veía era la inmensa negrura del lago, apenas iluminada de manera rítmica por el relámpago del Catatumbo. Se sentía haciendo algo importante, hasta heroico. Era una tarea que debía ser hecha, que era hecha por unos pocos cuando la mayoría de los venezolanos estaba durmiendo tranquilamente en sus

hogares. Bernardo se sentía como miembro de una élite que generaba la riqueza que la mayoría de sus compatriotas se limitaban a gastar, con frecuencia de manera insensata o poco transparente. Cada pozo en perforación y eventualmente completado y puesto a producir costaba millones de bolívares. Las gabarras de perforación eran monstruos que costaban mucho más aún. Estos costosos equipos y pozos estaban bajo la dirección de jóvenes quienes, en su mayoría, no habían llegado a los 30 años de edad. Bernardo era el mayor de ese grupo, dada su circunstancia. A pesar de haber llegado al lago con menos experiencia en esa tarea que otros ingenieros de menor edad, pronto se convirtió en un líder. Trabajaba muy duro y tenía excelente química con los trabajadores. En Lagunillas se había convertido en un miembro destacado de la pequeña comunidad. Una de sus acciones en el lago le salvó la vida a un obrero de perforación. Un tubo se había desprendido del gancho durante la actividad perforatoria y había golpeado al obrero, causándole una fractura de cráneo. Bernardo había asistido al obrero, llamado a un helicóptero y se había ido con el obrero herido directamente a Maracaibo, tomando la decisión en el momento, bajo su entera responsabilidad. En Maracaibo lograron salvar la vida del obrero, lo cual probablemente no hubiese sido posible en Lagunillas. Si Bernardo no hubiese tomado una decisión que iba, quizás, en contra del manual de procedimientos, el obrero habría muerto. Este incidente lo convirtió en una relativa “celebridad” en la zona. A los diez meses de haber llegado, su evaluación de personal fue muy positiva. En realidad, su supervisor lo definía abiertamente como el mejor ingeniero de campo de la empresa. Esto fue importante para la recuperación de su autoestima. Sin embargo, tendría que suceder otro hecho, totalmente fortuito, para que su carrera en la empresa diera un vuelco total.

Una madrugada Bernardo regresaba del lago, cubierto de barro hasta la cabeza, después de horas de una operación particularmente compleja de completación de un pozo. El taxi que lo fue a buscar al helipuerto lo condujo al Hotel Lagunillas, donde residía, ya que aún no había logrado obtener una casa en el campamento. Al llegar a la puerta del hotel, encontró que allí se celebraba una rumbosa fiesta. En ese momento salía una pareja lujosamente vestida: él de etiqueta, ella con un

hermoso traje largo. Se encontraron con Bernardo, quien parecía un ser extraterrestre, y éste se apartó, un tanto avergonzado de su aspecto, para dejarlos pasar. El hombre se detuvo y le dijo: “Me alegra ver que hay alguien trabajando duro mientras nosotros estamos de fiesta. Como se llama Usted? Y Bernardo le dio su nombre. “Que descanse, ingeniero”, le respondió el hombre y siguió su camino, tomando el brazo de su pareja, hacia el automóvil que los esperaba.

Dos días después Bernardo recibió una llamada de la secretaria del Gerente General en Lagunillas, quien le dijo que el Director Raddock deseaba verlo. Raddock era uno de los miembros de la Directiva mundial de la empresa, de visita en Lagunillas. La secretaria, muy amiga de Bernardo, le agregó: “El Director ha pasado una hora leyendo tu archivo y lo he oído reír en varias ocasiones”.

Bernardo fue a conversar con el Director, quien resultó ser el hombre que había encontrado a la puerta del hotel. El Director le hizo varias preguntas sobre su carrera, sobre lo que le había sucedido en Exploración, sobre sus preferencias de trabajo. En fin, le dedicó un tiempo largo a tratar de conocerlo mejor. Le preguntó sobre su nivel salarial y Bernardo le dijo que lo consideraba inferior al de colegas que tenían menor tiempo de servicio. El Director no hizo ningún comentario.

Al final de la entrevista, el Director le preguntó: “Bernardo, como le gustaría ir a Balikpapan?”. Bernardo le respondió: “primero debo averiguar dónde queda!”.

El Director le respondió: “Balikpapan está en Kalimantan, la parte Indonesia de Borneo. Allí tenemos un serio problema. Sukarno expulsó a nuestros técnicos holandeses y ahora está expulsando a los ingleses. Nosotros debemos mantener nuestros campos en operación, así como la refinería y nuestras oficinas, tanto en Balikpapan como en el campo de Tandjung. Estamos armando un equipo de profesionales para enviarlo a reemplazar el staff que está siendo expulsado. Es una operación clave para nosotros pero no está exenta de peligros. Sukarno es un dictador. Sabemos que Kalimantan está controlado por el ejército y sabemos que el jefe del ejército es un furibundo marxista, lleno de rencor contra las empresas europeas. No le va a hacer la vida fácil a quienes estén allá como representantes nuestros. Por eso, no podemos presionar a nadie para que vaya allá. Pero he

estado viendo su trayectoria y usted me parece una persona ideal para ayudarnos en este momento. Es versátil y toma decisiones. Piénselo”

Bernardo intuyó que estaba en una importante encrucijada de su carrera. A la izquierda, pensó, queda la relativa oscuridad y la seguridad de un puesto en Lagunillas. A la derecha, se abre el camino a la aventura, el peligro, la posible recompensa de una promoción y la oportunidad de conocer el otro extremo del mundo.

Y respondió: “Debo hablar con mi esposa. Deme un día”.

Y el Director le dijo: “tómese no uno sino dos días, Bernardo. Por cierto, su familia no lo podría acompañar, al menos al principio. La situación en Balikpapan no es segura para tener a las familias allá. Podrán quedarse aquí en Venezuela o en USA o Europa, donde usted lo deseé, todo pagado por nosotros. Por cierto, la remuneración suya sería cuatro veces mayor a la que tiene en este momento y su nivel pasaría a ser uno de Gerente de Geología de Producción”.

Y cuando ya Bernardo salía el Director añadió, sin sonreír: “Ah, Y si decide ir, haga su testamento. Eso nunca está de más”.

Al salir de esta extraña entrevista, Bernardo se sintió francamente entusiasmado. Indonesia? Es el otro extremo del mundo. Para llegar allá seguramente hay que pasar por Hong Kong, se dijo. Nunca hubiera soñado con ir a Hong Kong. Y las mujeres en Indonesia probablemente se parecen a Dorothy Lamour, con sus sarongs. Y Bali! Salió directo a la pequeña biblioteca de la empresa y se armó de un Atlas, en el cual examinó toda el área del sureste asiático. Vió a Balikpapan en el mapa, sobre la costa este de la isla de Borneo, llamada Kalimantan por los indonesios. Parecía ser la población más importante de la isla, al menos en la parte indonesia, ya que la porción noroeste pertenecía al sultanato de Borneo. El conflicto de Sukarno era con Inglaterra y con la Malasia. Se decía en la prensa que se estaba formando una Federación Malaya, la cual incluiría la parte oeste de Borneo, el hasta entonces sultanato. Esto parecía ser lo que había causado la reacción de Sukarno, quien consideraba esa federación como una amenaza para su gobierno. Indonesia estaba al borde de una guerra con Malasia y Bernardo iría, si se decidiese, a la zona donde se desarrollarían

esos acontecimientos. Ciertamente no parecía ser una decisión sensata, esa de irse a meter en un avispero. Pero.....¿que pasaría si se negaba a ir? Una negativa equivaldría a estancarse en la empresa. Lo mejor sería renunciar.

Ya no se sentía tan entusiasmado. Sobre todo cuando leyó en la enciclopedia de la biblioteca, un tanto antigua, que en Kalimantan los nativos del lugar, los dayak, habían sido caníbales. Quien le garantizaría a Bernardo que no revertirían a sus hábitos tradicionales en caso de escasez de alimentos?

Quien lo decidió a ir a Balikpapan fue su esposa. Ella siempre había sido inteligente y visionaria. Sabía que los riesgos existían pero era una aventura extraordinaria y, más allá de los riesgos, al pié del arco iris habría una casa para ellos. Con el dinero que le iban a pagar a Bernardo, en un año podrían ahorrar lo suficiente para contruir una casa en Maracaibo. (Si es que regreso, pensó Bernardo).

La semana siguiente comenzaron a hacer los preparativos para el viaje. La familia se quedaría en USA, mientras Bernardo seguiría camino a Hong Kong, donde esperaría el permiso de entrada a Indonesia. El viaje estuvo a punto de abortar cuando, en Noviembre, el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas. Las primeras noticias indicaban que el asesino había sido un fanático latinoamericano y ello, pensó Bernardo, pudiera desatar una verdadera cacería de brujas en el país del norte en contra de los latinoamericanos. En esas condiciones, tanto el viaje como el posterior trabajo con un grupo donde habría varios norteamericanos, se harían más complicados. Sin embargo, pronto se estableció que la muerte de Kennedy había sido el acto de un habitante de Nueva Orleans, Lee Oswald.

Además de Bernardo otros cuatro venezolanos atendieron al llamado de la empresa. Bernardo dejó a su familia instalada en USA y siguió viaje a Hong Kong. Se sentía animoso y optimista. La Venezuela que dejaba era, inclusive, tan peligrosa como cualquier peligro que pudiese encontrar en Indonesia. Eran los meses de una crónica insurrección extremista contra el gobierno de Rómulo Betancourt. En Junio se había presentado el sangriento

intento de golpe que se llamó el Porteñazo, un acto de ideólogos marxistas insensatos que produjo más de 400 muertos. Antes de ese golpe se había efectuado otro en Carúpano, menos cruento pero también de carácter primitivo, tipo montonera. En Caracas la guerrilla urbana estaba entronizada en la zona de Petare. Pasar por allí de noche seguramente era mucho más peligroso que vivir en el sureste asiático. Hasta irse a Lagunillas Bernardo había estado viviendo en una casa de la California Norte. Con frecuencia, debía llegar a casa a la caída de la tarde, arrastrándose como un soldado, bajo el fuego que venía de los cerros de Petare sin estar dirigido a nadie en particular. Era una lotería diabólica que los habitantes de la California Norte estaban obligados a jugar constantemente. Bernardo pensaba que Sukarno no podría ser más peligroso que los guerrilleros urbanos de la extrema izquierda venezolana.

\*\*\*\*\*

La estadía de Bernardo en Lagunillas le proporcionó una renovada dosis de confianza. Después de lo que consideraba su fracaso en Exploración había perdido mucha auto estima y en Lagunillas se reinventó. El trabajo de ingeniería de producción, sus largas noches en las gabarras de perforación, la mística de trabajo y de responsabilidad que veía a su alrededor, le hicieron sentir miembro de un grupo privilegiado. Llegó a disfrutar del olor a diesel que permeaba casi constantemente el aire de Lagunillas. El grupo de ingenieros con quien compartió tareas era excelente: el altísimo Hans, El pequeño Simón, el rotundo Gustavo, el silencioso Miguel, el alegre Diógenes, el serio Ricardo, el ingenioso Frank, todos contribuyeron a moldear positivamente su “nueva” persona, ya más ingenieril que geológica. Morfológicamente el grupo era de tan diverso aspecto que una vez, de excursión por los Andes, al bajar todos del bus que los llevaba, un niño del pueblo salió corriendo, gritando: “ Maaaaaá, llegó el circo...”

El Lago de Maracaibo que conoció Bernardo era un gran crisol de buenos ciudadanos.

IX.  
**AVENTURA EN INDONESIA**

Bernardo viajó a Hong Kong y permaneció allí varios días esperando por la confirmación de su visa Indonesia. En el hotel "Península", donde se alojó, encontró un grupo de ingleses quienes habían salido de Balikpapan y del campo petrolero de Tandjung. Sus rostros aún mostraban las señales de los días de angustia que habían pasado en aquellos lugares. Tenían historias de hostigamiento y violencia que contar, las cuáles no contribuyeron en nada a tranquilizar a Bernardo. Hablaban de una escasez aguda de alimentos en Balikpapan y, uno de ellos, mencionaba repetidamente con seco humor británico que los pocos pollos que se encontraban en la isla eran "sumamente atléticos".

En todo caso Bernardo ya estaba tan lejos de la casa que regresar era impensable. El 27 de Diciembre de 1963 siguió viaje a Yakarta, en un vuelo de la línea aérea indonesia "Garoeda". En una casa de cambios de Hong Kong había comprado rupias y pensó que podría vivir en Indonesia unos seis meses con la suma de varios millones de rupias que había adquirido por cien dólares. Iba muy contento por haber hecho esta transacción cuando, por el sistema de comunicación del avión, la aeromoza le recordó a los pasajeros que estaba estrictamente prohibido llegar con rupias a Indonesia, ya que existía un control de cambios muy severo. La pena contra quienes violaban esta prohibición era la pérdida de la mano derecha. Si hubiese sido la mano izquierda quizás Bernardo lo hubiese pensado dos veces pero, aterrado ante el riesgo que corría, fue al baño del avión y botó por la poceta sus millones de rupias. Definitivamente Bernardo no era un contrabandista. Años antes había estado en Cúcuta con su esposa y sus padres y había comprado seis pares de calzoncillos, los cuales se puso, uno encima del otro con el fin de introducirlos a Venezuela. Cuando llegó a la frontera y vio la guardia nacional venezolana esperando dio por sentado que lo estaban esperando a él. Se bajó del auto, entró a un restaurant cercano y se quitó los seis pares de interiores "ilegales" que cargaba, abandonándolos para siempre.

Bernardo desembarcó en Yakarta sin una sola rupia en los bolsillos pero estaba seguro de que alguien lo estaría esperando. Ello no fue así. La persona que había ido a esperarlo no lo vio salir y pensó que no había llegado, por lo cual se fue a su casa. Bernardo se acercó a un taxista que parecía wayuú, le mencionó el Hotel

Indonesia y le mostró un paquete de cigarrillos americanos. El taxista levantó dos dedos y Bernardo asintió.

El Hotel Indonesia se parecía un poco al Hotel Del Lago, de Maracaibo. Estaba lleno de extranjeros. Por supuesto, no tenían habitaciones disponibles para alguien que llegase sin reservación pero el gerente de guardia era un español, quien había trabajado en el Hotel Tamá de San Cristobal y lo logró alojar. Cambió algunas rupias al cambio oficial y se fue al bar del hotel a tomarse un sólido “whisky”.

Al día siguiente, totalmente recuperado del viaje, tomó un taxi y se fue a las oficinas de la empresa. El viaje de unos treinta minutos le proporcionó una primera impresión de la ciudad. Después del orden y la limpieza que había visto en Hong Kong, Yakarta lucía caótica y sucia, una especie de mezcla de Ciudad Ojeda con Punto Fijo. Tendría unos 5 millones de habitantes y estaba atravesada por un río de aguas achocolatadas, tipo Guaire, donde miles de personas se bañaban, se cepillaban los dientes o hacían sus necesidades, a pleno sol. En la empresa fue recibido con gran alegría porque no sabían que había llegado. Las noticias de Balikpapan eran escasas y no tan buenas. La empresa no estaba operando el campo de Tandjung y el jefe militar de la zona, el “panglima”, amenazaba con tomar el control de las instalaciones.

Bernardo se entrevistó con el gerente general de la empresa en Indonesia, un robusto australiano quien conservaba su sentido del humor, a pesar de que debía sentirse como el capitán del Titanic. Le dijo a Bernardo que le recomendaba pasar el año nuevo en Yakarta, en el hotel y que podía continuar su viaje a Balikpapan en la primera semana de Enero de 1964. Así lo hizo.

El 2 de Enero Bernardo voló en el ya vetusto DC-3 de la empresa, junto con varias docenas de pollos y varias cajas de whisky hacia Balikpapan. Era un vuelo de casi cinco horas, primero a lo largo de la isla de Java y, luego, sobre las selvas de Kalimantan, el sitio de donde había salido el orangután, nombre que significa “hombre de la selva” en malayo.

Al llegar al pequeño aeropuerto de Balikpapan le dio el nombre de la empresa a un anciano, quien, en respuesta, le mostró un destartalado bus, el cual lo

conduciría al campamento. En un inglés muy primitivo le preguntó la razón por la cual no lo habían ido a esperar. Bernardo le respondió que prefería viajar en el autobús con él, lo cual lo hizo reír ampliamente. Bernardo había hecho su primer amigo!

En el trayecto pudo admirar la considerable belleza natural del sitio. La carretera iba serpenteando entre el mar y una serie de pequeñas colinas, con abundante vegetación, incluyendo coníferas y grandes grupos de trinitarias (*Bougainvillea* sp.) de diferentes colores. Cerca del mar había actividad de pescadores, aldeas con plantaciones de bananos y frutos menores, donde se veían nativos del lugar trabajando la tierra con la ayuda de búfalos. Al entrar a la población, especie de inmensa aldea, Bernardo vio en una colina lo que parecía ser el campamento de la empresa, una colección de casas muy bellas, con sus jardines razonablemente bien cuidados. Al bajarse frente a ellas advirtió las paredes llenas de pintas y calaveras con tibias cruzadas dibujadas en grandes letras rojas. Nada acogedor, pensó Bernardo.

En la casa de huéspedes de la colonia Bernardo encontró a casi todos los miembros del equipo de técnicos extranjeros que ya habían llegado a Balikpapan: Jerry White, el Gerente General de Operaciones; André Rostand, el Gerente de Personal; William Cook, el nuevo Gerente General y el pequeño contingente venezolano: Pedro Rosales, ingeniero mecánico, Federico Blanco, el nuevo Gerente de Producción y el Gerente de Finanzas Isaías Maduro. White y Cook venían de Texas. Rostand de París. Solo faltaba el Gerente del Oleoducto y de la Refinería, un simpatiquísimo gigantón de Louisiana llamado Ray Carter. Todos se complacieron mucho de ver a Bernardo, de quien no habían tenido ninguna noticia, lo cual los tenía preocupados. Cook lo felicitó por la manera como se las había arreglado en Yakarta y por haber llegado sano y salvo a Balikpapan sin ninguna ayuda de la empresa.

Las primeras informaciones que recibió Bernardo fueron alentadoras. El grupo había sido recibido sin hostilidad. Los empleados locales se alegraban de tener un equipo gerencial nuevo. El ejército no había hecho contacto con ellos. Esos primeros días habían sido placenteros, se sentían como en una especie de luna

de miel. Todos los días los miembros del grupo iban a la oficina y bajo su supervisión la empresa reanudó operaciones normales. El petróleo muy parafínico de Tandjung comenzó a fluir de nuevo por el oleoducto hasta la refinería de Balikpapan. El flujo solo podía ser diurno porque de noche la caída de la temperatura hubiera podido producir su congelamiento en la línea, lo cual hubiera sido un desastre.

\*\*\*\*\*

La aldea de Balikpapan era gigantesca, tenía cerca de 200.000 habitantes de las procedencias más variadas: chinos quienes acaparaban el negocio del ratán; negritos muy alegres de Las Molucas; pequeños javaneses con espesos bigotes, a semejanza de los andinos venezolanos; silenciosos especímenes cobrizos de Sumatra; blancos comedores de perros de las islas Célebes y, finalmente, los verdaderos nativos del lugar, los dayaks, delgados y musculosos, vestidos de sarong, lo cual les daba una falsa impresión de fragilidad. Los dayaks eran caníbales, o lo habían sido hasta fechas recientes y aún veían a los recién llegados con una no disimulada apreciación gastronómica.

Lo que Bernardo aún no sabía, porque nadie había tenido tiempo de informarle en detalle, es que estaba llegando a un país al borde de la guerra. El gobierno de Sukarno había comenzado a romper con las empresas petroleras operando en el país: Stanvac, Caltex y Shell. En paralelo, se había estado aproximando a las empresas japonesas, las cuales deseaban regresar después de la derrota del Japón durante la segunda guerra mundial. Sukarno había establecido una nueva ley en 1961, la cual limitaba a las empresas extranjeras a ser contratistas del gobierno, las obligaba a emplear mas indonesios e incrementaba la participación del estado en la explotación petrolera. A principios de 1963 el gobierno de Sukarno había enviado a las empresas arriba mencionadas una larga lista de demandas, solicitando una respuesta en “varios días”. El Ministro del sector, Chaerul Saleh, sugería que, si las empresas extranjeras no contestaban a tiempo las demandas del gobierno, sus licencias de explotación pudieran ser traspasadas a China. De inmediato se llevó a cabo una furiosa ofensiva diplomática

norteamericana en contra de ese ultimátum. En especial, Caltex alegaba que las demandas del gobierno indonesio eran confiscatorias. El embajador de USA en Indonesia recibió una orden del secretario de estado Dean Rusk, en el sentido de rechazar las demandas hechas a Caltex y enfatizando las consecuencias que esta posición del gobierno de Sukarno tendría sobre las inversiones norteamericanas y sobre los programas existentes de ayuda comercial hacia Indonesia. Por su parte, los chinos y los soviéticos habían acelerado su propia ofensiva diplomática. Los soviéticos enviaron al Ministro de Defensa Malinowsky a visitar Indonesia. Los chinos enviaron a Liu Shaoqui. En especial esta visita intranquilizó a los norteamericanos, ya que el ejército indonesio mostraba una penetración sino-comunista muy intensa. Aunque los chinos no tenían la tecnología necesaria para producir el petróleo indonesio, si podían hacer promesas en este sentido, aunque no las pudiesen cumplir. Los Estados Unidos incrementaron su presión, apoyándose en una modificación constitucional que establecía un corte inmediato de relaciones comerciales con el país que confiscase propiedades de empresas norteamericanas. Sukarno cedió, al menos temporalmente, a esta presión dictando una ley de estabilización económica, la cual en esencia protegía las inversiones norteamericanas en Indonesia. Las protestas del partido comunista indonesio, PKI, fueron vehementes y lograron, en los días subsiguientes, obligar a Sukarno a dictar un ultimátum a las empresas extranjeras. Ello llevó a las empresas a amenazar con suspender la exportación de petróleo indonesio y a comenzar a evacuar a sus empleados. A todas estas, el impacto de este forcejeo geopolítico en la población ya se hacía sentir. El pueblo comenzaba a protestar. Los actos de vandalismo se incrementaban. Como era ya costumbre en Indonesia, estos actos violentos se dirigían fundamentalmente contra los comerciantes chinos. El presidente Kennedy decidió enviar a un emisario personal, Wilson Wyatt, a hablar con Sukarno. Esta reunión fue inmediatamente exitosa ya que Sukarno no parecía estar bien enterado de las maniobras de sus propios ministros. Las circunstancias de la reunión fueron tales que Sukarno quedó muy halagado del interés mostrado por el enviado especial de Kennedy. El resultado fue un convenio muy favorable a las empresas extranjeras en Indonesia, mediante

el cual se ratificaban a Caltex, Stanvac y Shell como contratistas del gobierno indonesio por un nuevo período de 20 años. Para China y los extremistas indonesios este convenio constituyó una gran derrota.

Sin embargo, la situación de la empresa en Balikpapan no era buena. La confrontación de Sukarno con Malasia continuaba y había puesto al ejército indonesio estacionado en Kalimantan en pié de guerra. En el borde entre la porción indonesia de la isla de Borneo y Malasia existía ya una guerra de guerrillas. Indonesia había ocupado militarmente la zona de Papua occidental. En Kalimantan, con su base en Balikpapan, quien mandaba era el jefe del ejército o “panglima”, el Coronel Soeharjo. Este era un oficial comunista y se había aliado con el PKI, el Partido Comunista Indonesio, para antagonizar a las empresas extranjeras que actuaban en la isla. En esos años los militares habían tomado el control de gran parte del gobierno de Sukarno. La corrupción se había instalado en los centros de poder político controlados por los militares. Soeharjo, el jefe militar de Kalimantan, era bastante más radical que Sukarno y había estructurado un plan para apoderarse de la empresa petrolera a la cuál Bernardo había ido a servir. Para llevarlo a cabo de una manera progresiva, sin usar la violencia abierta, había hecho la vida imposible al personal inglés que Bernardo y el resto del grupo habían ido a reemplazar. Los ingleses se cansaron de estar sometidos a arresto domiciliario y al hostigamiento crónico y llegaron a un punto de desmoralización tal que la empresa decidió sacarlos de la isla, antes de que les sucediese algo peor.

La táctica que iniciaron los sindicatos comunistas fue la de ordenar a los trabajadores de la empresa no dirigirle la palabra a los empleados extranjeros recién llegados. Esta fue una orden que solo fue obedecida a medias porque muchos empleados no estaban de acuerdo con ella. Después de un par de semanas esta estrategia se debilitó y murió de muerte natural. El grupo de empleados extranjeros había adoptado una actitud, estudiada, de total indiferencia ante las demostraciones de hostilidad por parte del ejército y de los sindicatos. El gerente general de la empresa había decidido instalar a los miembros del grupo en casas individuales, a fin de darle a su presencia el aspecto más normal posible. Al salir del trabajo el grupo iba a la aldea, cada quien por su lado, a hacer las

pocas compras que se podían hacer en Balikpapan: arroz, escasas frutas, vegetales y uno que otro pollo bastante atlético, como los descritos por el inglés que Bernardo había encontrado en el hotel de Hong Kong. Existía un solo restaurant en la aldea, de comida china, al cual Bernardo comenzó a ir con frecuencia. El menú incluía “saté daging” (carne de vaca) y “saté babi” (puerco) pero Bernardo nunca vio un puerco o una vaca en la aldea. Sus amigos indonesios le dijeron al poco tiempo que lo que se comía en el restaurant, en realidad, eran perros y gatos.

\*\*\*\*\*

Al cabo de algunas semanas el trabajo y las actividades del grupo se normalizaron tanto que Bernardo comenzó a pensar que Balikpapan era mucho más seguro que Venezuela, donde la violencia urbana se había desatado en contra del gobierno de Betancourt, primero, y de Caldera después.

No iba a ser exactamente así. En la última semana de Enero, 1964, los sindicatos, instigados por el Coronel Soeharjo, decidieron tratar de tomar el control de la empresa. Seleccionaron una junta directiva paralela y se dirigieron a la oficina del gerente General, William Cook, a quien le exigieron la salida inmediata de todo el personal extranjero y la entrega de su cargo al Coronel Soeharjo. Cook los escuchó con atención y les preguntó: “¿Traen ustedes un decreto del Presidente Sukarno en este sentido?” . Los miembros de la nueva directiva se miraron las caras, guardando silencio. Cook agregó: “Yo solo recibo órdenes del Presidente de mi empresa, quien se encuentra en Holanda. No puedo aceptar órdenes de ustedes. Les pido que regresen a sus puestos de trabajo y se ocupen de sus tareas normales. El país necesita de una empresa en producción, no una empresa envuelta en un conflicto político”. El líder del grupo sindical respondió: “Estamos aquí para tomar el control de la empresa, Sr. Cook. Usted debe darnos su silla y su escritorio de inmediato, con todos los documentos importantes”. A lo cual Cook respondió: “De esta silla no me paro hasta que ustedes se vayan”.

En paralelo con esta visita a Cook, los miembros del sindicato habían formado grupos para ir a las oficinas de todos los empleados extranjeros y exigirles inmediata desocupación. Sin tiempo para ponerse de acuerdo el grupo

había reaccionado de manera idéntica a Cook. Nadie había entregado el puesto. Cook comenzó a llamar por el teléfono interno a los 16 miembros del grupo, uno por uno. Les explicó lo que estaba sucediendo y su determinación de no entregar el control de la empresa. Los miembros del sindicato, por su parte, habían decidido permanecer en la oficina de Cook hasta que este tuviese que pararse de la silla para irse a su casa o, al menos, ir al baño. En ese momento alguien del sindicato se sentaría en la silla del Gerente General, el símbolo del poder en la empresa y el ejército vendría a tomar posesión de las instalaciones. Como estrategia no era mala, basada en la razonable premisa de que todos debemos ir al baño tarde o temprano. Sin embargo, Cook le dijo a los miembros de su grupo que establecería un esquema de rotación, mediante el cual esa silla nunca estaría sin un ocupante perteneciente al grupo. Para comenzar llamó a Bernardo y le pidió que viniera a su oficina, a sentarse en la silla mientras él iba al baño. A su regreso llamó por el teléfono a Federico Blanco, el Gerente de Producción, y le pidió que elaborase un plan de rotación para todos los miembros del grupo, a fin de que cada uno pudiese turnarse en la silla por un cierto número de horas, en adición a sus tareas normales. En todo momento, frente a la silla, en un semi-círculo, se encontraban los miembros del sindicato, observándolo en silencio.

Federico Blanco procedió a elaborar el plan de rotación. Al final de la tarde lo había terminado. Blanco había decidido ser el primer reemplazo de Cook. Estaría allí hasta la medianoche. A la medianoche Bernardo entraría a reemplazarlo hasta las 8 de la mañana siguiente. A esa hora ya Cook estaría de regreso. Bernardo iría a su casa a bañarse, comer algo y regresar a la oficina para llevar a cabo sus tareas normales. Los turnos eran de ocho horas y cada miembro del grupo recibió hasta tres turnos por semana, excepcionalmente cuatro turnos para los miembros más jóvenes del grupo, Bernardo y Ken Williams, un ingeniero de yacimientos venido de Oklahoma.

Así comenzó lo que el grupo dio en llamar “el juego de la silla”. Los miembros venezolanos del grupo le tomaron, como es natural, mucha afición a la silla, quizás pensando en la silla de Miraflores. Los miembros del sindicato sentados en frente de la silla tampoco eran siempre los mismos. También ellos se rotaban pues

tenían centenares de voluntarios para hacerlo, en contraste con los 15 miembros del equipo extranjero. Poco a poco la confrontación silenciosa se convirtió en el símbolo de la gran pugna que se llevaba a cabo en toda Indonesia: las fuerzas “populares” contra las fuerzas del “imperialismo”, como lo veían los sindicatos pro-comunistas. Los estereotipos comenzaron a aparecer en la imaginación de los adversarios: cristianos contra musulmanes, oriente contra occidente.

El “juego de la silla” se convirtió, en aquel pequeño rincón del mundo, en una pugna de voluntades entre más de 2000 indonesios y 15 extranjeros. Esta mini-confrontación duró más de cuatro meses, durante los cuales el grupo de extranjeros se turnaba en la silla del Gerente General y, al mismo tiempo, mantenía el petróleo fluyendo, de lo cual tanto la empresa como Indonesia se beneficiaban.

Un buen día los representantes del sindicato hablaron con Cook y le dijeron que la confrontación debía terminar pero que el fin debía lucir como una decisión conjunta. Cook accedió porque no era de beneficio para la empresa humillar a parte de sus trabajadores y porque el pequeño grupo de extranjeros estaba francamente exhausto. Esta fue una gran victoria para la empresa, incluyendo a centenares de empleados indonesios quienes no estaban de acuerdo con los métodos del sindicato y del ejército, una mayoría silenciosa que comenzó, desde ese momento, a apoyar abiertamente a la empresa.

Bernardo disfrutó de esa experiencia. Durante sus largos turnos, en las madrugadas, sentado en la silla del gerente, tenía acceso a archivos y documentos cuya lectura le permitió conocer a fondo las actividades y planes de la empresa. El astuto Cook, sabiendo quien estaría de guardia, plantaba en su escritorio las evaluaciones de personal sobre esas personas, para que fueran vistas por ellos. Bernardo pudo leer la suya, en la cual Cook decía cosas maravillosas sobre su personalidad, sobre su actuación y recomendaba mejoras en su nivel de empleo. Esta estrategia (¿o estratagema?) de Cook contribuyó mucho a mantener muy en alto la moral del grupo durante difíciles momentos.

Una noche, vencido por el sueño, se fue resbalando de la silla hasta caer dormido entre el escritorio de Cook y la silla. Se despertó sobresaltado y con

pánico, hasta que vio que la oficina estaba a oscuras y que estaba cubierto con una cobija. Al levantarse, abrió la puerta de la oficina y vio, en el corredor, en silencio, a los miembros del sindicato. “Lo vimos muy cansado” le dijeron a Bernardo, “y decidimos dejarlo tranquilo por unas horas. Ahora podemos entrar de nuevo”. Esta actitud de los trabajadores, de sus “enemigos”, lo conmovió mucho. Sugería que todo lo que motivaba esta confrontación era un desencuentro artificial, impuesto por ideologías políticas extremas, entre seres humanos igualmente capaces de bondad. Seguramente los villanos y los héroes pertenecían a ambos bandos.

Después de esta confrontación y, de manera progresiva, la situación se normalizó, hasta el punto de que las familias de los extranjeros pudieron viajar a Balikpapan, a reunirse con el grupo. Aún después de haber llegado las familias, los miembros del grupo permanecieron esencialmente bajo arresto domiciliario y debían pedir permisos especiales a la policía hasta para cenar con su vecino. Las compras de alimentos y bebidas que habían hecho a través de una empresa exportadora de Hong Kong se encontraban atascadas en la aduana de Balikpapan, manejada por el ejército. Las familias comenzaron a carecer de lo más básico, desde leche hasta papel higiénico.

Para solucionar el problema del papel higiénico Bernardo hizo algo que bien pudo haberle costado la vida meses más tarde. Se fue a la aldea, a la única librería de Balikpapan, y compró allí las Obras Completas de Mao Tse Tung, en quince tomos, impresas en un papel excelente. Esa colección les sirvió por casi tres meses como papel higiénico y Bernardo agradeció el hecho de que la indoctrinación ideológica no era posible por esa vía. El riesgo que corrió Bernardo por la compra de las obras completas de Mao fue el de haber sido identificado como un comunista, porque algunos meses después, en todo el país, se desataría una matanza de medio millón de comunistas indonesios, cuando el PKI (Partido Comunista Indonesio) trató de dar un golpe de estado para derrocar a un Sukarno aparentemente moribundo.

Cuando se terminó ese papel y la librería había agotado su existencia de las obras de Mao, Bernardo elaboró un pequeño y primitivo discurso en indonesio y se fue a

hablar con el capitán del ejército a cargo de la aduana. Llegó a su oficina y le dijo: “Selamat pagit, tuan. Nama saja Bernardo Mateos. Saja bekerdja untuk PT Minjak Belanda. Barang barang saja disini. Saja ingin barang barang itu karena anak anak saja tidak bisah minum susu. Terimah kasih banjak, tuan”. El capitán lo escuchó sonriendo ampliamente, mostrando unos dientes que parecían chiclets “Adams” de yerbabuena y le respondió: “Sr. Mateo, Usted es el primer extranjero de la empresa que me ha, digamos, tratado de hablar en mi propio idioma. Lo ha hecho bien ”. Tomó el teléfono e impartió una breve orden. A los tres minutos las cajas de Bernardo aparecieron y fueron montadas en su jeep.

Al día siguiente, en la oficina de la empresa, todos se habían enterado de que Bernardo había obtenido sus cajas. No entendían como lo había logrado con tanta facilidad, cuando todos los esfuerzos hechos oficialmente por la empresa habían sido infructuosos. La explicación era sencilla. Bernardo había sido un empleado de la empresa en su propio país, Venezuela, y se había dado cuenta de la arrogancia con la cuál actuaban muchos de los empleados extranjeros. En Indonesia él era el extranjero y pensó que debía actuar como a él le hubiese gustado que los extranjeros actuasen en su país. Así lo hizo, con excelentes resultados. Nada extraordinario pero muy efectivo.

\*\*\*\*\*

El oleoducto que llevaba el petróleo producido en Tandjung a la refinería situada en Balikpapan tenía unos 120 kilómetros de largo y era limpiado regularmente por “cochinos” que se colocaban dentro de la línea. El “cochino” es llamado así porque el sonido que produce al pasar por la línea se asemeja al chillido de un cochino. Es un aparato hecho generalmente de poliuretano que se inserta en la línea y es impulsado por dentro de ella por la presión del fluido. Se utiliza para varios fines: para limpiar la línea por dentro, separar dos fluidos de composición diferentes o medir el diámetro interno de la tubería, a fin de establecer la posible presencia de lo que pudiéramos llamar la aterosclerosis del oleoducto, la pérdida de diámetro útil debido a las adherencias. Este oleoducto llevaba el petróleo crudo bastante parafínico producido en Tandjung a la refinería.

La capacidad de fluir de este petróleo disminuía dramáticamente al bajar la temperatura ambiente. Por ello, poseía cuatro estaciones intermedias de bombeo y tres estaciones de válvulas que permitían separar secciones de la línea en caso de alguna emergencia. Un día se presentó una emergencia que puso en peligro no solo el oleoducto sino la vida misma del grupo de extranjeros que manejaban la empresa.

La noticia se recibió en las oficinas de Balikpapan temprano en la mañana y puso a la empresa en estado de alerta. Un “cochino” que había sido insertado para limpiar el oleoducto, una operación de rutina, se había atascado en algún punto del trayecto y paralizado el envío del petróleo. La naturaleza parafínica de ese petróleo lo hacía sumamente propenso a solidificarse al dejar de fluir. Si ello ocurría el oleoducto se convertiría en una inmensa vela! Se perdería no solo el petróleo allí contenido sino el oleoducto mismo y, por extensión, la producción que no pudiese transportarse por esa vía, mientras se construía una sección alterna. La noticia se regó rápidamente por Balikpapan y a la hora Cook recibió un telegrama de la oficina central en Yakarta según el cual el gobierno de Sukarno pondría presos a todos los empleados extranjeros de la empresa en Balikpapan y los juzgaría como criminales de guerra. Asumía el gobierno que lo que estaba ocurriendo en el oleoducto era un sabotaje de las fuerzas “colonialistas”.

Ray Carter nos reunió a todos los extranjeros en su oficina y explicó la situación y su plan para enfrentarla. Había que ubicar el punto donde el “cochino” estaba atascado, un proceso de aproximaciones sucesivas que iba a requerir del esfuerzo de todos. Todos los extranjeros salieron de inmediato hacia el oleoducto a revisar, cada quien, un sector de la línea. Ya el personal indonesio involucrado con el oleoducto había comenzado a hacerlo. Carter les dijo al grupo: “Tenemos aproximadamente 6 a 7 horas para salvar la línea. Si no podemos sacar el “cochino” antes, vamos a perderla. Bernardo pensó: “Más que una vela será un cirio, porque nos van a fusilar”.

La cacería del “cochino”, con centenares de empleados coordinados por el grupo de extranjeros dio frutos a las cuatro horas. Se ubicó el cochino muy cerca de una estación de válvulas y se puso lograr sacarlo y restablecer el movimiento en la

línea. Fue un esfuerzo angustioso, con el grupo de extranjeros “estimulado” por el temor de ir a prisión. Todas las comunicaciones entre los empleados debieron hacerse en bahasa Indonesia ya que el uso del inglés durante la emergencia fue prohibido por el ejército. Pensaban los militares que los extranjeros estaban involucrados en una conspiración y deseaban asegurarse que entendían lo que se estaba diciendo. Esta limitación hizo la tarea aun más difícil y pudo haber sido la causa de la pérdida del oleoducto.

La empresa respiró con gran alivio. Muchos de los empleados que se habían destacado durante la emergencia recibieron cartas de felicitación y premios en dinero. A Bernardo le depositaron \$2000 en su cuenta de Hong Kong. Un telegrama recibido de Sukarno felicitando a los empleados de la empresa fue copiado a todos. Se vivieron días de euforia.

\*\*\*\*\*

El resto de la estadía de Bernardo y su familia en Balikpapan transcurrió con normalidad y en un clima de distensión que les permitió disfrutar con más tranquilidad de la vida en la zona. Hubo días de playa y ocasión de ver a las marionetas de sombra, las llamadas “wayang kulit”, las cuáles narran deliciosas historias semi-religiosas, semi- legendarias. También hubo ocasión de asistir a conciertos de gamelán. El gamelán es la música tradicional de Indonesia. La tocan generalmente unos doce a catorce músicos y la orquesta puede incluir a cantantes y hasta coros. La música es considerada sagrada y los instrumentistas se descalzan antes de tocar y se desempeñan con un aire de pronunciada reverencia. Hay dos tipos principales: el gamelán de Java central y el gamelán de Bali. Bernardo tuvo oportunidad de escuchar ambos y prefirió el de Bali, el “Brebangan”, más rápido, más cambiante, aderezado con timbales. Sin embargo también le gustó mucho el “Udan Mas” javanés. Es una música que se divide en tres secciones, cada una de las cuáles utiliza una porción de la orquesta, las cuáles tocan en paralelo y se integran para enviar un mensaje melódico. El instrumento central de la orquesta de gamelán es un gran gong, el “gong agen”, el cuál contiene, en la creencia indonesia, el espíritu mayor.

La vida doméstica en Indonesia presentaba diferencias notables con respecto a la que Bernardo y su familia llevaban en Venezuela. La esposa de Bernardo nunca pudo comprender como la pareja que los ayudaba en la casa no le hacía ningún caso a ella sino a Bernardo. En indonesio, señor se dice Tuan. Y Dios se dice Tuhan. En la sociedad indonesia de ese tiempo el hombre era un semi-dios. Cuando la familia de Bernardo se levantaba por las mañanas no podía desayunar hasta que Bernardo no se sentase a la mesa. Bernardo no estaba de acuerdo con este protocolo pero la joven pareja que los atendía no cambiaron por ello su manera de actuar, fuertemente arraigada por las costumbres heredadas del colonialismo. Cuando el joven les servía la comida en la mesa llegaba casi a rastras, ya que su cabeza nunca debería estar al mismo nivel de la cabeza del “amo”. Cuando Bernardo o la esposa se quitaban la ropa sucia era recogida de inmediato por la muchacha y, a las dos o tres horas, aparecía lavada y cuidadosamente planchada. La joven freía el maní con ajo, para producir un delicioso pasapalos, el “kachan goreng” y era sumamente creativa dada la escasez de vegetales que existía en la zona. Preparaba una deliciosa ensalada de pétalos de rosas y otros ingredientes cuyo origen Bernardo jamás se atrevió a investigar.

\*\*\*\*\*

La situación política del país se deterioró rápidamente. Se decía que Sukarno estaba agonizando y, al crearse un vacío de poder, el ejército, la población musulmana y los comunistas entraron en una sorda pugna. La inflación rondaba el 650% por año. A principios de 1965 Bernardo decidió salir del país. Su deseo fue resistido por la empresa, la cual estaba muy satisfecha con sus servicios. Le fue ofrecida una promoción y un traslado a Yakarta pero Bernardo intuía que la situación del país se venía abajo. Insistió en salir y, en Agosto de 1965, él y la familia salieron, casi con lo que tenían puesto, en un barco italiano rumbo a Hong Kong. Apenas un mes después el Partido Comunista Indonesio intentó un golpe de estado. Masacraron a miles de musulmanes, decapitando a los “kepala kampung”, los jefes de aldea musulmanes y trataron de tomar el poder. Asesinaron a los seis generales de mayor graduación del ejército, lo cual produjo

una brutal reacción de la reserva militar, comandada por Suharto, quien eventualmente se convertiría en el nuevo dictador de Indonesia. Los musulmanes se dedicaron a vengarse. Por semanas toda la geografía indonesia se tiñó de rojo: 500.000 comunistas fueron asesinados o hechos prisioneros sin fórmula de juicio. El partido comunista fue aplastado. El ejército tomó el poder e instaló un régimen de terror como nunca se había visto en el país. Apenas un año después se había instalado una nueva dictadura militar en el país, no ya de corte marxista sino de derecha. Cesó la confrontación con la Malasia, se abrieron las puertas a la inversión occidental y Sukarno, vivo aún pero ya sin poder, comenzó a languidecer como una flor políticamente marchita, hasta su muerte física años después.

A pesar de haber sido un héroe de la independencia de Holanda, Sukarno instaló en Indonesia lo que él llamó una “democracia dirigida”, en la práctica una vulgar dictadura. Bajo su férreo mandato se prohibió el baile, se devaluó la moneda, la sociedad indonesia se convirtió en un triste y desesperanzado conglomerado. Sukarno se acercó a los dictadores de su tiempo y se convirtió en el gran líder de los no alineados. Para conquistar ese liderazgo de tinte netamente político usó el dinero que hubiese servido para convertir a los pobres de Indonesia en clase media. Pero no lo hizo porque era un incompetente. Y los incompetentes solo saben hacer política pero no saben gobernar. Bernardo regresó a Venezuela decidido a no vivir nunca jamás bajo una dictadura. Había nacido bajo la dictadura de Gómez, había pasado parte de su adolescencia y primera juventud bajo la dictadura de Pérez Jiménez y, en Indonesia, había experimentado en carne propia la triste y mediocre dictadura de Sukarno. Ya estaba bueno.

X.

## **DE REGRESO EN VENEZUELA.**

La aventura Indonesia de Bernardo lo convirtió en una celebridad en Lagunillas, al menos por algún tiempo. Todos querían hablar con él sobre sus experiencias.

Algunos empleados, anteriormente reacios a ir a trabajar allá, se armaron de valor al saber que a Bernardo no le había ido tan mal.

Sus nuevas tareas en Lagunillas lo llevaron a actividades más sofisticadas de ingeniería mayor de producción que las que había desempeñado antes de su partida. Si la geología se refiere a la anatomía de los campos petroleros, la ingeniería de producción tiene que ver con su fisiología y patología. El ingeniero mayor de producción se encarga de mantener los pozos en buenas condiciones de producción, con una adecuada relación gas-petróleo para aquellos pozos que producen ambos hidrocarburos, o con una adecuada relación entre las presiones del yacimiento y los volúmenes de gas o de agua que se le estén inyectando, a fin de optimizar la recuperación final de los hidrocarburos. En este sentido el ingeniero de producción no es ya un partero, como el ingeniero de campo, sino un pediatra, internista o geriatra de cada pozo y de cada campo petrolífero, tratando de optimizar su expectativa de vida comercial. Esta es una tarea que requiere de conocimientos que van más allá de la geología o de la ingeniería de petróleos en general e incluyen la ingeniería mecánica, la ingeniería eléctrica, la metalurgia y las matemáticas. Esta tarea es la antesala de la especialidad más compleja en el mundo de la producción de hidrocarburos, es decir, la ingeniería de yacimientos. El ingeniero de producción debe estar atento a la condición geológica y mecánica de los pozos bajo su supervisión, a la corrosión, un peligro siempre presente en campos donde hay existencia de ácido sulfhídrico y a las presiones, las cuales indican, en todo momento, el vigor del horizonte productor. Su tarea fundamental es la del mantenimiento preventivo, aunque con frecuencia deba apelar al tratamiento y curación de los “enfermos”.

Bernardo fue puesto a cargo de un bloque de producción en la zona de LAMAR, una de las áreas de producción más importantes que poseía la empresa en el Lago de Maracaibo.

En 1965, cuando Bernardo regresó, el país aún estaba bajo los efectos de la violencia y del terrorismo urbano, una violencia que había hecho erupción en 1962, con los sangrientos episodios del Carupanazo y del Portañazo, comandados por un pequeño grupo de militares y civiles de la extrema izquierda.

En 1963 y 1964 se llevaron a cabo actos terroristas contra instalaciones petroleras pero también se llevaron a cabo elecciones y se efectuó una cesión pacífica de la presidencia, de Betancourt a Leoni. Durante esos años y, hasta fines de la década de los 60, el Partido Comunista Venezolano y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria habían tomado el camino de la violencia, apoyados por la dictadura de Fidel Castro. Como reacción en contra de esta violencia el país experimentó una etapa de progresiva solidez democrática, la cual se fue combinando con una creciente fragmentación de la izquierda extremista. Para 1965 ya la izquierda venezolana tenía poco apoyo popular y fue abandonando el camino de la lucha armada.

El extremismo abandonó las montañas, dejó de asesinar policías y el sabotaje de oleoductos y se refugió en las universidades. Mientras las carreras de ingeniería sufrían una significativa reducción de estudiantes (un 10% menos en 1967 que en 1964) las carreras de Economía y Sociología vieron crecer los estudiantes en un 87% durante el mismo lapso, mientras que en Humanidades la inscripción subió en 32%. En retrospectiva, esto es fácil de comprender, pues era en el campo de las humanidades que era más fácil desarrollar la perversa politización de la vida universitaria. La predominancia de estudiantes en humanidades, liderando los conflictos políticos en las universidades, evidenció la estéril naturaleza ideológica, más que social, de estos conflictos. El caballito de batalla de esa insurgencia fue el concepto de autonomía universitaria, un concepto muy propio de la izquierda latinoamericana y totalmente desconocido, por innecesario, en universidades norteamericanas, ya fuesen públicas o privadas. El grito de guerra preferido por los estudiantes era el de “presupuesto justo”, algo que pocos sabían lo que significaba, más allá de comida, transporte y libros gratis para los estudiantes poco dados a estudiar, además de exigencias de un tiempo ilimitado para graduarse y de profesores complacientes.

En 1967 Fidel Castro envió una pequeña fuerza invasora a Venezuela, la cuál contó con la colaboración de algunos traidores venezolanos como William Izarra. Este evento fracasó y se combinó con la muerte, en Bolivia, del Che Guevara para terminar con la insurrección armada en Venezuela. De allí en adelante, la

izquierda venezolana se refugiaría casi exclusivamente en las universidades. Las residencias universitarias recibían nombres como Sierra Maestra y Stalingrado y los grupos de estudiantes por oficio abusaban de la gratuidad de la enseñanza para hacer de la universidad un foco permanente de insurrección extremista. El profundo deterioro de la calidad de la enseñanza universitaria en Venezuela se debe, en gran parte, al proceso de politización llevado a las universidades a partir de esos años por las llamadas juventudes del Partido Comunista, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria o de las diversas facciones de la derecha copeyana, los araguatos y los avanzados. En muchos sentidos, la Venezuela de hoy es el resultado del desconocimiento de los deberes cívicos fundamentales por parte de aquella generación. Esos deberes pasaban por el estudio, por la preparación individual, por la temprana incorporación de los jóvenes a las actividades productivas de la sociedad venezolana. Lo que ellos hicieron fue magnificar y disfrutar la tendencia venezolana al bochinche, ya advertida 150 años antes por Francisco de Miranda durante la pérdida de la primera república.

Bernardo se había graduado, en cuatro años, en una pequeña universidad norteamericana donde nunca hubo un paro, una huelga o una manifestación en búsqueda de una “autonomía” que nadie echaba de menos o hubiera entendido de qué se trataba. En su primer año de estudios había trabajado en la cafetería de la universidad, recibiendo su comida como pago de su trabajo. Nunca advirtió presión alguna de parte de los estudiantes para pedir comida, transporte o libros gratis. Allí cada quien trabajaba, estudiaba, se divertía, hacía el amor y ahorra lo que podía para salir adelante. La ética del estudiante norteamericano era totalmente diferente a la prevaleciente en la universidad venezolana. En Venezuela, aún los mejores se sentían con derecho a pedir alguna limosna. De allí que, trabajando en Lagunillas, durante las interminables noches en las cuáles un pozo estaba en la fase final de completación, Bernardo se sentía como si estuviese cargando un gran peso sobre sus hombros, el peso que él debía normalmente cargar, más un peso extra que debía haber sido cargado por la gran masa estudiantil capturada por la lucha ideológica, una masa que había abandonado sus deberes fundamentales con la sociedad. En pocas palabras, la

Venezuela de la época mostraba una clara tendencia a descansar en una relativamente pequeña masa trabajadora, la cuál generaba los ingresos necesarios para que una inmensa masa de parásitos viviese sin cumplir con sus obligaciones cívicas.

\*\*\*\*\*

El trabajo de Bernardo en Lagunillas era complejo y comenzaba a tocar los bordes de la política. En efecto, existía una pugna constante y sorda entre el sector gubernamental, el cuál requería mayores volúmenes de producción petrolera, es decir, mayores ingresos, y los técnicos petroleros, quienes argumentaban que no se debía producir por encima de una tasa óptima requerida para prolongar la vida de los yacimientos y asegurar la mejor recuperación final de petróleo de esos yacimientos. Forzar la producción significaba acortar la vida de los yacimientos, lo cuál resultaba al fin de cuentas en una pérdida económica para la nación. Un día el jefe de Bernardo le pidió que lo acompañase a una reunión con el Inspector de Hidrocarburos del gobierno, en Maracaibo, a fin de hablar del comportamiento de la producción en las áreas bajo su responsabilidad. Bernardo se preparó bien para esa visita, pensando que tendría un carácter estrictamente técnico. En realidad no resultó así. El Inspector simplemente les ordenó abrir producción al máximo. Mi supervisor le recordó que ello significaría producir demasiado gas asociado, el cual se perdería parcialmente por no existir suficientes facilidades de reinyección. Además la excesiva tasa de producción podría dañar los yacimientos y acortar significativamente su vida útil. El Inspector Ramírez era un hombre arrogante y no estaba acostumbrado a que le discutieran una orden. “Esta es la decisión oficial”, nos dijo. Y entonces, el jefe de Bernardo, de manera inesperada, le respondió: “Pues tendrá que cumplirla otro, pues yo no lo haré. Eso sería un crimen contra el país”. Y se paró y se fue de la oficina. Bernardo lo siguió bastante preocupado. En el camino de regreso a Lagunillas el jefe de Bernardo, un escocés rubicundo le comentó: “Tengo 20 años en tu país, Bernardo, y lo quiero como si fuera mío. No logro entender como la codicia de los burócratas puede ser más fuerte que el interés de la nación. Yo prefiero que me boten pero no voy a obedecer esa orden”.

Tres semanas después, un memorándum de la gerencia de la empresa notificaba al personal que el jefe de Bernardo sería transferido al Mar del Norte, eso sí, con una importante promoción. Para Bernardo no había dudas de que la razón de esa transferencia había sido el encontronazo que habían tenido con el Inspector de Hidrocarburos en Maracaibo. Poco a poco esa historia se difundió por Lagunillas, revelando un aspecto interesante de la actuación de las empresas extranjeras en el sector petrolero Venezolano. A diferencia de quienes piensan que en el sector petrolero los venezolanos siempre han sido los héroes y los extranjeros siempre han sido los villanos, lo cierto es, como lo experimentó Bernardo, que existían héroes y villanos de ambos lados.

Esto ha sido así por muchos años, desde el mismo inicio de las actividades en búsqueda de petróleo en Venezuela. En 1908 Juan Vicente Gómez llegó al poder en Venezuela y solo lo aflojó el día de su muerte en 1935. Gómez repartió inmensas áreas de concesiones petroleras entre sus amigos: Planas, Jiménez, Aranguren, Vegas, Valladares. Solo esta última concesión cubría 12 estados de la república. El informe de Ralph Arnold evaluando muchas de estas áreas despertó el interés de las empresas extranjeras, las cuales tuvieron que negociar con los intermediarios de Gómez, todos quienes se enriquecieron a espaldas del país, vendiendo sus derechos a las empresas extranjeras. Sin embargo, algunas empresas se negaron a negociar con los intermediarios por pensar que la asignación de áreas hecha por Gómez había sido arbitraria e ilegal y que, algún día, esto podía revertirse en su contra. Quienes fueron entonces los villanos?

En los primeros años de la exploración petrolera en Venezuela los geólogos norteamericanos, ingleses y suizos trabajaron hombro a hombro con profesionales venezolanos entre quienes se encontraban Martín Tovar Lange, Luis J. Pacheco, Rafaél Torres y los hermanos Aguerrevere, apoyados por médicos como Enrique Tejera y Leopoldo García Maldonado. Estos hombres, extranjeros y venezolanos, fueron héroes de aquella etapa inicial de la industria petrolera venezolana.

Durante la dictadura férrea de Gómez, cuando se creó una satrapía repleta de adulantes y ladrones, floreció en paralelo una clase petrolera profesional, de gran dignidad personal y honestidad a toda prueba: Gumersindo Torres, Guillermo

Zuloaga, Siro Vásquez, Manuel Guadalajara, Abel Monsalve, José Martorano, Carlos Pérez de la Cova y otros. Varios de esos pioneros irían después a cerrar filas en las empresas extranjeras mientras que otros permanecieron trabajando con el gobierno, todos animados de un profundo sentido de responsabilidad hacia el país. Siro Vasquez llegó a ser miembro de la Junta Directiva de la Exxon a nivel mundial.

En aquellos años, como reacción ante la dictadura de Gómez y en protesta por la presencia de las empresas petroleras extranjeras en el país, tomó cuerpo en Venezuela una corriente ideológica nutrida en el marxismo, la cual influyó muy fuertemente sobre los jóvenes que formaron parte de la generación del 28. Muchos de estos hombres fueron grandes idealistas y pensaron que la revolución rusa llevaría a una sociedad más justa. Fue después de 1928 cuando se reveló abiertamente el carácter sangriento y represivo de los bolcheviques. Stalin y su grupo de psicópatas: Molotov, Andreyev, Beria, Kaganovich, Kirov, Mikoyan, Malenkov, Voroshilov, el tenebroso Nikolai Yezhov y el recién llegado al grupo, el cobarde Khrushchev, presidieron la matanza mas horrorosa del siglo XX después del holocausto. Millones de campesinos rusos y mas de un millón de troskystas fueron ejecutados por aquellos monstruos sin educación, convertidos en una oligarquía asesina después de la guerra civil. Por algunos años, sin embargo, los idealistas venezolanos de esa generación, hombres tales como José Antonio Mayobre, Víctor García Maldonado, Mariano Fortoul, José Briceño, Miguél Otero Silva, Gonzalo Carnevali y Joaquín Gabaldón Márquez, basaron sus sueños de un mundo mejor en esa sangrienta revolución. Aunque casi todos ellos se arrepintieron eventualmente de esa relación, la generación de 1928 mantuvo una resistencia de naturaleza ideológica contra las empresas petroleras foráneas, las cuáles eran percibidas por ellos como los aliados del dictador.

El ataque sistemático contra las empresas petroleras, sin embargo, fue obra de ideólogos marxistas solo conectados tangencialmente con la generación de 1928, tales como los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, Rodolfo Quintero y Salvador de la Plaza. En especial Salvador de la Plaza y Rodolfo Quintero dedicaron mucha de su obra a descalificar a quienes trabajaban para las

empresas petroleras, considerándolos como traidores al país. Salvador de la Plaza se convirtió en el principal ideólogo marxista de su época y en el campeón más formidable que el marxismo venezolano pudo enfrentar a las empresas petroleras extranjeras en Venezuela. Quintero se convirtió en líder obrero, protestando contra el tratamiento que las empresas les daban a sus trabajadores, reclamos muchas veces justos, aunque las condiciones de trabajo en la industria petrolera eran generalmente bastante mejores que las imperantes en el campo venezolano, lo cual no parecía preocupar mucho a Quintero.

De la Plaza y Quintero estudiaron en el Colegio Católico Alemán de Caracas, aunque probablemente no coincidieron allí, dada la diferencia de edades, ya que De la Plaza era 13 años mayor que Quintero. De la Plaza se matriculó en la escuela de medicina de la Universidad central en 1913 a los 17 años. Debido al cierre de la universidad decretado por Gómez desistió de estudiar medicina y se dedicó a estudiar leyes. Participó en intentos de derrocar al gobierno de Gómez y fue expulsado a Francia en 1921. Allí consolidó su ideología marxista-leninista y terminó sus estudios. Regresó a América Latina en 1925, a La Habana, donde se alió con Julio Antonio Mella, fundador del partido Comunista de Cuba. Apoyó a Sandino en Nicaragua y viajó en 1927 a Moscú, con motivo de la celebración del X aniversario de la revolución bolchevique. Allí seguramente pudo ver las primeras señales de la conversión de una revolución con pretensiones de justicia social en una despiadada oligarquía asesina. Lenin había muerto tres años atrás, Trosky había caído en desgracia pero Stalin aún no había emergido claramente como dictador. Era todavía un “primus inter pares”, rodeado de un grupo de “magnates” quienes comenzaban a descubrir los placeres de la burguesía y estaban en vías de convertirse en brutales asesinos. De la Plaza se radicó en Barranquilla y se dedicó a conspirar contra la dictadura, contribuyendo a fundar el Partido Comunista de Venezuela. Al morir Gómez regresó al país pero fue expulsado por López Contreras. En el exilio asistió a la nacionalización petrolera llevada a cabo por Lázaro Cárdenas en México. Ello le marcaría definitivamente. De allí en adelante dedicaría su vida a combatir a las empresas petroleras multinacionales. Por su parte Rodolfo Quintero, quien también se exiliaría eventualmente en

México, escribiría dos libros llenos de resentimiento en contra de las empresas petroleras foráneas y de los venezolanos quienes trabajaban en la industria petrolera: “La Antropología del Petróleo” en 1976 y “La Cultura del Petróleo” en 1985. Ambos intelectuales apoyaron entusiastamente el golpe de estado adcomilitar que sacó a Medina Angarita del poder, De la Plaza firmando un comunicado del partido comunista apoyando el golpe y Quintero desde la cárcel.

Al final de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, Quintero y De la Plaza regresaron a Venezuela dedicándose de lleno, desde la Universidad Central de Venezuela, a combatir la industria petrolera en manos de las empresas extranjeras. De la Plaza murió en 1970, no sin antes dejar un nutrido grupo de alumnos y seguidores, quienes continuaron la batalla ideológica en contra de la industria petrolera y de sus gerentes venezolanos, a quienes consideraron siempre como vendidos al “imperialismo”. Entre estos seguidores figuraron J.A. Silva Michelena, Héctor Malavé Mata, Francisco Mieres, Ramón Losada Aldana, Carlos Mendoza Potellá y algunos otros. Los esfuerzos de este grupo y de Rodolfo Quintero, quien moriría en 1985, lograron estructurar una “leyenda negra” reforzada, conscientemente o no, por algunos novelistas quienes escribieron acerca del petróleo sin mucho conocimiento del tema: Miguél Otero Silva, Ramón Díaz Sánchez y hasta el mismo Rómulo Gallegos. Esta leyenda negra presentaba a los gerentes extranjeros y venezolanos quienes manejaban la industria como los villanos del petróleo, mientras que los héroes estarían, casi todos, en las filas del gobierno. Este resentimiento, en algunos casos rayano en odio, contaminó a muchos políticos venezolanos, aún aquellos de convicción democrática y se hizo evidente durante el debate que condujo a la estatificación de la industria petrolera venezolana, llevada a cabo años después, en 1975.

En Lagunillas el trabajo de Bernardo se hizo rutina. La excitación inicial relacionada con su regreso y aventuras en Indonesia se disipó. Rápidamente se convirtió, de nuevo, en una pieza más del eficiente mecanismo de producción de la empresa. A pesar de que su futuro parecía asegurado y de que los mas altos niveles ejecutivos de la empresa ya habían decidido su continuo ascenso dentro de la organización, Bernardo comenzó a sentirse inquieto. Así como su viaje a

Indonesia había sido el producto de un encuentro fortuito con el Gerente encargado de la División de Producción de Lagunillas, su próximo paso también sería el producto de un encuentro fortuito.

## XI.

### DOS AÑOS EN CVP.

Una noche de 1965 Bernardo asistió a una fiesta en el Hotel Del Lago, en Maracaibo. En una mesa cercana se encontraban varios gerentes de la Corporación Venezolana del Petróleo, la CVP, entre ellos Fernando Morales, a quien Bernardo había conocido brevemente en Tulsa. Recién llegado a Venezuela, ya graduado, Bernardo había corrido una singular aventura con

Fernando Morales. Se encontraron en Valencia en 1956, en un Congreso de Ingenieros. Uno de los programas extra-curriculares organizado por algunos de los ingenieros era un sancocho de gallina para el cuál habían seleccionado un sitio muy poco ortodoxo, un burdel de El Palotal. Bernardo fue invitado y se encontró con un buen grupo de asistentes, incluyendo a Morales. Una de las damiselas del sitio, joven y agraciada, se empeñó en llevarse a Bernardo a la cama. Lo que Bernardo no sabía era que la damisela era epiléptica. Durante el acto la joven tuvo unas convulsiones y se cayó de la cama, rompiendo un vaso y produciéndose una herida leve pero espectacular por la cantidad de sangre. Aquello produjo una gran conmoción. Vino una ambulancia y se llevaron a la joven. Cuando la fiesta se reanudó, otra de las anfitrionas se acercó a Bernardo y le dijo que ella había quedado encargada de terminar el asunto. Bernardo se comenzó a excusar cortésmente pero Morales le habló a la joven con rudeza. Esta agarró un cuchillo y se le abalanzó a Morales, obligándolo a salir corriendo del sitio. Más atrás salió Bernardo, quién logró alcanzar a Morales en su jeep y rescatarlo de la furia de la rechazada fémina.

Apartando este tipo de aventuras, Morales era un ingeniero de petróleos muy respetado por su calidad profesional. Cuando trabajaba para una empresa petrolera privada, un subordinado creyó hacer méritos con el gerente de la empresa al decirle que Fernando “tomaba demasiado”. El gerente le respondió: “Averigüe que clase de whisky toma el Dr. Morales, para que lo tome usted también”.

Con Fernando Morales se encontraba el nuevo Director General de la CVP, un abogado de mediana estatura, pulcramente vestido. Aunque el ruido en el salón hacía imposible una conversación, Morales se lo presentó a Bernardo y le dijo que deseaban conversar con él, sugiriendo una reunión para la semana siguiente.

La CVP era una pequeña empresa petrolera del estado venezolano, creada por el gobierno de Rómulo Betancourt como parte de su política petrolera, una política formulada esencialmente por el ministro del sector Juan Pablo Pérez Alfonzo bajo el nombre de “Pentágono Petrolero”, en referencia a sus cinco componentes: La OPEP, la CVP, la política de no más concesiones, la promoción de una mayor

participación fiscal en el negocio petrolero y la creación de una organización para la conservación del recurso hidrocarburífero. El objetivo de la CVP era aprender directamente a manejar la industria petrolera, en preparación para una futura nacionalización.

Bernardo se presentó a las oficinas de la CVP en Maracaibo, llamado por Fernando Morales. El ingeniero Morales, alto, delgado y muy nervioso, lo recibió fumando y tomando café. Comenzaron a hablar de la Universidad de Tulsa, de lo mucho que habían disfrutado en aquella hermosa y apacible ciudad y de lo que cada uno había aprendido allá. Morales había ido a Tulsa ya casado, con hijos, a hacer un post-grado, mientras que Bernardo había estado allá soltero y muy joven pero ambos habían tenido experiencias muy positivas.

“Necesitamos ayuda de gente joven y preparada”, dijo Morales, al comenzar a hablar del tema para el cuál Bernardo había sido invitado. “Esta es una pequeña empresa pero queremos convertirla en una empresa modelo, una organización que pueda ser capaz de manejar la industria petrolera venezolana después de la nacionalización”.

“Por qué es necesario nacionalizar?” preguntó Bernardo. “Hoy en día la nación tiene casi todos los beneficios del negocio sin los riesgos. Nacionalizar sería un acto puramente político, para satisfacer ansias ideológicas. Me preocupa mucho esta posibilidad”, le contestó Bernardo.

“A mí también”, respondió Morales. “Es por eso que estoy aquí. Esa es una decisión que no será tomada por nosotros sino por un sector político que es muy ignorante del tema. Si la toman, será por razones de orgullo nacional, de ideología, y no porque sea el camino que más le conviene a la nación. Pero cuando se tome, si se toma, tendremos que estar nosotros allí, preparados para manejar la industria como lo que es: un negocio complejo, muy internacional y no un botín para los codiciosos y roba gallinas”.

Morales tomó varios sorbos de café antes de continuar: “Aquí tenemos un pequeño grupo de ultra-patriotas, quienes en su entusiasmo nacionalista bautizaron nuestro primer pozo en el lago como “Venezuela No.1”, olvidando que en nuestro país se han perforado ya más de 25.000 pozos. “Pero eso es

realmente inofensivo”, añadió, “siempre y cuando no se traduzca en resentimientos contra quienes trabajan en la industria privada. Para prevenir esa posibilidad y para mejorar nuestros cuadros técnicos y gerenciales es que necesitamos aquí a gente con experiencia que venga de la industria privada, gente como tú”.

Bernardo no estaba muy convencido, aunque si halagado. En ese momento Morales recibió una llamada telefónica y la tomó, viendo a Bernardo. “Allá estaremos en cinco minutos”, diciéndole a Bernardo: “El Director General quisiera conversar contigo. Vamos para allá”.

El Director General de CVP hizo una profunda impresión en Bernardo. No parecía conocer mucho del negocio pero era un líder nato. De mirada penetrante, con un fino sentido del humor, le dijo a Bernardo: “Esta es una empresa en consolidación pero tiene todo lo que tienen las empresas grandes, excepto que lo tiene más pequeño. Sin embargo la CVP no es una enana sino un niño en crecimiento. Tenemos exploración y producción. Refinamos petróleo en Morón. Vendemos productos en el mercado interno y exportamos ya algunos volúmenes. Estamos decididos a probarle al país que los venezolanos podemos manejar la industria petrolera. No somos enemigos de las empresas privadas pero si queremos mayor participación en el negocio. Para ello necesitamos un cuerpo de profesionales que sean más petroleros que ideólogos. De estos ya tenemos demasiado en el país, quizás incluyéndome a mí. Quisiéramos tenerte con nosotros, para manejar la exploración. Ya estamos conversando con un ingeniero de petróleos también joven, a quien conoces bien, para que se haga cargo del sector de producción. Ambos estarían bajo la supervisión de Fernando, quién necesita mucha ayuda en este momento. Estamos dispuestos a pagarte lo mismo que te paga tu empresa actualmente. Aquí todo está por hacer, Bernardo. Es un hermoso proyecto para gente joven y entusiasta. Espero sinceramente que puedas unirte a nuestra empresa”.

Bernardo regresó a Lagunillas pensando en que hacer. Su carrera en la empresa privada había recibido un gran impulso después de su viaje a Indonesia. Allí parecía tener un futuro asegurado, quizás hasta un posible puesto directivo a

mediano plazo. Por otro lado, la empresa ya era una organización madura donde él era un profesional más, una pieza relativamente pequeña del todo. Si él no estaba allí mañana la empresa pondría a alguien más en su lugar, posiblemente tan bueno como él. Ir a CVP era convertirse, en cierta forma, en cabeza de ratón más que en cola de león. Por otro lado, era muy tentador entrar a tener voz y voto en el proceso de consolidación de una empresa petrolera venezolana. Bernardo sabía que no esto no sería fácil porque en la CVP existían excelentes profesionales, como Morales y algunos otros, pero también un grupo patriotero y mediocre, arropado con la bandera nacional, desconfiado y hasta resentido de los profesionales venezolanos quienes trabajaban con el sector privado. Algunos de ellos, inclusive, habían sido empleados de las empresas privadas pero habían sido desechados por su bajo potencial. Se habían refugiado en CVP y desde allí lanzaban dardos contra quienes lo habían hecho mejor que ellos en el sector privado. Si Bernardo aceptaba ir a CVP no podría esperar mucha colaboración de este grupo.

En sus primeros años de existencia la CVP tuvo suerte en tener en sus filas a destacados geólogos e ingenieros como Gorgias Garriga, José Antonio Gil Yépez y Carlos Rojas Dávila, verdaderos caballeros y profesionales de impecable reputación. Pero los niveles medios de la organización eran mediocres porque no era fácil lograr que los profesionales que estaban en la industria privada quisieran pasar a una organización nueva y con algunos componentes políticos que muchos rechazaban. Por esta razón los primeros años de la empresa fueron vacilantes. No hubo programas de exploración de significación. Los pozos de producción perforados estuvieron en áreas cercanas a producción conocida de las empresas privadas. Algunos de ellos fueron abandonados al poco tiempo y otros fueron objeto de programas de unificación, por estar en yacimientos compartidos con otras empresas. En sus etapas iniciales el Director General actuaba en ocasiones hasta como ingeniero de campo, mas preocupado por el costo del lodo de perforación que por los planes estratégicos de la empresa. La llegada del nuevo presidente, con quien Bernardo acababa de hablar, debía verse como un hecho positivo pues el hombre parecía tener una visión de lo que la CVP podía llegar a

ser, una visión que trascendía el modesto plan de convertirla en una simple mini-empresa de operaciones petroleras.

De allí que Bernardo aceptase pasar a CVP. Ello causó un gran revuelo en su empresa. La alta gerencia se molestó mucho. Después de haberlo promovido como candidato para surgir en la empresa hasta los más altos niveles veían su ida a CVP como un acto de deslealtad y así se lo hicieron saber. El presidente lo llamó a Caracas, un poco antes de su partida y le dijo: “Bernardo, has estado con nosotros por diez años. Fuiste un becario de la empresa. Te enviamos a Europa y al otro extremo del mundo a trabajar y ganar experiencia. Espero que sepas lo que haces al irte”.

Y Bernardo respondió: “No estoy seguro de estar haciendo lo mejor para mí. Me voy porque pienso que ellos me necesitan más que ustedes. He sido muy feliz aquí, pero creo que tengo el deber de colaborar con el país en esta etapa”. El presidente añadió, con aire realmente molesto: “quiero que sepas que quien se va de nuestra empresa no regresa jamás”. Bernardo salió de allí bastante deprimido.

\*\*\*\*\*

Apenas Bernardo llegó a trabajar en CVP tuvo oportunidad de observar el estilo de trabajo de la organización. Se trabajaban largas horas pero con una productividad muy baja. El aire que se respiraba en las oficinas era heroico, la gente quería hacer grandes cosas pero era muy poco lo que se hacía porque no existían planes estratégicos. Las actividades de la empresa parecían responder más a los requerimientos propagandísticos del gobierno que a los requerimientos de su propio crecimiento y consolidación. Una de las primeras evidencias que encontró de esta actitud fue la existencia en la empresa de un costoso equipo de procesamiento de datos geofísicos. Era un equipo grande y llamativo, con muchas lucecillas que se prendían y se apagaban. Excedía en mucho, sin embargo, los requerimientos reales de la empresa y no se aprovechaba a cabalidad. Eso sí, era una estación obligada para los políticos visitantes. Cuando las lucecillas prendían y apagaban, en gran despliegue multicolor, los políticos miraban el equipo con asombro y regresaban a sus trabajos, en el gobierno o en el congreso, admirados de la sofisticación de la empresa venezolana. Uno de los ilustres visitantes, Arturo

Uslar Pietri, no pareció impresionarse con el espectáculo multicolor. Les dijo a los gerentes: “Yo los felicito sinceramente por el empeño que muestran. Sin embargo, sigo creyendo que la CVP no tiene razón de existir”.

Una de las primeras acciones que Bernardo decidió tomar fue contratar un geofísico realmente experimentado, quién pudiera manejar el equipo, procesara los datos geofísicos existentes y los pudiera interpretar, a fin de que los geólogos pudieran integrar esa información con los datos geológicos existentes, armar sus mapas regionales y generar nuevas localizaciones para perforación, algo que no se estaba haciendo. Esta decisión que Bernardo creyó de rutina dio origen a la primera crisis en su nuevo empleo. Este geofísico no existía en Venezuela, había que contratarlo en el exterior. La persona identificada costaría a la CVP más o menos lo que ganaba el Director General de la empresa y eso, según la gerencia de personal, era imposible. Ningún técnico, en realidad nadie, podía ganar lo mismo que el Director General. Ello era contrario a las normas de la administración pública, la cual establecía niveles bastantes rígidos de remuneración, los cuáles no se habían hecho para la industria petrolera. Este relativamente pequeño caso puso a prueba la factibilidad misma de la empresa petrolera del estado, puesto que en una compañía petrolera de orientación comercial no debía existir esa rigidez en la clasificación salarial. Ello hacía imposible que un técnico ganase tanto o más dinero que ejecutivos de alto nivel y esto condenaría a muerte todo intento de crear un grupo de especialistas, algo que toda empresa debe desarrollar. El caso de la CVP era extremo, dada la modestia de los salarios devengados por sus ejecutivos y mostraba una debilidad fundamental, esa de que no existiera la posibilidad de pagarle a un técnico lo que este técnico ganaría en el mercado abierto de trabajo. La remuneración de un técnico, de cuyas decisiones dependían inversiones millonarias y cuya habilidad para encontrar petróleo podía dar ingresos de millones de dólares a la empresa, no podía ser sometida a lo que la administración pública llamaba “el tabulador”, la lista de niveles salariales que controlaba la burocracia estatal. En esta lista un “geofísico I” tendría un salario equivalente al de un “Ingeniero I” en el Ministerio de Obras Públicas, pero el salario de un buen especialista nunca podría parecerse al

de un ministro del gabinete ejecutivo, el posible equivalente del Director general de la CVP.

Esta resultó ser una pugna interesante entre los burócratas y los petroleros. Entre los primeros se encontraban los ejecutivos venidos de la administración pública, los políticos en la Junta Directiva y los geólogos e ingenieros que no habían trabajado en el sector privado o lo habían abandonado. Entre los segundos se encontraban, por supuesto, Fernando Morales y Bernardo. De manera un tanto sorprendente, el Director General se puso del lado de los petroleros y decidió que, en efecto, una empresa petrolera no se podía regir por las rígidas normas de la administración pública. Pasando por encima de los burócratas aprobó la contratación del geofísico. En los dos años que este geofísico estuvo con CVP recomendó seis localizaciones exploratorias, cuatro de las cuales encontraron petróleo. Su remuneración total por los dos años que estuvo en la empresa se pagó con la producción de apenas tres días de uno de esos pozos.

Bernardo también pudo reclutar algunos geólogos jóvenes del sector privado quienes fueron a reforzar las filas de exploración y le dieron una necesaria sacudida a algunos bueyes cansados que había encontrado allí. Por supuesto, ello no se hizo sin librar algunas batallas. Tres de los enquistados fueron despedidos y otros tres fueron transferidos a otras actividades menos críticas para la buena marcha de la empresa. Sin embargo, Bernardo también encontró alguno que otro intocable, con carnet partidista, con quién debió coexistir de manera precaria.

Otra acción tomada por Bernardo tuvo que ver con la celebración de un convenio con el Instituto Europeo del Petróleo. En base a ese convenio CVP recibió, por dos años, un equipo de profesionales: dos geólogos, un geofísico y un ingeniero de petróleos, para llevar a cabo el estudio integral de las cuencas petrolíferas venezolanas. Este excelente equipo produjo un estudio geológico integral de la Cuenca de Maracaibo y colaboró en los estudios del Golfo de Venezuela y de la Faja del Orinoco. La contribución más importante de este grupo fue entrenar a los geólogos y geofísicos jóvenes de la empresa. Al integrarlos en el equipo les transmitieron un método de trabajo integral, un enfoque multidisciplinario de gran valor.

La CVP llegó a ser una pequeña empresa de razonable eficiencia, manejada con mucho entusiasmo, con pretensiones exageradas de reemplazar a las empresas privadas en el manejo de la industria petrolera venezolana. Nunca pudo lograr ese objetivo, a pesar de haberse convertido en una especie de símbolo del nacionalismo petrolero. Uslar Pietri elogió lo que vio, el entusiasmo de los profesionales quienes trabajaban allí y los mayores niveles de eficiencia que mostraba, en comparación con el resto del sector público. En un artículo que publicó después de su visita Uslar Pietri afirmó que, aunque reconocía esos aciertos, no entendía porque existía, ya que el Estado podía lograr óptimos beneficios del petróleo sin tener que convertirse en operador. En Venezuela esta opinión, a pesar de su diáfana claridad y sensatez, continuó siendo minoritaria.

El problema de CVP, el cuál terminó por liquidarla como empresa destinada a tomar las riendas del negocio petrolero, fue el de no poder manejarse como empresa comercial. Había sido una creación política y así vivió y murió. Estuvo siempre en una vitrina, sujeta al debate y a la crítica entre quienes no aceptaban su existencia como necesaria y quienes la veían maravillosa porque era criolla. Para estos últimos la crítica a CVP era casi traición a la patria. Según ellos el mejor técnico petrolero del país era el “negro Eudomar”. Pedro Márquez, Francisco Mieres, Gastón Parra, Pedro Esteban Mejía y otros acaparaban la discusión en congresos petroleros para cantar las alabanzas de la empresa. La CVP se convirtió, desgraciadamente, en hija adoptiva del extremismo político venezolano.

A los dos años de haber llegado Bernardo decidió irse de la empresa debido a una situación que ilustró, una vez más, la pugna siempre existente entre las decisiones políticas y las profesionales. Recibió orden de la presidencia de perforar un pozo en el lago, ya que “el alto gobierno pensaba que era necesario que la CVP tuviese inmediata actividad exploratoria en esa zona”. Bernardo explicó que necesitarían entre tres y cuatro meses para seleccionar el sitio. La presidencia ordenó comenzar a perforar la semana siguiente.

La respuesta de Bernardo fue ruda: “Entonces, tomen una lancha y váyanse al centro del lago, tiren un sombrero al agua y donde caiga el sombrero, perforen”.

Este comentario fue tomado por la Dirección General de la empresa, no sorprendentemente, como una renuncia, y aceptada de inmediato. Esa noche Bernardo invitó a unos amigos a su casa y, en medio de tragos, procedió a romper sus tarjetas de identificación como gerente de CVP.

Algunos meses más tarde Bernardo saldría para los Estados Unidos, contratado por una empresa norteamericana para trabajar como geólogo de producción en el Golfo de México. Allí permaneció por casi dos años, comiendo ancas de rana en Lafayette, Louisiana, en un entorno que no era muy diferente al venezolano. En una ocasión recibió una visita en su oficina. Se trataba de un aspirante a alcalde de la ciudad, quien iba en busca de votos. Bernardo le respondió, cortésmente, que él no podía votar por no ser ciudadano estadounidense. El candidato se le quedó viendo fijamente y le dijo: "Vota por mí y yo te arreglo eso". Bernardo se sintió de regreso en Venezuela!

Mientras estaba en Lafayette, pensando seriamente en quedarse a vivir en esa zona que tanto le recordaba a Venezuela, recibió un mensaje urgente que le hizo regresar al país.

## XII.

### **EPOCA DE GRANDES CAMBIOS.**

Hacia los años finales de la década de 1960 Bernardo regresó a Venezuela llamado por su primera empresa. Mientras se encontraba en Lafayette, Louisiana recibió un telegrama urgente del vicepresidente de la empresa, en el cuál se le ofrecía una posición destacada, a nivel gerencial. A pesar de lo que le habían dicho cuando decidió irse a CVP que nunca más podría regresar, la nueva gerencia de la empresa en Venezuela pensó que Bernardo era la persona adecuada para ocupar la gerencia de exploración y producción en el país. El gobierno venezolano había decidido abrir algunas áreas de Lago de Maracaibo al

sector privado bajo la figura de contratos de servicios y la empresa deseaba participar en esas actividades. Para ello deseaba que Bernardo coordinara los estudios de las áreas abiertas a esos contratos y el proceso de selección de las más promisorias, así como la participación de la empresa en la licitación que se abriría con ese propósito.

Al regresar a su primera empresa Bernardo encontró grandes cambios. La organización que recordaba patriarcal y conservadora había evolucionado para llegar a ser una empresa bastante abierta y de gerencia mucho más participativa. La razón fundamental de este cambio era un programa de desarrollo organizacional que se había iniciado algunos años atrás con el apoyo de un profesor de la Universidad de California. Este profesor había implantado una serie de talleres extra-muros, en los cuáles los ejecutivos de la empresa eran sometidos a un duro pero revelador enfrentamiento con su realidad. Aprendían a verse como eran vistos por los demás, no como ellos creían ser. Aprendían a enfrentar abiertamente el conflicto, no a esconderlo. Se les enseñaba a perder el miedo a un franco intercambio de opiniones. Al sacar a flote el conflicto, rezaba la nueva filosofía gerencial, se podría mantener a la organización libre de la hostilidad que suele subyacer una organización donde hay conflicto pero donde nadie se atreve a plantearlo o a exponer sus puntos de vista con libertad.

De lo que se trataba el método que se había implantado en la empresa era lograr que la persona dejase de tomar la crítica a sus ideas o a su trabajo como un ataque personal. La serena aceptación de la crítica no ha sido una característica usual en el venezolano. En nuestro país lo que generalmente se le dice a la persona es: "Que bueno te quedó eso!", pero lo que se comenta entre los "amigos" es: "No se dio cuenta del papelón que hizo". Se trata con demasiada frecuencia de una relación, ya sea en el trabajo o en la vida de familia, fundamentada en la inseguridad y la hipocresía. La empresa había querido modificar esta actitud entre sus gerentes y el programa había tenido un gran éxito. A pesar de lo traumático de los talleres, en los cuales había episodios de cólera y hasta de llanto entre los asistentes, el grupo de ejecutivos de la empresa parecía haber aprendido a despojarse de la caparazón protectora que inhibe la libre

discusión y a interactuar sin tener que ponerse guantes de boxeo. La crítica era mejor recibida, entendida como dirigida a los procesos más que a las personas. Como resultado, el clima de la organización era bastante más sano que en el pasado. La disidencia, la libre opinión, el conflicto traído a la superficie ya no eran pecados sino actitudes naturales. Era sorprendente encontrar tal ambiente de libertad en una empresa que había tenido una reputación tan ultraconservadora. El otro cambio significativo había sido el progreso de la venezolanización. En la empresa ya un 85% o más del personal era venezolano, incluyendo a los miembros de la junta directiva. Muchos de los jóvenes profesionales venezolanos eran brillantes y tendrían destacadas carreras en la industria, antes y después de la nacionalización: Inciarte, Volkenborn, Wilhem, Krausse, Zemella, Pratts, Wilthew, Aguerrevere y tantos otros. El presidente era Inglés pero se daba por seguro que un venezolano lo reemplazaría a corto plazo. Estaba muy compenetrado con el personal nativo y había promovido programas culturales y agrícolas de gran valor para la comunidad venezolana.

Bernardo comenzó a examinar las posibilidades petrolíferas del sur del Lago de Maracaibo, así como las del Golfo de Venezuela. Aunque en el Golfo de Venezuela existían muchas trampas estructurales y estratigráficas, las cuáles teóricamente pudieran contener petróleo, lo cierto era que el mediocre desarrollo de arenas potencialmente capaces de almacenar el petróleo y la historia geológica del Golfo de Venezuela no parecían ser favorables para la existencia de acumulaciones importantes de hidrocarburos, a menos que se encontrase algún desarrollo de calizas arrecifales, como las existentes en la Serranía de San Luis, al sur de Coro. El sur del Lago de Maracaibo era también de inciertas posibilidades para contener petróleo, debido a las grandes profundidades a las cuáles se encontraban las rocas capaces de almacenar hidrocarburos y a la historia geológica de la zona, la cuál sugería que los hidrocarburos, de existir, se encontrarían en fase gaseosa, debido a las altas presiones y temperaturas que seguramente prevalecían en el subsuelo. En todo caso, el gobierno venezolano había decidido no explorar el Golfo de Venezuela por razones políticas, de manera

que la atención de las empresas debió concentrarse en el sur del Lago de Maracaibo.

\*\*\*\*\*

Los contratos de servicio habían tenido una lenta incubación. Casi diez años pasaron, toda la década de 1960, sin que hubiese en Venezuela exploración de significación. Ello se debió a la política de no más concesiones, la cual ya había sido anunciada por Juan Pablo Pérez Alfonzo en 1947, pero la cuál surgió con fuerza a partir de 1959, cuando la dictadura militar de Pérez Jiménez dió paso al gobierno democrático de Rómulo Betancourt. Aunque la política de no más concesiones fue uno de los pilares de una respetable estrategia petrolera gubernamental, lo que nunca emergió fue una alternativa válida a esa política. El gobierno “dejó de prestar la batea” pero la CVP se mostró “incapaz de lavar”. Al contrario de otros aspectos positivos de la estrategia petrolera del gobierno, tales como su participación activa en la OPEP y la búsqueda de un tratamiento hemisférico especial para el petróleo venezolano, la política de no más concesiones produjo una abrupta desinversión en el área exploratoria, produciendo una acentuada declinación de las reservas petroleras venezolanas.

Esta medida fue dañina para el país aunque disfrutó de un casi total apoyo político. Los técnicos venezolanos de la industria que hablaban de la necesidad de reactivar la exploración fueron vistos con desconfianza, como emisarios de las empresas foráneas. Arturo Uslar Pietri se convirtió en el principal abanderado de la necesidad de enunciar una política sustitutiva de las concesiones, la cual permitiese la reanudación de la actividad exploratoria. El peso de esa opinión de intelectuales y técnicos condujo lentamente a los contratos de servicio. Sin embargo, aún después de que la CVP estructurara las bases para esos contratos y que nacionalistas sensatos como Rubén Sáder Pérez las apoyaran y defendieran, muchos súper patriotas las atacaron, llamándolas concesiones disfrazadas. Maza Zavala decía que “la mejor alternativa para el desarrollo de la industria petrolera venezolana era la política de no más concesiones y el desarrollo de una industria petrolera nacional independiente representada en CVP”. Pedro Esteban Mejía hablaba con frecuencia y con bastante incoherencia

sobre los contratos de servicio, definiéndolos como un fraude. Leonardo Montiel Ortega se quejaba de que el país estaría entregando a las empresas contratistas lo que él llamaba “el lomito”, ya que las áreas a ser dadas en contratación eran “probadas”. Alvaro Silva Calderón “le pedía a Dios que no se encontrara ni una sola gota de petróleo en el sur del Lago”, a fin de que las empresas foráneas no se aprovecharan de los descubrimientos. Lo cierto era que las áreas a ser dadas bajo contratos de servicio no eran ni “el lomito” ni eran áreas probadas o concesiones disfrazadas. Las condiciones de contratación eran severas, sobre todo al compararlas con el mérito geológico de las áreas. La prueba de ello fue que solo dos empresas, Shell y Mobil, acudieron al llamado a la licitación por dos de los Bloques mientras que el resto fue asignado, prácticamente sin pugna, a una nueva empresa en Venezuela, la Occidental Petroleum. El gobierno creyó haber atraído sangre nueva al país con Occidental pero la experiencia con esta empresa fue desastrosa y llena de escándalos de corrupción.

Bernardo trabajó duro en la preparación de la oferta y la selección del primer pozo exploratorio para el Bloque eventualmente ganado por su empresa. Este bloque se ganó mediante la oferta de un bono de cuarenta millones de bolívares y de algunas ventajas especiales. El primer pozo exploratorio se perforó en toda la cresta de una bella estructura, en búsqueda de las arenas del Eoceno, las cuáles son las grandes productoras de petróleo liviano un tanto más al norte del lago. Lamentablemente, las arenas del Eoceno en la estructura perforada estaban casi totalmente erosionadas, mostrando solo unos diez metros de espesor. El pozo encontró petróleo en cantidades no comerciales. Lo mismo ocurrió con los dos otros pozos perforados, los cuáles eran de obligatoria ejecución según el contrato. El nivel del Cretáceo no fue investigado por ninguno de estos pozos debido a su profundidad, lo cual hacía la perforación extremadamente costosa. Un descubrimiento de petróleo a estas profundidades probablemente hubiera sido no comercial a los precios existentes en aquella época.

Cuando Bernardo fue a la Junta Directiva de la empresa a explicar los resultados de la campaña exploratoria mencionó el hecho de que el pozo inicial había encontrado el tope del Eoceno a apenas diez metros más arriba de lo

pronosticado, lo cual constituía un verdadero éxito geológico. El presidente de la empresa, ya venezolano, comentó: “Según Bernardo, la operación quirúrgica fue una hazaña científica pero el paciente se murió”.

El fracaso de la exploración en el Sur del Lago sirvió al menos para probar el desatino de quienes opinaban que el área era “probada” y que las empresas contratistas estaban recibiendo un regalo. Sin embargo, los ideólogos marxistas o de izquierda extrema no modificaron sus puntos de vista, ya que lo importante para ellos no eran los hechos sino mantener una retórica de odio contra el sector privado. Sus prédicas continuaron casi intactas.

\*\*\*\*\*

En los primeros años de la década de 1970 ocurrieron varios eventos importantes, tanto a nivel de la industria petrolera mundial como nacional. A nivel mundial, en Libia, el gobierno de aquel país, muy inconforme con los precios a los cuáles las empresas foráneas estaban vendiendo su petróleo, impuso un corte de producción argumentando una razón técnica, es decir, que las empresas estaban produciendo por “encima de los niveles óptimos de producción”. La empresa Occidental Petroleum experimentó graves problemas de suministro, al no poder obtener de terceros los volúmenes de petróleo que necesitaba. Por lo tanto, se plegó rápidamente a los deseos del gobierno libio e incrementó el precio del petróleo producido en ese país en treinta centavos de dólar por barril, a fin de que el gobierno libio le autorizara a aumentar de nuevo su producción. Este fue un caso bastante claro de extorsión (por parte del país) seguido inmediatamente después por un caso de soborno (por parte de la empresa). Quedó registrado para la historia como el primer caso de un aumento de precios del petróleo motorizado por un gobierno, ya que la OPEP hasta ese momento se había limitado a impedir que los precios bajaran, sin tratar de promover su alza.

En Venezuela los partidos Acción Democrática y URD propusieron de inmediato importantes medidas, las cuáles fueron aprobadas: un incremento de la tasa impositiva al 60%, el establecimiento de un precio fiscal de exportación y la promulgación de un decreto (832), el cuál estipulaba que todos los programas de exploración, producción, refinación y ventas de petróleo de las empresas

concesionarias debían ser aprobados previamente por el Ministerio de Minas e Hidrocarburos. El precio fiscal de exportación era el precio al cuál se calcularían los impuestos, no importa cuál fuera el precio real de exportación. Debido a la combinación de estos instrumentos el estado venezolano adquirió un control total de la industria y elevó su participación fiscal hasta bordear un 90% de los ingresos de las concesionarias.

En Diciembre de 1970 la OPEP llevó a cabo su vigésima primera reunión en Caracas. El clima imperante en esta reunión fue de un intenso nacionalismo. En esa reunión los países productores decidieron establecer, de manera unilateral, los precios fiscales de referencia, siguiendo el ejemplo de Venezuela y convenir cortes de producción cuando ello fuere necesario para estabilizar los precios. A partir de ese momento la OPEP adoptó una posición mas agresiva como organización, amenazando a las empresas foráneas con acciones colectivas en caso de que sus demandas no fuesen aceptadas.

En 1971, el gobierno venezolano tomó dos medidas adicionales, una, la nacionalización del gas natural y la otra, la promulgación de la Ley de Reversión. Esta última estipulaba que todos los activos de las empresas, dentro o fuera de las áreas de concesiones, pasarían a poder de la nación, sin compensación, al expirar la concesión. Esta ley causó una gran controversia y su nulidad fue demandada por seis de las más importantes empresas concesionarias, argumentando que la ley era confiscatoria y anti-constitucional. En especial, las empresas concesionarias objetaban el traspaso a la nación, sin compensación, de activos tales como los edificios donde tenían sus oficinas principales los cuales estaban localizados en zonas urbanas, claramente fuera de las áreas de operación. La pugna se acentuó cuando en las semanas posteriores a la puesta en ejercicio de la ley, la producción petrolera comenzó a declinar, bajando en un 10% durante los meses siguientes. Aunque esta declinación podía ser atribuida de manera plausible a un invierno benigno en el norte o a la competencia del petróleo del medio oriente transportado a USA por súper tanqueros, el gobierno venezolano lo interpretó como represalia de las empresas contra la promulgación de la ley y las otras acciones tomadas. El presidente Caldera, en discurso dado en Febrero de

1972 ante el Congreso mundial de trabajadores petroleros reunidos en Caracas, dijo: “La demanda por petróleo aumenta cada día pero nuestra producción disminuye. Puede que existan causas naturales para explicarlo pero hay rumores de que ello se debe a nuestra posición nacionalista”. Y el ministro del sector Hugo Pérez La Salvia agregó: “Las empresas están disgustadas por las medidas que Venezuela ha tomado en relación con nuestra principal riqueza”. El Washington Post advirtió que “Venezuela parece estarse preparando para nacionalizar las inversiones extranjeras [foráneas]..... el gobierno de los Estados Unidos está muy preocupado por la creciente dependencia del país en el petróleo venezolano”. El Secretario de Estado de USA, William P. Rogers advirtió: “nuestros requerimientos crecientes de petróleo tendrán que ser satisfechos por fuentes más prolíficas [que Venezuela]”, un comentario que causó sensación en nuestro país.

Los altos gerentes y expertos legales de las concesionarias se movilizaron para argumentar en contra de la Ley de Reversión. No objetaban el concepto, el cuál era ampliamente aceptado sino la interpretación tan amplia que el gobierno le había dado. En esta postura los gerentes fueron apoyados por Fedecámaras, el Consejo Nacional de Economía, empresas venezolanas como Mito Juan y la Cámara de Comercio de Caracas.

La combinación de los instrumentos gubernamentales arriba citados le dio un pronunciado vuelco a la relaciones entre el Ministerio de Minas e Hidrocarburos y las empresas concesionarias. Por años el Ministerio había sido un ente esencialmente fiscalizador. Ahora se había convertido, para todo efecto práctico, en un organismo co-gestor. Los funcionarios del ministerio pasaron de auditores a quasi gerentes. Al recibir los planes de las empresas, de acuerdo al decreto 832, los funcionarios ministeriales podían introducir cambios en el número y localización de pozos a ser perforados, en los volúmenes de producción, en los niveles de refinación, en la comercialización y destino final de las exportaciones y en los precios. Para todo efecto práctico el estado venezolano había tomado el control de la industria. Y ello llevó a un rápido deterioro de las relaciones entre los gerentes de las empresas y los funcionarios del ministerio y otras agencias gubernamentales. El tono de los funcionarios creció en arrogancia. Las

instrucciones derivadas del ministerio eran redactadas en forma de ukases, francamente descorteses. Nada de “Apreciado Señor” o “Estimado Gerente” sin : “Por instrucciones del Inspector... procedan al recibo de esta comunicación a cerrar (o abrir) la producción del área...”. La seca misiva remataba al final con el infaltable Dios y Federación. La descortesía era asumida como señal de soberanía y de ascendencia sobre la empresa. Aunque parezca paradójico, la relación se hizo aún más tirante cuando las empresas concesionarias eran representadas por técnicos venezolanos que cuando esos representantes eran extranjeros. No es fácil precisar las causas de este deterioro pero probablemente tenía que ver con la notable diferencia salarial que existía entre los dos grupos y con una errónea y hasta sub-desarrollada concepción del patriotismo por parte de muchos de los burócratas y técnicos del ministerio. El nuevo papel del ministerio tuvo otra consecuencia, la de crear forcejeos de poder muy pronunciados entre los propios departamentos ministeriales. Aunque el ministerio nunca había sido una organización eficiente, a partir de 1972 se implantó una dura lucha por el poder entre las Divisiones de Hidrocarburos y de Reversión. A esta pugna contribuyó la personalidad y la diferente afiliación política de los jefes de las dos divisiones, ambos ambiciosos y con su propia agenda. El resultado de este forcejeo fue un incremento notable en el trabajo de las empresas concesionarias, las cuáles debían producir inmensos volúmenes de información por duplicado. El creciente e improductivo esfuerzo para suplir esa inmensa cantidad de información a divisiones del ministerio que no se hablaban entre sí, combinado con el férreo control del estado y la creciente participación fiscal del gobierno en el negocio, llevaron gradualmente a muchas de las empresas concesionarias a pensar seriamente en la conveniencia de ser nacionalizadas.

El Director de Exploración y Producción de la empresa llamó a Bernardo para pedirle que llevara a cabo una nueva tarea. Los cambios que estaban ocurriendo en el país iban a necesitar un esfuerzo de relaciones con el gobierno mucho más intenso que un esfuerzo de exploración.

“Creo que estamos acercándonos al momento de la nacionalización, Bernardo”, le dijo el Director. “Francamente, la empresa piensa que es más conveniente ser

nacionalizada que seguir trabajando en estas condiciones. Debemos irnos preparando para esto. Estoy convencido de que el país cometerá un grave error nacionalizando. Solo tenemos que mirarnos en el espejo de Argentina, Bolivia, Indonesia, México, hasta Italia, para saber lo que nos espera. Como dice Manuel Egaña, tres años después de la nacionalización tendremos cien mil electores, en lugar de los veinte y tres mil empleados que tenemos hoy. Como profesionales debemos hacer todo lo posible para que lo que resulte al final sea lo menos traumático y lo más eficiente para el país y la empresa. Quisiéramos ponerte al frente de la gerencia de Relaciones Comerciales, incluyendo todos los contactos de la empresa a los niveles técnicos y administrativos con el gobierno, con los ministerios de Minas e Hidrocarburos y de Hacienda. Esta es una labor muy delicada, la cuál necesita de mucho conocimiento de las operaciones y de nuestras finanzas pero, sobre todo, de un gran tacto y un excelente sentido del humor. No es fácil entenderse con el sector político ni con los técnicos ministeriales”.

“Me parece bien interesante”, respondió Bernardo. “Ya tengo alguna experiencia con los técnicos del Ministerio de Minas. Conozco a algunos de ellos. Son difíciles y hay que saber hablarles. Tuve una experiencia bastante dura con el Inspector de Hidrocarburos, en Maracaibo, hace algún tiempo”, añadió, recordando la visita que causara la brusca transferencia al exterior de su jefe en Lagunillas, algunos años antes.

“La idea es establecer las mejores relaciones posibles con los funcionarios del gobierno”, reiteró el Director. “Tenemos que seguir con atención los acontecimientos políticos. Hay mucha gente empeñada en sacar a las empresas concesionarias del país a sangre y fuego. Solo hay que leer lo que escriben Francisco Mieres, Gastón Parra, Eduardo Acosta Hermoso, “el machete” Márquez y Radamés Larrazabal para darse cuenta del grado de hostilidad en contra nuestra que se aloja en esos hombres. Ayer vi unas declaraciones desde Maturín, de Carlos Piñerúa, donde dice que las empresas cometen fraudes contra el país, que estamos exportando equipos para Indonesia. Ese tipo es tan ignorante como Bernardoni o como Siuberto”.

“No creo que eso sea posible”, respondió Bernardo sonriente. “¿Cuándo comienzo?”

“Mañana estará tu nueva oficina lista y haremos el anuncio oficial”, le respondió el Director. Y agregó: “Por cierto, esto incluye un cambio a un grupo superior. Felicitaciones”.

Ese día terminó la carrera técnica de Bernardo. Aunque tendría oportunidad de utilizar sus conocimientos de geología y de ingeniería de producción en el futuro, ya no sería un miembro activo del grupo al cuál había pertenecido por 15 años. Pasó de ser médico practicante a ser sub-director del hospital.

### **XIII.**

#### **EL GRAN DEBATE PETROLERO, 1972-1974.**

Al día siguiente Bernardo se presentó a ocupar su nueva oficina. El mobiliario que encontró revelaba de inmediato un apreciable cambio en la naturaleza de la tarea. No era esta la oficina de un técnico sino la de un gerente. El metal había sido reemplazado por la caoba, la mesa de dibujo por la biblioteca, el archivo de mapas por los archivos con documentos y por una pequeña biblioteca. Las rocas estarían

dando paso a los memos y los informes diarios de perforación serían reemplazados con reuniones interdepartamentales o con representantes del gobierno u otras empresas. La situación de la oficina también era reveladora, no ya en el piso de los técnicos sino adyacente a las oficinas de los miembros de la Junta Directiva. Para ser exacto, era una pequeña pero muy atractiva oficina justo al lado de la presidencia de la empresa. La ventana no era muy grande, ya que su tamaño estaba pre-establecido por el nivel de su posición, pero tenía una impresionante vista al Avila y, en lugar de persianas, mostraba cortinas. Al salir de la oficina se encontraba su secretaria, quien compartía un gran espacio interior con las secretarias del presidente y del vicepresidente de la empresa. El aire olía a pulitura de muebles y a importancia.

La situación petrolera venezolana a principios de la década de 1970 revelaba significativos cambios. La combinación de instrumentos: el decreto 832, el precio fiscal de exportación, la ley de Reversión y la Ley de Reserva al Estado del gas natural le daba un control casi total sobre la actividad petrolera. Los contratos de servicio habían fracasado al no encontrar nuevas reservas de hidrocarburos y las actividades de la empresa Occidental, una de las empresas contratistas activas en el sur del lago, habían sido objeto de mucha crítica por corrupción. Los instrumentos arriba citados le permitían al gobierno saber con antelación el monto de sus ingresos petroleros para el año. Para todo efecto práctico la industria petrolera venezolana se hallaba “nacionalizada”. Sin embargo, esta misma situación llevó a las empresas concesionarias a reducir sus inversiones a un mínimo absoluto, dedicándose a producir de manera acelerada, a fin de recuperar el mayor volumen posible de petróleo dentro de la vida remanente de las concesiones. Esta reacción era lógica como estrategia comercial pero fue moldeando un clima propicio a la nacionalización. El gobierno comenzó a preocuparse de que, al final de las concesiones, el país recibiera solo los restos de la actividad. Los sectores políticos comenzaron a hablar abiertamente de nacionalizar la industria. Desde el despacho del ministerio del sector Hugo Pérez La Salvia hablaba de la necesidad de acelerar los estudios dirigidos a la nacionalización. URD, a través de Leonardo Montiel Ortega, proponía la formación

de un grupo que comenzase a estudiar las maneras de vender directamente el petróleo venezolano, acusando a las concesionarias de presionar al gobierno mediante reducciones injustificadas de producción. El resucitado Partido Comunista de Venezuela, por boca de Olga Luzardo, llamaba a las mujeres venezolanas a defender la Ley de Reversión. Por otro lado, el ex-presidente Rómulo Betancourt, el catedrático Ernesto Mayz Vallenilla, el presidente de Fedecámaras Carlos Guillermo Rangel y el dirigente de acción Democrática Arturo Hernández Grisanti, pedían no politizar las decisiones en torno a la nacionalización del petróleo. Había comenzado lo que sería un intenso debate petrolero nacional, una verdadera muestra de democracia, en ocasiones muy agresivo pero nunca excluyente. El debate se politizó, un hecho inevitable debido a la cercanía de las elecciones presidenciales, en Diciembre de 1973. Los dos partidos con posibilidades de ganar esas elecciones se sentían obligados a asumir una posición frente a la nacionalización petrolera.

Rapidamente se establecieron dos grandes bandos políticos en torno a este asunto. Uno, en cuyas filas militaban líderes políticos de izquierda o, aún, de centro o de derecha animados de un fuerte matiz patriótico o pseudo-patriótico. Este grupo pedía la nacionalización de la industria petrolera de manera acelerada, entendiendo como nacionalización el control total del Estado venezolano sobre la industria. Hablaba este grupo de estatificar la industria, más que de nacionalizarla. Ello excluía la posibilidad de que la Venezuela no gubernamental pudiese tener una participación directa en la industria. Según este grupo no debería ser permitida la participación directa del sector privado venezolano en las actividades de la industria, puesto que este sector era visto por ellos como una simple extensión del capitalismo internacional. En este bando figuraban, entre muchos otros, Alfredo Tarre Murzi, Radamés Larrazabal, Francisco Mieres, Leonardo Montiel Ortega, Gastón Parra, Alvaro Silva Calderón, Humberto Calderón Berti, Pompeyo Márquez, Freddy Muñoz Eduardo Acosta Hermoso, los profesores marxistas de las universidades, los comunistas de corte stalinista, y otros como Abdón Vivas Terán, Carlos Piñerúa, Jesús Paz Galarraga, Pedro Márquez y Jesús Bernardoni. Los partidos políticos agrupados en torno a esta tesis incluían a

COPEI, MEP, URD y el partido Comunista de Venezuela. El grupo contaba con el apoyo de la CVP, heredera aparente de la gerencia de la industria una vez nacionalizada y de organizaciones tales como Pro Venezuela, tradicionalmente muy nacionalista. La posición del COPEI estaba claramente motivada por estrategias políticas más que por ideología. Este partido se encontraba en el poder, en plena campaña electoral y deseaba sonar más agresivo, más nacionalista que cualquier otro. Acción Democrática, por el contrario, trataba de demorar el acto de la nacionalización ya que tenían posibilidad de ganar las elecciones y deseaban ser ellos quienes la llevaran a cabo. Los análisis de la conveniencia o no del acto, de los problemas que serían encontrados en el camino, de los riesgos técnicos y políticos que la nación tendría que enfrentar, no parecían interesar mucho a los súper patriotas.

El otro grupo pedía moderación y cautela. Prefería hablar de una venezolanización progresiva, de empresas mixtas, de contratos de comercialización con las empresas extranjeras, de una transición más que de una ruptura con las empresas concesionarias. En este grupo se encontraban, entre otros, Humberto Peñaloza, Rafael Tudela, Octavio Lepage, Luis Esteban Rey, Antonio Stempel París, Pascual Venegas Filardo, Carlos Chávez, Eloy Porras, Andrés de Chene, altos gerentes de la industria petrolera concesionaria, instituciones como Fedecámaras, los candidatos presidenciales Pedro Segnini La Cruz y Miguel Angel Burelli Rivas, algunos miembros del equipo técnico gubernamental como Ramsey Michelena y un creciente número de técnicos petroleros que trabajaban en las empresas concesionarias. En la Venezuela de esos días la posición de este grupo no era popular. El bando contrario hacía creer al país que defender tal posición era un acto de traición a la patria. Sostenerla representaba un acto de gran coraje cívico. A medida que se acercaban las elecciones de Diciembre de 1973 el ritmo de quienes pedían la nacionalización se aceleró. Desde el COPEI el candidato presidencial Lorenzo Fernández abogaba en sus discursos por el adelanto de la reversión y afirmaba que no le temblaría el pulso para firmar el decreto. El ministro de Hidrocarburos Hugo Pérez La Salvia, en un discurso pronunciado ante los periodistas, afirmó que la industria “no podía ser dejada en manos de las

empresas internacionales”. Y, días más tarde, afirmó que “ya los estudios pertinentes estaban hechos” y que el gobierno planificaba la nacionalización petrolera, dado que el personal era todo venezolano y que los mercados para nuestro petróleo eran abundantes. Hasta un prominente miembro de Acción Democrática, Enrique Tejera París, ex-embajador de Venezuela en Washington DC, se sumó al coro de los exaltados al decir, justo después de las elecciones, que “la nacionalización de la industria petrolera era un asunto de la más urgente consideración”, declaración que fue desautorizada de inmediato por el vocero petrolero de Acción Democrática, Arturo Hernández Grisanti.

Es posible que la ansiedad mostrada por el COPEI para acelerar un proceso que requería serenidad y apropiada planificación contribuyese decisivamente a la derrota de su candidato presidencial Lorenzo Fernández. Lo cierto es que el candidato presidencial de Acción Democrática, Carlos Andrés Pérez, quien había sostenido en su campaña una línea de moderación en torno al tema, obtuvo una victoria abrumadora. Lorenzo Fernández, el candidato derrotado del COPEI, atribuyó su derrota a las acciones tomadas en su contra por las empresas petroleras concesionarias.

Lejos de apaciguarse debido a la victoria de Carlos Andrés Pérez, los partidos políticos MEP y COPEI que abogaban por la nacionalización inmediata redoblaron sus esfuerzos y presentaron en el Congreso Nacional dos proyectos de leyes de nacionalización petrolera, denominados “leyes que reservan al Estado la Industria y el Comercio de los Hidrocarburos”. De los dos proyectos, el presentado por el MEP, obra de Alvaro Silva Calderón, contenía una excelente exposición de motivos pero ambos incluían importantes errores técnicos, matemáticos y políticos. La demostración de ignorancia contenida en ambos documentos llenó de preocupación a muchos profesionales venezolanos de la industria. Estos técnicos advirtieron que los proyectos de ley confundían el precio fiscal de exportación con el precio de realización y que proponían enviar las indemnizaciones de los empleados al Banco Central de Venezuela. Ambos proyectos hablaban de estatificación y desecharan toda participación directa del sector privado venezolano en las actividades de la industria. Aunque los proyectos hablaban de

una compensación a las concesionarias basada en el valor neto en libros de los activos, la extrema izquierda se oponía ferozmente a compensación alguna, citando los “daños ambientales” que las empresas concesionarias habían causado. Ambos proyectos estipulaban una estructura de supervisión de la industria nacionalizada dirigida desde el Ministerio del sector, es decir, políticamente controlada.

Esta era la situación petrolera, al inicio de 1974, cuando Bernardo ya se encontraba plenamente dedicado a sus nuevas tareas.

\*\*\*\*\*

Una mañana de Marzo de 1974 Bernardo bajó, como era su costumbre, a tomar café en la cafetería de la empresa, situada en el primer piso del bello edificio de Chuao diseñado por Diego Carbonell. Allí se encontró con Martín Martínez Marcano, ingeniero mecánico margariteño y uno de sus mejores amigos en la empresa y con Orángel Lobo Parra, economista caraqueño graduado en USA, con quienes solía conversar sobre los acontecimientos petroleros del momento. Comentando sobre los proyectos de ley presentados por MEP y COPEI el trío comenzó a quejarse de la falta de conocimientos del negocio petrolero que demostraban ambos documentos.

“Los cálculos de las ganancias y los ingresos que hace el documento del MEP están totalmente errados” apuntó Orángel. Y Martín añadió: “La ansiedad de aparecer ultranacionalistas ha sido más poderosa que la seriedad”. Orángel se mostró dispuesto a comenzar un análisis de la situación y tanto Bernardo como Martín estuvieron de acuerdo. Este análisis tendría como objetivo la elaboración de un plan de acción para que los técnicos petroleros venezolanos pudiesen aportar sus conocimientos, a fin de influir de manera positiva en las decisiones que la nación tendría que tomar en materia petrolera. Los amigos se repartieron la tarea y se apoyaron en los comentarios y sugerencias de otros profesionales, incluyendo a Francisco Barea, Conrado Araujo, Moisés Lapco, Juan Vicente Vera, Enrique Chirinos, Aquiles Fernández, Gonzalo Francheschi, Gorgias Garriga, Rafael Macías, Héctor Riquezes y Enrique Landaeta, quienes leyeron el borrador

del documento preparado por el trío. El resultado de este primer esfuerzo fue el siguiente documento:

*“Los trabajadores de la industria petrolera privada debemos iniciar un movimiento para lograr que nuestra opinión sea tomada en cuenta favorablemente en la toma de decisiones sobre política petrolera venezolana. Para que este movimiento tenga probabilidad de éxito, es necesario que pongamos los intereses de la nación por encima de cualesquiera otros intereses.*

- *El objetivo del movimiento será el de contribuir en forma efectiva a que las decisiones que se tomen en materia petrolera sean las mejores para Venezuela,*
- *Como primer paso en la formación del movimiento, recomendamos convocar a un grupo de personas interesadas en la problemática petrolera venezolana a una reunión, el 27 de marzo de 1974, a las 8 pm. en el Hotel “Tamanaco”. La invitación será extendida a los trabajadores de la industria petrolera privada y a personas representativas del Ministerio de Minas e Hidrocarburos, de la CVP y del Colegio de Ingenieros de Venezuela,*
- *De esa primera reunión deberá surgir un Documento de Exposición de Principios y un Comité Coordinador del Movimiento.”*

El documento inicial incluía algunas estrategias más detalladas tales como la obtención de información confiable sobre la industria y su diseminación a la opinión pública; lograr la participación de las asociaciones profesionales; estructurar un grupo de “predicadores” que llevase la opinión de los técnicos petroleros a todos los rincones del país; mantener total independencia de acción y no constituirse en grupo de presión político o laboral.

**Bernardo y sus amigos elaboraron un plan ambicioso pero bastante coherente. Llevaron a cabo la convocatoria a la reunión en el Hotel “Tamanaco” a la cual asistieron unas 250 personas, quienes aportaron casi 2000 bolívares para pagar el local,**

**quedando un saldo que fue depositado en una nueva cuenta, abierta en nombre del grupo en el Banco Unión. En esa reunión se discutió y aprobó el siguiente documento de la llamada Agrupación De Orientación petrolera, AGROPET:**

***“El personal de la industria petrolera venezolana está consciente de su obligación de contribuir de manera organizada a la formación de un criterio colectivo correcto sobre las alternativas que se abren al país para manejar su principal industria, a fin de que Venezuela pueda obtener la combinación ideal de beneficios económicos y de eficiencia técnica y administrativa en la explotación de sus hidrocarburos.***

*A tal fin, se cree llegado el momento de constituir un grupo de opinión que tenga como objetivo fundamental contribuir en forma efectiva a que las decisiones que se tomen en materia petrolera sean las mejores para Venezuela.*

*Este grupo de opinión tendrá, entre otras, las siguientes metas específicas:*

- 1. Participar activamente en el debate sobre el asunto petrolero y dar difusión a la información necesaria para que la opinión pública adquiera una comprensión cabal de los problemas inherentes a esta materia.*
- 2. Cooperar ampliamente con los sectores públicos y privados en el análisis y evaluación de las diversas alternativas que se abren al país en el campo de los hidrocarburos.*
- 3. Contribuir, en lo posible, a que la toma de decisiones sobre la cuestión petrolera venezolana, cualesquiera que ellas fuesen, sea llevada a cabo dentro de un marco objetivo, científico y desprovisto de dogmatismo o de otras emociones que no sean aquellas derivadas de la mas completa honestidad y del verdadero interés nacional”.*

*Caracas, 27 de marzo de 1974*

Como era de esperarse, la reunión en el Hotel Tamanaco y el documento arriba transcrito causaron un gran furor y las mas airadas reacciones entre la izquierda política venezolana. Al día siguiente de la reunión Alvaro Silva Calderón agredió a los técnicos venezolanos, al decir que ya las empresas petroleras foráneas habían comenzado a presionar en contra de la nacionalización al crear “un grupo de mercenarios transportados a la reunión en aviones de la industria”. Esta falsa acusación daría la pauta para la lluvia de insultos que iba a descender sobre los profesionales venezolanos que laboraban en las empresas concesionarias. Según la extrema izquierda todos estos profesionales eran traidores a la patria y sus opiniones debían ser desechadas en su totalidad. El temor a esta reacción había sido por mucho tiempo la causa del total silencio que los profesionales de la industria petrolera venezolana habían mantenido en el escenario público. Ahora, sin embargo, habían comprendido que era el momento de hablar, de opinar, de darle al país información confiable sobre la industria y no dejar a los políticos, generalmente ignorantes sobre la materia, imponer criterios basados con frecuencia en resentimiento e ideologías obsoletas.

En la reunión del Hotel “Tamanaco” se nombró un Comité Coordinador en el cuál figuraban los tres promotores originales del movimiento y de la reunión. Este comité se reunió tres veces durante la primera semana y se enviaron telegramas solicitando reuniones al nuevo Ministro de Hidrocarburos, Valentín Hernández; a las Comisiones de Minas e Hidrocarburos del Senado y de la Cámara de Diputados. El Ministro Hernández y el presidente de la Comisión de diputados, Arturo Hernández Grisanti, recibieron al grupo de inmediato. El presidente de la Comisión del Senado, Godofredo González, nunca les respondió.

Al día siguiente, en la cafetería, Bernardo, Orángel y Martín pasaban revista a los eventos aprovechando la hora del café.

“¿Vieron lo que escribió Bernardoni sobre el “hombre compañía?” preguntó Martín. “¿Y las declaraciones de Luis Beltrán?” añadió Bernardo. Y Orángel comentó: “Creo que es necesario acelerar el proceso de consolidación de la agrupación. Necesitamos tener fuerza para contrarrestar la campaña que se nos viene encima”.

“Estoy de acuerdo”, dijo Martín. “Propongo que llevemos a cabo una serie de eventos en los campos. De todas las áreas, donde hay mayor entusiasmo es en Paraguaná. Andrés (Revesz) y Polo (Aguerrevere) ya están en contacto con Rafael (Strauss) y Tepedino para tener una primera reunión”.

La reunión que se llevó a cabo poco después en Paraguaná tuvo una asistencia masiva. Durante esa reunión se seleccionó el Comité de representantes de la agrupación en la zona de las refinerías, el cuál incluía, entre otros, a Oscar Rodríguez, Reinaldo Ceballos, Frank Aveledo, José Marcano, Eliécer Colmenares, Luis Hernández, Andrés Revesz, Edgar Jiménez, Rafael Strauss, Antonio Tepedino, Luis Rivas, Heraldo Sifontes, Rafaél Rivera, José Mur, Polo Aguerrevere y Antonio Molina.

El éxito de la reunión de Paraguaná fue seguido, dos semanas después, por una reunión en Maracaibo durante la cual se formó el núcleo organizador en esa ciudad: Adalberto Briñez, Francisco Chacín, José Chacón, German Guillén, José Martínez, Dael Montiel, Rolando López y Francisco Santamaría. Diez días más tarde se llevó a cabo la asamblea inicial en Lagunillas, seleccionándose un grupo directivo de la seccional de la Costa Bolívar: Carlos Belford, Enrique Chirinos, José A.Mora, Pedro Pagazani, Carlos Kachler, Douglas Parra, Raúl Pedauga, Luis Pellicer, Pedro Vegas, Arnaldo Salazar, César Yélamo, Hans Krause, Ovidio Suárez, Demetrio Quintero y Ovidio Rodríguez. A esta reunión de la Costa Bolívar asistieron más de 500 personas, incluyendo los representantes del ministerio del sector, Fernando Báez Duarte y Humberto Calderón Berti. La excelente minuta de esta reunión, llevada a cabo por Eugenio de Bellard Pietri, mostró claramente como los temas allí discutidos fueron muy similares a los que se discutieron en las reuniones llevadas a cabo en las demás regiones del país: los peligros de politización de la industria, los riesgos de burocratización, la necesidad de racionalizar las operaciones, la transferencia de tecnología, las futuras funciones del Ministerio de Minas e Hidrocarburos, como comercializar el petróleo en los mercados internacionales, el papel de la Comisión de Reversión que había nombrado el gobierno, la creación de confianza en el personal a fin de evitar su éxodo. Los representantes del gobierno establecieron que no habría participación

del sector privado en la nueva estructura de la industria, ni foráneo ni venezolano. Abrieron las puertas de la Comisión de Reversión para que los técnicos petroleros pudiesen hacer conocer sus ideas y aportar su experiencia.

En la zona de Morón la reunión inicial llevó a la formación del núcleo de Carabobo, organizado por Efraín Brown, Luis Cedeño, Ricardo Pérez, Juan Portillo, Carlos Scott, Agustín Gonzalez y Manuel Sácara, entre otros. En el oriente del país, San Tomé-Puerto La Cruz-Anaco un grupo formado por Nilo Giménez, Francisco García, Bernardo Jurado, Alejandro Parra, Manuel Marcano, Freddy Rodríguez, Juan Lozada, Ricardo Paytuví, Ramón Goitía y Julio Rivera echó a andar la agrupación.

A los tres meses la lista de miembros activos de la organización rebasó las mil personas y el entusiasmo mostrado por los técnicos la convirtió rápidamente en una formidable fuerza de opinión. Desde el principio la agrupación resistió las tendencias que afloraron en un grupo de miembros, de convertirla en un sindicato, en un grupo de presión para la obtención de beneficios laborales. Esa tesis nunca prosperó. Lo que prevaleció fue el deseo de darle a conocer al país la realidad de la industria petrolera y los obstáculos que tendrían que vencerse para hacer una nacionalización sensata y eficiente. Aunque dentro de la industria petrolera existían técnicos y gerentes de empresas diferentes y de organizaciones políticas diversas, en el seno de la agrupación nunca se habló en términos político-partidistas. El idioma común a todos los miembros era el petrolero. Esa identidad de pensamiento le dio gran coherencia a las actuaciones de la agrupación y mucha credibilidad ante la opinión pública.

En muchos sentidos la vehemente participación de los técnicos petroleros en el debate que se iniciaba fue una gran sorpresa para el mundo político venezolano y, aún, para los mismos técnicos, acostumbrados a trabajar en silencio. La sorpresa tuvo que ver no solo con la pérdida del temor y de la inhibición sino con la calidad y coherencia de los planteamientos. El país los había visto tradicionalmente como técnicos, hasta cierto punto incapaces de pararse frente a un micrófono a discutir con los curtidos líderes políticos venezolanos. Pero ahora, ver y oír al geólogo Pancho Moreno, a Carlos José Ramírez, Federico de Chene, Roberto Mandini o

Humberto Vidal argumentar en un foro público sobre los asuntos nacionales fue una revelación para un país que estaba acostumbrado a pensar que solo los líderes políticos podían decir cosas importantes. Más aun, cuando los técnicos comenzaron a hablar, la opinión pública se dio cuenta rápida de lo burdo que resultaba el discurso petrolero de los políticos. Los técnicos hablaban con las cifras en la mano, apoyándose en datos precisos, lo cual ofrecía un gran contraste con la vaga y rimbombante retórica de los políticos ultranacionalistas. El debate comenzó y adquirió pronto una gran intensidad.

En Mayo de 1974 el presidente Pérez dio un paso estratégico importante, creando la Comisión de Reversión. En base a esta decisión el debate petrolero fue sacado del Congreso, donde se había convertido en un torneo de retórica barata, y trasladado a una comisión mas técnica y capaz de trabajar en serio sobre el asunto petrolero. La comisión estuvo constituida por 36 personas provenientes de los partidos políticos, sindicatos, universidades, colegios profesionales, organismos económicos, miembros del gabinete y un grupo seleccionado a título personal por el presidente. Todos los sectores de la vida nacional estuvieron representados en esa comisión. Mejor dicho, casi todos, menos los técnicos petroleros, el grupo que conocía mejor el asunto. De nada valieron los repetidos intentos de los técnicos petroleros ya organizados para estar representados en esa comisión. Ofrecieron participar como observadores, sin voto, pero al menos con voz. No fue posible. Es probable que ello fuese una estrategia razonable por parte del gobierno, no involucrar directamente a los técnicos petroleros en el debate de la comisión. En el momento, sin embargo, la negativa fue considerada por los técnicos como una exclusión importante, sobre todo porque los sindicatos petroleros si estaban representados. Afortunadamente la comisión incluía a algunos miembros muy trabajadores y conocedores de la industria: Aníbal Martínez, Rafael Tudela, Armando Azprua, Humberto Peñaloza y algunos otros. Muchos de los miembros rápidamente dejaron de asistir, otros se dedicaron a discutir, dejando la tarea constructiva a los miembros conocedores de la industria arriba mencionados. De especial importancia fue la contribución de Humberto Peñaloza sobre la organización de la industria una vez nacionalizada. Peñaloza se

encargó de neutralizar a los grupos más extremistas, los cuáles pretendían establecer una organización controlada por CVP y establecida a lo largo de líneas funcionales (una empresa de exploración, otra de producción, etc), lo cuál hubiera sido desastroso. Lo cierto es que la exclusión de los técnicos petroleros de la comisión, en lugar de silenciarlos, hizo que se mostraran más participativos en foros públicos, en la prensa y en la televisión.

\*\*\*\*\*

### **Del Diario de Bernardo Mateos.**

- En Febrero de 1974 me encontré en Maracay con Fernando Baez Duarte. Me dijo que iba a ser nombrado Vice-Ministro de Minas e Hidrocarburos y no podría, por tanto, seguir escribiendo la columna petrolera para la revista “Resumen”, editada por Jorge Olavarría. Me preguntó si estaría interesado en escribir para la revista sobre estos temas. De inmediato respondí afirmativamente, porque me di cuenta de que esta sería una vía extraordinaria para comunicarle al país la opinión de los empleados petroleros. La revista “Resumen” se había constituido en una gran publicación semanal, leída por miles de venezolanos, elaborada al estilo de las grandes revistas mundiales de opinión. Su editor, Jorge Olavarría, era uno de los venezolanos mas cultos de su generación. Muy irreverente, polémico, voluble, original, caustico, extraordinario analista, de prosa encendida, Olavarría era uno de los venezolanos más interesantes en el panorama político venezolano. Le pedí a Báez Duarte que me facilitara una entrevista con él.
- Al reunirme con Olavarría pude darme cuenta de que todo lo que se decía de este hombre parecía ser verdad, lo mucho bueno y también lo menos bueno. Entre sus cualidades estaban una prodigiosa inteligencia y una cultura avasallante. Exhibía un sentido del humor como debe haber sido el de Juan Vicente González, un tanto agrío pero de mucho ingenio. Sus ideas

sobre periodismo eran absolutamente originales. El editorial de la revista era escrito enteramente por él y constaba generalmente de varias secciones, las cuáles analizaban los asuntos más importantes del momento con una combinación de datos precisos, opiniones muy tajantes sobre los actores principales de cada asunto, todo ello expuesto en una prosa extraordinaria. Solo esos editoriales ameritaban coleccionar la revista. Sin embargo, además de los editoriales la revista incluía entre 30 y 40 páginas de ensayos sobre los más diversos temas, además de chismes políticos y sociales. Olavarría producía ideas constantemente, un poco como Tchaikovski producía melodías, sin parar. Sus problemas eran los mismos que aquejan a casi todos los venezolanos de gran talento: un ego monumental y una iconoclastia que lo incitaba a la pelea y a la destrucción con el mismo entusiasmo con el cuál hacía amigos y generaba buenas ideas. Aproveché esta reunión para poner a la orden de “Resumen” todo un grupo de técnicos petroleros deseosos de escribir para la revista y él me pidió que coordinara tal esfuerzo. Casi de inmediato comenzaron a escribir para la revista Ramón Cornieles, Efraín Barberii, Marcos Marín, Daniel Chalbaud, Tiberio Faría, Roberto Mandini, Ernesto Fronjosa, Francisco Barea, Enrique Vásquez, Odoardo León Ponte, Carlos Rengifo, Gustavo Coronel, Carlos Ramírez, Oswaldo Amaya, Rafael Pérez Alvarez, Eugenio De Bellard, Raúl Miquilarena, Gustavo Nieto, Diego Nucete, Antonio Tepedino, Luis Hernández, Erwin Arrieta y otros. “Resumen” se convirtió rápidamente en el principal baluarte de los técnicos petroleros y contribuyó decisivamente a moldear la opinión pública en torno a la nacionalización.

XIV.  
**ARRECIA EL DEBATE.**

La entrada de los técnicos petroleros en el debate sobre nacionalización produjo su intensificación, lo cual no hubiera ocurrido si la discusión se hubiese limitado al sector político. Esta nueva fuerza de opinión se comenzó a oír en todo el país.

En Mayo de 1974 se llevó a cabo en Maracaibo el IX Congreso Venezolano de Ingeniería. Este evento resultó ser la batalla inicial de importancia entre los dos bandos. Las intervenciones del ingeniero Jesús Lachman abogando por la inmediata estatificación de la industria petrolera, fueron rebatidas por los geólogos Francisco Gutiérrez y Elías Zambrano, quienes laboraban, por cierto, en el ministerio del sector y en la CVP. La abrumadora mayoría de los asistentes,

profesionales de la industria petrolera privada, del ministerio del sector y de la CVP, estuvieron de acuerdo en rechazar la propuesta sobre estatificación, argumentando que tal medida nunca había dado buenos resultados en los países donde se había llevado a cabo y que era ilógico proponer tal solución antes de examinar las alternativas existentes.

Las conclusiones del IX Congreso de Ingeniería hicieron énfasis sobre la necesidad de la naturaleza comercial de la actividad, la eficiencia operativa, la garantía de inversiones sin contaminación política y de una adecuada transferencia de tecnología. La repercusión de este congreso en la opinión pública fue grande, lo cual llevó a un grupo de profesionales de la CVP, la empresa estatal de petróleos, a emitir un comunicado en el cuál criticaban estas conclusiones y reafirmaban su criterio de que el país estaba listo para llevar a cabo la estatización de la industria petrolera. El Director general de la CVP, General (Ej.) Carlos Carnevalli Rangel, declaró públicamente que se crearía una empresa, “Petróleos Venezolanos”, para controlar empresas funcionales (Exploración y Producción, Refinación, etc.). Argumentaba el grupo de profesionales de la empresa del Estado que ellos estaban preparados para asumir el reto de manejar la industria. Sin embargo, el ministro Valentín Hernández manifestó públicamente que la CVP no sería la empresa matriz de la industria nacionalizada sino que apenas sería una empresa más en el sector y desvirtuó la tesis según la cuál las empresas operadoras serían funcionales y no verticalmente integradas.

Después de ganar esta primera batalla de opinión AGROPET, la agrupación de empleados petroleros, se dedicó a afinar sus estrategias y se preparó para el III Congreso Venezolano de Petróleo, un evento que sería crucial. Estos congresos petroleros siempre habían sido importantes en establecer rumbos para la política petrolera del país. El primero, en 1962, produjo un volumen de excepcional calidad sobre la industria petrolera en Venezuela. El segundo, en 1970, llevó a cabo un análisis muy completo de los pros y contras de la reversión petrolera. Versó sobre los aspectos legales y políticos de una medida que ya se veía venir a mediano plazo. El tercer congreso, en Junio 1974, se iba a realizar en un momento en el cuál el país entero estaba atento a un debate sobre la conveniencia o no de

transferir la industria petrolera al control del Estado. Como era de costumbre en estos eventos, se extendieron invitaciones a miembros del Congreso y a representantes del sector político. El comité organizador estuvo constituido por Rafael Sandrea, presidente; Gustavo Coronel, secretario de organización; Arévalo Reyes, Alberto Quirós, José Gregorio Páez, Rubén Chaparro Rojas, Romer Boscán, Gerardo Acosta y Jesús Gómez Carpio.

El tema central del evento era: “Alternativas para el manejo futuro de los hidrocarburos”. Un grupo, entre quienes figuraban Alirio Parra, Juan José Delpino, Félix Morreo, José Rafaél Domínguez, Ramsey Michelena y José Sahagún, fue comisionado para escribir el documento principal sobre las alternativas de administración de la industria que pudieran reemplazar el mecanismo de concesiones. Este grupo de trabajo experimentó problemas porque varios de sus integrantes dejaron de ir a las reuniones y algunos se manifestaron contrarios a las ideas de otros miembros. Por ello se hizo necesario la entrada de dos “carpinteros” quienes pudiesen trabajar en el documento: David Bain y Gustavo Coronel, a fin de poder terminarlo a tiempo para el evento. El trabajo que fue presentado al Congreso contemplaba cuatro alternativas y discutía las ventajas y desventajas de cada alternativa. La primera era la administración directa por parte del Estado; la segunda el contrato de operación; la tercera la empresa mixta y la cuarta la administración privada bajo supervisión estatal. Lo cierto fue que este documento tuvo un valor más bien académico porque, en el discurso inaugural del Congreso, el presidente Pérez se encargó de establecer la pauta que debía seguirse: “Estudien ustedes aquí las alternativas para la administración del petróleo pero no para el futuro del petróleo, pues no hay sino uno, la estatificación”. Y añadió: “Les pido que hablen con franqueza, que no le tengan miedo a la coacción psicológica. Este es el momento de la responsabilidad nacional y debe también ser el momento de la franqueza nacional”.

El Congreso se convirtió en un intenso campo de batalla. Juan Pablo Pérez Alfonzo definió el trabajo presentado por los técnicos petroleros como una “bazofia”. El periódico “Punto”, vocero del marxismo criollo, recogió alborozado esta opinión. Cruz Aguilera, economista petrolero, afirmó que los campos

marginales eran el resultado de la irracional explotación hecha por las concesionarias. Oscar Rojas y Pedro Márquez propusieron la inmediata estatificación total, bajo el manejo de la CVP. Leonardo Montiel Ortega, Hugo Pérez La Salvia y Arturo Hernández Grisanti apoyaron el manejo estatal total de la industria petrolera. Los técnicos petroleros presentaron sus alternativas y describieron los riesgos que tendría la estatificación. Sin embargo, el discurso inaugural del presidente Pérez en el congreso petrolero no dejó dudas sobre la intención del gobierno. Durante este evento se consolidó una división muy profunda entre los gerentes y técnicos petroleros de la industria privada, por un lado, y el sector político y los profesionales de CVP por el otro, incluyéndose en este sector no solo a los miembros de la extrema izquierda sino a miembros de partidos democráticos, quienes estaban honestamente convencidos de que el control estatal de la industria petrolera era preferible a la participación del sector privado. Durante el congreso los grupos extremistas llegaron a acusar abiertamente a los técnicos petroleros que laboraban en las empresas privadas de traición a la patria, de ser voceros de las empresas extranjeras y de carencia de patriotismo.

Después que el documento sobre alternativas para la administración de los hidrocarburos fuera presentado, el ingeniero Humberto Peñaloza tomó la palabra por media hora, en lugar de los cinco minutos reglamentarios. Ello fue el inicio de un desordenado debate en el cuál algunas voces responsables como Arturo Hernández Grisanti, Alberto Quirós y Rubén Sáder Pérez trataron, sin mucho éxito, de poner orden. El circo montado por la izquierda extrema condujo a los representantes del gobierno a asumir la defensa de los técnicos petroleros de las empresas privadas. Fernando Báez Duarte dijo en su discurso final: “Sin el concurso de los técnicos petroleros venezolanos no se podrá hacer realidad la aspiración colectiva de manejar soberanamente la industria”.

De ese congreso surgió un cambio dramático en la actitud de los técnicos petroleros. Los insultos recibidos, lejos de amilanarlos, los pusieron en pié de guerra. Por primera vez se dieron exacta cuenta de quienes eran los verdaderos enemigos del país y de la industria y se decidieron a darlo todo para lograr una

nacionalización racional y verdaderamente beneficiosa para el país. La actitud de los técnicos petroleros se endureció y su participación pública se incrementó de manera significativa.

Durante el congreso se llevó a cabo la entrega del premio “Gumersindo Torres”. Fue dado a Luis Plaz Bruzual, un funcionario del Ministerio de Minas e Hidrocarburos de muchos años, un ciudadano ejemplar. En su discurso de aceptación del premio Plaz Bruzual dijo: “Me complace que cuando se habla de nuevos esquemas para administrar la industria petrolera nacional se considere conveniente mantener la estructura de los principales núcleos que la integran. Solo así podrá lograrse el mandato nacional de que nuestra industria petrolera no se convierta en otro de nuestros institutos autónomos que, salvo pocas excepciones, tienen un largo y triste historial de despilfarro de los dineros públicos”. Con estas palabras un hombre íntegro y muy nacionalista como Plaz Bruzual advirtió al país contra los riesgos de dejar el manejo de la industria en manos de organizaciones del Estado politizadas e ineficientes y la conveniencia de buscar alternativas para crear empresas del Estado con orientación comercial y profesional.

La agrupación de orientación petrolera, AGROPET, creció rápidamente. No menos de cien artículos escritos por estos técnicos fueron publicados en “Resumen” durante la Segunda mitad de 1974. Se organizaron foros y talleres en todo el país, en los cuáles se habló claro sobre la realidad petrolera nacional. En Agosto la agrupación fue recibida por la Comisión de Reversión. Allí los técnicos petroleros hicieron una exposición sobre la manera más eficiente de manejar la industria nacionalizada. Fue lamentable que la mayoría de los representantes de los partidos políticos estuvieran ausentes, porque hubiesen podido aprender algunas cosas importantes. En esa exposición AGROPET presentó un esquema de organización basada en una casa matriz, Petróleos de Venezuela, con un directorio de ocho a nueve miembros a tiempo completo. Seis de esos directores deberían tener experiencia directa en la industria o en el ministerio del sector, tres de ellos deberían ser empresarios de alto nivel, ninguno de ellos políticos de carrera. El documento recomendaba que se llevara a cabo una racionalización

operacional durante los primeros tres años de nacionalización, en base a consideraciones geográficas, técnicas y operacionales. Se formarían cuatro empresas verticalmente integradas, así como una empresa de mercadeo interno y otra empresa de comercialización internacional. AGROPET insistió en ese documento que Petróleos de Venezuela debería tener total autonomía de acción y planificación de las actividades de la industria. Una vez nacionalizada la industria nunca debería tener exceso de empleados. El documento también se pronunció por la creación de un Instituto de Investigación y por el desarrollo de una campaña exploratoria en la plataforma continental, en la zona del Orinoco y en otras áreas promisorias del país, manifestándose contrario a la creación de una empresa únicamente dedicada a exploración, como proponían los técnicos de CVP. Es justo decir que no todas estas ideas habían nacido en el seno de la organización de empleados petroleros. Algunas de ellas habían emergido de la discusión nacional sobre el tema pero el mérito de AGROPET fue el de organizar estas ideas y sistematizarlas. Estas ideas encontraron mucha receptividad en Humberto Peñaloza, quien se convirtió en el miembro más activo de la Comisión de Reversión .

En Abril un grupo de miembros de AGROPET se reunió con el ministro Valentín Hernández. En esa reunión el ministro les pidió el nombre de un representante, para tratar de incluirlo como miembro de la comisión de reversión y se le propuso al ingeniero Marcos Marín y, como suplentes, a Roberto Mandini y Nikita Yalines. Aunque esto no se concretaría, es preciso decir que el ministro hizo todo lo posible por lograrlo.

Una tarde de Agosto, 1974, Bernardo fue a la sede del Colegio de Ingenieros, situada en Los Caobos. Se celebraba allí un Foro sobre Petróleo, al cual asistían algunos miembros de la Comisión de Reversión. Después del evento algunos de los asistentes se fueron al bar del colegio. Uno de los miembros de la Comisión, representante de uno de los partidos extremistas, se pasó de tragos y, en medio de la conversación, se jactó de haber sustraído una copia del proyecto de ley de nacionalización que había sido elaborado por Alvaro Silva Calderón para la Comisión de Reversión y de haberla entregado a la prensa, antes de que los

miembros de la Comisión pudieran analizarlo. Habló lo suficientemente alto para ser oído por Bernardo y otras personas presentes. En efecto, ese documento era confidencial y no debía haber salido a la luz pública. La razón para darlo a conocer prematuramente era la de presionar al gobierno a aceptar algunos planteamientos del sector izquierdista. El presidente de Fedecámaras, Alfredo Paúl Delfino, protestó contra esta infidencia y denunció el proyecto en el seno de la Comisión como primitivo e inconveniente. Estas declaraciones de Paúl Delfino fueron, igualmente, dadas a la prensa por el miembro infidente. Importantes miembros de la Comisión como Rafael Tudela, Carlos Rafael Silva, Humberto Peñaloza, Alirio Parra, Aníbal Martínez y Domingo Maza Zavala le hicieron críticas de forma y fondo al proyecto y condenaron la infidencia. El resultado de la maniobra poco elegante de los extremistas fue negativo para ellos porque el proyecto publicado obligó al gobierno a elaborar un proyecto paralelo. En esos mismos días, el miembro de la Comisión de Reversión, Radamés Larrazabal, del Partido Comunista de Venezuela, insistió públicamente en negar a las empresas indemnización alguna, debido al daño ambiental causado por la explotación petrolera.

La posición de Fedecámaras ante la publicación extemporánea del proyecto de ley puso a esta organización en conflicto con la Asociación Pro Venezuela. En la posición de Pro Venezuela influía decisivamente el hecho de que el miembro de la Comisión de Reversión que dió el documento a la publicidad, Radamés Larrazabal, era también miembro de esa asociación. Según Pro Venezuela la participación del sector privado en el desarrollo de la industria petrolera no sería tolerable. El debate petrolero adquirió, por tanto, tonos muy elevados de virulencia. Mientras esto ocurría a nivel de la Comisión de Reversión, una encuesta hecha entre los empleados petroleros dejó claramente establecidas las preocupaciones de este grupo en torno a la nacionalización. La encuesta fue hecha para la Comisión por la empresa MORE, Marketing and Operations Research. En esa encuesta la gran mayoría de los entrevistados y encuestados, incluyendo empleados del ministerio del sector y de la CVP, manifestaron su temor por dejar a la industria petrolera en manos de un estado notoriamente ineficiente e incapaz de

administrarla “con criterios de objetividad, eficiencia y rentabilidad”. Según las entrevistas: “la baja calidad administrativa del estado y la constante intervención de los políticos y la política han convertido la administración pública en una estructura arcaica, obstaculizante, en la cual median intereses subalternos, egoístas, viciados, mediocres, y corruptos de la peor especie”. Y añadían: “una estructura que da lugar a lo anteriormente expuesto, que permite la deshonestidad, que financia errores, donde priva el amiguismo, no puede garantizar la buena marcha de la industria petrolera una vez nacionalizada y mucho menos su rentabilidad”. Estas eran terribles palabras pero no eran exclusivas de algunos empleados petroleros sino que tenían eco en los obreros, en los técnicos y en los gerentes. Los empleados que se manifestaron más pesimistas y agresivos en contra del estado fueron, según la empresa encuestadora, “los empleados de las empresas de servicio, pero quienes expresan sus temores con mayor racionalidad analítica, no sin explicables tintes emocionales, son los empleados de las empresas concesionarias. Quienes asumen frente al futuro posiciones resignadas y conformistas o sombrías actitudes, son los obreros y algunos entrevistados de CVP”.

Sorprendentemente, añadía el estudio, *“no se advierte en los empleados una inclinación cuantitativamente importante a retirarse de la industria. Se observa a todo nivel, en especial, en los empleados de las empresas concesionarias, un fuerte deseo de permanecer. Las motivaciones que alegan para permanecer son de la más variada naturaleza:*

- *Para defender la industria*
- *Para evitar que los incapaces se adueñen del control operativo*
- *Para luchar contra el cambio de cultura operacional imperante en la industria, que ha probado ser eficiente*
- *Para culminar sus carreras en la industria*
- *Porque han pasado toda su vida en la industria, tienen cariño por ella, y porque no tienen otra misión en la vida*
- *Para ser leales al país.*

La mayoría de los empleados estaban de acuerdo con la reversión pero planteaban objeciones a la manera como algunos querían hacerla. En especial se quejaban de que no hubiesen podido estar representados en el seno de la Comisión de Reversión, en la cual habían “mucho políticos y pocos técnicos”. Se dolían también de las expresiones peyorativas de las cuáles habían sido objeto.

Esta encuesta tuvo una gran repercusión en la opinión pública y fue reseñada ampliamente en la prensa. Carlos Chávez, en especial, le dedicó mucha atención en “El Universal”. Mereció gran credibilidad porque había sido ordenada por la Comisión de Reversión, no por la industria petrolera. Se llevaron a cabo 1052 entrevistas incluyendo no solo a los empleados de la industria privada y del gobierno sino a industriales, estudiantes, amas de casa, desempleados, venezolanos de ambos sexos y de todas las edades. Uno de los hallazgos mas sorprendentes fue que el 38% de los encuestados admitieron no saber nada acerca del problema! En líneas generales, el gobierno no encontró nada en la encuesta que lo hiciera abandonar sus intenciones de estatificarla pero si mucho que le advirtiese sobre la desconfianza de la población en la capacidad del estado de asumir directamente el manejo de la industria y el gran temor por la politización del proceso. Ello influyó decisivamente sobre el curso que tomaron los acontecimientos. Desde el gobierno se comenzó a prestar especial atención a lo que los técnicos petroleros estaban diciendo.

Esta atención creciente del gobierno a las opiniones de los técnicos petroleros condujo a una oportunidad excepcional para los técnicos. Uno de los miembros más activos de AGROPET, Carlos Rengifo, obtuvo la promesa del presidente Pérez de escucharlos. Prometió, además, estar con su gabinete en pleno durante la presentación. Esta invitación les fue confirmada a los técnicos por Hely Tineo, alto funcionario de CORDIPLAN. Para los técnicos esto representaba la gran oportunidad de compensar por su ausencia de la Comisión de Reversión. De allí que una buena parte del mes de Noviembre y casi todo el mes de Diciembre fuesen utilizados para estructurar una presentación sobre la situación de la industria y le diese al gobierno una visión global de los retos que tendrían que

enfrentarse para garantizar el buen desempeño del sector petrolero una vez nacionalizado.

La estructuración de la presentación fue una labor colectiva muy intensa. Por ejemplo, solamente para la preparación del segmento sobre refinación, uno de los aspectos operacionales, el trabajo se distribuyó como sigue:

- Coordinador: Andrés Revesz,
- Mantenimiento en las refinerías: Leopoldo Aguerrevere, José Mur, Andrés Puky,
- Patrón de refinación y modificaciones requeridas: Edmundo Cárdenas y Antonio Tepedino,
- Apoyo Tecnológico necesario: Luis Hernández, Armando Pazos,
- Operación y programación: Leonardo Wilthew, Tomás Muñoz, José Escorihuela, Rafael Rivera.
- Recursos Humanos: Emilio Abouhamad, Bernardo Conde.

La estructura total de la presentación fue objeto de muchas reuniones y de un ensayo general, parecido a los ensayos de un concierto o de una ópera. La presentación, por reloj, tomaría dos horas y quince minutos. Consistiría de los siguientes segmentos:

1. Introducción: Gustavo Coronel,
2. El Concepto de futuros probables como base de una estrategia petrolera a largo plazo: Nelson Vázquez,
3. La futura estructura corporativa de la industria petrolera: Federico de Chene y Gustavo Coronel,
4. La Racionalización de las Operaciones: Rubén Chirinos,
5. Los aspectos financieros de la industria: Pablo Reimpell,
6. El Mercado Internacional: Moisés Lapco,
7. El Mercado Interno: Raul Miquilarena,
8. Los aspectos tecnológicos: Frank Ashford y Humberto Vidal,
9. Los recursos humanos: Héctor Riquezes y Odoardo Leon Ponte,
10. La transición necesaria: Carlos Rengifo,

11. Los mecanismos de consulta Industria-Gobierno: Odoardo León Ponte y Carlos Rengifo.

El gran día de los técnicos petroleros en Miraflores llegó el 12 de Enero de 1975. 400 empleados petroleros estuvieron presentes en el palacio de Miraflores. La reunión comenzó a la nueve de la mañana. El primer expositor fue Gustavo Coronel, quien anunció que “durante las próximas dos horas y quince minutos haremos once presentaciones sobre diversos aspectos de la industria petrolera y, al final, haremos entrega de un documento contentivo de los aspectos incluidos en la presentación”. Dos horas y diez y siete minutos después terminaron las presentaciones.

La esencia de los planteamientos hechos al presidente de la república por los técnicos petroleros puede enunciarse en términos de un decálogo, así:

- 1. La política petrolera venezolana debe ser lo suficientemente flexible para poder enfrentar con éxito una amplia gama de futuros probables;*
- 2. La futura estructura corporativa de la industria petrolera nacionalizada deberá caracterizarse por el predominio de lo técnico y lo gerencial y por el apoliticismo, por sobre todo intento de mediocrizarla por la vía de la politización y la burocratización;*
- 3. La racionalización de las operaciones deberá ser un proceso gradual, impuesto por la experiencia y con extrema atención hacia el factor humano involucrado en el proceso;*
- 4. El ciclo de planificación financiera debe ser eficiente y alerta a las necesidades de ingreso fiscal. El país mantiene un exceso de cuentas por cobrar y pudiera enfrentar un déficit fiscal a corto plazo si esta situación no es corregida;*
- 5. La comercialización internacional de los hidrocarburos debe apoyarse en las redes de distribución de las empresas multinacionales y controlada progresivamente por la empresa nacionalizada;*
- 6. El mercadeo interno debe ser objeto de una competencia controlada entre empresas venezolanas, a fin de mantener el buen servicio;*

7. *La transferencia de tecnología debe comenzar cuanto antes y debe negociarse con madurez y sin complejos con todas las fuentes posibles;*
8. *Los recursos humanos forman el componente esencial de una industria sana y eficiente y es preciso mantener su motivación y los principios de la meritocracia;*
9. *La etapa de transición debe ser gradual, planificada y flexible, sin improvisaciones;*
10. *Es necesario que los técnicos petroleros del sector privado y del sector gubernamental puedan trabajar en conjunto, sin rivalidades y tensiones.*

El presidente Pérez y los miembros de su gabinete escucharon las presentaciones con gran atención. En especial la presentación de Reimpell sobre los aspectos financieros de la industria les causó un gran impacto. El presidente Pérez confesó posteriormente que sus colaboradores no le habían informado de muchos de los problemas que Reimpell describió con suma precisión. Cuando Gustavo Coronel afirmó que los directores de la industria “no deberían ser políticos de carrera” hubo susurros y ademanes de indignación entre los miembros del gabinete. Sin embargo, el presidente soltó una alegre carcajada, lo cual ocasionó un torrente de aplausos de los técnicos petroleros allí reunidos. El remate, a cargo de Carlos Rengifo fue particularmente efectivo. Afirmó que AGROPET “reunía una sección muy representativa de técnicos petroleros y de personal de apoyo, todos listos para ayudar al país”.

El presidente Pérez habló al final de la reunión. Se refirió a la sinceridad y franqueza de los técnicos y los felicitó por haber derrotado el miedo a expresar sus ideas. “No se dejen amedrentar por el terrorismo ideológico” les dijo Pérez y añadió: “Se exactamente lo que ustedes quieren decir cuando insisten en la exclusión de los políticos de carrera del manejo de la industria petrolera nacionalizada. Sin embargo, debo decirles que los políticos quienes ejercen su actividad con dignidad y honestidad tienen derecho, como los técnicos, a participar en las tareas directivas de la industria”. El presidente agregó: “Pongo la palabra del gobierno frente a mí, que seré muy cuidadoso

en que no se produzca alguna desviación de esta naturaleza en el manejo de la actividad petrolera en manos del estado”.

Al día siguiente de la reunión todos los medios de comunicación dieron un gran despliegue a lo sucedido en el evento. Luis Esteban Rey, Valmore Acevedo, Antonio Stempel París, Pascual Venegas Filardo, Marcel Padrón, Carlos Chávez, Eloy Porras, Andrés de Chene, piezas editoriales de El Nacional, La Verdad, El Universal y otros diarios presentaron opiniones altamente favorables a la reunión y a los planteamientos de los técnicos. El Partido Comunista, Sulpicio Ventura Quero, Jaime Lusinchi, Pompeyo Márquez, Leonardo Montiel Ortega, Alvaro Silva, Radamés Larrazabal, German Lairer, Ramon Tenorio Sifontes, José Vicente Rangel y otros se manifestaron en contra. Las objeciones de la mayoría se centraron en el rechazo mostrado por los técnicos hacia los políticos de carrera pero no sobre los aspectos técnicos presentados por los expositores porque estos eran temas que ellos desconocían. En cierta forma las objeciones de naturaleza puramente política terminaron de convencer a muchos venezolanos que los técnicos merecían mayor credibilidad que sus opositores.

Un grupo particularmente hostil a los empleados petroleros fue el de FEDEPETROL. Su presidente, Carlos Piñerúa, en una decisión infeliz, ordenó la repartición de miles de volantes en todo el país, en los cuáles se acusaba a los miembros de AGROPET de “ser agentes de las empresas petroleras” y de “tratar de obstaculizar la nacionalización”. De inmediato el presidente Pérez envió una carta pública a Piñerúa diciendo, entre otras cosas, lo siguiente: “AGROPET es, junto con los trabajadores petroleros, el soporte más firme y confiable para decidirnos ahora mismo a recuperar las concesiones... en la reunión que celebré con ellos en Miraflores, en presencia de los miembros de la Comisión de Nacionalización, demostraron capacidad, preocupación y probidad ciudadana”. El presidente quebró una lanza por los técnicos petroleros. Este fue uno de los momentos estelares de su presidencia, después tan controversial.

Durante esos meses Venezuela fue testigo de una batalla que se ha llevado a cabo varias veces en la historia reciente de Venezuela, la batalla entre Fedecámaras y organizaciones de corte “nacionalista”, en este caso Pro Venezuela. Fedecámaras siempre ha tenido mucho poder pero bastante menos del que le asignan sus contendores de la extrema izquierda, quienes siempre le han tenido un exagerado terror. Más que financiero o gremial, el poder de Fedecámaras se ha basado tradicionalmente en las relaciones personales entre sus miembros y quienes detentan el poder político. Estos empresarios han formado parte de una madeja que los envuelve con los políticos, formando alianzas para compartir el poder y las riquezas. En Fedecámaras siempre han coexistido grandes hombres de empresas, verdaderos símbolos de progreso, con empresarios mediocres y codiciosos, quienes le han dado a la organización una mala reputación.

Por su parte, Pro Venezuela también ha sido, con frecuencia, un organismo de presión pero de naturaleza más difusa, con miembros que exhiben una postura ultranacionalista y gran desconfianza del sector privado internacional. En este sentido, era lógico que Pro Venezuela se manifestase de acuerdo con el control estatal de la industria petrolera. El directorio de Pro Venezuela no estaba exclusivamente compuesto por empresarios sino por representantes de las más variadas tendencias sociales y políticas, incluyendo al partido Comunista, clérigos y militares, en un intento de amplitud democrática no siempre exitoso. En todo caso Fedecámaras y Pro Venezuela siempre se habían comportado como perros y gatos y el debate petrolero les dio una magnífica oportunidad para reanudar su pugna. Cuando Fedecámaras envió al presidente Pérez un análisis muy crítico del proyecto de ley de nacionalización presentado por la Comisión de Reversión, un documento de Pro Venezuela, firmado por Reinaldo Cervini, apoyó el proyecto porque “se ajusta a los preceptos constitucionales”. A medida que se desarrolló el debate se hizo aparente que Fedecámaras y los técnicos petroleros estaban de acuerdo con el partido de gobierno y con el gobierno mismo, mientras que Pro Venezuela se alineaba con los partidos de

izquierda extrema. De allí que Pro Venezuela propusiera un peligroso concepto, el de la “ocupación previa”, según la cual el acto de la nacionalización debía estar precedido de una intervención de las empresas concesionarias. De igual forma Pro Venezuela apoyaba el concepto de no pagar indemnizaciones a las empresas. El asesor de Pro Venezuela Domingo Alberto Rangel era uno de los más radicales proponentes de una nacionalización a sangre y fuego. Su influencia sobre Reinaldo Cervini era evidente y tuvo mucho que ver con la postura agresiva de la organización.

En los primeros meses de 1975 la batalla ideológica se hizo más intensa y generalizada, en especial en torno al proyecto de ley de nacionalización presentado por el ejecutivo, el cual no era idéntico al elaborado por la Comisión de Reversión. La diferencia más notable entre los dos proyectos estaba representada por el artículo 5 del proyecto del ejecutivo, el cual aceptaba la posibilidad de celebrar convenios de asociación con entes privados “cuando ello conviniera al interés público y previa autorización del congreso”. Sobre este artículo el presidente Pérez asumió total responsabilidad. La reacción sobre este artículo desató una batalla campal. Los técnicos petroleros y las organizaciones e individuos que apoyaban una nacionalización sensata lo saludaron como una muestra de flexibilidad y como una bienvenida medida de precaución, por lo que pudiere suceder en el futuro. Los grupos ultranacionalistas y de izquierda extrema lo tomaron como una traición. Carlos Piñerúa, de FEDEPETROL, acusó al gobierno de cambiar “las reglas del juego”. El COPEI denunció “la forma atropellante como el gobierno maneja un asunto de tanta trascendencia nacional”. Gastón Parra, representante universitario, alegó que “el proyecto del ejecutivo desvirtúa totalmente el concepto de nacionalización”. “El gobierno” añadió, “ha cedido ante las presiones de Fedecámaras y de AGROPET”. Pompeyo Márquez decía: “Fedecámaras está eufórica por haber logrado la modificación del proyecto de ley”. Juan Pablo Pérez Alfonzo, en charla dictada en el Centro de Estudios de Post Grado Petrolero de la Universidad central (controlado por Francisco Mieres y Ramón Losada Aldana) calificó el

proyecto de ley del ejecutivo como “inaceptable”, afirmando que ya el país contaba con toda la tecnología necesaria para manejar la industria. Reinaldo Cervini rechazó el proyecto en nombre de Pro Venezuela. El estudiante Alexis Ortiz, presidente del frente de reorganización estudiantil de la Universidad Central, declaró que “era un deber histórico insurgir contra las empresas mixtas”. Domingo Maza Zavala, Alvaro Silva Calderón, Luis Beltrán Prieto y otros presentaron ante el congreso el proyecto original de la Comisión de Reversión, a fin de anteponerlo al presentado por el ejecutivo. Mientras tanto Gonzalo Barrios defendió la posición del ejecutivo. Arturo Hernández Grisanti dijo que “la decisión le correspondería al congreso”. URD no se declaró totalmente opuesta a la constitución de empresas mixtas, siempre y cuando estuviesen radicadas en el exterior. La Unión Patronal de Comercio consideró el artículo 5 como deseable. La Asociación Bancaria de Venezuela lo apoyó. Los técnicos petroleros del Ministerio de Minas e Hidrocarburos declararon al artículo 5 “no solo necesario sino imprescindible”. La Sociedad de Ingenieros de Petróleo apoyó el artículo 5. Humberto Peñaloza, el miembro más valioso de la sub-comisión operativa de la Comisión de Reversión también le dió su apoyo. El abogado Julio César Arreaza indicó que “el Estado no debía limitar su soberanía para entrar en asociaciones cuando así convenga al interés nacional”. El Colegio de Economistas declaró que “era necesario dejar puertas abiertas a las empresas mixtas”. El distinguido ingeniero petrolero Juan Jones Parra consideró conveniente “dejar prevista la posibilidad de empresas mixtas”.

En líneas generales el apoyo al proyecto de ley presentado por el ejecutivo fue de dos tipos: uno derivado de la convicción personal y otro como producto de la disciplina partidista. En el primer grupo militaron los técnicos petroleros, individuos como Humberto Peñaloza y muchas organizaciones de la sociedad civil. En el segundo grupo, los miembros del partido de gobierno. De igual manera los grupos que rechazaban el proyecto del ejecutivo tenían dos motivaciones principales: una, la derivada de consideraciones políticas de naturaleza estratégica y la otra, un rechazo ideológico de naturaleza más

agresiva. En el primer grupo estaban los miembros de los partidos democráticos de oposición. En el segundo grupo militaban los extremistas de izquierda. Es justo indicar que algunas personas que rechazaban el proyecto del ejecutivo, tales como Juan Pablo Pérez Alfonzo y Aníbal Martínez, lo hacían por convicción personal, sin que se les pudiera clasificar como extremistas o como fichas políticas.

AGROPET, por supuesto, defendió el proyecto del ejecutivo con gran determinación. La organización fue invitada al Congreso Nacional a dar su opinión en Abril de 1975. Asistieron Orlando Castillo, Tiberio Faría, Gustavo Coronel, Fernando Escrivens, Ramón Mantellini, Gustavo Nieto, Rafael Pérez Alvarez, Juanita Albornoz y Argenis Aguilar. Por la Comisión de Minas del Congreso estaban presentes Celestino Armas, Angel Sánchez Bernal, Raimundo Echeverría, Antonio José Urbina, Alcides Rodríguez y Julio Fuentes Serrano. AGROPET presentó un documento contentivo de sus observaciones sobre el proyecto de ley, el cuál fue definido por Fuentes Serrano como “el único análisis completo de la ley que hemos visto hasta ahora”. Sin embargo, los miembros de la Comisión se manifestaron generalmente en desacuerdo con las observaciones contenidas en el documento, hasta el punto que Antonio José Urbina sugirió que “AGROPET recibe órdenes de Fedecámaras” pero luego se retractó y dijo que estaba seguro del patriotismo de los técnicos petroleros. Todos los miembros de AGROPET intervinieron en esa reunión. Juanita Albornoz habló sobre tecnología. Argenis Aguilar sobre el inventario de bienes petroleros. Gustavo Nieto sobre la organización de los empleados petroleros. Ramón Mantellini sobre Comercialización internacional, enfatizando que “el petróleo no se vende solo”, como alegaba el Dr. Pérez Alfonzo. Fernando Escrivens analizó la conveniencia del artículo 5 del proyecto de ley del ejecutivo. Tiberio Faría hizo un resumen de la venezolanización en la industria petrolera. Olvidando el incidente con el diputado Urbina esta reunión contribuyó poderosamente a cementar la credibilidad de los técnicos petroleros ante los miembros del sector político.

\*\*\*\*\*

### Del Diario de Bernardo Mateos.

Mayo 1975.

- La discusión sobre nacionalización ha sacado a relucir lo mejor y lo peor de los venezolanos. En general ha sido, hasta ahora, un hermoso ejemplo de democracia participativa. Todos están hablando y diciendo lo que sienten. Algunos, sin embargo, prefieren usar el insulto como arma. Otros dejan que la ideología asfixie el amor que deberían sentir por su país. He leído un artículo escrito por Alvaro Silva Calderón en El Nacional del 28 de mayo titulado “El Artículo 5 y los Contratos de Servicio” que me parece triste. En este artículo Silva Calderón se alegra de que los Contratos de Servicio hayan fracasado por no haberse encontrado petróleo en el sur del Lago de Maracaibo. Silva Calderón se siente feliz de que la nación no haya podido acrecentar sus recursos porque él no estaba de acuerdo con el sistema de contratación. De igual manera Silva Calderón considera preferible que no se encuentre más petróleo en el país antes de ver empresas mixtas descubriendo tales nuevos recursos. Esto es odio estratégico. Es increíble la influencia que pueden tener la ideología y el dogma sobre el individuo.

Agosto 1975.

- El debate petrolero en el Senado de la república ha sido de una calidad muy irregular. El mejor discurso ha sido el de Gonzalo Barrios, equilibrado y cortés con la oposición pero firme en su apoyo al proyecto de ley del ejecutivo. Ha estado libre del “folklorismo” que nos aqueja. Según Barrios la objeción al proyecto de ley del ejecutivo no es principista sino basada en la desconfianza. Por otra parte el discurso de Pompeyo Márquez fue agresivo y basado en la presunción de que los técnicos venezolanos no son de fiar. Otros

discursos abundaron en frases necias, como las de Godofredo González: “El barco de la nacionalización no necesita salvavidas porque tiene como copiloto a Dios”. José Manzo Gonzalez apeló al “guáramo de Negro Primero” para defender la nacionalización. Luis Beltrán Prieto dio un discurso muy duro, lleno de recriminaciones contra su ex-partido Acción Democrática pero, sin dudas, el discurso de un hombre honesto. La oposición al gobierno lo aplaudió de pie. Yo también lo aplaudo, sin estar de acuerdo con él.

#### Septiembre 1975.

- El debate petrolero ha dado origen a una andanada de insensateces y lugares comunes. Henry Fuentes, de Vanguardia Comunista dice que “las empresas mixtas representan el neocolonialismo de la neocolonización”. Miguél Linares, de Fetrazulia, pide “la condonación de todas nuestras deudas y [la entrega de] las casas de los campamentos”. Américo Martín tronó: “Con la empresas mixtas se impone la genuflexión, la traición”. Adolfo Gonzalez Urdaneta advierte: “Podría producirse un golpe de estado si no se realiza una auténtica nacionalización petrolera”. José Vicente Rangel nos dice que “el aspecto técnico de la nacionalización es un mito que forma parte del mensaje colonizador”. Siuberto Martínez filosofa: “El artículo quinto es como la persona que dice: de Lunes a Viernes tengo a mi mujer. De Viernes a Domingo ella puede salir con quien le dé la gana. Esta es una nacionalización cojitranca y bozaleada”. Carlos Canache Mata nos ofrece esta perla: “la empresas transnacionales alumbraron su tránsito con el fuego sórdido de los 40.000 millones de barriles de petróleo que se llevaron”.

#### Diciembre 1975.

- Tengo miedo de la responsabilidad que se nos viene encima a quienes laboramos en la industria petrolera. No miedo a perder

privilegios y calidad de vida sino miedo de que el país esté cometiendo un grave error al nacionalizar la industria. Aunque hasta ahora el proceso de nacionalización se ha llevado a cabo de manera sensata y los grupos de extrema izquierda parecen haber sido derrotados, el futuro estará lleno de riesgos. Estoy asombrado de la ignorancia que exhibe el venezolano promedio en torno a la industria que forma la columna vertebral de nuestra economía. Ni los médicos, ni los abogados, ni los políticos, saben de donde viene el petróleo, como se busca, se produce o se refina. Para los venezolanos el petróleo es un líquido negro y maloliente que forma “grandes ríos subterráneos” y que es producido por obreros morenos para el beneficio de sociedades rubias. Me siento angustiado por la percepción que tienen muchos políticos venezolanos sobre la honestidad y el patriotismo de quienes trabajamos en el sector privado de la industria petrolera. Estaremos enfrentados no solo con los problemas técnicos y financieros propios de la industria petrolera sino con la desconfianza de muchos compatriotas.

- Una licenciada en sociología de la universidad central me dice que los derrames petroleros en el Lago de Maracaibo son mucho más numerosos que los reportados por las empresas. En vano he tratado de convencerla de lo contrario. Le he dicho que la contaminación del lago se deriva, fundamentalmente, de las descargas de aguas negras que vienen de las ciudades adyacentes y del proceso de salinización que tiene que ver con otros factores. Mis argumentos no le interesan. De allí pasa abruptamente a la exterminación de los pueblos indígenas llevada a cabo “por las empresas petroleras” y me menciona un libro, “La Paz Blanca”, donde se describen esos crímenes. Afortunadamente para mí la joven es tan apasionada haciendo el amor como vehemente en sus planteamientos sociológicos. Entre un beso y otro hemos discutido sobre el problema petrolero. En Venezuela se ha tejido toda una leyenda negra sobre el

petróleo, según la cual el país ha sido arruinado y violado por las empresas petroleras extranjeras y por los codiciosos gringos. Un ejemplo de esta leyenda negra puede ser encontrado en el libro de Rodolfo Quintero, "Antropología del Petróleo", publicado en México en 1972. El libro de Quintero no es un análisis antropológico sino un panfleto político. Al definir a la generación de 1928, de la cual él formó parte de manera tangencial, Quintero dice : "Betancourt [uno de sus integrantes] se comportó más tarde como agente del Pentágono", una aseveración con la cuál pocos venezolanos estarán de acuerdo. Según Quintero la rebelión estudiantil de 1928 contra Gómez "tuvo el patrocinio del Grupo Shell", algo que nunca había oído antes y que, de ser cierto, sería digno de todo elogio y no de censura. Quintero alega que "...en los comisariatos de las empresas petroleras solo pueden comprar los extranjeros", lo cual es mentira. En la página 88 del libro hay un pasaje pintoresco: "los demonios rubios mantienen sus bolsillos de sus pantalones de kaki llenos de moneditas de oro para regalarlas caprichosamente cuando se emborrachan". Según el libro de Quintero (página 200), CENDES, el grupo de estudios de la Universidad Central es un nido de agentes de la CIA. Realmente, rara vez he leído tantos desatinos como los contenidos en este libro, escritos por un profesor de la Universidad Central de Venezuela. ¿Qué podremos esperar del venezolano común si los universitarios muestran tanta ignorancia o mala intención?

\*\*\*\*\*

Ya para Agosto de 1975 el gobierno y el país estaban agotados de tanto debatir sobre el asunto petrolero. Todos los sectores habían dicho todo lo que tenían que decir. En el Congreso el discurso se había hecho repetitivo y, en la calle, la gente se había comenzado a aburrir. Leyendo bien el modo de la nación el presidente Pérez procedió, el 29 de Agosto de 1975, a ponerle el ejecútese a la ley de nacionalización. En el discurso pronunciado ante el Congreso el presidente

aseguró que la ley no contenía norma o concepto alguno que mediatizase los intereses fundamentales de Venezuela. Describió la secuencia que seguiría a la promulgación de la ley, es decir, la creación de “Petróleos de Venezuela” y la designación de una Comisión Supervisora (no interventora) durante el período de transición, desde Agosto hasta Diciembre de 1975. La nación ofrecería a las concesionarias una indemnización basada en el valor neto en libros de sus activos y se le pediría a las empresas depositar un fondo de garantía para cubrir el período de transición. En su discurso el presidente Pérez anunció que “Petróleos de Venezuela” sería una empresa al margen de las contingencias políticas, regida por los intereses nacionales, sin tomar en cuenta las coyunturas de naturaleza partidista.

Esa misma tarde se procedió al nombramiento de la primera Junta Directiva de “Petróleos de Venezuela”. En ella figuró como Director suplente, seguramente como reconocimiento a la labor desarrollada por AGROPET, el presidente de esa organización, el geólogo Gustavo Coronel, quien no era el gerente petrolero venezolano de mayor jerarquía en la industria. Su designación fue inesperada para él y para muchos de sus colegas pero fue el premio a la labor que los técnicos petroleros habían llevado a cabo durante el debate que condujo a la nacionalización. Seguramente el presidente Pérez pensó que la representación de los técnicos petroleros a los más altos niveles directivos de la industria podrían garantizar una nacionalización libre de politización.

XV.

### **PETROLEOS DE VENEZUELA.**

La nueva empresa petrolera del estado comenzó a funcionar en el edificio de CREOLE, en Los Chaguaramos. Solo se le asignó un piso pues apenas tendría unas 50 personas: los directores, sus secretarias y un reducido número de personal de apoyo. Entre ese personal figuró Bernardo Mateos como asistente a la presidencia, una especie de ayuda de campo al general Alfonzo Ravard, el nuevo presidente de la empresa. La experiencia de Bernardo en exploración y producción y su vocación para poner lo sucedido por escrito, cosa rara entre los técnicos, habían influido en su selección por parte del general.

El primer día de trabajo los directores de Petróleos de Venezuela y sus inmediatos colaboradores recibieron la visita del presidente Pérez. En la improvisada sala de conferencias se instaló una mesa larga con una tapa verdosa de linóleo, más

apropiada para una cafetería. Las sillas eran de metal, tipo agencia de festejos. El presidente Pérez se dirigió a la plana mayor de la empresa: “Vengo a ratificar mi total confianza en ustedes”, les dijo a los miembros del pequeño grupo. “Vengo también a reiterar una promesa que hice en varias ocasiones durante el debate nacional sobre nacionalización: Esta empresa no será politizada. Si ustedes reciben alguna vez una carta de recomendación de mi parte, o de parte de cualquier miembro del sector gubernamental, para emplear a alguien, hagan con ella lo que estoy haciendo ahora”. Y tomó un papel de la mesa, lo arrugó y lo botó en el cesto de la basura.

El mensaje de Pérez no dejó lugar a dudas. El General Alfonzo le respondió: “Esa será la única manera eficiente de manejar la empresa, presidente. El grupo directivo que usted ha nombrado está firmemente decidido a hacer respetar la gerencia profesional como pilar de su actuación. Estamos elaborando un credo para la empresa: gerencia profesional, apoliticismo, autofinanciamiento, meritocracia, y normalidad operativa, el cual deberá ser la base conceptual de nuestra acción. En este sentido tenemos la buena suerte de heredar cuadros gerenciales y técnicos de primera calidad. No estamos comenzando desde cero, como ha sucedido en otros países. No tendremos una empresa única del estado sino varias empresas operadoras integradas. Este es un modelo que nunca ha sido empleado antes en países que han nacionalizado la industria petrolera, hecho posible por haber heredado un negocio en marcha”.

“Por otra parte”- añadió el general- “la gente del petróleo está acostumbrada a una disciplina de trabajo, está llena de mística y amor por la empresa. Debemos ser optimistas”..

El presidente Pérez sonrió satisfecho y replicó: “Soy profundamente optimista, General. Tendremos problemas, sin dudas. Pero estos problemas serán vencidos si establecemos un diálogo franco y abierto y una relación de respeto mutuo. Me considero afortunado de tener a mi lado a Valentín Hernández como ministro y a usted, General Alfonzo Ravard, como presidente de la empresa petrolera del estado”.

A continuación hubo espacio para un diálogo más amplio, en el cuál los directores expresaron, cada uno, sus puntos de vista sobre la tarea que les esperaba. Se conversó mucho sobre las negociaciones entre la empresa y las ex-concesionarias sobre tecnología y comercialización. Esas conversaciones, mencionó el ministro Hernández, “van bien, ya que las empresas extranjeras muestran una excelente disposición para establecer una relación comercial con la nueva empresa del estado”. Para esas empresas era importante permanecer de alguna manera en la escena petrolera venezolana. Además, estos convenios serían fuentes de ingresos para ellas. La eficiencia de estos convenios podría ser alta, ya que serían manejados entre el personal técnico de las ex-concesionarias y el personal venezolano de las nuevas empresas del estado, quienes se conocían bien, por haber trabajado juntos con anterioridad. Mucho del apoyo técnico requerido no era, como pudiera haberse pensado, para los grandes proyectos, sino para manejar el día a día de la industria. Este apoyo se basaba en la posibilidad de consultar permanentemente a técnicos de las empresas extranjeras en las áreas de producción, refinación u otras especialidades sobre problemas operacionales de significación que seguramente saldrían a flote bajo la nueva administración.

De igual manera, se mencionó, era fundamental un convenio sobre la comercialización internacional. A diferencia de los activos de la industria, los clientes del petróleo venezolano no habían sido nacionalizados. Era necesario conservarlos y la línea inicial de menor resistencia era continuar utilizando, al menos por algún tiempo, los canales de comercialización de las empresas extranjeras. Para el momento de la nacionalización, con los relativos bajos precios del petróleo que imperaban en los mercados internacionales, la posición negociadora del estado venezolano frente a las empresas extranjeras no era la mas fuerte.

La selección de la primera Junta Directiva de Petróleos de Venezuela había sido cuidadosamente elaborada, atendiendo a las necesidades del sector político. Por ello, los directores de la nueva empresa matriz, con la excepción de Gustavo Coronel, no eran gerentes petroleros activos, sino ex-petroleros, funcionarios públicos o miembros del mundo empresarial venezolano. La presidencia de

Rafael Alfonzo Ravard fue recibida con beneplácito y alivio por todos los sectores del país. Este era un hombre de un gran prestigio personal, casi legendario, debido a su actuación al frente de la Corporación Venezolana de Guayana. Esa corporación había sido creada en 1960 con los objetivos de estudiar los recursos naturales de Guayana, el aprovechamiento hidroeléctrico del río Caroní, el desarrollo integral de la región y la construcción planificada de una ciudad que sirviese de sede urbana al complejo industrial a ser desarrollado. Desde el inicio el líder de este inmenso proyecto fue el General Rafael Alfonzo Ravard. La visión original fue esencialmente suya, continuada por Argenis Gamboa, desvirtuada posteriormente por la intensa politización de la empresa, la corrupción y el deterioro organizacional.

En la etapa inmediatamente anterior a la nacionalización el gobierno de Carlos Andrés Pérez había decidido nombrar observadores externos en las empresas petroleras que serían objeto de nacionalización. El general Alfonzo Ravard había sido nombrado observador en Creole, la mayor empresa concesionaria y era evidente que esta posición lo prepararía para asumir el máximo cargo en la empresa matriz de la industria petrolera nacionalizada. Esta etapa de observadores contribuyó mucho a bajar las tensiones en torno al proceso, ya que la extrema izquierda pedía la intervención abierta de las empresas.

Uno de los primeros días de trabajo en la nueva empresa Bernardo fue llamado por Alfonzo Ravard. El general lo invitó a almorzar en su oficina, en una pequeña mesa redonda instalada no lejos de su escritorio. Durante esa primera reunión Bernardo se sintió inicialmente incómodo, un tanto intimidado. El general traía a la industria petrolera una reputación de hombre más bien seco, de agudo y arrogante intelecto. Sin embargo, durante el almuerzo y el diálogo preliminar, Alfonzo Ravard hizo gala de excelente humor y de una cultura avasallante, lo cual tranquilizó progresivamente a Bernardo. Durante el almuerzo el general habló extensamente sobre entropía. Estaba leyendo, comentó a Bernardo, un libro sobre la Segunda Ley de la Termodinámica y sobre lo que ella significa para el destino del universo. “¿Cuál será el final del universo, Bernardo? ¿Tendrá un final?”. Afortunadamente para Bernardo, no lo dejó intentar respuesta alguna, algo que Bernardo no hubiera

sido capaz de ofrecer. Continuó pensando en voz alta: “Todo tiene que ver con la energía. Si el universo continúa expandiéndose indefinidamente nunca tendrá un final. Pero lo que la entropía indica es que cada vez que hay un gasto de energía, cada vez que ella se dispersa, no hay una manera de recuperar lo que se ha perdido para siempre. Así como existió una gran explosión inicial que dio origen al universo, así habrá una progresiva concentración hacia un punto, la gran contracción, el reverso de la gran explosión inicial. Y allí terminará todo..... a menos que seamos el producto de una inteligencia superior, de un Dios, en lo cual yo creo firmemente”.

Bernardo se atrevió en ese momento a mencionar un cuento de Isaac Asimov que se refería, precisamente, a ese gran misterio. El cuento se llamaba “La Última Pregunta” y era el favorito de Asimov. Bernardo lo había leído recientemente y pudo transmitirle al general la esencia del mensaje. Se trataba de la pregunta que había sido hecha por el hombre a una gran computadora en el año 2061: “Podremos revertir la entropía?” Y la computadora dijo que no tenía suficiente datos para dar una respuesta. Pasó el tiempo y muchos hombres repitieron la pregunta, siempre sin respuesta por falta de suficiente información. Después de diez trillones de años de preguntas insatisfechas las estrellas y las galaxias y, por supuesto, el hombre, habían ya desaparecido. La máquina se había quedado sola en el inmenso vacío del universo pero estaba finalmente lista para dar la respuesta a la gran pregunta.

Y la respuesta fue un comando: “Hágase la luz”..... Y la luz se hizo.

El general quedó pensativo por un largo rato. Al final comentó: “Gran intuitivo, ese Asimov. Veo que encontró una manera muy elegante de combinar la ciencia con la fe religiosa”.

“En todo caso”, añadió, “simplemente deseaba mencionar a la entropía como un concepto que puede aplicarse a las organizaciones. He visto nacer y envejecer hasta la decrepitud a organizaciones como la CVG. Fui el padre de esa criatura y te confieso que no me gustaría que a PDVSA le sucediera lo mismo que le ha sucedido a la CVG. Allá la institución fue capturada por la política pequeña y

sectaria y por la codicia de un grupo. Hoy en día es un dinosaurio que vive al sur del Orinoco pero se alimenta de la Venezuela que queda al norte”.

Alfonzo Ravard miró fijamente a Bernardo y le dijo: “quiero que me ayudes a escribir mis discursos y que hagamos un plan claro para repetir en ellos, hasta la saciedad, los elementos fundamentales que deben animar la acción de esta empresa: el autofinanciamiento, la gerencia profesional, la meritocracia, el apoliticismo y la normalidad operativa. No importa cuál sea la ocasión del discurso, quiero que siempre incluyas un párrafo que establezca estos cinco componentes de manera insistente, casi como un mantra. Lo otro que deseo que hagas es darme un página donde estén los números fundamentales de la industria petrolera, de manera tal que yo los pueda recordar sin mucho esfuerzo”.

Bernardo salió de ese almuerzo con su primera tarea, la de estructurar los números más importantes que el general Alfonso Ravard debía dominar. Llegó a la conclusión que el número clave que el general debía recordar era el 40: la producción petrolera acumulada del país había sido de unos 40.000 millones de barriles. Las reservas probadas y probables remanentes sumaban alrededor de otros 40.000 millones de barriles. La industria había exportado volúmenes significativos de petróleo por unos 40 años. Los crudos livianos y medianos representaban casi un 40% de las reservas remanentes. Lagoven producía el 40% de la producción total del país. PDVSA trataría de comercializar, para 1979, un 40% de su producción independientemente de las empresas multinacionales. Un 40% de las inversiones se destinarían al campo de la producción, el cuál absorbía un 40% de los empleados.

“Y yo voy a cumplir 40 años”, pensó Bernardo.

\*\*\*\*\*

Del Diario de Bernardo Mateos.

Marzo, 1976.

El general Alfonso es un hombre brillante pero menos organizado en su trabajo de lo que yo hubiera pensado. No es puntual y tiende a irse con frecuencia por la tangente. Sin embargo muestra una gran claridad de propósitos. Me ha pedido

que le incluya en todos sus discursos los cinco puntos fundamentales de política corporativa que desea inculcar en PDVSA. No solo en PDVSA son necesarios, debo agregar, sino en todo el país. Parece que el General perseguirá el objetivo de una contaminación al revés, un proceso mediante el cual los buenos hábitos gerenciales y administrativos de la industria petrolera “contagien” al resto de la administración pública. Este es un concepto que le parece haber vendido Alberto Quirós, otro gerente brillante. Realmente, ello representa un deseo que todos los petroleros llevamos por dentro, sin muchas esperanzas de que se concrete, dada la naturaleza populista y cortoplacista de nuestro liderazgo político y hasta del ciudadano promedio. El ingreso petrolero ha inhibido la acción destinada a crear generadores de riqueza, ha matado en los venezolanos el deseo de labrarse su propio destino. Los ha convertido en inválidos sociales, dependiendo del estado benefactor para vivir. Una gran cantidad de compatriotas esperan educación gratis, salud gratis, una casita regalada. Sin embargo, a pesar de lo difícil que ello suena, el deseo de “contagiar” a la administración pública que muestra el General es digno de elogio y de apoyo. Sería, sin embargo, un caso del pez chico comiéndose al grande, algo difícil de visualizar.

Por lo pronto estoy muy contento de estar trabajando cerca de este hombre y del grupo de directores de la empresa. Lucen bien, la mayoría de ellos. Julio César Arreaza, el vicepresidente, es un hombre afable y reposado. Parece más que contento con estar a la sombra del general y consciente de que su labor es la de servir de puente entre PDVSA y el mundo político. Julio Sosa Rodríguez tiene una fuerte personalidad y es el único miembro del directorio que llama al General por su nombre de pila y se atreve a rebatir abiertamente sus ideas. Benito Raúl Losada habla poco, excepto sobre temas financieros. José Domingo Casanova es un ingeniero petrolero de la vieja guardia y matiza sus comentarios en el directorio con anécdotas sobre “los buenos tiempos” en Caripito y Quiriquire. Carlos Guillermo Rangel es muy respetado en el grupo y sus comentarios son generalmente recibidos con aprobación. Luis Plaz Bruzual y José Martorano son ilustres servidores públicos, hombres de una especial integridad y sus aportes son siempre respetables. Manuel Peñalver, el representante laboral, es un hombre

muy culto y responsable. Alirio Parra tiene una reputación de hombre estudioso, es un tanto misterioso en su aspecto y de hablar muy pausado, lo cual con alguna frecuencia le imprime a sus opiniones un mayor peso del que pudieran tener. Gustavo Coronel y Edgar Leal son los miembros más jóvenes del directorio. Leal tiene apenas 35 años o algo así y su experiencia ha sido fundamentalmente en el campo de las finanzas. Coronel es director gracias a su actuación como presidente de AGROPET durante el debate petrolero y, aunque miembro suplente, se le permite estar presente, como es el caso de Plaz Bruzuál y Martorano, en todas las reuniones del directorio. Como decía Andrés Eloy Blanco de los nuevos congresantes, Coronel hace más ruido que un carro viejo y un diputado nuevo. Como el único gerente petrolero activo del grupo está generalmente muy bien informado de lo que está sucediendo en la industria y mantiene sus contactos con los técnicos de las empresas filiales.

#### Nos espera una labor titánica.....

La labor que le espera a PDVSA es titánica. Estoy preparando un informe para el directorio sobre la situación actual, la cual se encuentra en franca contracción. Utilizo los insumos que generan las empresas filiales sobre todos los aspectos de la industria pero integro estos datos para interpretarlos y aprovecho para incluir algunas de mis ideas. Como se sabe, las empresas multinacionales habían dejado de invertir desde hace ya algunos años, debido a la declarada intención del gobierno de no renovar las concesiones después de 1983. En cierta forma, la aceleración de la nacionalización petrolera fue el resultado forzoso de un proceso de declinación de la actividad que ya tiene casi 15 años. Los niveles de inversión en ese lapso rara vez han excedido los \$300 millones al año. La exploración se ha detenido y las reservas probadas han disminuido, a pesar de que una adición dramática de casi 5000 millones de barriles fué hecha en 1973, debido a una redefinición de las reservas hecha posible por el aumento de los precios del petróleo en ese año. La infraestructura física está en franco deterioro. Venezuela tiene más de 9000 yacimientos petrolíferos distribuidos en 250 campos y unos 7500 pozos activos, pero existen 14.000 pozos cerrados, 8000 de los cuales estarían aún en capacidad de producir. La producción se mantiene en unos

2.3 millones de barriles diarios, porque el interés de las empresas ex-concesionarias era el de recuperar el mayor volumen de petróleo posible antes de su salida. La refinación presenta un desafío gigantesco, ya que el patrón existente de refinación está orientado hacia la producción de combustibles residuales, mientras que la tendencia de los mercados internacionales es hacia productos más livianos y menos contaminantes. De las doce refinerías existentes, solo cuatro son importantes y están en buenas condiciones.

La comercialización internacional también requerirá un esfuerzo considerable, porque hasta ahora ha estado en manos de las empresas concesionarias. La flota de 12 tanqueros es vieja y apenas utilizable, ya que la mitad tiene más de 19 años de uso.

La industria tiene hoy unos 23000 empleados, 12000 de ellos pertenecientes a la nómina mayor. Aún quedan unos 400 extranjeros en la nómina, esencialmente especialistas. El 60% de este personal está involucrado en tareas de producción. La cuarta parte del personal tiene menos de cinco años de experiencia y un 50% tiene más de 45 años de edad. Somos muy viejos o muy jóvenes!

La tecnología será un aspecto prioritario. No podemos quedarnos sin apoyo mientras desarrollamos nuestras propias fuentes de tecnología, ni podremos jamás llegar a ser autosuficientes en este sentido. Pronto deberán comenzar las negociaciones con las empresas ex-concesionarias y con otras empresas internacionales para lograr este apoyo a mediano plazo. En un estudio llevado a cabo hace unos meses entre el personal de la industria un 72% de los encuestados opinó que a PDVSA le tomaría diez o más años desarrollar una plataforma tecnológica propia. El 75% de los encuestados identificó a la exploración, producción y refinación como las áreas donde el apoyo tecnológico sería especialmente requerido.

Como si todo esto fuera poco, un asunto que no podrá esperar es la racionalización de la estructura organizativa de la industria. Hoy en día tenemos 14 empresas operadoras nacionalizadas, de pequeño, mediano y gran tamaño. Esas catorce empresas deberían ser reducidas a no más de cuatro: Lagoven,

Maraven, Meneven y una cuarta que sería el producto de la fusión de algunas de las operadoras de mediano tamaño.

## XVI.

### **DE CATORCE A CUATRO EMPRESAS OPERADORAS.**

1976 fue el año en el cuál un avión de Cubana de Aviación explotó cerca de Trinidad, objeto de un acto terrorista por el cual Venezuela envió a prisión a Luis Posada Carriles. También fue el año en el cuál Jorge Rodríguez fue encontrado muerto en su celda, un crimen que nunca tuvo una resolución. Ese año murió el universalmente querido poeta Aquiles Nazoa, en un accidente de tránsito cerca de La Victoria. En ese año el concurso de Miss Venezuela fue ganado por Elluz Peraza, quien renunció a su título “por amor” y fue reemplazada por Judith Castillo. En 1976 desaparecieron, entre otros, Mao, Chou Enlai, Andre Malraux, Lin Yutan, Jean Gabin y Agatha Christie. Oscar Bonavena colgó los guantes para siempre, Howard Hughes entregaría sus alas, Percy Faith no conduciría más su orquesta y Sal Mineo falleció acuchillado en un callejón de West Hollywood.

También fue el año en el cuál PDVSA, recién creada, recibió un memorándum firmado por los presidentes de las empresas operadoras sobre el tema de la racionalización operacional en la industria petrolera. En ese memorándum se explicaba que era deseable llevar a cabo una etapa intermedia de transición, en la cual las empresas operadoras de mayor tamaño podían asistir a PDVSA en el manejo de los asuntos de las catorce operadoras. Esa etapa de coordinación, según el memorándum, podía comenzar de inmediato, estableciendo cuatro empresas coordinadoras de las demás empresas. Así, proponían que Lagoven (ex-Creole) coordinase las actividades de Amovén y Vistavén; que Maraven (ex-Shell) coordinase las actividades de la empresa Roquevén; que Menevén (ex-Gulf) coordinase las actividades de Guarivén, Talovén y Deltavén y que Llanoven (ex-Mobil) y CVP (la empresa estatal original) coordinasen las actividades de Barivén, Palmavén y Boscanvén. En una segunda etapa de integración las empresas coordinadas serían absorbidas por las empresas coordinadoras y Llanovén y CVP se fusionarían. El resultado final de este proceso sería la formación de cuatro empresas operadoras, filiales de PDVSA, todas de tamaño comparable y completamente integradas, es decir, con funciones de exploración, producción, refinación y comercialización nacional e internacional.

En paralelo a la recepción de este memorándum se había constituido en PDVSA un equipo de trabajo compuesto por el director Coronel y la empresa asesora McKinsey para examinar este tema y este grupo de trabajo había llegado a conclusiones similares. Coronel y Steve Brandon, de McKinsey, se reunían casi todas las semanas con un comité de racionalización formado por los directores Arreaza, Domínguez, Casanova y Plaz Bruzúal, en el cuál se discutían y aprobaban en principio las recomendaciones del equipo de trabajo. Una de las primeras acciones tomadas por el comité fue establecer una reunión mensual de todos los presidentes de las operadoras nacionalizadas con el presidente de PDVSA (o con el comité de racionalización), a fin de mantener un alto nivel de información sobre el proceso entre todos el personal que sería afectado por el proceso. Ello se hizo a pesar de las objeciones iniciales del general Alfonso, quien pensaba que reunirse con los presidentes de todas las empresas era

improductivo. Su posición era lógica en cierta manera, ya que algunas de las empresas eran muy pequeñas y sin mucha importancia desde el punto de vista puramente operacional. Sin embargo, todas eran importantes desde el punto de vista del recurso humano, ya que era necesario mantener al personal motivado. Después de todo, muchas posiciones importantes iban a desaparecer: diez presidencias, diez juntas directivas, diez gerentes de producción y así por lo consiguiente. Algunos presidentes de las empresas más pequeñas tendrían que pasar a ser simples gerentes de las cuatro empresas resultantes. No sería fácil el proceso, el cuál debía llevarse, por decirlo así, con guantes de seda.

En Septiembre de 1976, en una de las reuniones entre el comité de racionalización y el grupo de trabajo formado por el director Coronel y el funcionario de McKinsey Steve Brandon se hizo evidente, por primera vez, que la recomendación técnica de absorber a CVP dentro de una cuarta empresa operadora no sería aceptada. Esta recomendación se basaba en el hecho de que CVP tenía apenas el 6% de las reservas probadas de petróleo, el 4% de la producción y apenas el 1% de la capacidad de refinación. Sin embargo, representaba mas del 12% de los empleados de la industria y su capacidad gerencial era débil. Políticamente, sin embargo, CVP no podía desaparecer. Esta empresa había sido la creación del partido Acción Democrática. Hacerla desaparecer dentro de una nueva estructura representaba un traspíe para lo que había sido una vez el símbolo del nacionalismo petrolero. El trabajo de análisis que habían efectuado Brandon y Coronel recomendaba un agrupamiento basado en la capacidad y afinidad de cada empresa para coordinar las otras, sin hacer concesiones a los aspectos políticos de la decisión. En el seno del comité, sin embargo, estas recomendaciones fueron rechazadas por todos los miembros, con la excepción del director Domínguez. Se pensaba, quizás con buenas razones de naturaleza no gerencial, que CVP debía permanecer como la cuarta empresa operadora, a pesar de que su estructura organizacional era débil en comparación con Llanoven (ex-Mobil) y que su peso específico era muy pequeño en términos operacionales.

Además de este sesgo relacionado con la CVP existían otros de menor intensidad pero que también dificultaban el proceso. A la hora de establecer cuál empresa coordinaría a cuál empresa, algunos directores mostraban preferencias que iban más allá del análisis puramente operacional. En Septiembre 1976, por ejemplo, el director Casanova sostenía que las empresas Roqueven, Boscanven y Palmaven debían ser coordinadas por Lagoven, por tener todas una cultura organizacional de origen norteamericano y el presidente de la empresa Palmaven manifestaba preferir que su empresa fuese coordinada por Lagoven y no por Maraven. Estas preferencias, de ser aceptadas hubiesen hecho a Lagoven muy pesada en comparación con las otras empresas nucleantes y olvidaban las grandes afinidades operacionales entre Maraven y esas empresas. Boscanven producía el mismo tipo de petróleos pesados que Maraven producía en la Costa Bolívar mientras que Roqueven y Palmaven producían petróleos livianos en el Lago, cerca de las áreas asignadas a Maraven. Además, de aceptarse aquel esquema, se dejaría sin utilización plena la capacidad gerencial de Maraven. En el plano subliminal lo que operaba como origen de esta postura era la percepción que algunos gerentes de la industria tenían sobre Maraven, a la cuál veían como una empresa de estilo gerencial arrogante, con una cultura organizacional ligeramente excéntrica, en todo caso de raíz europea y no norteamericana, como la que poseían las empresas que serían coordinadas. Este tipo de consideraciones pesaría, al final del proceso, casi tanto como las consideraciones mas objetivas de naturaleza operacional.

Cada presidente de empresa hizo presentaciones a PDVSA sobre el esquema de racionalización que preferirían. Algunas empresas como Deltaven (ex-Texaco) eran bastante grandes y aspiraban a sobrevivir intactas como unidad organizativa. En su presentación el presidente de Deltaven, Francisco Prieto Wilson, enfatizó la importancia del factor humano en el proceso de racionalización. En paralelo con los aspectos operacionales, alegó, debía darse peso suficiente a las estructuras organizativas y las culturas organizacionales existentes, a fin de que el producto final fuese aceptado por quienes estarán afectados por el proceso. Deltaven era una empresa que tenía un alto nivel de integración administrativa. No era

totalmente integrada verticalmente, en cuanto carecía de una unidad de comercialización internacional, pero su argumento era que ninguna de las empresas existentes, con la posible excepción de Maraven, estaban totalmente integradas. Aunque la presentación de Deltaven fue de tipo general, era aparente que la empresa se consideraba lo suficientemente fuerte para no desaparecer como unidad organizativa.

Igual preocupación por su sobrevivencia como unidad organizacional mostró la empresa Llanoven. En la presentación hecha por su presidente, Rómulo Quintero, se expusieron criterios de capacidad gerencial, eficiencia operativa y motivación del personal. Quintero abordó directamente el tema de la CVP y opinó que esa empresa debía desaparecer pero reconocía que era difícil que ello sucediese por el factor político ya mencionado. Sin embargo, Quintero agregó que una fusión entre Llanoven y CVP sería difícil de lograr por lo diferente de sus culturas organizacionales.

El proceso de racionalización duró intensos meses y se llevó a cabo en base a cinco consideraciones fundamentales: (1) establecer un control efectivo de las operaciones; (2) mantener la eficiencia operacional; (3), preservar la motivación del personal; (4) obtener una garantía de apoyo tecnológico, y, (5) promover el desarrollo futuro. Un control efectivo requeriría empresas autosuficientes y comparables, además de coherentes estructuras organizacionales. La eficiencia operacional dependería de un equipo gerencial fuerte y de la compatibilidad de normas y filosofías de la organización. La motivación del personal descansaría en garantías de pleno empleo, apoyo sindical y el mantenimiento, en lo posible, de un status similar para el personal que sería objeto de reubicación. El apoyo tecnológico iría a depender de los contratos firmados con las ex-concesionarias y el desarrollo de una capacidad tecnológica independiente. Las bases para el desarrollo futuro incluirían, fundamentalmente, las tareas de planificación estratégica que pudiesen dar coherencia al nuevo cuadro organizativo y proyectar la industria hacia una etapa de expansión.

Debido al alto grado de racionalidad imperante en las discusiones, los factores políticos, emotivos y personales fueron minimizados, hasta el punto de que para

finales de 1976 la industria se hallaba en plena etapa de coordinación y se preparaba para la segunda y definitiva etapa de integración. En un memorándum dirigido al general Alfonso Ravard, con fecha del 19 de Noviembre de 1976, el ministro de Minas e Hidrocarburos, Valentín Hernández, manifestaba su complacencia por los progresos alcanzados y expresaba su apoyo al proceso de coordinación ya en marcha. Le encargaba al Directorio de PDVSA hacer lo conducente para pasar a la etapa final de integración.

**El proceso de racionalización tomó dos años más.** A mediados de 1978 se encontraba esencialmente listo, gracias a una gran cooperación entre los gerentes y ejecutivos de las diversas empresas operadoras. La etapa final del proceso prestó particular atención a la uniformidad de normas y procedimientos de personal, a la manera como planificación de carreras y ascensos por mérito se llevarían a cabo. Cayeron muchas barreras de confidencialidad entre las empresas y la gente de Lagoven, Maraven y Meneven, tradicionalmente competidoras, comenzó a compartir objetivos comunes. Inclusive, comenzó un movimiento lento y selectivo de personal entre filiales de PDVSA. Llanoven y CVP se fusionaron bajo el nombre de Corpoven, absorbiendo algunas de las empresas de mediano tamaño, lo cuál completó el cuarteto de empresas filiales integradas de la industria. Todo esto se llevó a cabo sin que las operaciones normales de la industria petrolera se interrumpieran un solo día.

\*\*\*\*\*

### **Del Diario de Bernardo Mateos.**

#### **1979-1980.**

En las reuniones de PDVSA en las cuáles se ha discutido la situación de Corpoven parece claro que esta empresa es motivo de especial preocupación por parte de la empresa matriz.

La organización más débil de las cuatro filiales de PDVSA es la de Corpoven. Su creación ha sido la mas traumática porque ha incorporado varias unidades organizacionales disímiles: CVP, Llanoven, Deltaven, entre otras. Ello ha causado y va a causar un período inicial de transición que va a ser difícil. La transición deberá incluir el establecimiento de una oficina de la presidencia similar a la que

ya tienen en operación las otras empresas, es decir, una oficina donde el presidente y el vicepresidente se distribuyan las tareas de común acuerdo. Este concepto es mejor que el de una separación entre un CEO (Presidente Ejecutivo) y un COO (Vicepresidente de Operaciones), como es el caso en algunas empresas norteamericanas. Mediante una distribución de tareas de tipo operacional y de apoyo, los dos miembros del equipo presidencial van a tener la oportunidad de mantenerse informados de ambos tipos de actividades: las de operación, de día a día y las de planificación, a más largo plazo.

En materia del trabajo ejecutivo de alto nivel Corpoven parece inclinarse por la fórmula Lagoven, a diferencia de lo que Maraven ha adoptado. En Lagoven mucho del trabajo de gerencia de alto nivel se lleva a cabo en el seno de comités de gerencia, en los cuales figuran miembros de la Junta Directiva y gerentes mayores, mientras que la mayoría de las decisiones en Maraven son tomadas por directores de naturaleza corporativa que tienen una visión integral, no funcional, del negocio. El mecanismo adoptado por Maraven tiene la ventaja de la rapidez mientras que el mecanismo adoptado por Lagoven tiene la ventaja de llevar a decisiones más maduradas, con mejor posibilidad de ser estables a largo plazo. Por supuesto, todas las grandes decisiones permanecerán sujetas a la discusión y aprobación de la Junta Directiva de la empresa y, en algunos casos, deberán llevarse a la Junta Directiva de PDVSA para su aprobación final. Este sería el caso de políticas de exploración, financieras y de personal que puedan tener influencia a nivel de toda la industria.

Un aspecto que será objeto de especial atención en Corpoven será el de planificación estratégica y organizacional. En este momento no existe en la empresa un punto focal de planificación. Será de especial interés crear este punto focal de inmediato y promover la aparición de una cultura organizacional Corpoven. Ello será la obra de un liderazgo fuerte, el cuál pueda transmitir a la organización un temprano sentido de pertenencia. Muchas fusiones corporativas fracasan porque no se lleva a cabo una transformación de las diversas culturas organizacionales heredadas en una nueva cultura dentro de la cual se pueda desarrollar el orgullo en la nueva organización. Generalmente esta nueva cultura

requiere de éxitos para su desarrollo. Es de esperar que Corpoven pueda manejarse de manera tal que sus empleados, una amalgama de diferentes empresas, puedan llegar pronto a sentirse orgullosos de pertenecer a la empresa.

\*\*\*\*\*

## XVII.

### **LA PRIMERA INFANCIA DEL GIGANTE.**

A mediados de octubre de 1976 se llevó a cabo una de las reuniones más importantes en la industria estatificada. Fue una reunión del general Alfonso Ravard con los presidentes de las mayores empresas operadoras: Lagoven, Maraven, Meneven, Llanoven y CVP. A esa reunión asistieron los directores de PDVSA quienes integraban la Comisión de Racionalización, incluyendo al director suplente Coronel, en su condición de coordinador del proceso. Bernardo Mateos asistió como secretario ad-hoc del grupo, a fin de tomar notas y elaborar un borrador de minuta que serviría de base a la acción futura.

Ya era evidente que el proceso de racionalización había tomado un buen camino. Era el momento de comenzar a establecer las prioridades más específicas de la industria nacionalizada. Para el establecimiento de ese tipo de prioridades el general Alfonso había decidido descansar en los presidentes de las organizaciones filiales, más que en su propio directorio. En eso tenía razón pues los presidentes de las empresas operadoras poseían una visión mucho más integral de la industria que los miembros del directorio de PDVSA y que los funcionarios del ministerio del sector.

Fue una reunión larga, a diferencia de la mayoría de las reuniones que presidía el general. Comenzó en la mañana y continuó durante el almuerzo, hasta el final de

la tarde. También a diferencia de las reuniones ordinarias, fue llevada a cabo en un hotel de Caracas, en una suite espaciosa, dotada de una bella vista hacia el Avila.

Todos los convocados asistieron trajeados de manera informal y el tono general de la discusión fue siempre cordial, a pesar de que algunos de los presidentes habían intercambiado expresiones duras en reuniones anteriores sobre el proceso de racionalización.

El primero de los temas tratados tuvo que ver con el clima organizacional en la industria, la disciplina imperante a nivel de las empresas filiales, la puntualidad en la asistencia al trabajo y los niveles de ausentismo laboral. Se estableció que el clima era satisfactorio y que la mayoría del personal había aceptado ya el proceso de integración que se llevaba a cabo. Un segundo tema fue el de la seguridad industrial. Cada presidente hizo un breve recuento de la situación en sus empresas, mencionando estudios en progreso sobre esta materia. Se conversó sobre la discusión del nuevo contrato colectivo y de la conveniencia de tener una presencia del Ministerio del Trabajo en esas conversaciones.

El primer tema analizado a fondo fue el del mercado interno. Era aceptado por todos que el mercado interno de los hidrocarburos era, en cierta forma, la mayor ventana de la nacionalización abierta al público. La confiabilidad del suministro era fundamental, así como la calidad de las instalaciones. La distribución del mercado de gasolinas entre las empresas coordinadoras y, eventualmente, entre las empresas filiales integradas, así como las inversiones requeridas por el sector tendrían que ser objeto de un cuidadoso estudio a nivel de las empresas. Se convino que un esbozo inicial del plan conjunto debería estar listo en tres meses y se delegó la ejecución de ese estudio en la empresa Lagoven, asistida por las otras operadoras con actividad en este campo.

El siguiente tema fue el de la relación futura entre el Ministerio de Minas e Hidrocarburos y PDVSA en relación con la aplicación de los controles que habían sido implantados por el ministerio antes de la nacionalización, en especial todo lo referente al decreto 832, el cuál estipulaba la obligatoriedad de someter al ministerio los programas de inversión y de operación para cada año. Sería ese

decreto aún necesario o deseable? Desde 1972 en adelante el ministerio había logrado un alto grado de control sobre la industria y había estructurado o fortalecido varias organizaciones que servían como agentes de control: La *Comisión Coordinadora* para la Comercialización, la cual establecía los precios de referencia para la exportación de crudos y productos; la *Comisión Conjunta de Finanzas*, la cual analizaba los resultados financieros de las empresas y la influencia de los precios en esos resultados; la *División de Hidrocarburos*, la cual supervisaba todos los aspectos operativos de la industria; *El Comité del Mercado Interno*, el cuál regulaba la distribución de productos en el país, y la *Comisión de Reversión*, la cual tenía que ver con el traspaso de los activos de las ex-concesionarias al estado. Estas organizaciones se mostrarían renuentes a perder su importancia, como toda organización burocrática. Algunas debían continuar existiendo, por supuesto, ya que era aconsejable que existiese una supervisión o auditoría independiente. Pero era evidente que la relación de control estricto del estado sobre la industria debía adquirir otra fisonomía, ahora que el Ministro de Minas e Hidrocarburos era el representante del dueño en la Asamblea de Accionistas. El problema fundamental que se presentaba en el ministerio era la falta de coordinación entre esas diversas organizaciones. Era evidente que no se hablaban entre sí. Los pedidos de la División de Hidrocarburos, por ejemplo, duplicaban los hechos por la Comisión de Reversión o, peor aún, colidían con los de ese organismo. Ello causaba mucho trabajo adicional innecesario en las operadoras y era motivo de gran fricción entre los técnicos de las empresas y los técnicos del ministerio. En el seno del ministerio se había establecido una pugna entre dos funcionarios de alto nivel quienes aspiraban a ser los voceros más importantes: Humberto Calderón Berti y Arévalo Guzmán Reyes. Aunque Arévalo era el funcionario más antiguo y la División de Hidrocarburos tenía una excelente y bien ganada reputación, Calderón Berti era más político y no proyectaba, como Arévalo, una imagen autoritaria y brusca. Ambos deseaban llegar a ser ministros y ese deseo se traducía en una rivalidad que perjudicaba las relaciones armoniosas entre la industria y el ministerio. Un punto especialmente ácido de estas relaciones tenía que ver con la aplicación del decreto 832, el cuál estipulaba que las

empresas operadoras debían presentar, en Octubre de cada año, su presupuesto de inversiones y sus programas al ministerio para su aprobación. A través de este decreto el ministerio había podido ir más allá de la simple supervisión en las operaciones de la industria petrolera, para compartir, casi, las tareas gerenciales. Con la nueva empresa del estado a cargo de esta gerencia, PDVSA pensaba que el decreto 832 ya no tenía razón de existir. En el ministerio, sin embargo, no se pensaba así. La desconfianza entre los técnicos del ministerio y los gerentes de la industria persistía más allá de la nacionalización. En el ministerio existía la percepción de que los gerentes de las empresas no eran lo suficientemente “patriotas”. En la industria petrolera los técnicos del ministerio eran vistos como burócratas de poca calidad, celosos de los altos salarios que la gerencia de la industria disfrutaba. Una reunión entre los ejecutivos de más alto nivel del ministerio y de la industria petrolera llevada a cabo, en Abril de 1976, para tratar de establecer unas reglas razonables para la relación había sido una buena muestra de la tirantez en esa relación. Esta reunión, a la cual asistieron el Ministro Valentín Hernández, el vice-ministro Hernán Anzola, y los directores Reyes, Calderón y Gutiérrez por el ministerio, acompañados por los asesores Méndez, Altuve y Lauder y los miembros del directorio de PDVSA concentró su atención en dos temas principales: la exploración y la situación financiera de la industria.

“La industria tiene muchas áreas ociosas”, dijo Reyes. “No es necesario que obtenga áreas nuevas para la exploración. La exploración en áreas nuevas será hecha por el ministerio, porque la verdad es que lo que ha hecho la industria en materia exploratoria ha dejado mucho que desear”. PDVSA argumentó que la opinión de Reyes “no estaba de acuerdo con la nueva estructura de la industria petrolera” y agregó que “la creación de equipos de exploración paralelos en el ministerio sería ineficiente y dispendioso”. En esta discusión Calderón Berti tomó el partido de PDVSA, al decir que “las tareas del ministerio no deben invadir el campo operativo y gerencial de la industria”. El tema financiero también evidenció la brecha entre las dos organizaciones. Pablo Reimpell, de PDVSA, mencionó que, a causa de la diferencia entre los precios de referencia (los precios a los cuáles la industria debía pagar impuestos al fisco, no importa cuál fuera el

verdadero precio de realización, el cuál había sido un mecanismo artificial diseñado por el gobierno venezolano para eliminar el riesgo de que las empresas concesionarias declarasen precios de realización por debajo de los verdaderos) y los precios de realización que existían desde la segunda mitad de 1975, PDVSA tendría que declarar una pérdida corporativa de unos \$90 millones para ese año. Reimpell sugirió que una reducción del 10% en los precios de referencia eliminaría ese déficit y le daría a la industria una utilidad de \$120 millones. Después de todo, dijo Reimpell, el precio de referencia era un mecanismo artificial que ya no se justificaba, una vez que el estado era el dueño absoluto del negocio. El general Alfonso agregó que “nadie podía esperar razonablemente que PDVSA pagara en impuestos más del 110% de sus ingresos”. El ministro Hernández argumentó que “no estaba de acuerdo en una rebaja del precio de referencia” y “que debía buscarse alguna otra solución”.

Estas discrepancias eran el resultado de una profunda diferencia de estilos entre el mundo gerencial y el mundo político. PDVSA, manejada por gerentes, se oponía a fórmulas artificiales de control mientras que el ministerio se empeñaba en conservar el control, aunque algunos de los mecanismos utilizados fuesen tan artificiales como lo era el precio de referencia. El ministerio se negaba a admitir que esta situación financiera tendría un impacto muy negativo en la opinión pública, justamente en el primer año de actividades de la industria nacionalizada.

Otros temas tratados por PDVSA en su reunión con los presidentes de las operadoras de octubre 1976 fueron la exploración y la situación del sector de la refinación. Ya hemos visto cuál era la opinión del ministerio sobre la exploración en nuevas áreas. Aunque esa pugna continuaba era preciso definir un plan estratégico de exploración, ya que el mismo ministerio presionaba para que las reservas probadas del país fuesen incrementadas.

El sector de refinación se convertiría en otro campo de batalla entre los burócratas del estado y los técnicos de la industria petrolera. El patrón de refinación imperante en 1976 estaba caracterizado por un alto porcentaje, un 62%, de producción de combustibles residuales. Por 30 años el principal cliente de Venezuela, los Estados Unidos, había requerido ese producto, mientras importaba

crudos livianos para producir gasolinas en sus refinerías domésticas. Pero, en los diez años anteriores a la nacionalización, los Estados Unidos había estado cambiando progresivamente sus políticas de importación de residuales, debido a consideraciones ambientales o al uso de carbón doméstico en aquellas regiones donde las regulaciones ambientales eran menos estrictas. Al mismo tiempo la demanda interna de gasolinas en Venezuela estaba creciendo rápidamente. Se imponía por lo tanto un plan de cambio del patrón existente por otro que encajase mejor en la nueva tendencia de la demanda. Este plan debía comenzar a desarrollarse de inmediato. La primera refinería que sería modificada sería la de El Palito, la cual tendría una planta de craqueo catalítico, junto a una planta de destilación al vacío y una planta de alquilación. Luego vendrían la refinería de Amuay, la refinería de Cardón, en una primera etapa, la refinería de Puerto La Cruz y, finalmente, la Segunda etapa de Cardón. Todo el proceso estaría listo en 1986, al costo de unos 4000 millones de dólares.

La discusión sobre este tema adquiriría una gran intensidad. En un aparte de la reunión, un miembro del equipo del ministerio se acercó a Bernardo Mateos y le comentó:

“Invertir tanto dinero para satisfacer una demanda interna fuertemente subsidiada no parece ser lógico. Sería preferible importar gasolinas que hacer esto”.

Bernardo le respondió: “No se trata solo de la demanda interna. Ni siquiera esto es lo más importante. Se trata de los cambios en naturaleza de la demanda de los clientes internacionales. Recuerda que la inversión no es para incrementar la capacidad de refinación sino para cambiar el patrón de productos resultantes de los mismos volúmenes de entrada a la refinería. Pensamos nosotros en PDVSA que esta inversión debe ir acompañada de un incremento en los precios de la gasolina en el mercado interno. Sin embargo, estamos conscientes de que esto deberá ser una decisión política”.

El funcionario tenía también reservas sobre la tecnología a ser utilizada y le decía a Bernardo: “Creemos que utilizar la tecnología no probada de las multinacionales les servirá a ellas, pero no será de beneficio para el país”, hablando del Flexicoker de la Exxon, planta que se proyectaba utilizar en Amuay.

Bernardo argumentó: “toda la tecnología que se piensa utilizar es tradicional y probada, con excepción del Flexicoker y de la planta experimental de desmetalización en Cardón. Sin embargo, como sabes, ya hay un Flexicoker funcionando en Japón. Tendremos oportunidad de ver cómo se comporta esta planta japonesa con bastante anticipación, antes de decidir qué es lo que se debe hacer aquí. La ventaja del Flexicoker es que procesa crudos bastante pesados y los convierte en una gama preponderante de productos livianos aunque es cierto que también produce un residuo muy pesado. La planta de desmetalización proyectada para Cardón si es algo totalmente nuevo, ya que no existe ninguna otra en operación. Sin embargo, el trabajo de investigación que se ha llevado a cabo conjuntamente con Shell en Ámsterdam indica que nuestros crudos muy pesados y con altos niveles de metales y azufre podrán ser desulfurizados y desmetalizados satisfactoriamente, con la ayuda de los catalizadores que ya han sido identificados en el laboratorio. La tasa de retorno de esta inversión será muy alta si la planta funciona razonablemente bien”.

Pero parecía claro que el ministerio no estaba convencido de las bondades del Flexicoker. Habían comisionado un estudio paralelo a los estudios que se habían hecho en PDVSA, el cuál indicaba que Amuay no sería el mejor sitio para construir la planta, debido a la acumulación del material residual en forma de coque que se produciría, el cuál llegaría a convertirse en un grave problema ambiental. Haber comisionado ese estudio paralelo ya evidenciaba un alto grado de desconfianza por parte del ministerio en los cuadros gerenciales de PDVSA. Por su parte, PDVSA sospechaba que el estudio se había pedido para “matar” el proyecto, más que para analizar objetivamente sus bondades. Evidentemente el problema fundamental que persistía en torno a la industria petrolera nacionalizada era la falta de confianza de los unos hacia los otros.

Durante el período 1976 a 1980 la tirantez se agudizó. El periodista Carlos Chávez, en su columna “Siete Días en Acción”, del 4 de junio de 1979 decía que “Petróleos de Venezuela parece ser el blanco favorito para las arremetidas de instituciones e individuos que, so pretexto de luchar por una verdadera

nacionalización de la industria, impugnan el modelo de organización... critican su estrategia operativa... y censuran la composición de las actuales directivas”.

Una de las instituciones más críticas de PDVSA era Pro Venezuela. Esta organización alegaba que PDVSA no debía ser una empresa predominantemente comercial sino una herramienta de política de estado, una institución nacionalista más que una empresa basada en el simple rendimiento del capital empleado. Agregaba que la industria nacionalizada no debía compararse con las empresas transnacionales.

Por esos mismos días se había reunido en Puerto Ordaz el X Congreso de Ingeniería, en el cuál un documento presentado por el Ingeniero Napoleón Lista rezaba: “La existencia de Petróleos de Venezuela se justificaría solamente si se crea un esquema funcional de filiales: empresas de perforación, producción, refinación, etc. Si se mantienen cuatro empresas integradas estas deben estar bajo el control técnico y fiscal del Ministerio”. En otras palabras, técnicos del ministerio del sector, apoyados por sectores políticos de extrema izquierda, se mantenían empeñados en la creación de empresas estatales por función, algo que ya había sido desechado en 1975 por ineficiente. Pedir la eliminación de PDVSA como casa matriz de planificación financiera, estratégica y operacional, parecía ser una insensatez.

El Director de la empresa, Gustavo Coronel, lo comentó así al periodista Carlos Chávez:

“El país no puede tener cuatro empresas en abierta competencia sin un ente coordinador y de jerarquización de proyectos. El Ministerio de Energía Y Minas no puede ser el organismo que gerencie la industria. El ministerio debe darle a la industria grandes lineamientos de política petrolera pero el cómo hacerlo debe ser una potestad de PDVSA. El relativo buen éxito que ha tenido hasta ahora la industria petrolera nacionalizada se debe a la existencia de un cerebro que emite señales coherentes a un cuerpo ejecutor... no debemos convertir la industria petrolera en un centro de experimentación de nuevas y no probadas técnicas de administración”.

El general Alfonso Ravard, en El Nacional de Abril, 1979, le advertía al periodista Germán Chacín que el documento del Colegio de Ingenieros era inconveniente para el país. El presidente de ese cuerpo, Roberto Chang Mota, declaraba el mismo día que el ingeniero responsable por el documento había decidido retirarlo del evento.

\*\*\*\*\*

En 1979 Luis Herrera Campíns se convirtió en el nuevo presidente de Venezuela. El efecto de este cambio de gobierno sobre PDVSA sería significativo. El ingeniero Hugo Pérez La Salvia fue nombrado por Herrera jefe del grupo de transición en materia petrolera del nuevo gobierno. De inmediato Pérez La Salvia adoptó una actitud dura en contra de la industria. Sostuvo que los cuadros gerenciales de PDVSA y sus filiales debían ser cambiados por gente “nueva”, quienes no tuvieran “la mentalidad que les viene de sus años de trabajo con las empresas transnacionales”. Pérez La Salvia y el presidente del partido COPEI, Godofredo González, comenzaron a hablar de “derroche y despilfarro” en PDVSA, aún antes de examinar los estados financieros de la empresa. Pérez La Salvia agregaba, en entrevista dada a Everett Bauman, para AUTENTICO, el 8 de marzo de 1979, que “la dirección de PDVSA debe remozarse ya que los ejecutivos actuales tienen la mentalidad que les venía de sus años de trabajo en las concesionarias”. Agregó el funcionario que “los sueldos que reciben los directivos de las empresas petroleras nacionalizadas son muy altos en comparación con los que recibían en actividades similares en el sector público o privado del país... es injusto que los funcionarios del ministerio quienes deben supervisar las actividades de la industria nacionalizada reciban salarios mucho menores. Esto crea una situación completamente invertida”.

Para el periodista Bauman esta actitud de Pérez La Salvia estaba muy influenciada por su deseo de ser ministro de nuevo. Para ello, pensó, debía ponerse a la izquierda no solo de AD sino de otros miembros de su partido quienes pudieran aspirar a manejar el ministerio. El presidente electo parecía inclinarse por Humberto Calderón Berti. Fue Calderón quien acompañó al presidente en Diciembre de 1978, en el momento de recibir al Ministro del

gobierno saliente, Valentín Hernández. Mientras Pérez La Salvia había mostrado una actitud beligerante durante su paso por el ministerio y había tenido grandes roces con los gerentes de la industria, Calderón Berti había mantenido cordiales relaciones con esos gerentes, aunque no gozaba de la confianza del general Alfonzo. Esta desconfianza se manifestó cuando llegó el momento de nombrar al presidente del INTEVEP, organismo que había sido motorizado por Calderón. El general Alfonzo había preferido nombrar a José Martorano Battisti, ya que consideraba a Calderón más como un político que como un técnico. Era evidente que la política comenzaba a influenciar más y más el curso de los acontecimientos dentro de PDVSA.

El sector de izquierda extrema arreció sus ataques contra la industria. El representante del Partido Comunista de Venezuela, Radamés Larrazabal, envió una carta pública al ministro del sector, manifestando su preocupación por la distribución de la faja entre las empresas operadoras, ya que ello equivalía, según él, a entregar la faja a las empresas multinacionales. Larrazabal decía en su carta que “Lagoven y Exxon; Meneven y Gulf; Maraven y Shell; y Corpoven y Mobil eran la misma cosa”. Para este hombre los altos gerentes de la industria nacionalizada estaban vendidos al imperialismo. Ello no impedía que Larrazabal fuese el primero en llegar a, y el último en irse de, los cocteles de PDVSA. En esos eventos Larrazabal sonreía, meloso, a Rodríguez Eraso, Quirós, Bernardo Díaz u otros, como si no los insultara por la prensa. La acusación de Larrazabal era paradójica pues él era miembro bastante genuflexo de una transnacional bastante más antigua, el Partido Comunista, cuya casa matriz ciertamente no se encontraba en Venezuela y cuyos lineamientos le exigían a su militantes en todo el mundo anteponer los intereses del partido a los intereses de sus propias naciones.

De allí que los gerentes de la industria, organizados en AGROPET, se sintieran obligados a presentar sus puntos de vista al nuevo gobierno.

Documento de AGROPET al Presidente Herrera.

En ocasión de la llegada de Luis Herrera a la presidencia de la república la Agrupación de Orientación Petrolera, AGROPET, le envió un documento, en el cuál apuntaba lo siguiente:

- 1. El camino andado en el período 1976-1979 ha sido positivo y ha tenido el apoyo de la gerencia de la industria y de muchos sectores políticos y cívicos del país.*
- 2. Durante los primeros cuatro años de actividad PDVSA ha estructurado una matriz financiera eficiente y ha logrado jerarquizar de manera adecuada los diferentes proyectos presentados por las empresas operadoras. No todas las coordinaciones de PDVSA funcionan con el mismo nivel de eficiencia y, en ocasiones, han tendido a exagerar su papel operacional pero, en general, se ha hecho una buena labor en el sentido de uniformizar métodos y procedimientos en la industria.*
- 3. Un acierto especial de PDVSA lo constituye el haberse constituido en ente “amortiguador” entre el sector puramente gerencial y técnico de la industria y el sector político, el cual ha mostrado en ocasiones un excesivo interés por compartir decisiones que deberían ser tomadas a nivel gerencial, en base a consideraciones predominantemente técnicas, tales como han sido el caso de las ventas de productos a países latinoamericanos, el caso del tanquero de DIANCA y el caso de la Petroquímica.*
- 4. La racionalización de la industria ha probado ser exitosa aunque no se haya podido desligar el proceso de algunas consideraciones parroquiales.*

En general, apuntaba AGROPET, el primer Directorio de Petróleos de Venezuela ha cumplido bien su papel de facilitar la transición y consolidación del proceso de nacionalización. A pesar del desconocimiento que algunos de sus miembros exhiben en torno a la industria, o quizás debido a ello, la empresa matriz ha preferido dejar actuar a las empresas operadoras con significativa libertad.

El documento agregó consideraciones sobre los convenios tecnológicos. Recomendó la continuación de estos convenios en áreas específicas tales

como refinación, recuperación secundaria y terciaria de petróleos pesados, procura de materiales, la petroquímica y la asesoría en la exploración costa afuera. Será especialmente deseable continuar con una cuota de empleados extranjeros asignados a las operadoras en áreas muy especializadas. La renegociación de estos convenios debe hacerse en base a lineamientos y estrategias comunes, aunque cada filial puede aprovechar las fortalezas de negociación que posean.

Las recomendaciones específicas de AGROPET hechas al nuevo presidente de Venezuela Luis Herrera Campíns en 1979 fueron:

1. *Incrementar el esfuerzo exploratorio en todo el país, incluyendo las áreas tradicionales, las zonas costa afuera y la faja del Orinoco.*
2. *Enfatizar el tratamiento y mejora de los crudos pesados y extra-pesados que forman una proporción creciente de nuestras reservas probadas.*
3. *Llevar a cabo, cuanto antes, el cambio de patrón de refinación,, so pena de perder mercados en los Estados Unidos.*
4. *Analizar cuidadosamente la inversiones requeridas para los próximos dos años, las cuáles serán mucho mayores que las de 1978, unos Bs. 4500 millones en 1979 y unos Bs. 5100 millones en 1980. Al mismo tiempo los gastos de operación tenderán a aumentar debido al aumento de personal para los esfuerzos de producción, exploración y refinación y al efecto inflacionario, llegando a ser, para 1980, un 35% mayor que para 1977 y un 15% mayor que para 1978. Esto significa que la relación costo/beneficio de la industria será menor en los próximos años porque esos años serán una etapa de expansión y de inversiones, en contraste con los años anteriores en los cuáles la industria apenas estaba produciendo y no había comenzado a expandirse. Esta situación tendrá que ser manejada cuidadosamente desde el punto de vista político, ya que los sectores que adversan la nacionalización o el manejo de la industria por la gerencia profesional querrán ver en ello una pérdida de eficiencia.*
5. *Mantener la industria,, como en sus primeros cuatro años, gerenciada por profesionales, sin que la actividad política juegue un papel en su manejo.*

6. *Realizar un intercambio de personal de alto nivel entre la industria y el ministerio, como vía para lograr una mejoría de las relaciones entre ambos grupos.*

La llegada del nuevo gobierno cerró la primera etapa de PDVSA. Fueron cuatro años muy intensos para la empresa, durante los cuales se revirtió el carácter casi exclusivamente productor de los últimos años concesionarios para dedicar mucho esfuerzo profesional e inversión a actividades de exploración y refinación que habían estado paralizadas por muchos años.

## XVIII.

### **UNA VULNERABLE ADOLESCENCIA.**

Días después del cambio de gobierno Bernardo recibió una llamada telefónica de un alto funcionario petrolero quien lo invitaba a conversar en su casa. Acordaron una cita y el funcionario le dio a Bernardo la dirección de su casa de habitación, la cual resultó ser un modesto apartamento situado en una de las zonas residenciales de clase media de la capital.

Al llegar, Bernardo fue recibido con suma cordialidad por el nuevo funcionario quien se encontraba solo en el apartamento. Se veía contento, eufórico realmente, por el triunfo de su partido y por la distinción de la cuál había sido objeto por el presidente entrante. Después de una conversación inicial sobre asuntos de menor relevancia, el funcionario le dijo a Bernardo:

“Mira, estoy llegando a estas nuevas responsabilidades y, francamente, me siento un tanto solo, sin mucho apoyo. Con excepción de Ramón, a quien tú conoces y quien es como un hermano para mí, no tengo a nadie en quien delegar o en quien confiar. Voy a necesitar bastante ayuda y he estado pensando en ti. Te considero

una persona muy competente y te quisiera incorporar de inmediato a mi equipo de trabajo”.

Antes de que Bernardo pudiese hacer comentario alguno, el funcionario añadió: “Conozco tu estrecha relación personal y de trabajo con Armando. Te confieso sinceramente que no comprendo como una persona como tú pueda haber trabajado para una persona como él. Creo que sería mucho mejor para ti trabajar conmigo y ayudarme a enfrentar las múltiples tareas que la industria petrolera tiene por delante”.

Bernardo se quedó en silencio por algunos segundos, pensando en cómo responder. Finalmente dijo: “Creo que no conoces bien a Armando. Si realmente supieses que clase de persona es, no te sorprendería que yo hubiese trabajado a su lado todos estos años. En cierta forma, mi estrecha asociación personal y profesional con él me haría constantemente sospechoso ante tus ojos, dada la pobre opinión que parece tener de él. Por ello no creo que podamos trabajar juntos, como me lo propones, aunque te agradezco mucho tu ofrecimiento”.

“Sin embargo”, continuó Bernardo, “te prometo apoyarte en todo lo que vaya en beneficio de PDVSA, en todo lo que la mantenga protegida del forcejeo político. Creo que puedes hacer una excelente labor en tus nuevas funciones y no dudo que podamos continuar nuestras cordiales relaciones profesionales y personales”.

Bernardo salió de esa entrevista con un sabor amargo en la boca y, después de pensarlo a fondo, decidió ir de inmediato a hablar con Armando. Por su parte, el nuevo funcionario discó un número y le habló a Ramón, su asistente de total confianza: “Ramón. Tenemos que borrar a Bernardo de la lista. No está dispuesto a cuadrarse con nosotros”. Por su parte, cuando Bernardo se presentó a la oficina de Armando, este lo escuchó en silencio. Al final, Bernardo lo miró, esperando algún tipo de reacción. Armando le agradeció la información pero no hizo comentario alguno. Ni en ese momento ni nunca después Bernardo supo si había hecho lo correcto en haber ido a informarle a Armando de esa conversación.

Quizás esa fue la primera señal de que Bernardo no estaba preparado para sobrevivir en el ambiente cambiante de la industria petrolera venezolana, donde la

meritocracia iba a tener que coexistir rápidamente con las artes palaciegas del halago, el disimulo y el puñal.

\*\*\*\*\*

La revolución en Irán y la guerra entre Irán e Iraq en 1979 produjeron una nueva crisis mundial de suministro petrolero. Unos cuatro millones de barriles diarios desaparecieron súbitamente del mercado, lo cual ocasionó una alza en los precios del petróleo, hasta llegar, hacia fines del año, a un precio spot en Rotterdam de casi \$40 el barril. PDVSA no vendía petróleo en el mercado spot pero se aprovechó de esa alza para renegociar sus contratos de largo y mediano plazo. Ello fue afortunado para la empresa ya que su producción había declinado como consecuencia del agotamiento de sus yacimientos más antiguos y el esfuerzo por añadir nuevas reservas aún no había dado sus frutos. El valor de las exportaciones de petróleo venezolano ese año subió un 60% en comparación con lo obtenido el año anterior. El ingreso por barril producido casi se duplicó durante el lapso. Aunque esto no fue el resultado de las políticas de PDVSA sino de un evento sobre el cuál Venezuela no había tenido control, los resultados de PDVSA durante 1979 fueron excelentes. Igualmente importante fue el hecho de que la empresa ganó tiempo para ampliar sus esfuerzos de exploración y revisión de yacimientos y comenzar a aumentar sus reservas probadas.

A pesar de esta evolución favorable PDVSA se había visto hostigada progresivamente por los sectores políticos. Este hostigamiento respondía más a razones ideológicas que político-partidistas. Todos los partidos políticos venezolanos, incluyendo los más conservadores, compartían un acentuado sesgo pro-estatista que los hacía ver a PDVSA como un indeseable enclave del sector privado transnacional, manejado por personas de dudoso patriotismo. Mucho de ese sector se alegraba íntimamente de los problemas experimentados por PDVSA y los interpretaban como resultado de la incompetencia o entreguismo de sus cuadros gerenciales.

Uno de los líderes en las críticas que se le hacían a PDVSA era Juan Pablo Pérez Alfonzo, un venezolano eminente y de gran credibilidad como experto petrolero, fundador de la OPEP. Pérez Alfonzo daba charlas con regularidad desde el jardín

de su casa en Los Chorros, charlas que recibían una amplia difusión en la prensa. Sus argumentos eran tomados por muchos venezolanos como verdades sin discusión. Uno de los ataques más fuertes hechos por Pérez Alfonzo contra PDVSA, en Octubre de 1978, incluía argumentos tales como:

- “El ingreso petrolero venezolano se ha estancado desde 1973”.

Esto era inexacto ya que el ingreso total y el ingreso por barril producido se habían casi triplicado desde 1973 y excedían en valores constantes lo obtenido en 1973. Aunque el costo de producción por barril se había duplicado, los costos de operación de la industria en 1977 representaban un porcentaje mucho menor del ingreso total de lo que había sido el caso en 1973.

- “Las reservas petroleras venezolanas están calculadas de forma falsa”

En realidad, el cálculo de reservas se hacía en base a una metodología internacionalmente aceptada.

- “El precio promedio de la cesta de exportación venezolana es menor que el precio de referencia del crudo árabe liviano”.

Por supuesto que esto si era cierto. La calidad del barril de exportación venezolano era mucho más baja que la del barril de petróleo árabe liviano. El precio del whisky Johnny Walker etiqueta negra siempre será mayor que el precio del whisky Johnny Walker etiqueta roja.

- “La exploración petrolera es arriesgada y costosa. No es aceptable que los burócratas y tecnócratas de PDVSA jueguen a la ruleta con el dinero del pueblo venezolano”.

La exploración era indispensable para tratar de aumentar las reservas petroleras venezolanas. El tiempo se encargaría de demostrar que las críticas de Pérez Alfonzo eran totalmente infundadas, ya que las reservas petroleras venezolanas aumentaron significativamente en los años posteriores, aunque mucho de ese aumento se debiera a revisiones en los factores de recuperación de yacimientos ya descubiertos.

- “Las inversiones de PDVSA son fantasiosas, en especial las contempladas para 1980 y años posteriores”.

El temor de Pérez Alfonzo a los altos montos de las inversiones programadas por PDVSA era comprensible, sobre todo después de la debacle nacional causada por las inversiones de la “Gran Venezuela” de Carlos Andrés Pérez. Sin embargo, la gerencia de PDVSA no era ni incompetente ni corrupta como si lo era la gerencia del sector público que promovió el desastre durante la presidencia de Pérez, especialmente en la zona de Guayana.

- “Los convenios de apoyo tecnológico han sido rechazados por todos los venezolanos”.

En realidad estos convenios fueron muy beneficiosos para el país y le permitieron a INTEVEP desarrollar sus propias tecnologías y a la industria continuar operando normalmente. Más aún, la segunda etapa de apoyo tecnológico fue negociada a costos significativamente menores.

En esos años Pérez Alfonzo ya se encontraba enfermo y descansaba en las recomendaciones de un grupo de colaboradores, algunos políticamente extremistas, entre quienes se hallaba Francisco Mieres. Mieres había hecho del hostigamiento en contra de la gerencia petrolera su razón de vivir. De formación marxista-leninista, Mieres era el más activo de un grupo de profesores de la Universidad Central de Venezuela, el cuál incluía a Ramón Losada Aldana, Carlos Mendoza Potellá y algunas venerables reliquias del estalinismo como Pedro Esteban Mejías. Mucho del contenido de los análisis de Pérez Alfonzo era obra de Mieres y de su grupo. Se pudiera decir, sin temor a exagerar, que por algunos meses Pérez Alfonzo se convirtió en un instrumento de este grupo a fin de atacar a PDVSA.

Por su parte el Colegio de Ingenieros de Venezuela publicó un documento en Mayo 1979 en el cuál se decía que la gerencia de PDVSA debería estar constituida por “hombres quienes no tengan un pasado que los obligue a aceptar lo que no es conveniente para el bienestar del país”. El Colegio exigía que “un miembro de la directiva de su organización fuese nombrado Director de PDVSA y que un representante del Colegio estuviese presente en cada acto de licitación de PDVSA”. Exigió además que “todos los ingenieros petroleros graduados fuesen empleados por PDVSA”. El razonamiento del Colegio para exigir ese pleno empleo

era original: “Aún cuando esos ingenieros no hicieran nada, el costo adicional por barril de emplearlos solo sería de \$0.03 (tres centavos de dólar), mientras que actualmente la industria paga a las ex-concesionarias casi 40 centavos de dólar por barril en apoyo tecnológico”. Este documento evidenciaba la falta de conocimiento gerencial y técnico de sus autores y era buena muestra de como veía mucho del país a su principal industria. Pensar que PDVSA debía emplear a todos los ingenieros petroleros, sin un proceso de selección basada en calidad, pensar que un miembro del Colegio debía ser miembro automático de la junta directiva de la empresa y pensar que el Colegio debía supervisar todas las licitaciones de la industria indicaba una peligrosa perspectiva sobre la industria. Creer que los ingenieros venezolanos, actuando como individuos, pudiesen reemplazar el aporte de tecnología que hacían las empresas extranjeras, evidenciaba una total ignorancia de la industria petrolera. Los comentarios sobre la falta de patriotismo de los gerentes petroleros, en especial, eran muy insultantes.

El nuevo ministro del sector, Humberto Calderón Berti, convocó una reunión de accionistas de PDVSA para nombrar la nueva Junta Directiva de la empresa. A diferencia de la primera junta, los nombres de los nuevos integrantes no se dieron a conocer de antemano. Se creó mucha expectativa y mucha incertidumbre. Ello permitió, inclusive, que aparecieran algunos candidatos espontáneos, quienes comenzaron a hacerse propaganda. Uno de ellos fue Eduardo Acosta Hermoso, un ingeniero muy honesto quien, sin embargo, había manejado la desastrosa petroquímica venezolana en la época de Rafael Caldera. Acosta Hermoso se dio a la tarea de viajar por los campos petroleros promoviendo su candidatura para, nada menos, la presidencia de la empresa. La permanencia del general Alfonso Ravard en la presidencia no estaba asegurada. Se había creado enemigos en el sector político debido a su evidente desdén por la intriga política. El mismo ministro Calderón prefería verlo afuera pues resentía la pobre opinión que el general tenía de él y no se sentía lo suficientemente fuerte dentro de la industria para poder neutralizarlo. Sin embargo, Calderón Berti les tenía más temor a los

otros candidatos de la industria, Guillermo Rodríguez Eraso y Alberto Quirós, ambos con un gran prestigio entre los gerentes petroleros.

Al final la decisión del nuevo gobierno fue la de conservar al general Alfonzo por un segundo período. El vicepresidente Arreaza también fue confirmado en su posición, junto con Alirio Parra, Pablo Reimpell, Manuel Ramos, Edgar Leal and Luis Plaz Bruzual. Algunos de los nuevos miembros tenían afinidad con el partido COPEI o eran amigos personales del nuevo ministro: Antonio Casas Gonzalez, Wolf Petzall, Humberto Peñaloza y el director alterno Manuel Pulido, aunque todos ellos poseían las credenciales necesarias para estar allí. Dos miembros activos de la industria petrolera, Gustavo Gabaldón y Hugo Finol fueron igualmente seleccionados para la nueva Junta.

Se establecieron cambios en los estatutos de la empresa los cuáles, en general, debilitaron su autonomía y prepararon el terreno para una mayor intervención política. Se añadió un vicepresidente, se acortó el período de los directores de cuatro a dos años y se le dió al ministerio la facultad de aprobar los presupuestos de las empresas filiales de PDVSA, no solamente el presupuesto consolidado de la casa matriz. De esta manera se introducía una relación directa de supervisión entre el ministerio y las empresas operadoras. Lo más grave de todo fue que se le dio al ministro la facultad de asignar tareas gerenciales específicas a los directores de PDVSA, lo cuál había sido hasta ese momento potestad de PDVSA.

\*\*\*\*\*

En 1979 el mundo político parecía haberse decidido a terminar con la autonomía de PDVSA y con lo que percibían como un manejo excesivamente tecnocrático de la industria por parte de gerentes formados por las empresas transnacionales. Se pedía mayor autoridad para el ministerio. Un líder de Acción Democrática, Armando Sánchez Bueno, decía: “ Si en México el Congreso aprueba los presupuestos de PEMEX ¿por que no es así en Venezuela?. Olvidaba añadir que PEMEX era una empresa al borde de la quiebra, precisamente por la sistemática intromisión de la política en su gerencia. Celestino Armas, también de Acción Democrática, se quejaba de que a PDVSA se le hubiese dado excesiva libertad de acción. Uno de los mayores campos de batalla entre el ministerio y PDVSA había

sido la Faja del Orinoco, la zona de grandes yacimientos de petróleo pesado a muy pesado. Por algún tiempo después de la nacionalización el ministerio se había negado a entregar la faja a PDVSA para su desarrollo. Los partidos políticos habían presionado fuertemente para que ello no sucediera porque alegaban que hacerlo sería como entregar la Faja a las empresas transnacionales. El ministro Valentín Hernández decidió hacerlo, en contra de la presión política pero, una vez instalado el nuevo gobierno, la pugna comenzó de nuevo. El simpatizante de COPEI y experto petrolero Aníbal Martínez definía el trabajo proyectado por PDVSA en la Faja como inservible y se lamentaba de “la pérdida de autoridad del ministerio y la falta de supervisión sobre los técnicos de PDVSA”. No ayudó en nada a PDVSA que la empresa contratista de Lagoven para el desarrollo de una porción de la Faja fuese Bechtel, empresa que los sectores políticos venezolanos asociaban con George Bush, Caspar Weinberger y George Schultz, prominentes miembros del gobierno estadounidense. La presencia de Bechtel se veía como una manipulación del gobierno estadounidense para lograr el control de la Faja. La oposición a Bechtel tenía lógica porque esta empresa había participado en la etapa inicial de planificación y aspiraba también a participar como contratista en la etapa de construcción y desarrollo del área. Eso no parecía transparente. Lo que tampoco era lógico, sin embargo, era esperar que el ministerio pudiese acometer el desarrollo de la Faja, ya que no tenía ni la capacidad organizativa ni técnica para hacerlo. Al final de este nuevo forcejeo Lagoven seleccionó a la empresa Lummus para la etapa de construcción y el ministerio debió resignarse a que PDVSA mantuviera el control del desarrollo de la Faja. Los intentos de intervención de PDVSA por parte del mundo político fueron derrotados una vez más pero ciertamente no terminarían allí.

-----0-----

El ataque más duro contra la industria fue iniciado, en 1981, por Gonzalo Barrios, el venerable líder de Acción Democrática, cuya palabra era punto menos que papal para una gran parte de los venezolanos de la época. En unas primeras declaraciones al inicio de 1981 Barrios había advertido contra lo que él

consideraba como “gastos ultra dispendiosos”, dando a entender que en la industria petrolera se estaban dilapidando grandes sumas, incluyendo fabulosos sueldos, además de otras irregularidades de orden económico.

Estas declaraciones de Barrios dieron pié para una verdadera andanada por parte de líderes políticos quienes tenían a PDVSA en la mira. Entre ellos destacaron por su particular virulencia José Angel Ciliberto, Siuberto Martínez, Julio Fuentes, José Vicente Rangel, Germán Lairret, Radamés Larrazábal, Pompeyo Márquez y Jaime Lusinchi.

Bernardo Mateos llamó a sus amigos Martín Martínez y Orángel Lobo para comentar las declaraciones de Barrios y los ataques que estaban ocurriendo en el Congreso. Se reunieron en la cafetería de Maraven y comenzaron a analizar la situación.

“El problema no es Barrios”, apuntó Bernardo, “sino otros quienes no tienen sus buenas intenciones. A Barrios se le pueden entregar los documentos que lo satisfagan sobre la verdadera situación de la industria pero los otros no están interesados en la verdad. ¿Leyeron lo que dice Lairret? Dice que hay que investigar los planes de PDVSA en la Faja y los altos salarios que devengan sus gerentes”.

“¿Y lo que dice Siuberto?” añadió Martín, “que el Congreso debe supervisar estrechamente a la industria. El considera que los gerentes petroleros no somos de fiar”.

Orángel Lobo dijo sonriendo “José Vicente Rangel dice, como si supiera de que habla, que la administración petrolera es muy onerosa para el país”. Y Fuentes Serrano agregó que “hay empleados que no justifican sus sueldos”.

“Lo que hay que hacer es salirles al paso”, respondió Bernardo, “si la gerencia petrolera se queda callada los políticos terminarán por tomar el control de la empresa. Alguien tiene que salir con declaraciones en este sentido. Ya Coronel ha salido con fuerza a defender a la industria pero no lo podemos dejar solo. Más aún, creo que lo van a sacar pronto, porque se ha convertido en una piedra en el zapato para el sector político, tanto los de izquierda como los de derecha”.

“Creo que el día que saquen a Coronel de PDVSA el Congreso va a declarar un día de júbilo”, observó Martín. “Lo último que hizo en El Nacional fue llamar

“gangsters” a algunos miembros del Congreso, quienes acuden a PDVSA a ofrecer sus servicios como intermediarios para toda clase de negocios, desde helicópteros hasta computadoras obsoletas. Eso no se lo van a perdonar, sobretodo porque es verdad”.

“¿Y los programas de radio?” añadió Orángel. “Muchos congresantes quieren tener su programa, patrocinado por PDVSA. Cuando van a las oficinas de la empresa a pedir dinero son todo sonrisas, zalamerías y protestas de apoyo. Pero ante el público se disfrazan de ultranacionalistas y claman por una PDVSA libre de gerentes vendidos al imperialismo”. El asesor de la presidencia de PDVSA, José Antonio Giacopini Zárraga, le decía a Bernardo que no sabía cómo hacer para evitar que los pedigueños le llenaran la oficina de queso llanero, botellas de suero, huevas de lisa y muchas otras ofrendas, en su afán de ganar entrada a los poderes decisorios de la empresa.

Gustavo Coronel había dado unas largas declaraciones a Carlos Chávez para El Nacional, en las cuáles decía, con alguna imprudencia, que “los políticos venezolanos se parecen a la bruja de Blanca Nieves. Esta bruja tenía un espejo que comenzó a decirle la verdad, que existía alguien más bella que ella. La bruja rompió el espejo en mil pedazos... una parte del mundo político ha comenzado a resentir a la industria petrolera porque ella constituye el espejo en el cuál esos sectores se ven como son: mediocres, pequeños, deshonestos, incapaces de construir el país que debe construirse. Los hombres y mujeres de la industria le recuerdan a estos sectores cada día su incapacidad, su fracaso. Y esto es imperdonable....”

En la edición del 36 de Abril de 1981 en Resumen, Coronel había escrito un largo análisis llamado “Notas Didácticas sobre la Administración de la Industria Petrolera Nacional” que resumía la posición de los miles de gerentes petroleros, a quienes él llamaba la Gente del Petróleo. En ese escrito se paseaba por los antecedentes de la nacionalización, por la situación en la cual se hallaba la industria en el momento de la nacionalización y por la estructura organizativa decidida. Se refería Coronel a los procesos de planificación en la industria, los procesos de toma de decisiones, la competencia de PDVSA y del Ministerio del sector, describía los

procesos de licitación y la calidad del liderazgo. Terminaba diciendo que estaba planteada una batalla entre quienes desean ver a PDVSA politizada y los gerentes de la industria. Los gerentes, argumentaba Coronel en su escrito, estaban bien remunerados y no les interesaba el peculado. Se refirió a las hienas políticas que trataban de lanzarle dentelladas al gigante “supuestamente herido”.

Con aquellas declaraciones en “El Nacional” y el escrito en “Resumen” Coronel sellaría su pronta salida de la industria. Más aún, el ministro Calderón Berti vería en la actitud rebelde de Coronel el chivo expiatorio ideal para capear el temporal político que se le vendría encima en el Congreso.

Cuando el ministro Calderón Berti fue interpelado en el Congreso sobre las acusaciones hechas a PDVSA por Gonzalo Barrios, respondió que “él había alertado a PDVSA antes de que lo hiciese Barrios sobre excesos y dispendios, sobre todo aquellos en materia de agasajos, aviones y relaciones públicas”, marcando así distancia de los gerentes de la industria.

Previamente, en una reunión celebrada con los presidentes de las empresas filiales de PDVSA, en la cual también se encontraban presentes varios miembros de la Junta Directiva de PDVSA y algunos coordinadores, Calderón Berti había hablado muy mal de Alberto Quirós, presidente de Maraven, criticando que el Dr. Quirós tomara champaña en el avión de la compañía y que el avión de Maraven fuese utilizado por los ejecutivos de esa empresa para viajes personales. Esto fue oído en silencio por quienes representaban a Maraven en esa reunión, ya que Quirós estaba ausente. En vista del silencio de la gente de esa empresa, Coronel, quien ya había pasado a la vicepresidencia de Meneven, tomó la palabra y dijo que le parecía inelegante que se atacara a Quirós cuando éste se encontraba ausente y no podía defenderse. Agregó que el reglamento de uso aprobado por PDVSA para los aviones de PDVSA incluía la posibilidad de ser utilizados por presidentes y directores en viajes de naturaleza personal, siempre y cuando no hubiese un uso alternativo para estos aviones. Si esto no se consideraba deseable, debían modificarse las normas de la industria pero, mientras ellas estuviesen vigentes no podía atacarse a quienes se sujetaban a ellas. Agregó Coronel que los pedidos de austeridad del ministro debían comenzar por su propia persona.

Coronel, por estar a cargo de la empresa Meneven, sabía que Calderón había pedido cambios en la casa de huéspedes de Puerto La Cruz que sumaban una gran cantidad de dinero, incluyendo nuevo mobiliario y cortinas, además de cajas enteras de whisky y champaña. Coronel había decidido que, si Calderón continuaba esta discusión, él presentaría los presupuestos que Meneven había recibido del ministro. Sin embargo, Calderón Berti escuchó estos argumentos en silencio y decidió terminar la reunión.

En la interpelación ante el Congreso Calderón Berti dio la impresión de que él era austero y la gerencia de PDVSA no lo era, lo cual no era exactamente así. Lo cierto es que en el Congreso quedó la impresión de que en PDVSA había un gran derroche de dinero. En esa misma interpelación Calderón Berti desautorizó a Coronel por sus duras declaraciones de prensa. En efecto, Coronel había excedido claramente sus atribuciones, hablando por la industria cuando los voceros autorizados de esa industria eran el ministro y el presidente de la empresa. Esa imprudencia, combinada con la discusión arriba citada sobre gastos dentro de la industria y un par de eventos posteriores, determinaría su salida de la industria.

El primero de esos dos eventos posteriores fue aparentemente poco importante pero muy indicativo de como el nuevo ministro quería manejar la industria petrolera. Meneven tenía un “yate”, un bote grande muy bien mantenido, el cuál era utilizado por la empresa para el uso de sus ejecutivos o de sus invitados, siempre en base a una planificación previa. En una ocasión la embarcación había sido reservada por el departamento de Relaciones Públicas para dar un paseo a un grupo de médicos quienes se hallaban en Puerto La Cruz, en un congreso médico promovido por la empresa. El día antes del evento pautado se recibió en Meneven una llamada de la oficina del ministro pidiendo el yate para el uso de su esposa. Consultado, Coronel respondió que el yate se encontraba reservado y que se trataría de encontrar una alternativa para la esposa del ministro. Horas después Coronel recibió una llamada del vicepresidente de PDVSA, Arreaza, en la cual Arreaza le decía que el ministro había llamado desde Europa, donde se encontraba, para protestar por “el maltrato a su esposa”. Coronel explicó la

situación a Arreaza, quien, después de escucharlo y darle la razón, le pidió que cediera y le diera el yate a la esposa del ministro. Para tratar de convencer a Coronel, Arreaza le contó su propia experiencia. Le dijo que, en una ocasión, ya montado en el yate y mar afuera, recibió la orden de regresar al puerto, bajarse y darle el yate a la esposa del ministro. Coronel, sin embargo, se mantuvo inflexible. Le respondió que las normas de la industria merecían respeto y que el yate ya estaba comprometido.

El próximo en llamar a Coronel fue el presidente de PDVSA, el general Alfonso Ravard. Coronel recibió la orden de entregar el yate a la señora del ministro y no tuvo más remedio que acatar la orden, pero puso su renuncia durante la misma conversación telefónica.

Esa noche Coronel recibió una llamada, de Alberto Quirós. Con implacable lógica Alberto le preguntó si él quería ver en la prensa que “había renunciado por una pelea sobre el uso de un yate”. Eso es lo que la prensa iba a decir, argumentó Quirós, no que Coronel había renunciado por defender las normas de la industria. Quirós argumentó que la renuncia sería mal interpretada. Ello convenció a Coronel para retirar, en aquel momento, su renuncia.

El segundo evento si obligó a su salida. A mediados de 1981, una tarde, recibió una llamada telefónica de Gustavo Gabaldón, Director de PDVSA, en la cual le informaba que el ministro Calderón Berti acababa de dar una rueda de prensa para anunciar la mudanza de Meneven a Puerto La Cruz y que la noticia estaría en la prensa al día siguiente. Esta mudanza no había sido objeto de análisis alguno y, mucho menos, de consulta alguna con la empresa afectada por la medida. Esa acción totalmente inconsulta y arbitraria violaba todos los procedimientos de la industria. Era evidente que, como presidente encargado de Meneven, en ausencia por enfermedad del presidente Bernardo Díaz, Coronel no podía acatar esa disposición sin protestar. Su protesta fue totalmente desoída en PDVSA, hasta el punto de que Coronel no tuvo más alternativa que pedir, en carta dirigida al general Alfonso Ravard, una transferencia de Meneven a otra posición dentro de la industria, para mantenerse fiel a sus principios y defender las normas y procedimientos que debían prevalecer en la industria. Sin embargo, el ministro

Calderón, quien había recibido una dura carta de Coronel sobre su decisión, no aceptó este pedido de transferencia y ordenó la inmediata destitución del funcionario. En una carta dirigida a la Junta Directiva de PDVSA Coronel alegó lo siguiente:

*“Mi despido de Meneven y de la industria se lleva a cabo por razones inexplicadas e inexplicables. Ustedes están despidiendo a un empleado de 26 años y 20 días de servicios ininterrumpidos quien:*

- *Nunca ha tenido ingresos que no sean los derivados de su trabajo en la industria;*
- *Nunca ha recibido créditos del estado para llevar a cabo actividades extrañas a su profesión;*
- *Nunca ha permitido que empresas de familiares contraten con la industria;*
- *Nunca ha tenido participación alguna en empresas que contratan con la industria petrolera;*
- *Nunca ha poseído bienes raíces en áreas de actividad petrolera y menos aún propiedades que se valoricen mediante las decisiones en las cuáles haya podido influir;*
- *Nunca ha utilizado personas interpuestas para mantener intereses externos que se nutren de la industria petrolera;*
- *Nunca ha servido de consultor a empresas contratistas que cubren el campo sujeto a su supervisión;*
- *Nunca ha tenido más que un solo empleo.*

*Ojalá que todos los ejecutivos petroleros siempre puedan decir lo mismo y ojalá que aquellos quienes no puedan decir lo mismo sean removidos de la dirección de la industria”.*

\*\*\*\*\*

En esta carta Coronel alegaba haber sido despedido por personas quienes no podían exhibir la pulcritud en su gestión que él si había exhibido durante casi 27 años. Sin embargo, esta misiva, así como otra posterior, publicada el 31 de enero de 1982 en la revista “Resumen”, nunca tuvieron respuesta ni podían

tenerla, pues describían la situación poco transparente de alguna de la gente que formaba parte de la más alta dirección de la industria. La transferencia de Meneven a Puerto La Cruz, lamentable es decirlo, no fue dictada por consideraciones gerenciales sino que fue debida a objetivos extraños a la industria por parte de quienes tomaron la decisión. La principal víctima de este acto no fue Coronel, quien después de todo encontraría otros caminos lejos de Venezuela, sino la misma industria y la nación. La salida de Coronel de PDVSA fue acompañada por el silencio de la mayoría de quienes eran sus colegas y amigos en la industria. En una reunión de presidentes de las operadoras con la presidencia de PDVSA, sin embargo, se evitó que fuese objeto de una injusticia adicional, cuando se pretendía que su liquidación de la industria fuese por motivo de renuncia, cuando la realidad es que había sido despedido por defender lo que un gerente honesto siempre debe defender, la integridad de su empresa. Esa reunión fue promovida por Alberto Quirós y apoyada por casi todos los presidentes de las empresas y la plana mayor de la gerencia de la industria. Así y todo, la politización y la manipulación de la empresa para fines personales había cobrado una de sus primeras víctimas. Ya vendrían otras.

XIX.

### **LAS SEMILLAS DEL FRACASO.**

El alto funcionario gubernamental llamó a Ramón, su asistente de confianza, a su oficina y le dijo:

“Ramón, creo que he logrado que la próxima directiva de PDVSA sea casi enteramente nuestra. Tendremos que dejar al general otros dos años, como tapón para evitar el ascenso de Rodríguez Eraso y Quirós. Nuestra estrategia eliminaría a Rodríguez Eraso, quien está próximo a la jubilación. En el caso de Quirós tendré que pensar en otras alternativas, porque le queda más tiempo de servicio. En dos años más podremos ir a la presidencia de PDVSA y, si nos manejamos bien, pudiéramos estar en Miraflores dentro de cuatro años. Luis está cuadrado con nosotros”.

Ramón sonrió satisfecho. Su lealtad era absoluta y estaba siendo ampliamente recompensada. Su jefe era hábil y se movía bien en un mundo político caracterizado por la mediocridad. Ya su status económico y social era el más alto que hubiese disfrutado jamás y tenía una posición que jamás hubiera logrado tener por la vía meritocrática. La astucia y habilidad de su esposa le había sido de inestimable ayuda y compensaba con creces su limitado talento.

La nueva directiva de PDVSA, designada en Septiembre 1981, incluyó algunos miembros con credenciales profesionales bastante menos importantes que sus

relaciones de amistad con el nuevo ministro Humberto Calderón Berti. Gerentes competentes como Hugo Finol fueron desplazados a favor de ingenieros de más modesta trayectoria. Peor aún, se comenzaba a hablar de utilizar el fondo de inversiones de PDVSA, el cual tenía unos \$8000 millones, para cubrir necesidades del gobierno en áreas no petroleras. El general Alfonzo estaba luchando por su sobrevivencia en la presidencia y había perdido mucho poder, por lo cual no pudo oponerse a la integración poco ortodoxa de la nueva Junta.

Mucha gente comenzó a darse cuenta de lo que sucedía en la industria petrolera. No se trataba de una politización en base a consideraciones ideológicas. Era algo más vulgar, una politización basada en ambiciones de poder por parte de un pequeño grupo. Se estaba iniciando un proceso clientelar en base al cual el poderoso colocaba a sus amigos a niveles burocráticos altos. Estos amigos, como contraprestación, debían seguir sus directrices. Esto era similar al modelo patrón-cliente que había existido tradicionalmente en Venezuela en el sector político. Los procesos meritocráticos que PDVSA había enfatizado como parte esencial de su filosofía gerencial se estaban erosionando para dar paso a mecanismos clientelares que se utilizaban en el resto del sector público. De hecho, había comenzado en pleno la invasión de la gerencia de PDVSA por los compadres.

En la antigüedad, cuando la lepra era la enfermedad más temible, se decía que muchos afectados por la terrible dolencia procuraban infectar a la gente sana, a fin de que todos eventualmente llegasen a ser "iguales". Hoy en día el SIDA ha ocupado el lugar de la lepra como dolencia que algunos enfermos tratan de pasar a la gente sana, en un intento de "igualarse". Un fenómeno similar comenzó a ocurrir en Venezuela en relación con la industria petrolera nacionalizada. Esta era una industria esencialmente sana desde el punto de vista gerencial y administrativo, una isla de excelencia en el sector público, rodeada de ineptitud y corrupción por todas partes, hasta por arriba. Por esa razón PDVSA despertaba mucha envidia y animadversión en el sector político. Para ese sector era inaceptable ver que una rama del sector público pudiese permanecer incontaminada, pudiese ser "diferente". El hecho de que los gerentes petroleros estuviesen conscientes de esa diferencia y la mencionaran hasta con arrogancia

en sus intervenciones públicas contribuía poderosamente a exacerbar el resentimiento de la clase política. Cualquier traspié percibido en la conducción de la industria era objeto de acerbos críticas por parte del mundo político. Ello también explicaba el silencio del mundo político sobre la utilización por parte del gobierno del Fondo Financiero de PDVSA. A esta actitud se sumaba el tradicional sesgo estatista de los políticos venezolanos, no importa de que tendencia. Casi todos los políticos venezolanos veían como deseable el control estatal de los recursos nacionales, confundiendo sistemáticamente el concepto de estado y el de nación. Esta confusión era lo que había determinado que la llamada “nacionalización” de la industria petrolera venezolana no fuera más que una vulgar estatificación. La tesis de la estatificación era sostenida con orgullo, casi como dogma religioso, por marxistas como Francisco Mieres o Ramón Losada Aldana, izquierdistas agresivos como Domingo Alberto Rangel o Alvaro Silva Calderón, centristas más moderados como Humberto Calderón Berti o Celestino Armas o el lumpen de los resentidos como Radamés Larrazábal o Siuberto Martínez. Esta variada gama de actores políticos tenía, como denominador común, el deseo de bajarle la cerviz a los tecnócratas de PDVSA, de verlos chapoteando en el mismo pantano estatista e ineficiente en el cuál ellos tenían que moverse.

Con la llegada de Humberto Calderón Berti al ministerio del sector PDVSA comenzó a perder la batalla por su autonomía. Calderón Berti fue pasando del modo técnico al modo político y comenzó a prestarle mayor atención y prioridad a la consolidación de su poder político que a la preservación de los valores y principios gerenciales y económicos en los cuáles se había basado, hasta ese momento, la actividad de la industria.

Quienes llegan a poseer poder político con frecuencia traen a su nueva posición un bagaje esencialmente intacto de sueños e ideales. Esto ha sido así hasta en el caso de las figuras más abominables de la historia, como Adolfo Hitler, José Stalin o Fidel Castro. Quien examine el inicio de las carreras de estos hombres encontrará ideas hasta generosas de justicia social, de redención de masas o deseos de terminar con privilegios indebidos. Es a medida que se van consolidando en el poder que esas ideas comienzan a dar paso a otras

consideraciones menos altruistas y más interesadas. Guardando las distancias, este fue el caso de Humberto Calderón Berti en el sector petrolero y de algunos otros líderes petroleros posteriores. En contraste, quienes hicieron de la industria petrolera su casi única razón de ser, hombres como Ernesto Sugar, así como muchos otros situados en niveles jerárquicos inferiores, permanecieron esencialmente fieles a los valores meritocráticos y de gerencia profesional que enarboló la industria y ello les costó ascensos a los cuáles hubieran tenido perfecto derecho.

La designación de la nueva junta directiva de PDVSA en 1981 generó una andanada de críticas por parte de periodistas y observadores de la industria petrolera. Kim Fuad, Gerardo Inchausti, el Journal of Commerce y el Wall Street Journal, Abelardo Raidi, Roberto Bottome, ZETA, Jorge Olavarría en “Resumen” y gerentes petroleros como Alberto Quirós, se manifestaron en desacuerdo con la manera como fue reestructurada la junta. Quirós se refirió a la diferencia entre políticos y tecnócratas diciendo: “Los políticos eligen a su personal en base a la lealtad. Por ello es que existe el nepotismo, el clientelismo, las designaciones por amistad personal. ... Los tecnócratas son diferentes. La selección se hace en base a habilidad y competencia. Los tecnócratas no tienen hermanos o compadres”. El Wall Street Journal aseveraba que “el gobierno de Luis Herrera ha emprendido una intervención masiva en los asuntos de la empresa. El Ministro Calderón Berti llama esto una profundización de la nacionalización.... Calderón Berti ha nombrado miembros de la Junta Directiva a personas leales a él... quienes no poseen las credenciales de mérito y experiencia que se requieren a este nivel...el Sr. Coronel [despedido por el ministro] compara a Petróleos de Venezuela con los Yanquis de Nueva York y al ministro con el dueño del equipo George Steinbrenner, quien trata de manejar el equipo desde la tribuna”.

Jorge Olavarría dijo en “Resumen”: “El talento del nuevo ministro no se está utilizando en mejorar el sector sino en el beneficio de su carrera política y en la creación de un enclave de poder personal dentro de la industria petrolera”.

Hacia el final de 1981 se notaban algunos problemas en la operación de PDVSA que deberían haber sido motivo de cuidado pero fueron olvidados debido a la

situación irregular de su gerencia. El consumo doméstico de productos había crecido casi un 10% y el potencial de producción estaba estancado en unos 2.4 millones de barriles diarios. Los precios del crudo liviano venezolano debieron ser objeto de una reducción de \$2 por barril impuesta por la OPEP, por lo cual el ministro Calderón tomó una decisión controversial. Aumentó los precios del barril de crudo pesado en unos sesenta centavos de dólar por barril, a fin de tratar de compensar la reducción en ingresos debido al menor precio de los crudos livianos. Sin embargo, esta fue una decisión totalmente política, sin base comercial. La realidad del mercado obligó al ministerio, en Enero 1982, a bajar los precios en setenta centavos de dólar por barril. En las semanas siguientes el gobierno venezolano se vio forzado a reducir precios tres veces más. A fines de Febrero 1982 el país se encontraba en una grave crisis económica. Aunque esta crisis fue causada por factores esencialmente fuera del control de nuestro país, es indudable que se agudizó aún más al combinarse con una gerencia petrolera debilitada y desmoralizada por la manera poco profesional como el gobierno de Luis Herrera pretendía manejar a Petróleos de Venezuela.

Los años de 1982 y 1983 fueron duros para Venezuela y para Petróleos de Venezuela. La gente del petróleo había visto venir la crisis pero la gente del gobierno no la había visto. El debilitamiento de los mercados petroleros produjo una disminución de las exportaciones venezolanas, en especial la de crudos y combustibles pesados. Los tanques de almacenamiento para estos crudos, con capacidad para unos 25 millones de barriles estaban llenos. México había entrado a competir con Venezuela en el mercado de residuales ofreciendo precios inferiores, desplazando unos 200.000 barriles por día del producto venezolano. Muchos de nuestros políticos creían firmemente que la baja en los precios era “una simple maniobra política de los países industrializados para perjudicar a la OPEP”, como aseveraba Alvaro Silva Calderón en El Universal de Caracas, el 24 de febrero de 1982. Aunque PDVSA advirtió al gobierno que debía esperar una significativa reducción en el ingreso fiscal en 1982 el ministro Calderón Berti seguía insistiendo en que los precios aumentarían en la segunda mitad del año y que no había razón para cortar el gasto público. Arturo Hernández Grisanti, desde

la oposición, criticó duramente al gobierno por “irresponsable y carente de planificación”. Luis Esteban Rey, un periodista de impecable reputación, se lamentaba de que el gobierno estuviese implantando un sistema de bonos alimenticios que costaría \$700 millones en momentos en los cuáles existía una crisis financiera. El experto petrolero Rafael Tudela, a pesar de ser simpatizante del gobierno, advertía que “la crisis es mucho peor de lo que el gobierno se imagina. La reducción en el ingreso petrolero en 1982 puede llegar a ser de \$4.500 millones de dólares”.

La politización de Petróleos de Venezuela condujo, inevitablemente, a la “brillante” idea, por parte de algunos miembros del gobierno, de utilizar el fondo de inversiones de PDVSA para cubrir el déficit financiero gubernamental. Al principio el ministro Calderón garantizó que ello no ocurriría y el presidente de PDVSA, General Alfonzo Ravard, manifestó en privado que si tal cosa ocurría él renunciaría. Fedecámaras advirtió que quitarle a PDVSA el dinero para sus inversiones sería “una grave irresponsabilidad”.

En Abril 1982 el gobierno decretó una serie de medidas para aliviar la crisis, incluyendo una reducción de \$2000 millones en el gasto público, un incremento en el precio de la gasolina de alto octanaje, la prohibición de la importación de ropa y zapatos por un año (?), eliminación de los subsidios de importación y el aumento del impuesto de salida del país a unos \$60 dólares por persona. Sin embargo, el presidente Herrera añadió que todos los proyectos industriales continuarían su curso, los bonos alimenticios no serían eliminados, la adquisición de aviones F-16 se llevaría a cabo y el bolívar no sería devaluado. El país recibió estas decisiones con asombro pues el gobierno pretendía ahorrar en lo pequeño y seguir gastando en lo grande. Un astillero para Falcón, una acería para Zulia, los aviones de guerra y los bonos alimenticios fueron vistos como insensatas señales de derroche y de indiferencia ante la crisis.

En Abril 1982 PDVSA ya sabía que los ingresos petroleros serían inferiores, en unos \$5500 millones, a los proyectados originalmente. Una vez más, sin embargo, el ministro Calderón Berti insistió en que los precios aumentarían y que México estaba contribuyendo a la recuperación de los mercados con una reducción

voluntaria de su producción. En realidad México estaba produciendo un millón de barriles diarios, todo lo que podía y los únicos precios que aumentaron ligeramente fueron los de residuales de alto contenido de azufre, los de más baja calidad.

En Junio el Ministro de Finanzas, Luis Ugueto, le propuso a Acción Democrática la utilización parcial del Fondo de inversiones de PDVSA para enfrentar compromisos del gobierno. Este partido se opuso categóricamente a esta propuesta. Mientras tanto, Calderón Berti regresó al Congreso a pronosticar un excelente panorama de precios para la segunda mitad del año.

El Diario de Caracas apuntaba, el 20 de junio de 1982, que “la política apareció al nivel de las empresas operadoras. Las designaciones, promociones y aumentos de salarios, cambios y decisiones que se basaban en consideraciones técnicas, ahora son hechas a lo largo de líneas partidistas...la mudanza de Meneven a Puerto La Cruz no es independiente de ciertas maniobras en el mundo de los bienes raíces...”. Y el Monthly Report del mismo mes agregaba: “Decisiones que debieran ser tomadas por PDVSA de acuerdo con los criterios gerenciales de la industria, están siendo tomadas por el Ministro de Energía.... Muchos ejecutivos y técnicos experimentados se han ido ya de la industria”. Este informe describía algunas de las decisiones arbitrarias del ministro, tales como ordenar cortes de producción a las diferentes empresas sin considerar los compromisos comerciales existentes y la decisión de reasignar áreas de producción entre las empresas sin haber efectuado estudios que lo justificaran.

\*\*\*\*\*

En Julio 1982 la OPEP se reunió en Viena para tratar de salvar los precios. A pesar de un precio oficial de \$34 por barril los precios en el mercado “spot” (ocasional) estaban más cerca de los \$30 por barril. Algunos países como Irán, Libia y Nigeria estaban ya produciendo muy por encima de sus cuotas. Irán excedía su cuota en un millón de barriles diarios. El Ministro Calderón Berti amenazó a los países miembros con aumentar la producción venezolana si esto continuaba. Esta amenaza era improcedente, viniendo de un país miembro del

Comité de la OPEP que supervisaba la producción. Era como si un cuerpo policial amenazara con comenzar a robar si los ladrones no dejaban de hacerlo. La reunión terminó en el desorden más completo. Venezuela aumentó su producción, una decisión unilateral del ministro, fuertemente criticada por Acción Democrática. El Venezuelan Monthly Report apuntó que “una vez más, el criterio y la competencia del ministro deben ser puestos en duda”. En paralelo, el presidente del Banco Central Leopoldo Díaz Bruzul apuntaba que “las circunstancias sugieren la necesidad de usar el fondo de PDVSA para otros proyectos o utilizar a PDVSA como fuente de financiamiento para esos otros proyectos”. Es evidente que Díaz Bruzuál no conocía o prefería olvidar lo sucedido a PEMEX, la empresa petrolera estatal de México. Precisamente por servir de agente de endeudamiento para el gobierno, PEMEX había acumulado una deuda que, para 1982, llegaba a los \$25.000 millones. La empresa mexicana estaba en quiebra.

En septiembre 1982 el gobierno se apropió del fondo de PDVSA, a pesar de todas las advertencias de PDVSA y de los sectores de la sociedad civil venezolana. Esta decisión violó el acuerdo contraído por los partidos políticos más importantes de respetar el auto-financiamiento de PDVSA. El presidente de PDVSA dijo: “Si no tenemos autosuficiencia financiera no tendremos libertad de gerencia. Tendríamos que ir a buscar financiamiento del gobierno o endeudarnos en el extranjero. Ambas alternativas son dañinas”. Ernesto Sugar, un alto ejecutivo de PDVSA dijo que consideraba esta acción gubernamental “intolerable”. Las navidades de 1982 fueron tristes para PDVSA y para Venezuela. Los precios de los destilados tuvieron que ser rebajados en \$3.36 por barril. El ministro de finanzas renunció. El gobierno tuvo la desfachatez de pedirle a PDVSA \$1800 millones para salvar al ineficiente y corrupto Banco de los Trabajadores. Cuando la directiva de PDVSA rehusó hacerlo, el Ministro Calderón les ordenó comprar esa misma cantidad en bonos de la deuda pública, lo cual equivalía a lo mismo.

La confusión en el país era total. Un político de izquierda, Pompeyo Márquez, celebró como “apropiada” la cancelación de los programas de desarrollo de la Faja del Orinoco causada por el desvío de los fondos de PDVSA para el Banco de los Trabajadores.

Por supuesto, el problema de fondo en esta situación era la total dependencia del Estado venezolano en el ingreso petrolero. El desorden gubernamental imperante durante mucha de la época del bipartidismo adeco-copeyano, ciertamente en el período 1975-1995, siempre fue muy pronunciado. Cuando los ingresos petroleros se triplicaron abruptamente en la década de 1970, los gastos del gobierno también se triplicaron abruptamente y el gobierno hasta quedó endeudado con la banca internacional. En 1982, cuando el mercado petrolero internacional colapsaba, el Ministro Calderón Berti continuó hablando de una inminente recuperación de los precios y el Presidente Herrera hablaba incesantemente de construir un puente a la Isla de Margarita y de distribuir bonos alimenticios al costo de unos \$700 millones. No es sorprendente, por lo tanto, que la deuda pública de Venezuela llegara, a mediados de ese año, a unos \$20.000 millones. No era un problema de unos pocos burócratas ineptos sino el resultado de una ineficiencia gerencial sistémica, el producto de programas y políticas estatizantes y populistas que ningún líder político posterior a Rómulo Betancourt fue capaz de abandonar. El político venezolano del siglo XX nunca tuvo el coraje de admitir que el estado era ineficiente y corrupto, que el sector público no tenía capacidad gerencial y que el sector privado requería de aceptación y apoyo por parte del estado. No era un problema de izquierdas o derechas, sino más bien un problema de estupidez colectiva y una maldición heredada de las veleidades marxistas de los primeros luchadores contra la dictadura gomecista, erigidos posteriormente en altos sacerdotes de una religión estatizante que ha mantenido a Venezuela en el atraso.

\*\*\*\*\*

En 1983 la situación de Petróleos de Venezuela se agravó aún más. En Julio de 1983 el ex-Vicepresidente de Meneven, Gustavo Coronel, quien había sido despedido por el Ministro Calderón Berti en 1981 por protestar contra la mudanza inconsulta de Menevén al Oriente del país, dio unas declaraciones de prensa a Bernardo Fisher, de “El Nacional”, en las cuáles afirmaba que el nombramiento de Humberto Calderón Berti a la presidencia de PDVSA sería trágico para esta empresa. Más aún, continuaba Coronel, la directiva existente debería ser

reemplazada en su totalidad por haber permitido la debacle de PDVSA durante 1982. “El próximo presidente de PDVSA debe venir de la industria petrolera. La designación de un político rompería una larga tradición de meritocracia en la industria”, apuntó Coronel. Y continuaba: “los vicios del gobierno se pretenden trasladar a la industria petrolera. Todos los principios en los cuáles se basa la gerencia profesional de la industria fueron violados por Calderón Berti..... Incorporar a PDVSA a la vida nacional, como quieren los líderes políticos, no significa incorporarla al despelote nacional. PDVSA debe ser vista como un ente generador de óptimos ingresos, a ser utilizados por el país. La industria petrolera no debe entrar a desarrollar actividades que no le corresponden. Ponerla a reparar autopistas, ampliar aeropuertos y a encargarse de la recolección del aseo urbano es absurdo”.

La organización de empleados petroleros, AGROPET, también declaraba a “El Universal” por vía de sus representantes Marcos Marín y Alejandro Fernández. Decían que la formación de un gerente petrolero tarda hasta 25 años y que la selección de Calderón Berti para la presidencia de PDVSA era una medida política que atentaba contra los sistemas meritocráticos de la industria petrolera. Como resultado de esta situación, agregaban, PDVSA llevaba seis meses esencialmente paralizada.

Contra viento y marea, en un acto privado casi clandestino, se llevó a cabo, el primero de Septiembre de 1983, la designación de Humberto Calderón Berti como nuevo presidente de PDVSA. Los periodistas no pudieron entrar a cubrir el evento pero lo hicieron a posteriori, cuando ya el acto había terminado. El General Alfonso Ravard dijo: “Este es un acto de despedida que hacemos con todo gusto. Yo no tengo más nada que decir”.

La designación de Calderón Berti como nuevo presidente de PDVSA trajo reacciones importantes. El vicepresidente Julio César Arreaza renunció por razones de “principios”, ya que él había sido la persona que se había opuesto originalmente a que un ministro del sector pasara a ser presidente de PDVSA. También se sabía que Alberto Quirós había rehusado aceptar el cargo de

vicepresidente. De igual forma el asesor legal, Andrés Aguilar, presentó su renuncia.

Los gerentes petroleros vieron esta designación como un asalto a PDVSA. Bernardo Mateos escribió un artículo en una revista de gran circulación nacional en el cuál decía:

“El presidente Luis Herrera inventó una fea palabra [oleopolicastración] para justificar esta decisión....como López Portillo en México, colocó a su Díaz Serrano (Calderón Berti) al frente de PDVSA. Calderón ya tenía tres años haciendo una abierta campaña de autopromoción. La designación de Calderón Berti tiene tres tipos de razones para ser inaceptable: razones éticas, meritocráticas y políticas.... Desde el punto de vista ético debe recordarse que Calderón ha sido el ministro de Herrera. El tenía la principal voz y el principal voto en ese nombramiento y.... ¡se eligió el mismo! Como ministro, Calderón violó los lineamientos básicos de PDVSA: meritocracia, auto-financiamiento, apoliticismo y gerencia profesional. Ha desdeñado el peso de opinión pública que estaba casi unánimemente en contra de su designación”.

“Desde el punto de vista meritocrático”, continuaba Bernardo Mateos, “Calderón nombró tres amigos como directores de la empresa. Las credenciales meritocráticas no son las mismas que las credenciales del compadrazgo. Lo que se requiere en un Director es conocimientos y no lealtad al jefe de la tribu; experiencia y no habilidad para la intriga; habilidad gerencial y no la orden tajante; liderazgo natural y no el pseudo liderazgo”.

“Desde el punto de vista político”, agregaba Bernardo, “hubiese sido necesario tener sentido de historia y no actuar, como lo ha hecho Herrera, por razones personalistas, contra el país y contra su mismo partido. Bastó que Caldera no estuviese de acuerdo con el nombramiento de Calderón Berti para que Herrera lo llevase a cabo”.

El día que este escrito fue publicado, la carrera petrolera de 28 años de Bernardo Mateo terminó. Limpió su escritorio y se fue.

\*\*\*\*\*

Del Diario de Bernardo Mateos.

Octubre, 1981.

Estar sin trabajo no es nunca agradable, pero haber salido de PDVSA enfrentado a las nuevas autoridades de la empresa es todavía peor. Aún mis “mejores” amigos han dejado de llamarme o procuran pasarse a la otra acera cuando me ven venir. El miedo a ver visto con alguien quien ha caído en desgracia con el gobierno hace olvidar hasta las buenas maneras más elementales. He comenzado a buscar empleo y quienes tienen el valor de recibirme me dicen que en los actuales momentos no tienen nada que ofrecerme. ¡Un gerente probado en la industria petrolera no puede encontrar empleo ni en una pequeña fábrica de zapatos!

Solo dos personas me han recibido y me han ofrecido empleo. Uno de ellos es el ingeniero petrolero Rafael Tarazona, un hombre muy generoso y lleno de amigos, quien se ha hecho millonario comprando y vendiendo petróleo en todo el mundo, menos en Venezuela, ya que existe una disposición en PDVSA que prohíbe la actividad de intermediarios o brokers en la comercialización de los hidrocarburos venezolanos. Rafael me ha llamado y me ha dicho que desea que yo trabaje con él y agrega: “Tu me dirás lo que quieres hacer y cuanto necesitas como remuneración. Lo que me digas está bien”. El otro es Hans Epp, el dueño del grupo de empresas de pinturas y plásticos más grande del país. Hans me ha llamado para pedirme que considere ir a manejar una de sus empresas.

Ambos, sin embargo, me piden unos días antes de formalizar el compromiso. Me dicen que deben hablar con el ministro antes de que yo me una a ellos.

“¿Para qué es necesario hablar con el ministro?” pregunto. Y la respuesta es similar: “Es importante que él comprenda que tu posición con nosotros no será un acto hostil contra el gobierno. Después de todo (en el caso de Hans) el gobierno es uno de nuestros clientes más importantes”. O, (en el caso de Rafael) “Hay que hacerlo por cortesía, dada la situación”. Ambos tenían razón.

En ambos casos agradecí enormemente las ofertas de estos generosos hombres pero las rehusé. Pienso que no es aceptable que, desde el sector privado, se tenga que pedir “permiso” al gobierno para emplear a un disidente. Prefiero ir a trabajar como obrero pico y pala antes de tener que “pedir permiso” a quien me sacó de la industria.

\*\*\*\*\*

Paco y Myriam....

Un día que estaba más deprimido que de costumbre sonó, como cosa rara, el teléfono, el cual había dejado de sonar en las últimas semanas. Era el dueño de una empresa de ingeniería venezolana, Paco Rodríguez, a quien no conocía. Rodríguez me dijo: “Ingeniero, nuestra empresa está pensando en entrar al campo de los servicios de exploración y perforación de hidrocarburos. Pero no tenemos experiencia en ese sector. Me gustaría tener un informe sobre la situación de la exploración geofísica en Venezuela y otro sobre el mercado de los servicios de perforación. Me han dicho que usted es una persona quien pudiera ayudarnos en este sentido. Me gustaría conversar con usted personalmente”.

Fui a verlo. Resultó ser un hombre afable y campechano. Descubrimos que ambos habíamos vivido mucha de nuestra adolescencia en la zona de Los Teques. Paco usaba modismos típicos de esa zona que me parecieron divertidos porque no son de uso común en el país. Utilizó con frecuencia la palabra “simiricuri” para hablar de lo que no es genuino. Teníamos algunos amigos comunes. En fin, me cayó muy bien. Me pidió formalmente que le elaborase los dos informes que me había mencionado por teléfono y me preguntó cuánto debía pagarme. Yo no tenía la menor idea de cuánto cobrarle pero hice un rápido cálculo del tiempo que requeriría, lo relacioné con mi último salario y le pedí Bs. 25000 por cada uno, suma que él aceptó sin chistar. Salí de las oficinas de esa empresa con nuevas alas en el corazón maravillándome que, cuando mis amigos me habían dado la espalda, una persona que no me había visto nunca antes me había tendido la mano. Supongo que no soy el primero a quien eso le ha sucedido.

En verdad no es la primera vez que un desconocido me tiende la mano. En mis casi 50 años de vida he tenido la suerte de encontrar apoyo de mis profesores a

todos los niveles, desde la escuela primaria hasta la universidad y de mis supervisores en las empresas donde he trabajado. En Venezuela, sin embargo, tener casi 50 años y estar súbitamente desempleado y en desgracia con el gobierno no es tragedia pequeña. El país tiene un decidido sesgo contra los profesionales mayores de cuarenta años sin amigos en el gobierno.

Pero ese día no se habían terminado los milagros. Entré a una fuente de soda cercana a tomarme un jugo y a pensar en cómo iba a elaborar los informes. Compré el jugo y fui a buscar donde sentarme. Y me encontré de frente con Myriam, la bella estudiante de geología con quien había pasado unos días y una noche inolvidable en Seboruco y a quien jamás creí volver a ver. Pero, lo extraordinario era que Myriam no había envejecido ni un día. Era la misma que yo había conocido en la excursión geológica con el profesor González, cuando ella no tendría más de 18 años. Y ahora no se veía mucho mayor!

Casi boté el vaso de jugo. Me acerqué a la mesa donde estaba la maravillosa mujer y la llamé por su nombre: Myriam? Y ella me respondió, viéndome con extrañeza: “Si. ¿Pero quién es usted?”. Al oír su respuesta me di cuenta de que no era la misma Myriam.

Su voz no era exactamente la misma que yo recordaba tan bien y tan cerca de mi oído.

Le dije: “Conocí a... una Myriam... estudiante de geología hace más de 20 años. Estuvimos juntos en el campo (juntos, muy juntos, pensé con súbita nostalgia). Pero nunca la vi de nuevo. Y hoy, al verla a usted, me pareció que el tiempo había retrocedido y, francamente, me llené de asombro”.

“Mi madre fue geólogo, como mi padre”, me respondió la muchacha. “Lamentablemente murió muy joven. Murió cuando yo nací”, esto último fue casi un susurro.

“Pues yo la conocí muy bien” le dije. “Estuvimos una semana trabajando juntos en el Estado Táchira, cuando ambos tomábamos un curso de Geología de Venezuela. Tu madre era una bella mujer. Y tú eres casi como su hermana gemela. Estoy muy impresionado”.

“Siéntese, por favor”, me dijo Myriam. “Me encanta conversar con alguien que conoció a mi mamá. Yo no la conocí y, en cierta forma, siento que fui culpable de su muerte. Nunca he podido hablar con nadie de ella. Mi padre es muy parco y solo sonrío cuando yo le pregunto cómo era ella”.

“¿Como se llama tu papá?” le pregunté.

Y ella me dijo: “Antonio Ramírez”.

Claro, pensé, Antonio era el payaso del grupo, era quien la hacía reír. Yo fui solo un capricho pasajero. Las mujeres siempre tendrán el recuerdo de sus caprichos en un rincón del corazón pero se casarán con quienes las hagan reír (o llorar).

“Recuerdo bien a Antonio”, le dije. “El, Myriam y yo formamos equipo en el examen final del curso. Antonio era el preferido del profesor y, veo ahora, también fue el favorito de Myriam”.

Y Myriam contestó: “Duró bien poco ese matrimonio. Ella salió en estado el primer año de casada. Murió en el parto, teniéndome a mí. Aparentemente tuvo hemorragias muy fuertes y en el hospital no la atendieron debidamente. Algo que ya casi no sucede, tenía que pasarle a mi mamá”.

Myriam miró a Bernardo y le preguntó: “Y usted, ¿cómo se llama? Sabe tanto de nosotros y ni siquiera conozco su nombre”.

“Soy Bernardo Mateos”, le respondí, “Soy geólogo, como tus padres. Pero ahora estoy desempleado. Hace poco renuncié a PDVSA como protesta por lo que está sucediendo allí”.

“Ah., Bernardo...”, comentó Myriam, “Leí su escrito en “Resumen”. La verdad es que no se podía decir lo que usted dijo sin tener que renunciar o sin que lo botaran”.

Me tuve que reír de la sinceridad de la muchacha. Tanto la reunión con Rodríguez como este inesperado encuentro con la bella Myriam me habían puesto de excelente ánimo.

“Bueno”, me dijo la joven, “debo regresar a mi trabajo. Pero le confieso que haberme encontrado con alguien quien conoció a mi mamá me contenta mucho. Es una lástima que no tengamos tiempo para hablar en detalle de ella. Como le dije, no la conocí y siempre me he sentido triste por no haber sabido cómo era”.

“La verdad, Myriam”, le respondí, “tengo tiempo de sobra para conversar contigo, pero sé que debes regresar a tu trabajo. Si lo deseas nos podemos encontrar mañana aquí mismo y te daré la primera charla sobre tu mamá. ¿Qué te parece?”.

“Mañana no es posible para mí”, respondió la joven, “pero cualquier otro día de esta semana me encantaría poder hacerlo”.

Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en la fuente de soda tres días más tarde. Myriam se paró y se fue. En su cara de actitud permanentemente desafiante y en su trasero redondo y undulante, esta era casi la misma Myriam que yo había conocido 25 años atrás. Sentí la extraña sensación de estar viajando en el tiempo. Mientras salía de la fuente de soda, camino del Metro, iba pensando en Myriam y en las noches estrelladas de Seboruco.

Tres días después llegué a la cita con Myriam y, como la primera vez, la vi sentada. Al verme me hizo un pequeño gesto con la mano y se levantó de su silla para saludarme. “Gracias por venir, no quiero quitarle demasiado tiempo”, me dijo. “Mira”, le dije. “Vamos a comenzar por establecer las reglas del juego. Tu eres Myriam y yo soy Bernardo. Sé que soy muy viejo, casi 50 años, pero no tan viejo como para que no me puedas tutear”.

“No tengo problemas con eso, Bernardo”, me contestó. Y mi nombre sonó maravilloso en sus labios. Me invadió de nuevo esa sensación de estar viviendo en el pasado.

“Bueno”, le dije. “Vamos a comenzar. Myriam era un poco más joven que tú cuando la conocí. Recuerdo que la primera vez que la vi no me pareció particularmente bella. Sus facciones no eran las más correctas y tenía los dientes delanteros ligeramente separados”.

“¿Así?” me preguntó Myriam sonriéndome.

“¡Ah! Exactamente así”, contesté, sintiendo una punzada en el corazón. “Repito, Myriam no me causó una profunda impresión en el primer instante pero fui adquiriendo conciencia de ella progresivamente, como si estuviese bebiendo un vino muy sutil, suave pero intoxicante. Lo primero que me capturó fue su andar. Era tan alta como tú, llevaba el cabello por los hombros y caminaba de una forma

tal que todos teníamos que voltear al verla pasar. Era como una valquiria tropical. Como las diosas escandinavas, Myriam parecía conocerlo todo sobre nosotros, los pobres mortales, y parecía leer nuestras mentes. Al menos, eso fue lo que yo comencé a sentir”.

“¡Una valquiria tropical!. Me gusta eso. ¡Mi mamá era una valquiria tropical! ”, repitió Myriam, tendiendo la mirada hacia un punto en el infinito. “¿Y tenía poder sobre los demás? ¿Como es eso?” me preguntó.

“Creo que era debido a su absoluta seriedad y a la intensidad de su mirada. Hablaba de la geología como si en ello le fuera la vida. No se sonreía ni hacía chistes. Recuerdo que tuve con ella una conversación sobre las lutitas metamórficas de Mucuchachí, un sitio andino no lejos de Seboruco. Resulta que estas rocas eran para mí muy poco atractivas, casi como para dormirse cuando alguien las mencionaba. Pero Myriam tenía fuego en la mirada al hablar de ellas. Al verla describiendo el significado geológico de estas humildes pizarras me entró una súbita admiración, tanto por las pizarras como por ella. De repente Myriam se me reveló como una personalidad dominante”.

“Caramba”, se asombró Myriam, “nunca pensé en mi mamá así. Siempre la imaginé como una persona dulce, más bien pasiva”.

“Dulce, sí”, le respondí, “pero no pasiva. Myriam tenía una personalidad fuerte, debido a su seriedad. Yo era un tanto frívolo y malcriado pero rápidamente me di cuenta de que esas cualidades no caminarían muy bien con ella. Y, la verdad, le puse el ojo a tu mamá desde el primer momento. Y, más aún, consideré casarme con ella. Tuvimos un muy breve romance”.

“Eso significa que yo pudiera haber sido tu hija”, me dijo Myriam, de una manera que me sonó, ¿cómo decirlo?, vaciló ante la palabra, pero así me pareció: incestuosa. “Estoy impresionada. Tengo que irme pero dime: ¿cuándo y dónde me darás la segunda lección?” Y me miró con los mismos ojos de la primera Myriam, una mirada que estableció una conexión que se había roto décadas antes y que de alguna manera se restablecía ahora.

Las lecciones sobre Myriam para Myriam duraron varias semanas. Fueron la base de una extraña relación donde figuraron algunos componentes que Bernard Shaw

hubiese llamado pornográficos, pero, más que un simple intercambio de fluidos, fue un intercambio espiritual entre una joven quien ansiaba llenar un vacío en su vida y un hombre maduro en necesidad de refuerzos para su auto estima. Lo más importante fue que no existió daño sino refuerzos mutuos, una confortable y dulce relación.

Un día Myriam me dijo que había decidido irse a Europa a buscar una nueva vida. La vi salir de mi vida por segunda vez, presintiendo, deseando, ¿soñando? que algún día Myriam pudiera cruzarse en mi camino una vez más.

XX.

### **PDVSA, 1981-1998: PENDIENTE HACIA EL COLAPSO.**

La salida de Bernardo de PDVSA también significó su salida de Venezuela. Se encontró imposibilitado de encontrar un empleo en el país. Afortunadamente había recibido una invitación para sumarse a un equipo de investigadores en una universidad estadounidense del más alto nivel. Rápidamente se puso en contacto con ellos y aceptó la invitación. No era una posición estable sino temporal. No ofrecía honorarios apreciables sino una modesta asignación para los gastos más esenciales. Por otro lado, sin embargo, le permitiría llevar a cabo una transición organizada. Después de treinta años en la industria petrolera su separación le había afectado profundamente. La situación de aislamiento social a la que había sido sometido después de su rompimiento con el sector político en el gobierno le había robado parte de su autoestima.

\*\*\*\*\*

Una mañana de 1981 tomó el avión para USA y llegó la Universidad de Harvard, donde iría a permanecer dos años. Esta fue una experiencia extraordinaria, la cual le permitió sanar espiritualmente e interactuar intelectualmente con algunos gigantes del sector académico, personas como Joseph Nye, Samuel Huntington,

Robert Putnam, Daniel Yergin, Jorge Dominguez y Raymond Vernon. La vida en Harvard era informal y riquísima en contenido intelectual. Todos los días se llevaban a cabo múltiples conferencias, charlas, reuniones, para discutir temas políticos y sociales de alcance global. Bernardo llegó como Investigador (Fellow) del Centro de Asuntos Internacionales, cuyo jefe en aquella época era Benjamin Brown. Benjamin era vecino de Julia Childs, la famosa gastronoma. Poco después de su llegada Bernardo fue invitado a cenar por Benjamin y Julia estaba allí, aunque no es seguro que ella contribuyera con la preparación de la comida.

Llegar a Cambridge, Massachusetts, a fines de Enero, no fue divertido. Esa zona de los Estados Unidos sufre inviernos duros. Bernardo tuvo que adquirir rápidamente ropa adecuada y re-aprender a caminar por estrechas aceras jabonosas y traicioneras, cubiertas por el hielo. Tuvo la inmensa suerte de recibir la guía de un venezolano excepcional, quien ya se encontraba en Harvard y conocía a Cambridge muy bien. Esta persona era Pedro Pick, un hombre de una generosidad y un entusiasmo como pocos. Su ayuda había sido decisiva para que Harvard invitase a Bernardo a unirse a su grupo de investigadores. Cuando esa invitación se concretó Pedro se dedicó a buscar en Cambridge un pequeño apartamento para Bernardo y lo alquiló, arreglando todos los documentos y pagando el depósito necesario. Cuando Bernardo llegó a Cambridge pudo comprar algunos muebles y mudarse, a los tres días de haber llegado, al apartamento, situado en la calle Trowbridge. Pedro lo había recibido en el aeropuerto y lo alojó en su casa mientras hacía lo necesario para mudarse.

\*\*\*\*\*

Harvard y Cambridge.

La Universidad de Harvard ocupa una buena porción de Cambridge. La universidad ha ido creciendo en el tiempo desde su edificio original, se ha ido extendiendo en todas las direcciones, ha cruzado el río Charles y echado raíces

hacia el sur y el este de la pequeña ciudad. La famosa Harvard Square, que Bernardo imaginaba como una inmensa plaza, con alguna estatua importante, resultó ser una simple estación del metro, rodeada de ventas de periódicos y revistas por todas partes. De allí arrancaba la calle principal, Massachusetts Avenue, la cual llevaba hacia la otra gran universidad de la zona, MIT y seguía su camino hacia Boston. Esta avenida contenía numerosas librerías, ventas de helados, pequeñas tiendas de ropa y, hacia el este, un grupo de excelentes restaurantes chinos y una importante colonia portuguesa que ha producido algunos excelentes jugadores de beisbol para los medias rojas de Boston. Este sería el mundo de Bernardo por los siguientes dos años. Se acostumbraría a caminar a todas partes o a trotar por Memorial drive, bordeando el río Charles, hasta llegar a MIT. Este era un hábito compartido con centenares de estudiantes y profesores de ambas universidades. Con alguna frecuencia Bernardo, geólogo al fin, caminaría hasta Boston.

Bernardo cambió rápidamente la vestimenta formal del ejecutivo petrolero por una más informal de miembro de la comunidad de Harvard. Allí pocos profesores y aún menos estudiantes vestían de manera formal. La corbata era una prenda poco conocida. El atuendo preferido, siempre y cuando lo permitiera el clima, era camisa y blue jeans, una chaqueta cuyo grueso dependía de la temperatura y un morral contentivo de los libros o documentos con los cuáles se trabajaba en el momento. Ah, y muy importante, un helado en la mano. Cuando llegó la primavera Bernardo comenzó a disfrutar de las caminatas por la universidad, en especial por los jardines situados alrededor de los edificios de clases y de la biblioteca Widener. Allí podía ver, sentados en la grama, profesores quienes compartían un almuerzo de sándwiches, manzanas y sabiduría con los alumnos. Muchos de estos profesores eran famosos en sus campos de especialización, algunos habían ganado premios Nobel. Sin embargo, su vida en Harvard era sencilla, sin pomposidad académica. Bernardo los comenzó a distinguir y a conocer con rapidez. Gravitó hacia Raymond Vernon, con quien pronto desarrolló una amistad especial. Vernon había tenido una carrera brillante, primero con la Securities and Exchange Commission, luego con el Departamento de Estado y después en

Harvard, donde comenzó su carrera como profesor en 1959. Vernon había sido miembro del equipo que desarrolló el Plan Marshall y una figura importante en la creación del Fondo Monetario Internacional. Su trabajo académico en Harvard cubría bastante terreno pero estaba centrado en el análisis del comportamiento de las empresas multinacionales. Había sido uno de los pioneros del estudio de la globalización.

En 1981, cuando Bernardo lo conoció, Vernon estaba ya cercano a los setenta años. Era de corta estatura y estaba en excelente estado físico. Vernon era un hombre de un intelecto muy agudo, de un Inglés excelente. Enunciaba cada palabra como paladeándola. Al escucharlo, Bernardo tenía la impresión de estar leyendo un ensayo ya terminado. Vernon iba a casi todas partes en bicicleta y había sido, por años, un remero de primera categoría, deporte que aún practicaba con asiduidad. A pesar de su intensa carga académica y de una actividad permanente de investigación Vernon se las ingeniaba para ayudar a estudiantes y colegas en sus actividades. Cuando Bernardo le comenzó a hablar de sus proyectos de estudiar las empresas petroleras estatales y de cómo evaluarlas en comparación con las empresas petroleras del sector privado, Vernon comenzó a dedicarle algún tiempo a la semana y a guiarlo en su investigación. Al mismo tiempo, comenzó a interrogar a Bernardo sobre la situación de las empresas estatales venezolanas, mostrando un excelente conocimiento de la situación económica y financiera del país. En esa época Vernon estaba reuniendo material para un libro sobre el desarrollo de Japón y los Estados Unidos, dos gigantes hambrientos de petróleo y metales.

Vernon le recomendó a Bernardo dirigir su investigación, no tanto a las estadísticas de las empresas petroleras del estado, sino a las características de su gerencia. “Es allí que está la clave de la diferencia entre estas empresas y las empresas privadas”, le dijo a Bernardo. En especial, añadía Vernon, “debes examinar en que etapa de su evolución está la gerencia de la empresa”. El insistía en que había una actitud en el gerente del sector privado que era conducente a la eficiencia, mientras que la actitud predominante en la gerencia del sector público, divorciada del sentido de rentabilidad, tendía a promover el despilfarro de tiempo y

recursos. “No existe en la empresa pública el firme propósito de hacer las cosas a un costo mínimo, en el menor tiempo posible, con la más alta calidad”, apuntaba Vernon. La empresa pública se convierte casi siempre en un centro de costos mientras que la empresa privada está obligada a ser rentable, so pena de desaparecer.

Durante su estadía en Harvard Bernardo pudo escribir, dar un seminario sobre empresas petroleras estatales y establecer excelentes contactos. La amistad de Pedro Pick le fue invaluable. Pedro tenía su pequeña oficina al lado de la de Bernardo. Cerca de ellos estaban algunas figuras de renombre internacional. Alguien con quien Bernardo compartió brevemente antes de que partiese hacia la muerte en su nativa Filipinas fue Benigno Aquino, un líder político lleno de idealismo. “Nunca he sido tan feliz como aquí en Harvard”, le confesaba Aquino a Bernardo. “Mi esposa no quiere regresar a Manila pero yo estoy impaciente por hacerlo porque allí está mi destino”. En Agosto de 1983 Benigno Aquino regresó a Manila y fue asesinado al bajarse del avión. Su destino se había cumplido. Después de su muerte la fuerza política de Benigno Aquino se acrecentó de tal manera que la presión popular obligó a Fernando Marcos a salir del poder y su viuda, Corazón, se convirtió en la primera mujer en llegar a la presidencia de Las Filipinas.

Además de Aquino, Bernardo conoció a Larry Harrison, quien escribía lo que sería un extraordinario libro: “El Subdesarrollo es un Estado Mental”; Jeffrey Davidow, quien luego iría de Embajador a Venezuela; Ann Swift, una maravillosa mujer quien había sido uno de los rehenes norteamericanos en Teherán y contaba con sencillez su aventura; José Maria Dagnino Pastore, un experto en finanzas de Argentina y muchos otros individuos fascinantes. Dagnino Pastore desapareció un día de la oficina y alguien le informó a Bernardo que había regresado a Buenos Aires a ser Ministro de Finanzas. Bernardo le envió de inmediato un telegrama de felicitación pero el telegrama llegó un día después de que Dagnino ya había renunciado!

Desde su llegada a Harvard Bernardo había tratado de comprar un auto a crédito pero se encontró, para su sorpresa, que los venezolanos en la zona de Boston

tenían tan mala fama que, al conocer su nacionalidad, las agencias de auto le negaban el crédito. En especial, los estudiantes venezolanos parecían especializarse en meter la moneda de un bolívar, exacta a la de 25 centavos, en los peajes de las autopistas y en los sitios de estacionamiento, así como en irse de regreso a Venezuela sin pagar sus deudas. En Hannover, New Hampshire, Bernardo conoció un profesor de literatura de la universidad de Dartmouth, Noel Perrin, autor de maravillosos libros sobre la vida rural de Vermont y le mencionó esta situación, de manera anecdótica. A los pocos días recibió una llamada telefónica de una agencia de autos de la región, donde lo invitaban a elegir su auto nuevo. “El Profesor Perrin nos ha llamado y manifestado que él será su fiador”. Y así pudo Bernardo comprar su auto, afianzado por alguien que casi no lo conocía. Al salir de Harvard Bernardo no regresó a Venezuela de inmediato. Le fue ofrecida una posición en el Banco Mundial donde permaneció casi siete años, un período lleno de aventuras alternativamente tristes y fascinantes. Las labores del desarrollo fueron una revelación para él. Se dio cuenta de cómo el grueso de los dineros que el mundo desarrollado inyectaba a los países en desarrollo se quedaban, con demasiada frecuencia, en los bolsillos de los burócratas del país receptor de la ayuda. Una mañana tomó un avión para el África, a fin de reunirse con un gobierno que pedía angustiosamente ayuda financiera. En la primera clase del avión viajaban unas personas bulliciosas, riéndose a carcajadas, alegres con el champaña ilimitado de a bordo. Desde su asiento de clase turista Bernardo podía oírlos y, de vez en cuando, verlos actuar. Al llegar al país, Bernardo fue a reunirse con el grupo de ministros que explicarían las angustias financieras que atravesaban. Al verlos se encontró con el grupo que había viajado con él. Le pareció que algo andaba mal en el mundo, cuando los pedigueños viajaban en primera clase y quien prestaba el dinero viajaba en clase turista. Otro día, al llegar al edificio de banco, vio estacionado en la puerta uno de esos larguísimos autos que alquilan con chofer los miembros de la farándula o los “ejecutivos” quienes desean lucir importantes. Ese auto estuvo estacionado todo el día frente al banco. Luego supo que había sido alquilado por un gerente de la Corporación Venezolana de Guayana, quien había ido a gestionar un préstamo.

Incongruencias como estas lo hicieron decepcionarse de su trabajo, por lo cual decidió regresar a Venezuela, pero ya no a la industria petrolera sino al mundo de la consultoría internacional, primero, y al servicio público después, como gerente de empresas del estado, una misión en la cuál era casi imposible tener éxito, además de muy poco remuneradora para alguien no dispuesto a robar.

Durante todo el tiempo dedicado a estas actividades se mantuvo razonablemente atento a lo que sucedía en la industria petrolera y escribió observaciones en su diario sobre el proceso de la industria petrolera en manos del estado. Lo sucedido en esa industria durante el período de 1981, año en el cuál el sector político lo había obligado a salir de ella, hasta 1999, año en el cuál algo cataclísmico sucedió en el país, fue objeto de sus anotaciones. Basado en ellas escribió un ensayo que nunca publicó y que transcribimos a continuación.

\*\*\*\*\*

## **PDVSA 1984-1998, PENDIENTE HACIA EL COLAPSO**

**Bernardo Mateos.**

Posiblemente Petróleos de Venezuela estuvo condenada al fracaso desde el mismo primer día de su nacimiento. Muchos quienes laborábamos en la industria petrolera lo temíamos así. Ya conocíamos el mundo político suficientemente bien para saber que, no importaba cuantas promesas hiciesen de dejar a Petróleos de Venezuela trabajar tranquila y sin interferencias, terminarían por romper esas promesas. Este temor se fue justificando a medida que transcurría el tiempo y se empezaba a advertir el resquebrajamiento de las bases fundamentales de meritocracia, auto-financiamiento y normalidad operativa que el primer presidente de la empresa, Rafael Alfonzo Ravard, había martillado tanto en la mente de los venezolanos. Creo que es posible dividir la historia de la empresa durante ese período en tres etapas más o menos claramente diferenciadas: una primera etapa que duró desde 1976 hasta 1981, aproximadamente; una segunda etapa que transcurrió desde 1981 hasta 1993, y una tercera etapa, desde 1993 hasta 1998.

\*\*\*\*\*

### **La primera etapa, 1976-1981: la luna de miel.**

Sobre la primera etapa, 1976-1981, ya he escrito en algún detalle en mi diario. Es posible llamarla la etapa de la luna de miel, una etapa durante la cual el inmenso prestigio personal, la aureola casi mágica de súper-gerente que acompañó al general Alfonso Ravard, mantuvo al mundo político esencialmente a raya y, justo es decirlo, el mundo político actuó con discreción en su relación con la nueva empresa. PDVSA necesitaba y pudo utilizar eficientemente esa etapa de luna de miel. Había tenido que llevar a cabo un complicado proceso de racionalización, llevando las 15 empresas operadoras de gran, mediano y pequeño tamaño a cuatro empresas integradas de similar tamaño, aún cuando Lagoven fuese claramente la más importante. La exploración se encontraba paralizada ya que las empresas concesionarias, enfrentadas a un proceso de reversión a plazo fijo, habían dejado de invertir en ese sector. En 1950 la industria había tenido 800 geólogos y geofísicos involucrados en la búsqueda de petróleo. Al momento del nacimiento de PDVSA quedaban menos de 40. Las reservas estaban al nivel de unos 18000 millones de barriles, suficiente para un poco más de 20 años a la tasa de producción del momento. La producción había aumentado hasta los límites máximos permisibles, ya que las empresas concesionarias trataban de maximizar sus ingresos en el corto tiempo de vida que restaban a las concesiones. Las plantas de refinación estaban orientadas a la producción de los llamados combustibles residuales, para la calefacción, el cuál había sido por largos años el producto requerido por el principal cliente de la industria petrolera venezolana, los Estados Unidos. Los yacimientos petrolíferos mostraban señales claras de agotamiento parcial. En líneas generales, PDVSA heredó una industria en franca declinación y debía llevarse a cabo un intenso esfuerzo de naturaleza técnica y gerencial para mejorarla. El sector político comprendió que lo sensato era dejar que PDVSA manejase la industria en esta etapa tan compleja y delicada. A su vez, la directiva de PDVSA, compuesta casi exclusivamente por petroleros retirados o por personas de gran prestigio pero sin experiencia directa en la industria, hicieron lo más sensato: delegaron en las empresas filiales operadoras el manejo de la industria y limitaron su papel a supervisar la planificación financiera y técnica, a

aprobar los presupuestos y asegurarse de que los proyectos a llevarse a cabo fuesen de calidad y de la más alta prioridad. En esta etapa, por lo consiguiente, el papel del Ministerio de Energía fue de simple comprobación técnica, a posteriori, de lo que se hacía en la industria, mientras que el papel de la directiva y plana mayor de PDVSA fue de seguimiento de la actividad y de aprobación a priori de los presupuestos-programas de las empresas operadoras.

La luna de miel estuvo signada por la presencia de Rafael Alfonzo Ravard en la presidencia de la empresa y por su empeño en inculcarle a la organización algunas estrategias fundamentales: meritocracia, auto-financiamiento, apoliticismo, normalidad operativa y gerencia profesional. Este quinteto de estrategias sería repetido incesantemente por Alfonzo Ravard en todos sus discursos y en todas las ocasiones posibles. Se convirtieron en un mantra. El General Alfonzo Ravard solía decirme: “Recuerda que en el principio fue la palabra”. Alfonzo le daba especial importancia al mantra como agente efectivo de internalización intelectual en sus gerentes, de transformación de una idea en actitud. Mientras trabajé a su lado vi como estas ideas encontraban terreno fértil en un grupo de gerentes quienes ya habían andado un largo trecho en esa dirección. La prédica de Alfonzo Ravard no era nueva para ellos y, en cierta forma, eran ellos quienes habían iniciado con Alfonzo Ravard un diálogo que contenía estos principios. Los gerentes y Alfonzo Ravard se reforzaban mutuamente. A pesar de algunos hábitos no enteramente ortodoxos en su estilo gerencial, el General Alfonzo Ravard fue el líder que la empresa necesitaba en esa etapa. La meritocracia fue, quizás, la bandera más importante. La selección de los nuevos gerentes o directores de las empresas operadoras estaba basada en un análisis bastante profesional de las cualidades de cada quien. Más aún, la identificación de puntos débiles en los candidatos llevaba generalmente a entrenamiento específicamente diseñado para remediar las vulnerabilidades. Asistí con frecuencia a reuniones dedicadas a analizar las cualidades, puntos débiles y futuro desarrollo de un gerente medio o de alto nivel que tomaban cinco y seis horas del grupo evaluador, en el cuál se encontraba invariablemente su supervisor inmediato.

Durante esta etapa la empresa experimentó un espectacular proceso de recuperación en casi todos los órdenes.

### **Inversiones y costos operativos, 1976-1981.**

Las inversiones se cuadruplicaron en bolívares constantes al pasar de Bs. 2300 millones en 1976 a Bs. 7.600 millones en 1981. Esto demuestra el gran esfuerzo que tuvo que hacerse en el plano organizativo pues la industria venía de una década en la cual la inversión había ido reduciéndose. Una organización que se acostumbra a no invertir requiere de un esfuerzo mayor para cambiar de actitud y para invertir eficientemente.

Los costos operativos, por su parte, tendieron a reducirse, en términos constantes, pasando de Bs. 6.600 millones en 1976 a Bs. 6.400 millones en 1978, para subir levemente hasta Bs. 7100 millones en 1981. En estos costos operativos se incluían los contratos tecnológicos y de comercialización suscritos con las empresas ex-concesionarias, así como los gastos de reparación de pozos, los cuáles eran de naturaleza reproductiva, ya que resultaban en un incremento de la producción a corto plazo.

**Exploración, Producción y Reservas.** La actividad exploratoria por sismógrafo recibió atención desde el primer momento. En 1976 se contrataron 6.454 kilómetros de líneas sísmicas, cifra que subió a 33.849 kilómetros en 1980 y 13.522 kilómetros en 1981. Esta actividad es la precursora de la perforación exploratoria, genera verdaderos electrocardiogramas del subsuelo que apuntan hacia las áreas más promisorias desde el punto de vista petrolífero. En base a esta actividad, se perforaron 52 pozos exploratorios en 1976, cifra que llegó a 350 pozos en 1980 y a 309 pozos en 1981.

La producción de la empresa se mantuvo esencialmente constante desde 1976, cuando la producción promedio fue de 2.294.000 barriles diarios, subiendo ligeramente en 1978 hasta un promedio de 2.356.000 barriles diarios para colocarse en 2.107.000 barriles por día en 1981. Es importante apuntar que estos

niveles de producción fueron mantenidos por medio de un intenso esfuerzo de perforación de desarrollo y de reparaciones de pozos. Los pozos de desarrollo se triplicaron desde 1976 a 1981 y las reparaciones y reacondicionamientos de pozos se duplicaron durante este período. Como Humpty Dumpty la industria petrolera venezolana tenía que correr cada vez más rápidamente para poder mantenerse en el mismo sitio. Ello era el resultado de yacimientos ya maduros o en incipiente estado senil. De allí que la exploración de nuevas áreas fuese tan importante, aunque el impacto de la exploración sobre los niveles de producción no se pueden ver antes de un cierto período de tiempo, generalmente de cinco a siete años.

Las reservas probadas, aquellas cuya certeza de existir era muy alta, aumentaron, al pasar de 18.220 millones de barriles en 1976 a 20.154 millones de barriles en 1981.

### **Refinación de petróleo y niveles de exportación.**

La planificación de la modernización de las refinerías venezolanas comenzó en 1976. Durante la etapa de 1976-1981 estos estudios y los trabajos de modificación y modernización de las plantas consumieron mucho del período. La capacidad de refinación y los niveles de procesamiento se mantuvieron esencialmente estáticos, en 1.450.000 barriles por día y alrededor de 92% de utilización de las plantas. Sin embargo, se comenzó a experimentar una mejora en los rendimientos, de forma tal que la producción de combustibles residuales de alto contenido de azufre, los productos de menor valor en los mercados, fue declinando, al pasar de 451.000 barriles por día a unos 327.000 barriles por día en 1981, mientras que los productos más valiosos comenzaron a subir ligeramente.

El total de exportaciones bajó, durante esta etapa, de 2.156.000 barriles por día en 1976 a 1.800.000 barriles por día en 1981. Sin embargo, esta baja fue compensada por un mayor valor del paquete de exportación. Un aspecto negativo fue el incremento del consumo en el mercado doméstico, el cuál pasó de 244.000 barriles diarios en 1976 a 369.000 barriles diarios en 1981, con precios altamente subsidiados. Para empeorar esta situación muchos de los volúmenes consumidos localmente eran los de mayor valor, gasolinas y destilados. Esta es una situación

que se iría a perpetuar y a empeorar, convirtiéndose en uno de los errores estratégicos y políticos más graves de todos los gobiernos que hemos tenido.

### **Número de empleados.**

Otro aspecto de la nueva empresa que preocupó a muchos durante sus primeros seis años de vida fue el aumento de la nómina de trabajadores, la cuál pasó de 23.670 en 1976 a 42.353 en 1981. Por supuesto, mucho del incremento era explicable. Los niveles de actividad exploratoria y de producción habían aumentado significativamente y, sobretudo la producción, eran actividades que requerían más mano de obra. Pero este era un índice que servía como base a la crítica de quienes pensaban que PDVSA estaba en manos indeseables. La izquierda venezolana comenzó a hacer ruido en este sentido, olvidando que la industria petrolera concesionaria, antes de la etapa de contracción causada por la cercanía de la reversión, había tenido niveles de empleo similares a los de 1981.

### **La gerencia.**

Durante esta etapa el general Alfonso Ravard estuvo al mando de la empresa y se mantuvo la continuidad gerencial y operativa que la industria requería. Sin embargo, ya en 1979 se comenzó a resquebrajar la unánime conducta de respeto que el mundo político había mantenido frente a PDVSA. El nombramiento de la nueva Junta Directiva de PDVSA abandonó parcialmente los sanos criterios de administración. El nuevo ministro del sector, Humberto Calderón Berti, convirtió el nombramiento de esta junta en una caja de sorpresas, donde nadie sabía, excepto el ministro, quienes serían los integrantes del nuevo directorio. Ello permitió que apareciese el cabildeo en el proceso de nombramientos. Aparecieron candidatos auto-promocionados y hasta el mismo Presidente de la empresa se vió obligado a hacer campaña para mantener su posición. Los gerentes de la industria petrolera esperaban que se cumpliera la promesa hecha por el gobierno anterior de nombrar un nuevo presidente y una segunda junta directiva con miembros activos de la industria petrolera. Ello era lo lógico, alegaban los gerentes petroleros, que la junta directiva de PDVSA fuese el punto máximo en la carrera de los gerentes petroleros. No sería justo decir que los miembros de la nueva junta carecían de méritos. Al contrario, algunos de ellos, como Humberto Peñaloza y Hugo Finol,

eran profesionales excelentes, además de los directores ratificados. Los problemas aparecieron con las modificaciones que se le hicieron a los reglamentos de la empresa, entre ellos, el nombramiento de dos vicepresidentes, la facultad del gobierno de asignar áreas de competencia a los directores de la empresa y la facultad del gobierno de analizar en detalle los presupuestos de la empresa matriz y de las empresas operadoras. Esto último no es lo deseable en empresas manejadas por gerentes profesionales, en las cuáles los accionistas no gerencian la empresa sino que tienen la facultad de remover aquellos directores quienes no cumplan con sus expectativas. La aprobación previa de los presupuestos-programa abrió otra puerta a la politicización de la empresa.

El nuevo ministro de Energía y Minas llegó decidido a establecer un mayor control de PDVSA por parte del gobierno y encontró el apoyo de los principales partidos políticos. Ya para 1979 se había disipado mucho del temor reverencial que los políticos le tenían al lenguaje de los técnicos y ya muchos de ellos habían llegado a pensar que ellos podían manejar la industria tan bien como los técnicos, quienes “ni siquiera parecían ser muy patriotas”. Celestino Armas decía, desde el Congreso: “Les hemos dado [a los técnicos] demasiada libertad”, mientras que el líder comunista Radamés Larrazábal alegaba que “el estado debía tomar el control de la exploración de la faja del Orinoco y establecer contratos tecnológicos de estado a estado”. (El Nacional, Junio 8, 1979, pág. D-17). Hugo Pérez La Salvia, quien había sido ministro del sector durante la presidencia de Rafael Caldera, fue un poco más lejos, al decir: “Siempre he dicho que heredamos la gerencia de las multinacionales y creo que esos gerentes tienen una mentalidad derivada de su trabajo con la concesionarias”. (Auténtico, #90, Marzo 5, 1979). En otras palabras, el sector político comenzó a decir abiertamente que los gerentes petroleros no eran gente de fiar.

La luna de miel había terminado.

\*\*\*\*\*

### **La segunda etapa, 1981-1993: del éxito técnico a la contaminación política.**

Durante esta etapa Petróleos de Venezuela se consolidó como empresa petrolera de rango mundial. Los estudios y la exploración llevada a cabo durante la primera

etapa dió sus frutos. Las reservas probadas crecieron hasta llegar a los 65.000 millones de barriles en 1992, es decir, más de tres veces superior al nivel de reservas probadas que existían al inicio de las actividades de PDVSA en 1976. La capacidad de refinación se mantuvo alrededor de 1.200.000 barriles al día pero el rendimiento de gasolinas casi se duplicó, pasando de 183.000 barriles por día en 1976 a unos 340.000 barriles por día en 1992. El combustible residual de alto azufre se colocó a niveles bajos, apenas unos 240.000 barriles al día, prácticamente la mitad de lo que era en 1976. Para todo efecto práctico se le dió un vuelco positivo a la calidad del paquete de exportación de productos. El consumo doméstico de gasolinas se incrementó pero no dramáticamente, al pasar de 115.000 barriles por día en 1976 a unos 175.000 barriles por día en 1992. La nómina de empleados siguió creciendo pero a un ritmo mucho menor que durante la primera etapa, colocándose en 55.000 en 1992.

Durante estos 13 años PDVSA tuvo seis presidentes y juntas directivas: Rafaél Alfonzo Ravard (1981-1983), Humberto Calderón Berti (1983- 1984), Brígido Natera (1984-1986), Juan Chacín (1987-1988), Andrés Sosa Pietri (1989-1991) y Gustavo Roosen (1992-1993). Ello se debió a que el período de cada presidencia fue acortado de cuatro a dos años, una medida poco sensata que contribuyó bastante a la intensificación de las maniobras entre los potenciales candidatos a la presidencia y, aún en mayor escala, entre los candidatos a la Junta Directiva. Un rasgo característico de esta etapa fue el empobrecimiento cualitativo de las directivas, al llegar a esas posiciones personas quienes no calzaban los puntos necesarios para haber llegado allí, algunos cuyo mayor mérito era la amistad con el ministro o su identificación con el partido de gobierno. Esto no quiere decir que no existieran distinguidos profesionales a ese nivel. Por supuesto que si los había y ellos seguramente asumieron más de su porción de responsabilidades para compensar por la debilidad de algunos de sus colegas. El área bastante fuerte de PDVSA en esta etapa fue la de los coordinadores. Quien vea el Informe Anual para 1991, por ejemplo, y se encuentre con coordinadores de la talla de Alonso Velasco, Humberto Vidal, Juan Carlos Gómez, Nelson Olmedillo y Vicente Llatas y, a nivel de las empresas operadoras, con gerentes verdaderamente estelares

como Jorge Zemella, Joaquin Tredinick, Mario Rodríguez, Angel Olmeta, Arnold Volkenborn, Alfredo Gruber, Hugo Finol y Gustavo Inciarte podrá ver que, con un equipo humano de esta calidad, el progreso de PDVSA estaba prácticamente garantizado.

Sin embargo, el proceso destructivo del comején político había comenzado. Se inició desde afuera hacia adentro pero no tardó mucho en establecerse dentro de la organización. Como es natural, los menos competentes vieron en la manipulación política, en el acercamiento meloso a los poderosos, una vía abierta para el progreso. La identificación con el partido de gobierno se convirtió en una herramienta útil para progresar dentro de la empresa.

El inicio de un proceso sustantivo en este sentido lo dio la directiva nombrada en 1981. En esa directiva varios de los miembros le fueron impuestos al General Alfonso Ravard por el Ministro Calderón Berti en base a amistad, no en base a méritos. Los ingenieros Daboín y Guédez, en especial, no debían haber sido nombrados directores por encima de muchos otros gerentes de la industria con mayores méritos. Estos ingenieros eran competentes en sus campos esencialmente operacionales pero carecían de la visión gerencial que es indispensable para entender el negocio en su más amplio sentido.

Durante la primera fase de esta etapa la industria petrolera entró en una crisis mundial, ciertamente no originada por Venezuela pero muy mal manejada por el ministro Calderón Berti. Los precios del petróleo colapsaron y Venezuela incrementó su producción en una decisión inconsulta del ministro. El país, no solo PDVSA, entró en crisis. En Agosto de 1982 las reservas internacionales de Venezuela habían perdido unos tres mil millones de dólares y existía una fuerte fuga de capitales. En Septiembre de 1982 el gobierno de Luis Herrera procedió a ponerle la mano al fondo de inversión de PDVSA, a pesar de la protesta general de la oposición y de buena parte del país pensante. Esta decisión había sido premeditada. Leopoldo Díaz Bruzuál, presidente del Banco Central, se permitió decir que “la industria petrolera era poco productiva” (RESUMEN, #436, Marzo 14, 1982) a fin de justificar la acción del gobierno. Las navidades de 1982 no fueron felices para Venezuela. La crisis financiera de 1983 estaba en puertas y

una nueva Junta Directiva de PDVSA, a ser nombrada en Agosto de ese año, confirmaría la tendencia a la politización.

### **El nombramiento de Humberto Calderon Berti como presidente de PDVSA.**

En Septiembre 1983 el gobierno de Luis Herrera nombró la nueva Junta Directiva de PDVSA. Otra vez la gerencia de la industria y buena parte de la opinión pública esperaba que el nuevo presidente saliese de las filas de la industria, en las cuáles los candidatos de mayor jerarquía eran Guillermo Rodríguez Eraso, presidente de Lagoven y Alberto Quirós Corradi, presidente de Maraven. Sin embargo, el presidente seleccionado por el gobierno fue el hasta entonces Ministro de Energía y Minas, Humberto Calderón Berti. A la selección de Calderón ayudaron los miembros de la izquierda venezolana, deseosa de penetrar políticamente la industria pero también miembros de los partidos políticos centristas, animados de un enfermizo resentimiento contra los gerentes petroleros. En la batalla de opinión que precedió el nombramiento de Calderón Berti se destacó por su virulencia anti-petrolera Rafael Poleo, el editor de Zeta. En un editorial escrito en Zeta #486, del 28 de Agosto de 1983, Poleo escribió: “El hecho de que no hayamos ajusticiado en su oportunidad a los enemigos de la OPEP pagados por la Exxon y la Royal Dutch Shell y a quienes desprestigiaron la nacionalización, no quiere decir que ahora debamos descuidarnos con ese mismo estrato”, un lenguaje violento demostrativo de un profundo odio contra la gerencia petrolera. En la misma edición de la revista Poleo escribió un largo “Informe Político”, en el cuál hablaba del libro de Gustavo Coronel aparecido en 1983 (“The nationalization of the Venezuelan Oil Industry”, 1983 y 1984, segunda edición) como algo parecido a la bomba V2 de Hitler: “un buen invento que entró en acción demasiado tarde”. Según Poleo el libro de Coronel sobre la nacionalización de la industria petrolera había sido simplemente una maniobra para impedir el nombramiento de Calderón Berti en la presidencia de PDVSA. El libro, según Poleo, había sido traído por Maraven al país y Coronel andaba en el avión de Maraven por toda Venezuela haciendo campaña en contra de Calderón Berti. En este informe Poleo hablaba de la insuficiente capacidad técnica de Coronel, afirmación ilustrada con su “fracaso”

en encontrar petróleo comercial en el Sur del Lago. Esta prédica de odio de Poleo fue recogida por Eleazar Díaz Rangel, quien en Elite (20-09-1983) acusaba a Coronel de llevarse de la industria Bs. 1.5 millones en indemnizaciones laborales que no le correspondían, acusación hecha originalmente por Calderón Berti en declaraciones dadas a la prensa desde Paraguaná. Estos ataques evidenciaron el nuevo clima en el cuál debía desenvolverse la industria petrolera nacionalizada de allí en adelante. Ya un poco antes los políticos extremistas habían aprovechado las declaraciones de Gonzalo Barrios sobre los “gastos dispendiosos” en la industria petrolera nacionalizada para pedir controles más severos sobre la gerencia petrolera, lo cual llevó a establecer el control previo para PDVSA, una decisión que casi inevitablemente conduciría a la politización progresiva de la empresa. Las declaraciones del Dr. Barrios fueron respondidas por Gustavo Coronel, quien eventualmente sería despedido por el ministro por su posición de defensa de la industria frente al mundo político. En respuesta a lo dicho por el Dr. Barrios Coronel dijo lo siguiente (RESUMEN #391, Mayo 3, 1981).:

*“en el análisis y decisión sobre un proyecto petrolero intervienen decenas de técnicos y gerentes de muy alto rango, lo cual minimiza ( a menos que haya una confabulación total), el riesgo de que una buena pro sea adjudicada en base al deseo de nadie en particular o al capricho de quien quiera embolsillarse una comisión. Este proceso no suena en nada similar al que condujo a la compra del “Sierra Nevada” ni muy similar a las erogaciones del ministerio de Turismo para pagos de propaganda electoral...y mucho menos similar a las compras de terrenos de Antímano... ninguno de los cuáles han sido denunciados públicamente por Gonzalo Barrios...”*

Estas declaraciones convirtieron a Coronel en el blanco favorito del sector político que adversaba a la gerencia petrolera. Al poco tiempo el Ministro Calderón Berti lo despidió de la industria. La razón específica fue la protesta de Coronel por la mudanza de Meneven, la empresa que él gerenciaba en ese momento. Esta fue una medida inconsulta por parte del ministro y en su decisión privaron intereses que no eran, precisamente, los de la industria petrolera sino intereses de un grupo que deseaba hacer negocios de bienes raíces en el oriente del país.

### **La presencia de Caralampio en PDVSA.**

Uno de los venezolanos más ilustres del Siglo XX, Enrique Tejera Guevara, me decía, cada vez que me veía: “No permitan que Caralampio sienta sus reales en la industria petrolera!”. “Y, quien es Caralampio?” le pregunté al distinguido médico y filósofo venezolano.

Tejera me dijo: “Caralampio es el venezolano más funesto que existe. No sabe mucho de nada pero cree saberlo todo. Sus expectativas no guardan mucha relación con sus habilidades. Al entrar a una empresa o a un ministerio desea ser de inmediato presidente o ministro, sin haber mostrado méritos para ello. Sin conocer de finanzas piensa que puede ser presidente del Banco Central o Ministro de Hacienda. Caralampio aspira a dirigir, a veces de manera autoritaria, los destinos de su pueblo, pero no está preparado para hacerlo ni se da cuenta de su ignorancia. Si alguna vez llega a la industria petrolera querrá ser un *ejecutivo*, dar órdenes, tener una bella secretaria y un lujoso auto, porque está convencido de que el petróleo da para todo. Para entrar a la industria hará uso de su astucia, que de eso si sabe, la cual consiste en criticar mucho desde afuera para que lo coloquen adentro”.

Después de 1981 comenzaron a aparecer los caralampios en PDVSA. Eran los primeros en dar declaraciones, los últimos en irse de un coctel. Pensaban que el petróleo es un gran lago subterráneo y que los contratos de asistencia tecnológica debían ser eliminados pues los ingenieros desempleados venezolanos podían hacer ese trabajo. Protestaban contra el desarrollo de la Faja del Orinoco ya que ella “debía ser reservada para las futuras generaciones”. Pedía que la CVP estuviese en control y no PDVSA. “Nada importado es deseable”, decían, “Lo que debemos hacer es internalizar la industria, nada de internacionalizarla”. Con cada Caralampio que entraba a PDVSA la empresa moría un poco.

### **Xenofobia y patrioterismo.**

Muchos venezolanos vieron en la nacionalización de la industria petrolera una manera de erradicar la presencia extranjera. Algunos la visualizaron como una vía para expulsar a “los musiués”, cambiar a los “Smith” por los “Pérez” en las directivas de las empresas, como pasajeros en yates y aviones y, por supuesto, en

las nóminas de pago. No muchos venezolanos advirtieron que, al nacionalizar los privilegios, también estábamos nacionalizando las responsabilidades y los riesgos. Pasada la primera etapa de luna de miel, con el reemplazo de los gerentes extranjeros por el grupo de gerentes venezolanos, los xenófobos y los ultra-patriotas se tranquilizaron por una media docena de años. Sin embargo, pronto volvieron a la carga. Comenzaron a ver en la gerencia venezolana a los nuevos extranjeros, de quienes era necesario desconfiar. Esta desconfianza se expresaba de diversas formas, entre ellas:

- *Los gerentes venezolanos fueron formados por los gerentes extranjeros. Deben estar, por lo tanto, transculturizados y más dispuestos a obedecer a sus antiguos jefes que a la nación venezolana;*
- *PDVSA discrimina a la industria venezolana. No contrata a empresas venezolanas ni compra sus productos;*
- *PDVSA no emplea ingenieros venezolanos y no toma en cuenta a las asociaciones profesionales;*
- *PDVSA es un estado dentro del estado y actúa al margen de los intereses nacionales.*

Muchos miembros del mundo político con veleidades técnicas se presentaban como súper-patriotas, dispuestos a “sacrificarse” a fin de reemplazar a gerentes no del todo confiables. Consideraban los nexos de amistad que pudiesen existir con los antiguos gerentes petroleros extranjeros como una señal de poca venezolanidad, como si la amistad y la honestidad fuesen incompatibles. Uno de los mejores ejemplos del patriotismo y venezolanidad de los gerentes petroleros fue el caso de la industria petroquímica, la cual le fue traspasada a PDVSA en 1978, para que la manejara. Esta industria había estado, desde su creación en 1954, en manos del estado y se encontraba profundamente politizada. Uno de sus directores generales, Eduardo Acosta Hermoso, confesó (“Petroquímica, desastre o realidad?”, Caracas 1977,página 67): “Queríamos que se aprobaran las inversiones cuanto antes ya que una demora podría haber hecho fallar parcialmente el programa gubernamental. Teníamos cinco años para probar que podíamos hacer el trabajo y así poder

ganar las siguientes elecciones”. Añadía: “Le pregunté al ministro si podía despedir a 600 empleados y se negó rotundamente. Yo obedecí pues ello salvaría al Instituto de un conflicto social y político”. La petroquímica perdía mucho dinero al estar, prácticamente, manejada por los sindicatos. Solo en 1977 había perdido Bs. 500 millones, cifra que PDVSA redujo a Bs. 62 millones el año que la tomó bajo su control. Manejadas por los gerentes petroleros las plantas se pusieron a trabajar, se despidieron más de 2000 empleados sobrantes y se suscribieron contratos de tecnología con empresas de experiencia en el sector. Unos 50 gerentes petroleros fueron transferidos a la petroquímica para sanearla, aportando procedimientos, normas y experiencia gerencial a la tarea de recuperarla. Los gerentes petroleros corrigieron el desorden que los patriotes del mundo político habían generado en la industria petroquímica. Quienes eran, entonces, los verdaderos patriotas? Por su parte las empresas venezolanas de ingeniería y vendedoras de materiales y equipos se quejaban de que la industria petrolera no les compraba lo suficiente y llegaron a alegar que la oficina principal de Bariven estaba localizada en Houston, Texas, lo cual no era cierto. Lo que si era cierto es que la industria petrolera venezolana estaba ayudando a muchas empresas venezolanas a mejorar sus productos, a fin de poder utilizarlos. Estaba dispuesta a sacrificar, de manera moderada, tiempo de espera, ahorros y hasta calidad pero no estaba dispuesta a favorecer a empresas venezolanas a expensas de los intereses nacionales. Sin embargo, la presión de este sector se incrementó y, poco a poco, empresarios poco escrupulosos fueron encontrando puntos vulnerables para penetrar la organización.

### **La gerencia pública invade poco a poco a la gerencia petrolera.**

Una vez estatificada la industria petrolera los gerentes profesionales de la industria adoptaron como uno de sus objetivos principales evitar la contaminación política y burocrática de la industria. Más aún, se propusieron lo que Alberto Quirós, uno de sus más destacados gerentes, denominó “la contaminación al revés”, es decir, contagiar al resto de la administración

pública con los buenos hábitos gerenciales imperantes de la industria petrolera. Esta era, por supuesto, una misión casi imposible, dado los tamaños relativos de la pequeña industria petrolera, por un lado, y el gran aparato burocrático del estado, por el otro.

Las similitudes “anatómicas” entre el estado y una corporación son evidentes. Así como el estado tiene un poder ejecutivo con un presidente y un cuerpo de ministros, la corporación tiene un presidente y una junta directiva. Ambos cuerpos dirigentes están idealmente controlados por una asamblea de accionistas, la nación en el caso del estado y los dueños en el caso de la corporación y por organismos contralores que deben ser independientes del poder ejecutivo. Así como el estado se plantea objetivos y estrategias y un Plan de Acción, así la corporación posee su plan estratégico. Los aspectos “fisiológicos”, sin embargo, pueden diferir y generalmente difieren considerablemente. El estado venezolano siempre ha sido muy presidencialista y el ejercicio del poder suele tener un fuerte ingrediente intuitivo, improvisado, no planificado, mientras que la corporación se apega a un plan previamente estructurado mediante un proceso donde toda la organización ha hecho su aporte, en un ejercicio de abajo hacia arriba.

Una presidencia fuerte, basada en la intuición, generalmente termina por ser reactiva mientras que una presidencia apoyada en un plan puede anticiparse a los acontecimientos.

De igual manera, existen importantes diferencias entre la gerencia de personal de una corporación y la manera como el estado se nutre de burócratas. Para comenzar, una corporación es un centro de rentabilidad y, si deja de serlo, quiebra y desaparece. La burocracia estatal es un centro de costos y no quiebra nunca, pues utiliza los ingresos nacionales para perpetuarse. La burocracia estatal no tiene incentivo alguno para ser eficiente. Los procesos de selección en la corporación están basados en las credenciales profesionales y personales de los candidatos mientras que, con demasiada frecuencia, la selección de empleados públicos está basada en amistad o identificación político-partidista. Al ser estatificada, Petróleos de Venezuela comenzó a

luchar por no ser absorbida por la llamada “administración pública”, la cuál uniformaba salarios y normas de personal sin tomar en cuenta la diversidad de las tareas y las características de cada empleo. En la industria petrolera existía un sistema de evaluación de cada posición basado en su grado de complejidad. Ello permitía a un especialista tener una remuneración igual o superior a un gerente sin que ello fuese visto como una anomalía. En la burocracia estatal un geólogo que encontrara mucho petróleo nunca podría llegar a tener una remuneración igual al ministro del sector, aunque uno produjese ganancias y el otro solo gastara el dinero. Rapidamente comenzaron las críticas sobre los altos salarios en la industria petrolera y ellas comenzaron desde el ministerio del sector, donde los profesionales recibían remuneraciones muy inferiores. Los profesionales de CADAPE o HIDROVEN, entre otras empresas del estado, comenzaron a ver con desaprobarción a sus “primos ricos” y algunos comenzaron a tratar de entrar allí, apoyados en su afiliación política.

### **La política comenzó a afectar los niveles directivos de PDVSA.**

El nombramiento de Calderón Berti fue visto por gran parte del país como una señal clara de politización. La integración de la junta directiva presidida por Calderón poseía algunos profesionales sin credenciales suficientes para estar allí. Durante la campaña presidencial, el candidato de Acción Democrática, Jaime Lusinchi, hizo de la remoción de Calderón un punto de honor. Y así fue. El primer acto del nuevo Presidente Lusinchi fue remover a Calderón Berti de la presidencia de PDVSA. En su lugar nombró al geólogo Brígido Natera, técnico de grandes méritos y un hombre honesto a carta cabal. Aunque Natera pudiera haber tenido simpatías políticas por Acción Democrática esto no influyó en su labor. Por el contrario, Natera fue quizás el presidente más “químicamente puro” desde el punto de vista político que tuvo PDVSA. Natera era un tecnócrata, poco dado a las apariciones públicas. Durante su presidencia se adquirió la empresa Citgo y se contrató la operación de la refinería Isla en Curazao por parte de PDVSA. En cierta forma la

internacionalización comenzó con Natera, aunque no se fortalecería sino varios años después. Natera gustaba de repetir que la industria petrolera era “diferente”: tenía disciplina en el trabajo, respeto por las normas y procedimientos y puntualidad. En el Congreso Nacional tuvo momentos de franco enfrentamiento con el mundo político. Terminó renunciando porque no pudo coexistir pacíficamente con un entorno cada vez más politizado.

Su reemplazo, el geólogo Juan Chacín, tenía excelentes credenciales técnicas y gerenciales para la posición. Además, era hermano del Presidente Lusinchi, lo cual no le perjudicó. Durante su período se fortaleció la estrategia de internacionalización. Ya en 1987 la participación financiera nacional en el negocio petrolero se había triplicado, comparada a la de 1976. Las reservas probadas también se habían triplicado. La capacidad de refinación se había duplicado, gracias a la incorporación de refinerías en el exterior en las cuáles PDVSA poseía participación. Las exportaciones se habían estabilizado al nivel de los 1.500.000 barriles por día de crudos y productos. Durante la presidencia de Juan Chacín se estableció una buena relación entre PDVSA y el ministro del sector, Arturo Hernández Grisanti. Esta relación armoniosa se rompió al llegar a la presidencia de PDVSA Andrés Sosa Pietri y al ministerio del sector Celestino Armas. Para comenzar, el Presidente entrante Carlos Andrés Pérez consideró que el presidente de PDVSA no debía ser un petrolero salido de las filas de la industria. “PDVSA no es el ejército”, argumentó. Por lo tanto le ofreció la presidencia de la empresa a Pedro Tinoco, Julio Sosa Rodríguez, Enrique Machado Zuloaga, Jorge Pérez Amado, hasta que, al final, Andrés Sosa Pietri le aceptó el cargo. El triángulo Sosa Pietri-Pérez-Armas probó ser explosivo. Sosa Pietri se manifestó desde el comienzo partidario de la internacionalización, de expandir PDVSA, de abandonar a la OPEP si esta organización no le permitía a PDVSA expandirse a los niveles deseados. El ministro Armas y el Presidente Pérez no eran partidarios de la internacionalización sino de la llamada internalización, la cual consistía en aprovechar en el plano doméstico la actividad petrolera para generar valor agregado internamente. El ministro Armas y su viceministro Napoleón Lista

hablaban de tomar el control gerencial de la industria. El Presidente Pérez adoptó una postura contraria, no solo a la internacionalización, sino a la expansión de la industria petroquímica y a lo que él llamaba el “estado dentro del estado”, PDVSA. Evidentemente este era otro Pérez al Pérez que nacionalizó la industria en 1976 y había permitido a los gerentes petroleros gerenciarla sin intromisión política. Sosa Pietri, por su parte, promovió un plan de expansión de la empresa que la llevaría a tener una capacidad de producción de 3.500.000 barriles de petróleo al día, a la industria petroquímica a producir 10 millones de toneladas métricas al año y a producir 200.000 barriles diarios de Orimulsión en 1995. La visión de Sosa Pietri era la de convertir a PDVSA en un corporación energética global mientras que el gobierno deseaba una PDVSA viendo hacia adentro y muy alineada con la OPEP. Cuando Sosa incrementó la producción para almacenar el excedente de la cuota OPEP, el gobierno se lo prohibió. No solo lo prohibió sino que incrementó el Precio Fiscal de Exportación, una reliquia de la época concesionaria utilizada por el gobierno para ordeñar a PDVSA. Ello llevó a Sosa Pietri a tener que endeudar a PDVSA para el financiamiento de sus proyectos. Sosa deseaba incrementar el papel del sector privado en la industria petrolera pero el gobierno se oponía. En el plano organizacional interno se incrementó la tirantez entre coordinadores y directores. El ministerio deseaba nombrar directamente a las Juntas Directivas de las empresas filiales y el ministro Armas envió un oficio a Sosa Pietri en ese sentido. Según alegó Sosa, algunos de sus directores comenzaron a erosionar su posición y a alinearse con el ministro. Dijo: “Los directores me fueron abandonando”. Hasta los vicepresidentes, alegó Sosa, lo adversaron. En esta situación de gran pugna interna, muy lesiva para la empresa y para el país, terminó el período de Sosa Pietri. Fue reemplazado por Gustavo Roosen, un gerente de primera línea y de maneras más suaves que Sosa Pietri. Roosen se concentró en consolidar la empresa en los mercados internacionales. En 1991 la empresa produjo y vendió los volúmenes más altos de su relativamente corta historia, aprovechando la crisis política del Oriente Medio. Sin embargo, la empresa

entró en dificultades financieras debido a la necesidad de hacer inversiones cuantiosas para mejorar su capacidad de producción y a la existencia de una fuerte carga impositiva que llegó en ese año a representar el 82% de sus ganancias netas. El valor fiscal de exportación, que había sido aumentado al 20% (valor de exportación se calcula a un 20% superior del valor real de venta, para efectos de pago del impuesto sobre la renta) durante el período presidencial de Sosa Pietri estaba en proceso de ser reducido a 18% y sería eventualmente eliminado en 1996. Roosen pensó que las inversiones requeridas por la industria petrolera necesitarían la participación del sector privado nacional e internacional. En ese sentido, Gustavo Roosen comenzó a promover el proceso que luego se llamaría “la apertura”.

\*\*\*\*\*

**La tercera etapa, 1993-1999: Positivo, la apertura petrolera. Negativo, se acentúa la politización de PDVSA.**

La llegada de Rafael Caldera a la presidencia, en 1993, llevó al Ministerio de Energía y Petróleo al ingeniero Erwin Arrieta. En una sorprendente decisión el ministro Arrieta terminó de un plumazo con el sistema de ascensos basado en la meritocracia, uno de los pilares sobre el cual había descansado, con algunos tropiezos, la industria petrolera estatificada. Arrieta recomendó al Presidente Caldera el nombramiento de Luis Giusti para la presidencia de PDVSA. Giusti era en ese momento vicepresidente de Maraven, una de las empresas filiales. Ello significaba pasar por encima de los presidentes de esas filiales, Julio Trinkunas, Roberto Mandini, Arnold Volkenborn y Eduardo López Quevedo. Esta recomendación, aceptada por Caldera, le dio un palo cochinerito a las normas de PDVSA. No se trata, por supuesto, de que Giusti careciese de méritos. Giusti era un gerente brillante, intelectualmente agudo, con una visión amplia del negocio. Pero ello también era cierto de Volkenborn, Trinkunas, Mandini y López Quevedo. Lo que parecería a muchos como un asunto meramente formal y sin importancia, fue para la gerencia de PDVSA el aviso del final de la meritocracia. En efecto, Giusti no era la selección indicada en ese momento. La decisión de Arrieta fue un acto de fuerza política, alejada de

los principios y normas que se habían mantenido, hasta entonces, con uno que otro serio tropiezo (como el desconocimiento del gobierno del Presidente Lusinchi que le hizo imposible a Alberto Quirós llegar a la presidencia de PDVSA, a pesar de ser el mejor gerente petrolero de su generación). En una corporación meritocrática y organizada el sistema de ascensos está pre-establecido de tal manera que pudiera parecer monótono. En el grupo Shell se decía que, cuando un presidente se retiraba, se empleaba a un nuevo mensajero (office boy), para ilustrar lo férreo del sistema de ascensos. Cuando Arrieta decidió lo que decidió estaba convirtiendo la selección de los líderes de PDVSA en un acto político, aleatorio, totalmente impredecible. Allí radicó el error fundamental de Arrieta y del gobierno de Rafael Caldera.

El impacto de esta decisión en el seno de PDVSA fue muy negativo. La desmotivación y el resentimiento llegaron a niveles nunca antes existentes en la organización. A pesar de que el Presidente Giusti continuó hablando de meritocracia, este concepto perdió mucho de su contenido y pasó a formar parte de la retórica vacía que los venezolanos acostumbran asociar con el mundo político.

El planteamiento estratégico esencial de PDVSA desde el inicio de la presidencia de Giusti fue la apertura al capital privado. Para el nuevo presidente la expansión de la industria petrolera era necesaria pero no debía significar, solamente, el crecimiento de PDVSA, sino un incremento en el aporte del sector privado internacional y nacional a esa expansión. Es interesante observar que ello representó un cambio importante en la tradicional postura de desconfianza que el Presidente Caldera siempre había exhibido frente al sector privado, sobre todo el sector privado petrolero internacional. Caldera aceptó esta estrategia plenamente, así como estuvo de acuerdo con los nombramientos en PDVSA.

No hay dudas que, después de la presidencia del General Alfonzo Ravard, ninguna otra presidencia tuvo mayor impacto en PDVSA que la de Luis Giusti. Durante su presidencia se tomaron decisiones estratégicas muy importantes, algunas muy positivas, otras no.

\*\*\*\*\*

## **Decisiones estratégicas positivas.**

### **La Apertura.**

La decisión de abrir las actividades de exploración y producción de PDVSA al capital privado nacional y extranjero fue positiva. La razón principal fue sencilla. Se trataba de potenciar la capacidad de crecimiento de la industria petrolera mediante el aporte de recursos financieros, técnicos y gerenciales privados. Esto es lo que cualquier buen gerente, sin complejos de inferioridad o camisas de fuerza ideológicas haría. La apertura estuvo dirigida a la intensificación de la exploración para aumentar las reservas probadas, al aumento de la actividad de producción y al desarrollo de la Faja del Orinoco. Una fase de la apertura se dirigió a contratos de operación con empresas privadas en áreas de producción ya existentes, las cuáles no eran lo suficientemente atractivas para la inversión directa de los limitados recursos financieros de PDVSA. Se firmaron 33 convenios operativos de este tipo a partir de 1993, los cuáles añadieron unos 400.000 barriles diarios de producción. Se firmaron convenios de riesgo, en los cuáles las empresas contratistas aportaban los recursos financieros necesarios para explorar, el aspecto más riesgoso de la actividad. Se licitaron ocho bloques bajo esta modalidad, con la participación de 16 empresas privadas. Esta actividad produjo nuevas reservas probadas de unos 500 millones de barriles, con una inversión de \$700 millones enteramente aportada por las empresas privadas. Durante esta actividad se utilizó un 80% de servicios y equipos nacionales.

En la Faja del Orinoco se establecieron varios proyectos paralelos con la participación de siete empresas petroleras grandes, poseedoras de tecnología avanzada, lo cual permitió aportes importantes de nueva producción de crudos mejorados.

En sentido estricto la apertura petrolera acercó más el proceso de la industria petrolera venezolana a una verdadera nacionalización. Lo que había ocurrido en 1976 había sido una estatificación de la industria, llegándose al absurdo de “nacionalizar” una empresa nacional como era Mito Juan. La apertura permitió

que empresas venezolanas entraran más de lleno en el negocio petrolero. Sería casi risible, si no fuera trágico, el énfasis casi religioso que el mundo político le ha dado siempre al asunto petrolero, convirtiendo la industria en esclava de dogmas e ideologías que van contra su naturaleza eminentemente comercial y abierta al mundo. De este énfasis pseudo-religioso vienen casi todas las alegatos, tales como: *Nacionalización no, estatificación sí; la apertura es una privatización disfrazada; el petróleo es nuestro; la internacionalización no, la internalización sí; la soberanía nacional exige total control sobre el petróleo.* Y así por lo consiguiente. Lo cierto es que la industria petrolera es un negocio que debe manejarse profesionalmente, sin resabios patrioterros. Cuando el patriotismo sienta sus reales en la industria petrolera sucede lo que le sucedió a PEMEX, a YPF Argentinos, a YPFB en Bolivia, a PERTAMINA en Indonesia y a PETROBRAS en su primera etapa “nacionalista”. Cuando la industria es bien manejada, como el negocio que es, entonces es posible observar a ARAMCO, EXXONMOBIL o a PETROBRAS en su etapa moderna dar enormes ganancias a sus accionistas, ya sea el país el dueño o los sean los accionistas privados. La evidencia está a la vista y todo lo demás es mito y superstición.

### **La Internacionalización.**

Aunque ya el proceso de internacionalización había comenzado hace algunos años, se acentuó durante la presidencia de Luis Giusti. Fue un complemento natural de la apertura. PDVSA se consolidó como una corporación energética internacional, abierta al mundo, al nivel de las más grandes empresas petroleras del planeta. No importa como se le evaluara, si desde el punto de vista de reservas, de producción, de ventas, de ganancias o de calidad gerencial, en 1991 PDVSA era la empresa 43 en la lista de las primeras 500 corporaciones de la revista “FORTUNE”. Sin embargo, durante estos años la expansión disfrazó procesos organizacionales no tan deseables que ya estaban en movimiento.

Los enemigos del proceso de internacionalización, casi sin excepción, nunca habían trabajado en la industria petrolera. Eran profesores universitarios,

burócratas del estado, políticos imbuidos de ideologías estatificantes y de visiones parroquiales. Ninguno tenía una buena idea de como se manejaba la industria petrolera por dentro. Ni Gastón Parra, ni Francisco Mieres, ni Alvario Silva Calderón, ni Radamés Larrazabal, ni Alí Rodríguez conocían la industria petrolera. La veían desde afuera, a través de sus aspectos financieros y políticos teóricos, con una óptica marxista que ha contagiado a varias generaciones políticas venezolanas. Para estos críticos de la apertura y de la internacionalización PDVSA no debía usar ni un centavo de capital que no fuese el propio. Gastón Parra, por ejemplo, opinaba (Aporrea, Abril 1999) que el plan de expansión de Luis Giusti ha debido reducirse, a fin de permitirle a PDVSA llevarlo a cabo sin necesidad de inversión privada. Añadía Parra que planificar la expansión de PDVSA basada en un aumento de la demanda mundial de petróleo “era muy arriesgado”, ya que este crecimiento sería muy moderado. La realidad ha sido otra: la demanda mundial de petróleo que existía en 1999 ha crecido significativamente, de 73 a 85 millones de barriles al día. Es el enanismo de la PDVSA de hoy en día, promovido por la tragedia chavista, lo que ha causado pérdidas monumentales a la nación, ya que PDVSA debería haber estado produciendo 5.2 millones de barriles diarios en 2008 y no 2.5 millones de barriles diarios, como produce actualmente. Nada como el tiempo para poner las cosas en su justa perspectiva!

### **Decisiones estratégicas negativas.**

#### **La empresa única.**

Uno de los aspectos más controversiales surgidos durante el debate que precedió a la estatificación de la industria petrolera, 1974-1975, fue el de la naturaleza que debía tener la empresa petrolera estatificada. De nuevo, este debate llegó a adquirir ribetes casi “religiosos”. Los estatificadores extremos deseaban ver a una sola empresa petrolera propiedad del estado, un monopolio del estado, bajo control del ministerio del sector (CVP). Los “nacionalizadores” y los gerentes de la industria pensaban que el concepto de una sola empresa del estado estaría condenado al fracaso, tal y como ha sucedido en casi todos los países que poseen el monopolio estatal del recurso.

El modelo aceptado finalmente fue unico en el mundo: cuatro empresas operadoras, integradas, bajo una casa matriz de coordinación estratégica y financiera. Este modelo garantizó el éxito de PDVSA por 20 años. Sin embargo, para tener este modelo había que pagar un precio en duplicación de personal y mayores costos. Sin embargo, este era un precio moderado en relación a sus beneficios, el cuál permitía la búsqueda de la excelencia gerencial y la comparación de la eficiencia entre las varias empresas. Además, cada empresa era un centro de rentabilidad. La empresa única o, peor aún, diferentes empresas funcionales, se hubiesen convertido rápidamente en centros de costos, incapaces de medir su eficiencia. Bajo la presidencia de Luis Giusti se decidió, no sin algunos argumentos fuertes a favor, convertir a PDVSA en una empresa única, con divisiones que pretendieron ser unidades de negocios, pero que resultaron ser grandes divisiones por función. Para todo efecto práctico ello convirtió a PDVSA en una empresa operadora única. Alberto Quirós dijo, en su momento, que ello convertía “a los directores de PDVSA en operadores directos”, perdiéndose la visión corporativa que existía cuando PDVSA era, esencialmente, una casa matriz planificadora.

### **La interacción entre PDVSA y el mundo político.**

Durante la presidencia de Luis Giusti se incrementó significativamente la interacción entre los gerentes petroleros y los representantes del mundo político. Esto no sería malo “per se” si fuese utilizado para que el sector político aprendiese a respetar el apoliticismo de la industria pero es malo si sirve para politizar la empresa. Se ha alegado insistentemente que Luis Giusti trató de utilizar la presidencia de la empresa para convertirse en candidato presidencial. En una ocasión, cuando ello se rumoraba con fuerza, le envié una carta a Giusti manifestándole mi preocupación y él me aseguró que eso no era cierto y que él no tenía ninguna pretensión de figuración política. También se comenta que Luis Giusti favoreció a un grupo de gerentes asociados con Maraven sobre otros quienes tenían mayores credenciales. Los protagonistas de esta época, Luis Giusti y los gerentes petroleros que fueron o se sintieron afectados por esta situación no han dicho mucho y es probable que nunca lo digan. Yo no

conozco lo sucedido de primera mano y no puedo, por lo tanto, decir que hay de cierto en esta afirmación, la cuál ha aparecido con fuerza en los libros de Manuel Bermúdez (“PDVSA en Carne Propia”, dos ediciones) y Emma Brossard (“Power and Petroleum”, 2001) .

Lo que parece ser cierto es que durante este período la industria vió salir a varios de sus gerentes de primera línea. Algún serio descontento pareció existir y ello no fue positivo para PDVSA. Pareció abonar el camino para la tragedia que habría de venir, una tragedia frente a la cuál todas las vicisitudes anteriores de la empresa parecerían asunto sin importancia.

#### Epílogo.

PDVSA se acercaba al siglo XXI desmejorada en su organización, con exceso de personal y con una gerencia que mostraba claras señales de desmotivación. Sin

embargo, ninguno de estos aspectos negativos parecía ser estructural o irreversible. Lo peor parecía haber sido la eliminación de las empresas operadoras llevada a cabo durante la presidencia de Luis Giusti y su conversión en empresas funcionales, lo cuál abrió las puertas a la temida empresa petrolera única, una figura que había fracasado en todos los países donde existía. Algunas empresas petroleras estatales, como Petrobrás en Brasil, habían roto ese molde y se habían privatizado parcialmente, convirtiéndose en verdaderas empresas comerciales, en lugar de ser obligadas a tener una orientación social, tan populista como equivocada. Otras, como PEMEX, no lo habían logrado y se habían ido deteriorando inevitablemente.

En el umbral del siglo XXI tuvo lugar en Venezuela un hecho que iba a determinar un profundo cambio, tanto en el país como en la naturaleza y calidad de su empresa petrolera: el triunfo de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de Diciembre, 1998.

Los diez años transcurridos bajo el gobierno de Hugo Chávez han convertido a Venezuela en otro país. No faltan quienes dicen que es un país mejor. Muchos otros piensan lo contrario. En el mejor de los casos, lo que es cierto es que es un país profundamente dividido, con preocupantes características que habían desaparecido o nunca habían existido en la sociedad venezolana, entre ellos, el resentimiento entre clases y tonos de color de piel y el odio como herramienta estratégica de consolidación política.

La historia de Petróleos de Venezuela durante estos diez años y la manera como el ingreso petrolero ha sido utilizado es una tragedia que es necesario narrar. El geólogo Bernardo Mateos la ha seguido de cerca y ha sido un actor de reparto, como muchos petroleros y ex-petroleros, en lo que ha sucedido y está sucediendo. Después de su salida de Petróleos de Venezuela Bernardo estuvo algunos años en el exterior, trabajando para una organización de ayuda financiera multilateral, en tareas de evaluación de proyectos de energía. Viajó por muchos países del mundo, sobretudo por los más pobres y pudo advertir que, entre los obstáculos más fomedables al progreso de esos países, figuraba la alianza silenciosa entre los burócratas de los países receptores de la ayuda y las burocracias internacionales,

quienes dedicaban, conscientemente o no, una buena porción de la ayuda a mantener floreciente una estructura elitista de poder, tanto en los países como en el seno de la misma organización. Esta confabulación se expresaba de diferentes maneras: mucho del dinero destinado a los proyectos se quedaba en los bolsillos de los gobernantes y de las élites dominantes en los países. En la entidad multilateral los salarios y beneficios para los empleados era cada vez mayor. El éxito de la institución y su misma capacidad de seguir existiendo se medía en términos de cuantos miles de millones de dólares habían sido dados en préstamos, más que en el verdadero impacto de esta ayuda en los países. Más aún, cuando los países no parecían tener suficientes proyectos para ser financiados por la entidad, la entidad se los creaba, se los “vendía”, les prestaba asistencia técnica para formularlos y se los financiaba. Sería injusto decir que eso era todo lo que las organizaciones internacionales hacían. Si no hubieran existido hubiese sido necesario inventarlas porque, en su mejor sentido, representan poderosos agentes catalizadores del desarrollo en el tercer mundo. Lo cierto es que, como las viejas máquinas de vapor, mucha de la energía generada se disipa y se pierde. La eficiencia es muy baja y las razones de esto ameritan un detallado análisis.

Después de seis años en una de esas organizaciones, Bernardo Mateos emprendió el regreso a Venezuela. Se sentía culpable de ser demasiado feliz y de vivir demasiado bien en la bella capital estadounidense, cuando la situación en Venezuela empeoraba sistemáticamente. A fines de la década de 1980 regresó al país, uniéndose a una empresa de ingeniería propiedad de quien lo había auxiliado cuando debió salir de la industria petrolera. Su vocación, sin embargo, estaba en el sector público. Fue convencido por un viejo amigo de colaborar con él en la Corporación Venezolana de Guayana, ese monstruoso aglomerado de cuarenta empresas del estado que tanta importancia ha tenido, para bien y para mal, en la vida del país. Allí permaneció dos años. Su diario incluía observaciones como las siguientes:

\*\*\*\*\*

Del Diario de Bernardo Mateos, 1994-1995.

Al llegar a ocupar mi posición en la CVG un extraordinario gerente llamado Luis Alvaray me ofreció una rápida introducción a la empresa. Tenía unos 32.000 empleados, 18 empresas filiales y participación accionaria en otras 30 empresas. Produce bauxita, alúmina, aluminio, hierro, acero, oro, maderas, electricidad, neumáticos, ferrosilicio, ánodos de carbón, construye casas, siembra pinos, cría búfalos. Además gerencia 145 acueductos, mantiene mucha de la infraestructura urbana existente al sur del Orinoco, recoge la basura y lleva a cabo la planificación regional. Es realmente el gobierno en casi la mitad del país, más poderosa que los gobernadores de Bolívar, Amazonas y Delta Amacuro, quienes esencialmente dependen de su financiamiento. “Es un monstruo, Bernardo”, me dijo Alvaray, quien parecía un virrey de la India, con sus frondosas patillas.

De la maravillosa visión original que la creó, la CVG se fue transformando en un nido de ineficiencia y de corrupción, debido al celestinaje de todos los gobiernos centrales posteriores a 1960. Hoy en día (1994), me decía Alvaray, la CVG es una colección de empresas fallidas, muchas de ellas, como Alcasa, técnicamente en quiebra, casi todas agobiadas bajo el peso de una inmensa deuda en dólares imposible de pagar con ingresos que son frecuentemente en bolívares. Tal es el caso de Edelca, empresa que vendía a Cadafe en bolívares pero se endeudaba en dólares para sus inversiones de capital. Peor aún, muchos de los clientes de las empresas de la CVG eran y son, en su mayoría, empresas y organizaciones del estado que simplemente no le pagan. De allí que la estructura financiera de la CVG, sus ingresos, sean más ilusorios que reales y que, en definitiva, deba acudir al gobierno central para que la subsidie. La historia de la CVG es deprimente: nunca ha transferido recursos financieros al estado central sino que ha recibido ayuda del gobierno central, lo contrario de lo que debería haber sido.

La organización se convirtió en caja chica de Acción Democrática y COPEI, cuando cada uno estaba en el poder y fue capturada por las élites de la región, los políticos y los sindicatos, todos los cuáles metieron y continúan metiendo sus pezuñas en la caja del organismo. Por ejemplo, el dueño de un diario de la región

consideraba normal recibir millones de bolívares en avisos de la CVG para no criticar su gerencia. Los gobernadores de las entidades federales donde llevaba a cabo su actividades pretendían que la CVG le subsidiase sus gastos. Los concejos municipales le exigían manejar la basura y los acueductos, sin que la población tuviese que pagar por estos servicios. Los sindicatos aspiraban a que sus miembros trabajasen menos y cobraran más. La alta gerencia de la empresa había tomado como costumbre dedicar parte del presupuesto de la institución a la promoción de la organización política de su preferencia. En adición a todas estas malas mañas, existían altos niveles de corrupción dentro de la empresa, que iban desde contratos con sobrepagos a nepotismo y demandas sistemáticas de comisiones en muchas de las transacciones comerciales de la empresa con el sector privado. Para rematar, cuando llegué a Guayana, los periodistas de la región me preguntaron: “Como se explica que una persona como usted, venida del centro, haya sido nombrado para una alta posición en nuestra empresa”? Como si Guayana no fuese parte de Venezuela! En El Callao, por ejemplo, alguna gente local influyente pensaba que Minervén, empresita que no podía expandir la producción de la mina por falta de capital, debería mantenerse sin socios extranjeros y, además, emplear a mil personas del lugar que la empresa no necesitaba. Cuando acudí al centro cívico a exponer la posibilidad de privatizarla, quemaron un muñeco y lo guindaron de un poste. El nombre del muñeco? Bernardo Mateos.

En el sector minero los garimpeiros venezolanos, colombianos y brasileños destrozaban la naturaleza pero, si tratábamos de poner orden en ese caos, éramos acusados por los demagogos políticos de la región de atropellar a los pequeños.

Por otro lado, la belleza de la región me proporcionó una experiencia maravillosa. Todo el sur de Venezuela era mi territorio de operaciones: los imponentes tepuis, el majestuoso Caroní con sus aguas color coca-cola, el salto Angel, las innumerables cascadas, el colorido de El Callao en carnaval y sus succulentas arepas en el mercado, el parque Cachamay, una verdadera maravilla nacional, una Ciudad Guayana muy atractiva en su concepción previamente planificada, los

vuelos en helicóptero sobre Uverito y su pinares, los viajes por el delta del Amacuro a ver los búfalos, el mini-viaje al centro de la tierra en la mina de oro de Las Cristinas, todo parecía salido de una novela de Julio Verne. La naturaleza guayanesa hizo una indeleble impresión en mi espíritu.

\*\*\*\*\*

### **Los consejos del cacique.**

Una noche, aún me encontraba alojado en la bella casa de huéspedes de la Corporación, recibí la visita de uno de los principales caciques de Guayana, de apellido de arraigado abolengo en la región. Venía a darme consejos, me anunció. “Quiero que sepas que apoyé tu nombramiento, a pesar de que no eres de aquí”, me dijo, esperando mi agradecimiento. “Creo que puedo ayudarte a manejar la empresa, ya que conozco a la gente y te puedo ahorrar muchos dolores de cabeza. En primer lugar, debes saber que tu Gerente de Planificación es un comisario político. Elías Inaty va todas las semanas a Caracas, a reportar directamente a Andrés Caldera, sobre lo que pasa aquí, sobre lo que vas a hacer o dejar de hacer, sobre lo que dices o lo que no dices. Las decisiones importantes las van a tomar entre ellos, si tú te pendejeas”.

“Lo segundo”, continuó, “es que es necesario que sepas que tienes a dos grandes enemigos adentro: Maria Elena Posada y Luis Alvaray. Ellos tienen una alianza para dominar la corporación y hacerte la vida imposible. Sal de ellos urgentemente”, me recalcó. Y siguió: “ Por otro lado, debes incorporar a tu equipo a gente muy valiosa, quienes han sido injustamente marginados por los anteriores altos gerentes de la empresa. Por ejemplo, te recomiendo a Victor Hugo Escobar, Daniél Betancourt y Jesús Seguías, pues te pueden ayudar”.

La verdad es que no le hice caso. Luis Alvaray (hoy fallecido) y María Elena Posada resultaron ser los mejores gerentes de aquella CVG, en Bauxilum y Sidor respectivamente. Betancourt y Seguías probaron ser un par de pequeños seres, acomplejados y manipuladores y Victor Hugo Escobar, quien fue nombrado presidente de Fesilven, hizo un desastre en corto tiempo. Las advertencias del cacique sobre Inaty si resultaron ser totalmente ciertas. El redondo Elías, un hombre astuto, ambicioso, de una gran duplicidad, exhibió tal habilidad para la

intriga que, eventualmente, logró llegar brevemente a la presidencia de la corporación..

Estrellado contra la pared de la burocracia estatal y las pequeñas ambiciones parroquiales, salí de la Corporación Venezolana de Guayana y me fui a vivir a Valencia, ciudad que era una especie de enclave de primer mundo rodeado de deterioro y atraso por todas partes. Dejé por escrito un decálogo de recomendaciones para sacar a la CVG del foso, las cuáles, por supuesto, no han sido tomadas en cuenta. Ellas fueron:

1. Una participación minoritaria del estado en las empresas industriales y venta de las acciones de las empresas que no tenían relación con el negocio medular;
2. Un papel promotor del desarrollo regional pero no ejecutor y, ciertamente, no responsable por el manejo de los servicios públicos;
3. Una gerencia profesional, cerrada al clientelismo político;
4. Autosuficiencia financiera;
5. Meritocracia;
6. Una organización moderna, no de instituto autónomo gubernamental;
7. La búsqueda de nuevas fuentes de financiamiento en el sector privado;
8. Responsabilidad social corporativa, no paternalismo;
9. La búsqueda de la rentabilidad y cese de la distribución de dádivas;
10. Voluntad política para llevar todo esto a cabo.

Estas recomendaciones aún están vigentes y aún están en el olvido.

\*\*\*\*\*

Las actividades de Bernardo Mateos en Valencia, su ingreso al gobierno de Carabobo, su participación en la campaña presidencial de 1998 que llevó a Hugo Chávez al poder y los primeros diez años de gobierno de Hugo Chávez constituirán la segunda porción de esta narración.









